



Gustavo Machado

Habitar las experiencias:
aprendizajes y sociabilidad
comunitaria en las cooperativas
de vivienda por ayuda mutua

HABITAR LAS EXPERIENCIAS:
APRENDIZAJES Y SOCIABILIDAD
COMUNITARIA EN LAS COOPERATIVAS
DE VIVIENDA POR AYUDA MUTUA

Gustavo Machado

HABITAR LAS EXPERIENCIAS:
APRENDIZAJES Y SOCIABILIDAD
COMUNITARIA EN LAS COOPERATIVAS
DE VIVIENDA POR AYUDA MUTUA

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la csic, integrada por Luis Bértola, Magdalena Coll, Mónica Lladó, Alejandra López Gómez, Vania Markarián, Aníbal Parodi y Sergio Martínez ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2019.

© Gustavo Machado, 2019
© Universidad de la República, 2022

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (ucur)
18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Correo electrónico: <ucur@universidad.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1897-6
e-ISBN: 978-9974-0-1901-0

Contenido

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arim</i>	9
PRÓLOGO, <i>Benjamín Nahoum</i>	11
AGRADECIMIENTOS.....	15
PRESENTACIÓN.....	17
INTRODUCCIÓN.....	19
 EL ACTO DE CONOCER.....	 23
Experiencia y conocimiento.....	29
 HABITAR LA CIUDAD.....	 35
Espacio, ciudad y sociabilidad: cambios contemporáneos.....	35
Hábitat y vivienda.....	49
Cooperativas de vivienda en Uruguay.....	60
Construir y habitar: el lugar de los aprendizajes.....	72
 ORGANIZACIÓN COOPERATIVA Y EDUCACIÓN.....	 83
Los espacios de formación en las cooperativas de vivienda.....	83
 LA EXPERIENCIA COOPERATIVA: TENSIONES Y EFECTOS DE HABITAR LO COMÚN.....	 113
Las marcas del origen.....	113
La propiedad colectiva y lo común.....	118
La experiencia de la ayuda mutua.....	123
La experiencia de la autogestión y la organización.....	131
La vida comunitaria y el desarrollo de los barrios.....	139
Los aprendizajes y la significación de la experiencia.....	150
La relación con otros saberes: los técnicos asesores.....	159
Las luchas, la organización y sus efectos.....	164
La cooperativa, su reproducción y las nuevas generaciones.....	175
 REFLEXIONES FINALES.....	 181
La ciudad y la construcción de lo común.....	181
La experiencia cooperativa y los aprendizajes.....	188
Conclusiones.....	191
Desafíos de la experiencia cooperativa y sus aprendizajes.....	194
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	 199
APÉNDICE METODOLÓGICO.....	209
LISTA DE SIGLAS Y ACRÓNIMOS.....	213

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

Vivimos en una sociedad atravesada por tensiones y conflictos, en un mundo que se encuentra en constante cambio. Pronunciadas desigualdades ponen en duda la noción de progreso, mientras la riqueza se concentra cada vez más en menos manos y la catástrofe climática se desenvuelve cada día frente a nuestros ojos. Pero también nuevas generaciones cuestionan las formas instituidas, se abren nuevos campos de conocimiento y la ciencia y la cultura se enfrentan a sus propios dilemas.

La pluralidad de abordajes, visiones y respuestas constituye una virtud para potenciar la creación y uso socialmente valioso del conocimiento. Es por ello que hace más de una década surge la colección Biblioteca Plural.

Año tras año investigadores e investigadoras de nuestra casa de estudios trabajan en cada área de conocimiento. Para hacerlo utilizan su creatividad, disciplina y capacidad de innovación, algunos de los elementos sustantivos para las transformaciones más profundas. La difusión de los resultados de esas actividades es también parte del mandato de una institución como la nuestra: democratizar el conocimiento.

Las universidades públicas latinoamericanas tenemos una gran responsabilidad en este sentido, en tanto de nuestras instituciones emana la mayor parte del conocimiento que se produce en la región. El caso de la Universidad de la República es emblemático: aquí se genera el ochenta por ciento de la producción nacional de conocimiento científico. Esta tarea, realizada con un profundo compromiso con la sociedad de la que se es parte, es uno de los valores fundamentales de la universidad latinoamericana.

Esta colección busca condensar el trabajo riguroso de nuestros investigadores e investigadoras. Un trabajo sostenido por el esfuerzo continuo de la sociedad uruguaya, enmarcado en las funciones que ella encarga a la Universidad de la República a través de su Ley Orgánica.

De eso se trata Biblioteca Plural: investigación de calidad, generada en la universidad pública, encomendada por la ciudadanía y puesta a su disposición.

Rodrigo Arim

Rector de la Universidad de la República

Prólogo

El cooperativismo de vivienda —su historia, sus características, sus luchas, sus realizaciones— es la marca de fábrica de nuestro país en materia de vivienda social y es lo que se asocia en otras latitudes a la palabra *Uruguay*, cuando de cuestiones habitacionales se trata.

Sin embargo, como todo buen profeta en su tierra, por largos períodos el sistema cooperativo de vivienda no ha sido tenido debidamente en cuenta en las políticas gubernamentales, y, por períodos más largos aún, no ha recibido la inversión pública que necesita para ser una herramienta de política social poderosa.

La Universidad también tiene una deuda con el sistema cooperativo (con el de vivienda, pero también con el de otras ramas) porque no le ha dedicado el suficiente esfuerzo institucional a su enseñanza, investigación y a las actividades en ese medio.

Gustavo Machado es uno de los que ha intentado aportar a saldar esa deuda, con acciones en esos tres campos, en los que varias veces hemos tenido oportunidad de trabajar con él. El propio Gustavo explica en la presentación de este libro su estrecha vinculación personal con el cooperativismo de vivienda, de modo que no es necesario que yo lo haga. Basta decir que no es casualidad que el cooperativismo de vivienda haya sido el tema que eligió para su tesis de doctorado y tampoco lo es que el enfoque sea desde la educación.

Gustavo centra su mirada sobre una clase particular de cooperativas de vivienda: la más revolucionaria e igualmente la más extendida en nuestro país, la que sus propios protagonistas denominan el *modelo FUCVAM*, tomando el nombre de la federación que las agrupa, la que opta por la ayuda mutua y la propiedad colectiva (derecho de uso y goce).

Y, de entre las múltiples facetas que el modelo tiene, se enfoca particularmente en el tema de la formación, analizándolo a través de los cincuenta años de su historia, de las distintas etapas que atraviesan las cooperativas —desde la constitución a la convivencia—, de los variados territorios en que actúa y de su compleja relación con el Estado y los gobiernos.

Después de presentar el marco teórico, hoy constituyente obligado de los trabajos de tesis, el autor construye su relato por medio de otros muchos relatos, apoyándose en testimonios de cooperativistas recogidos en su propia investigación y en la bibliografía. Estos relatos, que a veces son coincidentes, a veces, contradictorios, a veces, cuestionadores de las versiones asumidas, pero, siempre de interés, recorren momentos, lugares, contextos y hasta historias personales.

El libro tiene un indudable valor para quienes trabajamos en el tema, pero también para quienes quieran acercarse a este. No es un libro de divulgación, aunque podría y quizá debería serlo, y en buena medida lo es una vez que se pasa el encuadre teórico y se entra en el modelo mismo, mirado desde la triple perspectiva, que define muy bien el autor, de la educación/formación/capacitación, las tres en un gran nivel de importancia.

Pero el trabajo no se limita a glosar lo que otras y otros han pensado antes sobre el tema y su encuadre, sino que visibiliza las fortalezas del sistema cooperativo de vivienda y aporta información que no estaba sistematizada y opiniones valiosas. Opiniones que, aunque se puedan discutir —lo mismo que el contenido de algunos testimonios y determinadas conclusiones, sobre los que algunas y algunos podemos tener otras visiones— poseen el indudable valor de iniciar debates, tan necesarios para avanzar en el perfeccionamiento de un sistema y un modelo que, pese a sus innegables logros y potencialidades tiene, sin duda, aún mucho campo para ajustar.

Este breve espacio no permite extenderse sobre los aportes que hace el trabajo y mucho menos hacer un inventario de ellos, pero a modo de simples ejemplos, se puede mencionar que pone en valor, desde el punto de vista educativo, no solo las instancias o momentos específicos de formación, sino también las que se dan en la cotidianidad, en el hacer, o la contribución al análisis sobre el nacimiento, transcurso y desarrollo de FUCVAM (en particular, en lo referido a la formación de los cooperativistas), que puede ayudar al autoanálisis, esa herramienta tan potente para el crecimiento de las organizaciones.

En definitiva, en nuestra opinión el libro es un aporte valioso, que merece leerse, analizarse y discutirse, y que prefigura otros aportes, del autor o de los equipos docentes de los que participa, o de otros, quizá menos en clave de tesis y más de investigación y propuesta. Algunos temas que esos posibles futuros trabajos podrían abordar pueden ser, también solo como meros ejemplos: un análisis semejante al que aquí se hace sobre el modelo FUCVAM, referido a otras alternativas dentro del campo cooperativo como las cooperativas de ahorro previo o las de propietarios, comparando resultados, fortalezas y debilidades. O el papel de los diferentes técnicos asesores en la educación/formación/capacitación de los cooperativistas en los distintos momentos, sus objetivos y metodologías, y la posibilidad de incorporar otras disciplinas a las clásicas en el sistema, particularmente en lo social.

Desafíos para el futuro.

Benjamín Nahoum

Montevideo, diciembre de 2021

Existen sentimientos, objetos,
situaciones que nos son comunes,
pero que de tan cercanas se vuelven invisibles
y aunque dicen mucho permanecen en silencio

Rubén OLIVERA, *Interiores* (1996)

Agradecimientos

A Paola, Maite, Lautaro y Felipe, por su amor, porque para ellos son los mejores sueños y la necesidad de pensar ciudades y mundos habitables, justos y amables.

A mis padres, que en la búsqueda de una vivienda, llegaron a una cooperativa y me abrieron la puerta a una experiencia colectiva, a conocer lo entrañable, lo desafiante, lo necesario de construir. También por tantas otras puertas que me sostuvieron para abrirlas.

A los/as cooperativistas, los que enseñan de sus experiencias, de sus luchas y marcan los caminos que tenemos que encontrar para construir ciudades más igualitarias, solidarias y democráticas.

El uso de un lenguaje que no discrimine entre hombres y mujeres es una de nuestras preocupaciones. Teniendo en cuenta el debate que se da entre lingüistas sobre las formas correctas de inclusión de género en nuestro idioma —y con el fin de evitar la sobrecarga que supondría el uso de *o/a* en cada término que presente marca de género— hemos optado por el masculino genérico en el entendido de que todas las menciones de este tipo representan siempre a mujeres y hombres.

Presentación

La presente publicación es una reformulación de mi tesis del Doctorado en Educación en la Universidad Nacional de Entre Ríos¹ y un esfuerzo intelectual para hacer inteligibles los aprendizajes y los procesos sociales en las cooperativas de vivienda en Uruguay.

El trabajo abona un proceso de acumulación profesional y académico sobre el tema de hábitat y el territorio y, en particular, sobre el cooperativismo de vivienda, al que estoy vinculado desde mi experiencia personal, puesto que viví más de 21 años en un complejo intercooperativo de viviendas por ayuda mutua (Mesa 1).² Primero me desempeñé profesionalmente como trabajador social en el asesoramiento, formación y acompañamiento técnico a grupos cooperativos durante once años; actualmente lo hago en el organismo público de financiamiento y gestión del crédito a cooperativas y programas habitacionales (ANV), y, en la Udelar, con actividades de enseñanza, extensión e investigación.

Entre 2013 y 2015 desarrollamos una investigación financiada por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Udelar, en coordinación con Alicia Rodríguez y un equipo docente interservicios e interdisciplinario³ vinculado a estudios barriales. El estudio versó sobre las posibilidades de construir relaciones vecinales de cooperación y reciprocidad (un *nosotros*) en contextos de segregación territorial y fragmentación social, en particular en dos barrios de Montevideo, en los que desarrollamos simultáneamente procesos de enseñanza y extensión con docentes de psicología, trabajo social, educación física, geografía y arquitectura y estudiantes de las tres primeras.

La investigación contribuye con la línea de analizar los procesos de vecindad, interacción y relacionamiento, a nivel territorial, en la construcción de lo común, lo colectivo, en este caso haciendo foco en las cooperativas de vivienda y, en particular, en las de usuarios y por ayuda mutua. Busca hacer inteligibles los aprendizajes que se suceden durante el proceso de construir y habitar las cooperativas, como posibilidades de construcción de lo común en el hábitat urbano.

1 *Tesis Habitar las experiencias: aprendizajes y sociabilidad comunitaria en las cooperativas de vivienda de Uruguay*, defendida y aprobada el 13 de abril de 2018.

2 Mesa 1 es un conjunto habitacional intercooperativo que se ubica en el este de Montevideo (Camino Carrasco y Felipe Cardoso) y nuclea a cinco cooperativas por ayuda mutua de diferente origen. Construido entre 1971 y 1975, comprende 420 viviendas y es una de las experiencias iniciales del movimiento cooperativo. Ha sido reconocido nacional e internacionalmente por su desarrollo urbano y social.

3 *Transformaciones territoriales e integración barrial: las posibilidades de construir un nosotros*, integrado por docentes de trabajo social, psicología, educación física, geografía y arquitectura.



Foto: Gustavo Castagnello, Paysandú, 2007

Introducción

El trabajo responde a dos preocupaciones académicas, profesionales y políticas que nos acompañan desde hace muchos años y que están vinculadas entre sí: una sobre los procesos sociales colectivos y su capacidad de disputa hegemónica como expresión y potencia de lo común, y otra sobre el hábitat y el desarrollo urbano. Ambas están relacionadas, por un lado, refiere a las posibilidades de construir colectivos que encuentren en lo común su existencia, referencia, pertenencia y capacidad de transformación.

Decimos que las preocupaciones se vinculan porque en la pérdida del sentido de pertenencia a un lugar, que nunca es aislado, que siempre implica resoluciones de más de uno y donde siempre hay otros, se explica el debilitamiento de lo colectivo en el imaginario, como experiencia. No obstante, las acciones de los movimientos populares serían formas de oponerse a dicho imaginario, que no exentas de tensiones y debilidades, expresan rescates de lo colectivo.

Por otro lado, la cuestión del hábitat, ligada a su inscripción territorial y a las relaciones intrínsecas a este, configuran debates actuales por su relevancia. Por un lado, las transformaciones territoriales y en las comunicaciones —fundamentalmente por el desarrollo tecnológico— configuran una subordinación del lugar, de donde se habita, al estar. Ya no es tan importante dónde se está, sino estar conectado, aunque surja la paradoja de la desconexión con los más allegados. Los *no lugares*, como sostiene Marc Augé (1996), la movilidad humana por estudio, trabajo o búsqueda de proyectos personales da cuenta de cambios en la relación del individuo con su morada y con los otros.

Autores como Milton Santos (1996), Walter Porto-Gonçalves (2006 y 2009) y Bernardo Mançano (2005) revisan el concepto de espacio y territorio para verificar que el territorio no es algo anterior o exterior a la sociedad (Porto-Gonçalves, 2009), sino que es instituido por esta y por tanto es *locus* de las múltiples relaciones de la sociedad y los espacios de disputas hegemónicas. Porto-Gonçalves nos invita a revisitar el concepto de territorio, como *resistencia y r-existencia*, tanto geográfica como epistémica, del lugar apropiado y pensado desde América Latina, contra formas coloniales del saber.

En otras perspectivas el territorio cobra relevancia por la crisis de la sociedad salarial y se instituye en espacio de intervención de las políticas públicas y de socialización de las clases populares (Castel, 2004; Baraibar, 2013).

Traemos a Martin Heidegger no como referencia teórica, sino por su labor genealógica en torno a las ideas de construir y habitar, a partir de una exposición en un seminario en la Alemania de la posguerra. En dicha oportunidad recupera del alemán original la palabra construir como *buan*, que significa también ‘habitar’ y que fue objeto de sustitución lingüística en su forma original, pero se mantiene su huella en la palabra *vecino*: *Nachbar*, *Hanchebauer*, ‘aquel que

habita en proximidad'. Otra derivación de la misma palabra es *bauen*, que significa 'cuidar, abrigar'. Allí está la idea de cobijo, que se extiende a construir como cultivar, cuidar el crecimiento, diferenciado de producir (1951, p. 2).

Siguiendo el análisis etimológico de las palabras, el término alemán *bauen* tiene la misma raíz que *bin*, es decir, de *ser*, por lo que *habitar* es la forma de ser en el mundo (Heidegger, 1951, p. 2). En latín, el autor distingue construir como cuidar, que es *collere*, *cultura* de *aedificare*, que es construir edificios. Ambos términos aparecen unificados en el *bauen* alemán (1951, p. 2). Rescata el sentido de construir, que es habitar, como razón inicial del hombre que construye para habitar y habita lo que construye: lo que se le torna próximo, propio y cotidiano es habitual, hábito.

En el contexto de la posguerra y ante la necesidad de reconstruir las ciudades y construir viviendas, Heidegger advierte que «los mortales primero tienen que volver a buscar la esencia del habitar; de que tienen que aprender primero a habitar» (1951, p. 8).

Traer a Heidegger es importante para situar el objeto vinculado a las posibilidades de cohabitar el espacio urbano, de recentrar el habitar como las formas de ser, de humanización, y para considerar la construcción como un proceso de erigir espacios físicos, sociales y simbólicos. La referencia no obedece a su perspectiva epistemológica, sino a su contribución argumentativa para evidenciar la práctica alienante que supone habitar los espacios urbanos en la contemporaneidad. En este sentido, Henri Lefebvre (1978) afirma que la contradicción del hábitat con el habitar expresa la extensión de la dominación y la alienación en el mundo moderno, donde la apropiación del hábitat por parte de la población está restringida por lógicas económicas, políticas e ideológicas.

La estructura y la coyuntura urbanas actuales tensionan la posibilidad de convivencia y debilitan las relaciones de cooperación y reciprocidad en la coexistencia de sus habitantes.

Las cooperativas de vivienda por ayuda mutua en Uruguay, en tanto experiencias genuinas y originales,⁴ construyen porciones de ciudad con otra lógica, y si sostienen y disputan sentidos a la hegemonía individualista tallada por la globalización neoliberal.

Los procesos de construcción de una materialidad habitacional e identidad común, con base en la propiedad colectiva y la autogestión, posibilitan una cimentación mayor de lo comunitario en los cooperativistas y sus organizaciones.

Las cooperativas tienen historias comunes y símbolos identitarios que podrían actuar como elementos de cohesión grupal, a diferencia de lo que ocurre

4 La calificación de genuina y original está planteada fundamentalmente en el reconocimiento internacional de las cooperativas de vivienda en Uruguay, que difiere de otras políticas habitacionales como de otras cooperativas de vivienda en otros países, al conjugar ayuda mutua, autogestión, propiedad colectiva y participación del Estado en la construcción de viviendas de calidad para sectores medios y bajos de la población. Ver premio Hábitat 2012 (ONU).

con los habitantes circundantes, impactados fuertemente por el debilitamiento de los grandes establecimientos laborales como fábricas y sus sindicatos, y de la trama cotidiana barrial que tejía solidaridades y reconocimientos.

En el desarrollo del libro nos aproximaremos a conocer los aprendizajes y formas de construcción de lo colectivo en las experiencias cooperativas, los factores que favorecen dichos procesos y su impacto en los territorios barriales más amplios.

Del análisis de la producción bibliográfica y antecedentes se desprende que las investigaciones y publicaciones centraron sus objetos en las etapas y formas constructivas, en el carácter y la trayectoria del movimiento social (FUCVAM) y en sus características en tanto identidad o formas de gestión, presentando escasas producciones en lo que refiere a la experiencia comunitaria y a las formas que adopta y desarrolla su convivencia, que es la etapa más larga de la vida de las cooperativas, pero la menos visibilizada por los autores relevados. En 2020 FUCVAM celebró sus cincuenta años y la presente publicación pretende abonar una reflexión sobre este aspecto poco estudiado del cooperativismo de vivienda en Uruguay.

En el primer capítulo se reflexiona sobre el acto de conocer —con el fundamento de las perspectivas epistemológica, teórica y metodológica—, el materialismo cultural y expresiones de la pedagogía y otros campos del pensamiento crítico, los diálogos con la abducción y la hermenéutica, para recuperar la experiencia de los cooperativistas como producción cultural y, por tanto, como punto de partida para la producción de conocimiento.

En el segundo capítulo se desarrolla el mayor esfuerzo teórico e histórico para analizar los cambios en las ciudades, el lugar del hábitat, las políticas habitacionales, el cooperativismo de vivienda en Uruguay y los aprendizajes, no desligados de los lugares y procesos de construir y habitar.

El tercer capítulo ubica históricamente la experiencia del cooperativismo de vivienda, destaca el significado de la educación para el movimiento cooperativo y establece una cierta periodización histórica que da cuenta de su desarrollo y sus componentes formativos. En este capítulo ya se integra lo producido en las entrevistas y en la investigación bibliográfica y documental, que es el soporte histórico y analítico del siguiente capítulo.

El último capítulo, el cuarto, contiene el análisis y la interpretación de la información producida en torno a las experiencias cooperativas, recuperando las formas de habitarlas, identificando los aprendizajes de los cooperativistas, sus prácticas en el uso y gestión de lo común y su impacto en los espacios barriales. Los diferentes títulos organizan los resultados en varios ejes de estudio, combinando relatos de las experiencias con el análisis.

Por último, las conclusiones que dan cierre al trabajo abren reflexiones más amplias vinculadas a la ciudad, la experiencia en las cooperativas de viviendas, los aprendizajes y la construcción de lo común.



Foto: Gustavo Castagnello, Jornada solidaria en Barrio 26 de octubre, 2009

El acto de conocer

En la propuesta que desarrollamos, conocer supone un diálogo con las diferentes formas del saber, la producción académica y bibliográfica, los saberes de los sujetos involucrados y los propios acumulados.

La conceptualización sobre los fenómenos a analizar cumple una función de posicionamiento y guía, no para clausurarlos, sino como mediaciones que dialogan con la realidad para interrogarla y representarla y, por tanto, dichos fenómenos son una construcción permanente junto al objeto. Ello supone un proceso abductivo (Peirce, 1970) como relación dialéctica entre conocimientos universales, de carácter general y la información que surge del análisis particular: un doble movimiento entre universal y particular en el que el estudio de lo singular no supone renunciar a formular una ley general, por el contrario, posibilita visualizar referencias para analizar otros procesos.⁵

En la perspectiva epistemológica planteada, el objeto y los sujetos de la investigación se funden como partes del problema a abordar, pero también, con saberes y acciones sobre este, que constituyen en su voz la relevancia.

La lógica de la investigación supone ser fiel a este proceso de producir información como un diálogo que se retroalimenta entre teoría y empiria, entre conceptualización, análisis de la realidad y reconceptualización. En este sentido, Rosana Guber plantea claramente: «La transformación de información en dato es, también inherente a las situaciones en las que la información emerge y se construye como pieza de un rompecabezas analítico que culminará en el texto final» (2013, p. 173).

En el armado analítico ha sido útil apropiarnos de parte del caudal teórico-metodológico del materialismo cultural, fundado en los aportes del italiano Antonio Gramsci y en los desarrollos del inglés Edward Palmer Thompson y el galés Raymond Williams.

Como sostienen Norma Michi, Álvaro Javier di Matteo y Diana Vila, esta perspectiva integra «lo que en otras está escindido: a) lo material y lo simbólico, b) la reproducción y la producción dentro de la totalidad social y c) los procesos que tienden a la incorporación y a la resistencia» (2009, pp. 4-5). A dicha perspectiva integramos la del chileno-mexicano Hugo Zemelman (1997), quien, con diferente acumulado, toma el papel de los sujetos sociales en la construcción de la realidad, que —sin desdeñar el papel de las determinaciones sociohistóricas— ubica las posibilidades de acción de los individuos y colectivos en el campo de lo cultural. Esto implica organizar el estudio de la realidad desde la óptica de los sujetos sociales, renunciando al tiempo como evolución

5 «La abducción sugiere que algo puede ser: no que lo sea necesariamente... la deducción solo permite hacer predicciones, si la teoría y el caso están establecidos; y la inducción solo permite comprobar (falsear o corroborar esas predicciones particulares)» (Samaja, 1995, p. 88).

inexorable y a las estructuras sociales como determinantes de la acción humana, reemplazándolos por un análisis que subraya el proceso de historización en las prácticas constructoras de los sujetos, en las que la apropiación material y subjetiva de la experiencia juega en la constitución de los sujetos. Ello no supone una renuncia al marxismo, sino a una difusión estructuralista del marxismo que anula el papel de los sujetos y privilegia la lectura de las determinaciones estructurales sin dialéctica.

El desafío epistemológico está en producir conocimiento a partir de un doble movimiento de síntesis, por un lado, de la información producida con los diferentes instrumentos, constatada por la diversidad operativa de acercamiento y lectura de la realidad, y, en otro nivel de análisis, a partir de las interrogantes formuladas en la investigación y de las categorías analíticas concertadas como referencias conceptuales e históricas del fenómeno. Para ello se tomaron, en tanto investigación descriptivo-exploratoria de carácter cualitativo, aportes de la hermenéutica en diálogo con la dialéctica del materialismo cultural. El mencionado desafío está dado, además, por el esfuerzo plural de sintetizar las fuentes teórico-metodológicas reseñadas y, por identificar la voz, experiencia y acción de los sujetos sociales en su contexto histórico y social, como centro de la propuesta metodológica: «... la teoría del sujeto deviene en la teoría de la subjetividad constituyente, no solamente de actores históricamente acabados, completos en sí mismos y capaces de regir el desenvolvimiento de los procesos históricos» (Zemelman, 1997, p. 27).

Recuperar la praxis de los sujetos, sus sentidos, la observación y análisis de las prácticas habituales que configuran experiencias sociales, individuales y colectivas, genera un quiebre con las perspectivas positivistas y tensiona los parámetros de cientificidad y objetividad defendidos por parte importante de la comunidad académica, lo que requiere, entonces, un doble esfuerzo, de fundamentación de la perspectiva y validación de los conocimientos producidos.

Afirmamos que toda producción de conocimientos es una producción cultural, por tanto, histórica y no neutra, que exige una vigilancia epistemológica, ya que, en la elaboración de significados sobre el discurso y la praxis de los sujetos se pone en juego el sentido dado a la acción por los propios sujetos, pero también los sentidos de quien los interpreta.

En esta línea optamos por el criterio de *validez* y no por el de *verdad*, y por el de *objetivación* en lugar del de *objetividad*.

La objetivación «connota los procesos de relación que los sujetos establecen con las realidades materiales y simbólicas, en virtud de las cuales, realidades y sujetos se transforman en objetos de experiencias humana, social y gnoseológica» (León, 1997, p. 40).

Las formas de sociabilidad, en tanto trama de relaciones sociales entre individuos y colectivos, y la historicidad, como condensaciones de estas, determinadas mutuamente por las circunstancias, son para los autores aludidos

ventanas desde donde observar, leer dichos procesos. Por un lado, el énfasis está en la simbolización y dotación de significados que los sujetos movilizan en su interpretación e intercambio con el mundo; por el otro, la puesta en foco en el problema del sentido y sus funciones de horizontes para la vida social, las temporalidades sociales y la ubicación del lugar desde el cual estas se anudan (León, 1997).

La identificación y el análisis de los sentidos no refiere a una ontología lingüística, sino que estos son entendidos como emergentes expresivos de la capacidad y la necesidad de todo sujeto de significar y tener sentido de sus circunstancias y las alternativas de acción que estas posibilitan. Porque entendemos, como sostuvo Néstor García Canclini, que «no hay producción de sentido que no esté inserta en estructuras materiales» (1986, p. 42).

La perspectiva asumida no prescinde del papel de las determinaciones sociales, económicas y políticas en los sujetos, sino que las asume como circunstancias que condicionan trayectorias históricas posibles, en las que el papel de la autonomía de los sujetos se expresa en las alternativas de acción empleadas y potenciales, en función de la multiplicidad de opciones de sentido que pueden contener. En consecuencia, el proceso constitutivo es uno de construcción de las realidades que determinan a los sujetos como tales, en el interior de un movimiento de definición y realización de trayectorias históricas posibles (León, 1997, p. 52).

La constitución como sujetos, en tanto portadores de acciones con sentido que transforman su realidad, refiere a la otra cara de los procesos de objetivación, que son los de la subjetividad.

La relevancia de la categoría *subjetividad* está en su constitución como síntesis de cuerpo, psiquis y circunstancias (historia, materialidad y cultura), en la que lo social y lo individual son indivisos y constituyentes del sujeto.

Afirma Zemelman:

... no reducirlas a mecanismos propios de la subjetividad individual, o, en su defecto, a una reconstrucción de las condiciones externas, que, eventualmente, las determinan. Por eso, el desafío consiste en encontrar un concepto de subjetividad constituyente que no sea operativo por reducciones al plano de las variables psicológicas, como tampoco se resuelve como simple expresión de procesos macrohistóricos (1997, p. 22).

El mismo autor sostiene que tampoco podemos asociar subjetividad con la conciencia racional en términos de incorporación de conocimientos socialmente validados. La subjetividad se nutre de lo emocional, los afectos, las representaciones y todas las formas que vinculan los aprendizajes con las propias relaciones sociales que se establecen en la satisfacción cotidiana de necesidades y la ampliación de horizontes de expectativas. Los aportes de la hermenéutica y la etnografía son pertinentes para comprender los

significados y sentidos atribuidos a las experiencias, y objetivados en actos, dichos, procesos y proyectos. En este sentido se entiende la acción humana como práctica cultural eminentemente subjetiva, pero vinculada al contexto de las experiencias vitales, que permite comprender cómo se elabora e interpreta la realidad en tanto refleja ámbitos de sentido que pueden cobrar distintas significaciones según sus contextos culturales (Zemelman, 1997). Pero praxis leída en sus expresiones individuales y organizadas como acción descriptible y potencialidad, con diversas alternativas de sentido. Así, el discurso no es lenguaje interpretado, como sí interpreta el traductor, que utiliza conceptos fijos y duraderos, sino el lenguaje como lo dicho (o no dicho), de carácter histórico, que sin esa relación «solo queda un absurdo juego de significantes errabundos» (Ricoeur, 2008, p. 62).

En la perspectiva de Paul Ricoeur (2008), el discurso y la práctica (acción) de los sujetos contiene la exteriorización de las intenciones y de los sentidos; por eso no es relevante el acontecimiento del habla, sino lo dicho o hecho.

Recurrimos a Ricoeur (2008), quien —apoyándose en los que define como maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud— afirma la necesidad de dudar de la conciencia del sujeto y sus representaciones. «De este modo, la estrategia hermenéutica consiste en considerar las ficciones narrativas sospechando de las verdades instituidas, considerando el inconsciente —Freud—, la voluntad de poder —Nietzsche— y el dominio de clases —Marx—» (Tani *et al.*, 2004, p. 123), para *leer* a los sujetos en dicha complejidad. En este sentido, lo dicho debe entenderse no como reflejo del habla, sino que expresa lo concreto en su relación con el mundo, pero también lo latente, lo contradictorio y lo ocultado. Debemos hacer, como sostiene José Luis Rebellato, «una interpretación donde es necesario pasar del sentido inmediato, literario y primario, al sentido indirecto, figurado y secundario» (1989, p. 39).

Para convertir la interpretación en comprensión es necesario «descifrar para desplegar la pluralidad de estratos de significado» (Ricoeur, 2008, p. 71), es pertinente afirmar ciertos criterios metodológicos de la hermenéutica que son: entender el discurso en su totalidad —también lo que Clifford Geertz (1994) denomina el círculo hermenéutico—, y contextualizar el discurso y la acción. El primero refiere a un movimiento de reconstrucción del fragmento en su totalidad, que incorpora las diferentes formas de lenguaje (digital y analógico), así como sus linealidades y discontinuidades, los enunciados y las reglas de enunciación. «La reconstrucción del texto como un todo posee, en consecuencia, un carácter circular, pues la presuposición de un cierto tipo de todo está implícita en el reconocimiento de las partes» (Ricoeur, 2008, p. 71). Así se vincula el segundo criterio que mencionamos, el círculo hermenéutico es ir del todo a las partes y viceversa, es «situar a ambas partes en un contexto en el que se expliquen mutuamente» (Geertz, 1994, p. 89). Esto implica lo

que el mismo autor menciona: trabajar con *descripciones densas*, vinculando la etnografía con la interpretación como práctica sistemática de observación y diálogo en el espacio cotidiano de los sujetos de la investigación.

El proceso de contextualización refiere a la lectura del discurso y la acción en un espacio más amplio de explicación que lo contiene, y que sin su lectura pierde sentidos, es decir, implica el reconocimiento de las texturas culturales, históricas y organizacionales de dicho contexto. Este es un esfuerzo descriptivo, reflexivo y analítico de lo que sucede en el campo en una relación intersubjetiva; para plantearlo en términos claros, entre investigador y el investigado, que explicita las implicancias y los marcos referenciales del primero, pero que «avanza progresivamente en el reconocimiento de temas, términos y relaciones según la lógica de sus sujetos de estudio», lo que «no puede proveer un núcleo metodológico ordenado a priori o externo a ellos» (Guber, 2013, p. 83). Esto no implica naturalizar lo dado ni sustancializarlo, sino «imaginar la diferencia (lo que por supuesto no quiere decir inventársela, sino hacerla evidente)» (Geertz, 1996, p. 89), es decir, identificar la novedad y la diferencia como práctica científica de recreación de la realidad.

La propuesta metodológica explicitada, en una articulación pluralista, resigna su fuerza fenomenológica para articularse con principios del materialismo dialéctico como la historicidad, la totalidad y el papel de los sujetos sociales como producto y productores de sus circunstancias.

El *principio de totalidad* es entendido como relación dialéctica del todo con las partes, y la parte, como expresión del todo, no como absoluto o primacía totalitaria de la idea o la materia. Como sostiene Silvia Alderoqui, «mirar los fragmentos, lo inusual, lo particular, el sedimento, la miniatura, el intersticio, no porque renunciemos a la totalidad, sino para buscarla en los detalles casi invisibles» (2009, p. 125).

La *historicidad* se entiende como devenir en el tiempo que constituye y es constituido por las circunstancias económicas, políticas y culturales y, por la acción de los sujetos sociales; historicidad también en tanto «lugar de efectos duraderos, de pautas persistentes. Una acción deja huellas, pone su marca, cuando contribuye a la aparición de pautas que se convierten en los documentos de la acción humana» (Ricoeur, 2008, p. 66).

Zemelman y León (1997) plantean la tríada memoria, experiencia y utopía como los elementos constitutivos de la subjetividad que vinculan el pasado con el presente, como experiencia sedimentada en significados y sentidos, en tanto apropiación del mundo y, al presente con el futuro, como horizontes de sentido posibles. Tomar la tríada como el núcleo constituyente de la subjetividad tiene un valor heurístico y hermenéutico, para comprender la confluencia de estos distintos planos de la apropiación de la realidad por parte de los sujetos sociales.

El valor de la memoria está dado por recuperar en el presente la apropiación del pasado, como dice Emma León:

... la memoria, a secas, cumple esa función de hacerse en el presente de los sujetos, un (unos) pasado(s) mediató e inmediato, recordado o solamente vivenciado aproblemáticamente en todas las escalas posibles de sujetos (individuales, colectivos, etc.) y traducido en cosmovisiones, valores y sentires que colorean los significados y sentidos sobre el tránsito de un grupo humano y sus miembros (1997, p. 65).

Esta perspectiva, además de ubicar temporal y espacialmente la praxis de los sujetos en la coyuntura y en la historia, considera los cursos posibles como potencialidades de acción que surjan de esa coyuntura. La experiencia también expresa su sentido, no solo como proyección del pasado, sino como praxis orientada por una visión del futuro, de sus posibilidades y los componentes utópicos. Son precisamente estas cualidades de tránsito y horizonte de sentidos las que hacen que memoria y utopía tengan fuerza evocativa y analítica para explorar esa superposición de planos y tiempos del proceso constitutivo e historizado de la realidad social, cuando lo vemos desde el ángulo de su motor constructor (León, 1997). Es un aporte importante de la presente perspectiva, en tanto afirma la articulación temporal y espacial y la necesidad de estudiar a los sujetos a través de sus discursos, repertorio de acciones, relaciones, de su conciencia y de su proceso de transformación. El papel de la subjetividad es mediar entre los diferentes planos temporales interconectados —el presente, el pasado y el futuro— y las relaciones con los otros sujetos y las representaciones.

... suponen una situación de confluencia de planos de realidad donde se manifiesta la relación de la memoria (reconstrucción del pasado) con la praxis (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro) y con la representación que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia (la dimensión meta del conocimiento). [...] La tensión existente entre estos cuatro planos (la memoria, la praxis, la utopía y la representación) vincula la dinámica de la subjetividad, en primer lugar, a la relación de apropiación que el sujeto mantiene con aquello que le determina; en segundo lugar, al mundo conformado por las necesidades, en un tercer momento al reconocimiento de opciones (direccionalidades) para satisfacer estas necesidades, en base al desarrollo de la capacidad para construir proyectos (reconocer opciones viables o alternativas de sentido) y, finalmente, a la conciencia e interpretación que el sujeto tiene de su realidad (Guerra Rodríguez, 1997, pp. 113-114).

La direccionalidad planteada no es solo en relación con el futuro, sino que es una relación del presente con el pasado que lo significa, pero, sobre todo, en tanto experiencia, le da sentido al presente y proyección. Desde esta perspectiva es relevante conocer la visión y la orientación al futuro, que en

los sujetos se manifiesta en el sentimiento acerca de un futuro que se estima deseable, lo que puede transformarse en prácticas políticas. En este sentido es importante recuperar el movimiento molecular de Gramsci, que permite entender la especificidad que asume la subjetividad en las posibilidades históricas de transformación. Como sostiene Zemelman, «la realidad también es la potencialidad que se contiene en la intencionalidad de construir desde lo dado [...] lo que implica un ensanchamiento de lo dado en la percepción, experiencia y conocimiento que es producto de una necesidad de realidad» (1997, pp. 28-29).

Experiencia y conocimiento

Continuado con el desarrollo anterior, es importante recuperar las reflexiones de Giorgio Agamben (2007) en las que plantea que asistimos a un tiempo de *desprecio de la experiencia*. Una preocupación similar lleva a Boaventura de Sousa Santos, por distintos caminos, a caracterizar la racionalidad actual como *desperdicio de la experiencia* (2003). En una primera parte intentaré dialogar con estos dos autores, entre otros, para luego centrarme en la categoría *experiencia* en Thompson y su vínculo con los procesos de *con-formación* de los sujetos.

Al analizar el valor despectivo que se le asigna a la experiencia, Agamben toma el texto inicial de Walter Benjamin, *El narrador* (1933), en el que se refiere al empobrecimiento de las experiencias signadas por la aberración de la guerra mundial, la crisis económica y el ascenso del nazismo. Plantea la desaparición de la figura del narrador y con ello la imposibilidad de la narración e intercambio de experiencias.⁶ La imposibilidad de elaborar las experiencias, de darles un sentido propio, es lo que debilita su transmisión. No obstante, Agamben (2007) sostiene que no es necesaria una catástrofe para la destrucción de la experiencia, sino que la propia cotidianidad en las urbes la facilita. La transmisión que se realizaba de generación en generación refería a lo aprendido, a lo cotidiano, a lo ordinario, no a lo extraordinario, sostiene el autor, lo que no da autoridad a quien trasmite algo con base en su experiencia.

6 «Con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que aún no se ha detenido. ¿No se notó acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos. Todo aquello que diez años más tarde se vertió en una marea de libros de guerra, nada tenía que ver con experiencias que se transmiten de boca en boca. Y eso no era sorprendente, pues jamás las experiencias resultantes de la refutación de mentiras fundamentales significaron un castigo tan severo como el infligido a la estratégica por la guerra de trincheras, a la económica por la inflación, a la corporal por la batalla material, a la ética por los detentadores del poder. Una generación que todavía había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos se encontró súbitamente a la intemperie, en un paisaje en que nada había quedado incambiado a excepción de las nubes» (Benjamin, 1991, p. 2).

La filosofía clásica y el discurso científico moderno han construido jerarquías entre los saberes, legitimando la ciencia como la forma de saber «verdadera». La experiencia es considerada un conocimiento inferior, inicial; al buscar verdades universales, estos conocimientos tienen que ser independientes de la experiencia. Para Aristóteles la experiencia es necesaria, pero no suficiente; la experiencia (*empeiria*) es inferior al arte (*technê*) y a la ciencia, porque el saber que surge de la experiencia es conocimiento de lo singular y la ciencia debe serlo de lo universal (Larrosa, 2003). Esa raíz griega, según Laurence Cornu (2002), vinculada a la empiria, pasa al latín como *peritus*, como *experitus* y *expertus* (experimentado).

La ciencia y la filosofía clásicas desconfían del saber producido por la experiencia por estar ligado a situaciones concretas, mediadas por los afectos y las pasiones, y relacionado con una temporalidad y contexto particulares.

En su esfuerzo por ser objetiva y predictiva la ciencia moderna ha cosificado, controlado, calculado y expropiado la experiencia, convirtiéndola en experimento; «responde a esa pérdida de certeza que transporta la experiencia lo más afuera posible del hombre: a los instrumentos y los números» (Agamben, 2007, p. 155). Agamben sostiene que la ciencia ha expropiado a la experiencia, transformándola en experimento. Cita a Francis Bacon con los fundamentos de la ciencia moderna:

La experiencia se encuentra espontáneamente, se llama caso, si es expresamente buscada toma el nombre de experimento. Pero la experiencia común no es más que una escoba rota, un proceder a tientas como quien de noche fuera merodeando aquí y allá en la esperanza de acertar con el camino justo, mientras que sería mucho más útil y prudente esperar el día y encender una luz, después, se alumbra el camino, comenzando por la experiencia ordenada y madura, y ya no por aquella discontinua y enrevesada; primero deduce los axiomas y después procede como nuevos experimentos (citado en Agamben, 2007, p. 154).

El mismo Bacon afirma que si la experiencia científica es el camino cierto hacia el conocimiento (etimológicamente, *método* es ‘camino’, ‘sendero’), la experiencia humana implica la aporía, la ausencia de camino (Agamben, 2003, p. 164).

Las ideas de conocimiento y saber comienzan a identificar al primero con la ciencia, y por lo tanto con la legitimidad de sus enunciados y al segundo, con las otras formas, como expresiones particulares vinculadas a la empiria aleatoria.

La racionalidad moderna separa la doble acepción —y concepción— de la experiencia, entre lo que se aprende empíricamente y lo que se ensaya en forma reglada (Cornu, 2002).

Las formas del saber dan lugar a discursos sobre estas con el impulso clasificatorio de la racionalidad moderna, generando jerarquías y legitimidades.

Jacques Rancière plantea en el prólogo de *La Noche de los proletarios* que rescatar los textos obreros como producciones en las interrupciones del tiempo industrial es «abolir la jerarquía de los discursos», en relación con los discursos académicos que los reducen a su condición social o proceso historiográfico, y afirma además que son «mutaciones efectivas del paisaje de lo visible, de lo decible y de lo pensable, transformaciones del mundo de los posibles» (2010, pp. 8-9). Dichas posibilidades refieren a alteraciones, no solo en el presente, sino en el horizonte de expectativas de los sujetos de las experiencias. Graciela Frigerio y Gabriela Diker sostienen que es en esa «alteración donde reside quizá la única posibilidad de saber» (2010, p. 8).

Ana Inés Heras Monner Sans (2011) toma la idea de Piera Aulagnier de que el aprendizaje supone transgredir el límite percibido en el cual los sujetos producen relaciones con el saber diferentes a las dadas, a través de transgredir lo ya sabido, orientados por el deseo; la experiencia supone presionar dichos límites. En sus estudios sobre los procesos de autogestión de empresas recuperadas, señala los espacios cotidianos, los conflictos y las tensiones, los espacios de toma de decisiones y los sentidos atribuidos a la autogestión como momentos formativos, en el sentido que estamos trabajando experiencia, pero con énfasis en los imaginarios que construye como ruptura con lo instituido.

Larrosa propone dignificar la experiencia, lo que supone reivindicar todo aquello que tanto la filosofía como la ciencia desestiman: la subjetividad, la incertidumbre, la provisionalidad, la vida (2003, p. 5). Esto no implica sobrestimar ni sustancializar la experiencia en términos de legitimidad o autoridad, como discriminador de quién sabe y quién no, como lugar del saber por lo acumulado, sino justamente, en tanto finita, relativa y contingente. Supone entenderla con sus componentes de acumulación y exploración, saberes e ignorancias, como sostiene Larrosa, «no como lo que es, sino como lo que acontece» (2003, p. 6).

De Sousa Santos (2003), como referíamos antes, caracteriza la racionalidad actual como desperdicio de la experiencia, en tanto identifica un desfase entre experiencias y expectativas. Se invirtió lo que el progreso prometía sobre estadios de evolución en el futuro, oscureciendo sus posibilidades, produciendo la globalización neoliberal expectativas negativas y deficitarias en relación con las experiencias.

Al tornarse hegemónica, la racionalidad moderna inhibe las posibilidades de emergencia de otras racionalidades; al negarlas crea formas de inexistencia, es decir, las adjetiva con lo antiguo, inferior, particular o estéril. Ejemplo de ello puede encontrarse en Frederick von Hayek (1990 citado en Rebellato, 1996), el teórico del neoliberalismo que denominaba a la propuesta de la izquierda intelectual y política como *la fatal arrogancia*, necia en negar al

mercado como organizador de las oportunidades y destinos, normalizando y universalizando una sola forma de conocimiento y regulación social.

En oposición, mencionábamos que De Sousa Santos (2003) propone lo que llama una *sociología de las ausencias*, que elucida las experiencias que la racionalidad moderna niega, para ampliar el presente visibilizando lo ausente. En el mismo sentido, propone una *sociología de las emergencias*, que promueve la visualización de otros posibles, de formas incipientes o expresiones novedosas.

Agamben plantea que parte importante del cambio ocurrido en el significado de la experiencia se produjo al suprimir la imaginación como parte del conocimiento, como lo «irreal» (2007, p. 160), siendo la imaginación la posibilidad de proyección de lo inesperable a partir de la experiencia, de lo incubado, de lo emergente.

Es en el fortalecimiento del poder de nuestra imaginación para captar lo que hay frente a nosotros donde residen los usos y el estudio de la diversidad [...]. Y para ello simplemente no basta con lo que ya hemos visto (Geertz, 1996, p. 92).

En la línea que se viene desarrollando es importante analizar cómo Thompson, el historiador inglés, coloca la experiencia articulada con la cultura como vínculo entre las determinaciones sociales y las posibilidades de acción. Para él los individuos viven en determinadas condiciones en las que la experiencia se convierte en pensamiento, ideas, valores, sentimientos, e identifica formas más elaboradas como el arte o las convicciones religiosas. A estas las llama conciencia afectiva y moral. Afirma:

Os valores não são apenas «pensados», nem «chamados»; são vividos e emergem no interior do mesmo vínculo com a vida material e as relações materiais em que surgem nossas idéias. São as normas, regras, expectativas, etc., necessárias e aprendidas (e «aprendidas» no sentimento), no habitus de viver; e aprendidas, em primeiro lugar, na família, no trabalho e na comunidade imediata. Sem esse aprendizado a vida social não poderia ser mantida e cessaria toda produção (Thompson, 1981, p. 194).⁷

Aquí se evidencia el aporte del autor abonando la tradición marxista gramsciana, que asigna a lo cultural un lugar central en las relaciones entre

7 Los valores no son apenas «pensados» ni «llamados»; son vividos y emergen en el interior del mismo vínculo con la vida material y las relaciones materiales en que surgen nuestras ideas. Son las normas, reglas, expectativas, etc., necesarias y aprendidas (y «aprehendidas» en el sentimiento), en los habitus de vivir, y aprendidas, en primer lugar, en la familia, en el trabajo y en la comunidad inmediata. Sin ese aprendizaje la vida social no podría ser mantenida y cesaría toda producción (traducción del autor)

estructura y superestructura, y la dirección política, moral y cultural de la sociedad es un campo de disputa en el que surge la experiencia como expresión de dicha práctica social. La experiencia supone una vivencia sedimentada y significada que imprime un nuevo punto de partida a lo vivido y, por tanto, nuevos posicionamientos frente a los hechos y las acciones. Williams (1980) complementa y potencia esta perspectiva al conceptualizar dichos cambios como *estructura de sentimientos*, como incorporación anterior de una concepción del mundo definida, clara. En este sentido es importante, por el objeto de estudio, analizar los aprendizajes en términos del sentido que su historicidad y su proyección le asignan a la experiencia. La experiencia condicionada por las circunstancias históricas forma a los sujetos, por sus efectos socializadores y contenedores de prácticas que ejercen sobre la conciencia presiones y expresiones de la relación de los sujetos con otros, con el mundo, con su historia y con las expectativas de futuro.

Lo consignado hasta aquí se vincula con la relevancia colocada en la producción de conocimientos. Asimismo, la articulación de las necesidades de los sujetos se vincula con sus experiencias y con los sentidos que se les atribuyen. Por ello se trabajó a partir de las narrativas, como apropiaciones simbólicas y subjetivas de los procesos, contextualizadas en el devenir histórico, que condicionó dichas experiencias y que limitó o posibilitó su emergencia y desarrollo.



Foto: Gustavo Castagnello, Jornada solidaria FUCVAM, 2017

Habitar la ciudad

Espacio, ciudad y sociabilidad: cambios contemporáneos

El espacio geográfico es espacio natural, pero a su vez es el de las relaciones sociales y es producto y productor de ellas. En la acción de los hombres por transformar la naturaleza, transforman y construyen el espacio.

El espacio social es la materialización de la existencia humana (Lefebvre, 1983) y, por tanto, es histórico y parte de la totalidad social.

El espacio urbano asume su carácter físico y social como una relación mutuamente determinante e indivisible.

La relación de los sujetos con el espacio está mediada por necesidades, intereses e instituciones sociales, condicionados por relaciones económicas, políticas y socioculturales. José Gualteros Trujillo (2009) establece tres ideas fundamentales para el desarrollo de este trabajo: primero que dicha relación no puede establecerse como continente-contenido, es espacio no externo al sujeto; la segunda idea plantea que la creación de espacios no alude exclusivamente a la construcción arquitectónica y, por último, que la creación de espacios es la exteriorización del mundo de la vida: vivencias, sentidos de realidad y significados contruidos con otros.

El espacio urbano crece con la reducción y la oposición del espacio rural. Esta es la contradicción principal planteada por Marx y que Lefebvre (1983) definió como un proceso de la sociedad occidental de *urbanización completa*.

En su surgimiento, la ciudad moderna es indisociable de los procesos económicos, sociales y políticos que favorecieron el desarrollo y la consolidación del capitalismo y de los estados-nación. Para la tradición marxista que sustenta el desarrollo de esta conceptualización y referencia histórica la ciudad expresa, por la posibilidad de aglomerar medios y personas, las condiciones para el desarrollo del capitalismo. En tanto su valor de uso está dado por la utilización del suelo y sus construcciones por los diferentes grupos sociales, como soporte físico del desarrollo cotidiano, la apropiación privada de las condiciones y los equipamientos urbanos, inserta en las relaciones de producción, coloca a la ciudad con preeminencia de la lógica del valor de cambio. La infraestructura y los servicios urbanos imprimen una forma determinada de socialización de las necesidades de producción y reproducción, y el acceso diferenciado de los distintos grupos sociales caracteriza el proceso de segregación socioespacial.

Es así que la ciudad industrial, predominante del siglo xx, expresó materialmente la división social del trabajo, distribuyendo en el territorio a los diferentes grupos sociales, «la jerarquía social se redefine en su expresión

espacial, destacando la distancia topográfica entre las clases sociales, manifiesta en el mencionado dispositivo de la segregación» (Portillo, 1991, p. 63). Esto tiene impactos hasta nuestros días, y ha sido modificado parcialmente por las nuevas lógicas del capital y la preeminencia del capital financiero y el mercado transnacional.

La globalización y el agravamiento de las expresiones de la cuestión social tuvieron, sobre todo a partir de los noventa, sus manifestaciones en el crecimiento de las ciudades, principalmente de los sectores empobrecidos. Dicho crecimiento, que expone con mayor claridad la segregación residencial homologada a los lugares que ocupan las diferentes familias en la estratificación social, rompe con la conformación histórica de los barrios intermedios de carácter pluriclasista.

Estas transformaciones se dan en procesos de homogenización de la población en el territorio (Kaztman, 2001; Kaztman, Filgueira y Errandonea, 2014), donde los habitantes se interrelacionan cada vez más entre iguales y se separan de quienes son diferentes, lo que implica la pérdida de posibilidades e identidades barriales a partir de la diversidad y el encuentro de experiencias de vida diferentes que enriquecen la vida comunitaria. Por un lado, se desarrolla una ciudad moderna con infraestructura y servicios urbanos completos, y en el otro extremo, zonas con deterioro, un poblamiento con resoluciones desparejas de los satisfactores básicos, lo que configura la segregación socioespacial como una de las categorías centrales para analizar el desarrollo urbano actual.

Es útil recurrir a Jean Lojkin (1986), quien distingue, además de la forma mencionada de segregación —vinculada a la separación entre zonas y viviendas según los estratos sociales— otras dos formas: la oposición entre centro y periferia y la fragmentación de las *funciones* urbanas. Ambas actúan como procesos coadyuvantes del ya mencionado, en el que las áreas centrales, además de concentrar el poder político, son ocupadas para usos comerciales y financieros puesto que cuentan con todos los servicios urbanos.

Si bien la idea de centro que plantea Lojkin, como el área central de la ciudad, se ha modificado por el surgimiento de otros centros de concentración de capital (Acosta *et al.*, 2014) o de consumo, en todos los casos configuran espacios diferenciados por la infraestructura, los servicios, su accesibilidad y el prestigio social.

La otra forma de segregación refiere a la especialización de áreas urbanas como reflejo de la división social y territorial del trabajo: se segmenta en áreas de especialización comercial, bancaria, recreativa, habitacional, etc., y en función de la renta de localización que determina el precio del suelo urbano y, por tanto, el mercado de la vivienda, lo que la vuelve inaccesible para ciertos sectores, definiendo algunas zonas de preferencia por ubicación, prestigio o dotación de servicios.

El desarrollo y el crecimiento de la ciudad —que consolida la segregación— es expresión y resultado de los intereses en pugna. El Estado, al intervenir con políticas urbanas y habitacionales, y al asegurar las condiciones generales de la producción y la reproducción de la población, ha contribuido históricamente a la segregación socioespacial y a la ubicación en el espacio de los diferentes grupos sociales.

Si bien los cambios en las orientaciones gubernamentales en Uruguay han limitado dichos procesos, revalorizando el papel del Estado en la redistribución de la riqueza, tienen limitaciones estructurales al primar la lógica mercantil en el desarrollo de la ciudad, su mantenimiento y localizaciones (Álvarez *et al.*, 2014).

El fenómeno de la segregación tiene una versión autosegregada cuya expresión son los *country* o barrios privados. Es la multiplicidad de intereses económicos en juego expresados en las acciones de los diferentes grupos, corporaciones, movimientos y fracciones de clase lo que configura la dinámica del desarrollo urbano. En este, la propiedad privada es la clave para comprenderlo y explicarlo. Sostiene David Harvey que «para funcionar, el libre mercado neoliberal necesita que haya escasez. Si no la hay, se ha de crear. Esto es lo que hacen la propiedad y el beneficio privado» (2008, p. 46).

En el caso del suelo urbano la propiedad privada y la escasez o el monopolio es lo que configura el papel que juega la renta del suelo en la distribución en el territorio de los diferentes segmentos de la población, permeando incluso la acción del Estado.

Es la renta del suelo la que en última instancia orienta las diversas localizaciones. Esta consiste en un precio que debe abonarse por un objeto sin valor (ya que no ha sido producido) y cuyo fundamento radica en la existencia del derecho a la propiedad (Portillo, 1991). El autor problematiza el derecho a la propiedad, fundante de la sociedad capitalista, en su enmascaramiento ideológico, con consecuencias políticas, sociales y económicas, y no meramente jurídicas. Es así que esta relación social —la propiedad privada del suelo— lo es en la medida en que (a diferencia de cómo lo enuncian las normas jurídicas) el propietario no se «relaciona» con el objeto, sino con otros individuos, que deben reconocer su título de propietario. No es humanamente posible relacionarse con objetos inanimados, solo la ideología lo concibe de esa forma (Portillo, 1991, pp. 26-27).

En una investigación de Martha Cecilio y otros (1999), que tiene sus años, pero mantiene vigencia para explicar el crecimiento de la periferia de Montevideo, se afirma que este se ha desarrollado mediante tres modalidades y sus hibridaciones: la ciudad *tradicional*, la ciudad *de los conjuntos habitacionales* y la ciudad *informal*. La primera ha implicado el crecimiento mediante emprendimientos inmobiliarios de fraccionamiento y amanzanamiento privado, a través de programas públicos que promovieron el establecimiento de familias y, en muchos casos, de la autoconstrucción de viviendas para sectores

medios y asalariados, que se ha extendido hacia el este y el norte del departamento. La segunda modalidad se vincula a los *conjuntos habitacionales*, tanto *barrios obreros*, complejos de INVE, complejos del BHU, *unidades habitación*, *barrios de emergencia* y cooperativas, NBE, es decir, conjuntos habitacionales de gestión o financiamiento público. Por último, la ciudad *informal* refiere al crecimiento por ocupaciones de predios, mayoritariamente en zonas rurales o espacios no edificables, por parte de sectores expulsados del medio rural, hasta los setenta, y en las últimas décadas, del centro urbano o la zona intermedia, como nuevas formas de reproducción social de las clases populares. Esta última configura la pauta prevalente en el crecimiento de la ciudad en los últimos treinta años, sobre todo en la periferia oeste, noroeste y noreste de Montevideo, excediendo cuantitativa y cualitativamente las otras dos.⁸

A partir de los noventa, las ocupaciones, denominadas *asentamientos*, difieren de las conocidas como *cantegriles*, y se ubican en zonas visibles, con mejores condiciones de habitabilidad en su mayoría, porque a ellos se incorporan sobre todo sectores de asalariados que tuvieron que cambiar sus condiciones habitacionales debido a la pérdida de trabajo o de salario real, fundamentalmente durante esos años, lo que determinó su incapacidad de participar del mercado arrendatario regular.

Si bien en la última década se registran pocos asentamientos nuevos, se registró una densificación de los existentes, lo que ha implicado la reproducción de las nuevas generaciones en las mismas condiciones materiales de vida que las de sus antecesores.

Cambios en la territorialidad, la subjetividad y la sociabilidad

La reestructuración productiva impone nuevos usos al territorio, así como apropiaciones estratégicas de las partes de las ciudades construidas en momentos históricos anteriores, con otras lógicas (Torres Ribeiro, 2009).

Se pueden identificar como transformaciones territoriales urbanas actuales: la intensificación de la competencia entre ciudades por inversiones privadas, el aumento de la desigualdad socioespacial, la privatización y nuevas formas de uso de los espacios públicos, la reducción de las relaciones interclases y el debilitamiento y la fragmentación del tejido social urbano (Torres Ribeiro, 2009).

La mencionada reestructuración debe analizarse en las fases de producción, circulación y consumo, en las que la ciudad toma el lugar de flujos, como correlato de la fluidez de la etapa actual del capitalismo, el desarrollo

8 «Aquellos barrios con menor densidad bruta de población, ubicados generalmente en la periferia de Montevideo, distantes de servicios, sin infraestructura mínima, exhibieron en el último período intercensal las tasas más altas de crecimiento, al recibir importantes contingentes de personas que provenían en su mayoría de otros barrios de la ciudad» (Katzman, Filgueira y Errandonea, 2005, p. 17).

del *marketing* urbano, que subraya la imagen como dominio de la comunicación, que invade todos los espacios y hace surgir a la ciudad como una gran vidriera y plataforma del consumo. La fluidez y su expresión espacial, los flujos, lleva a diferenciar crecientemente los espacios de las empresas de los de la vida cotidiana de la población (Ciccolella y Mignaqui, 2009), configurando una distinción con la ciudad industrial que se señalaba antes.

Las transformaciones se dieron, sobre todo, por cambios en los usos del espacio y del tiempo, con el cambio de las tecnologías de la información y la comunicación. Esto no solo impacta en los cambios en la ciudad y los nuevos enclaves urbanos, sino también en la preeminencia de la racionalidad instrumental como subjetividad derivada de la racionalidad tecnológica.

Se mercantilizan las relaciones, las formas de ayuda toman valor de cambio o se institucionalizan (Estado, ONG o filantropía), desplazando a las solidaridades comunitarias.

O fato de última modernidade sustentar-se em ininterrupta oferta de inovações tecnológicas atinge a própria percepção do tempo, gerando a ilusão de que o único futuro possível é constituído pela infinita reprodução dos movimentos do presente (Torres Ribeiro, 2009, p. 29).⁹

Los procesos mencionados impactaron en la sociabilidad y en los vínculos interpersonales, exacerbando los proyectos individuales y debilitando las capacidades de construcción de lo colectivo. La integración territorial entre los grupos socioeconómicamente diferentes y las posibilidades de convivencia se fragilizaron con expresiones extremas como la discriminación y la estigmatización.

Bauman sostiene que el incremento de la libertad individual tiende a coincidir con un incremento de la impotencia colectiva. El individuo gana un grado de autonomía mayor, al tiempo que la acción colectiva se restringe a manifestaciones de intereses focalizados o inmediatos (Lechner, 2002).

La instauración de la inseguridad económica y laboral de los noventa se potenció con el incremento de la violencia que, ligada al miedo y la desconfianza, atomizan a la población en los reductos de lo íntimo, inhibiendo vínculos de vecindad y cooperación.

Las diferentes formas de desafiación que predominaron (comunitaria, laboral o territorial) fragilizaron los vínculos, la representación colectiva como sociedad, llegando incluso a los espacios más íntimos como el familiar o la pareja; como afirma Norbert Lechner prevaleció «un desencanto, más resignado que rebelde» (2002, p. 81). Ello imprimió una subjetividad individualizante, resignada, desconfiada de los procesos colectivos, que más de

9 El hecho de que la última modernidad se sustenta en una oferta ininterrumpida de innovaciones tecnológicas llega a la percepción misma del tiempo, generando la ilusión de que el único futuro posible está constituido por la reproducción infinita de los movimientos del presente (traducción del autor).

una década de gobiernos de izquierda no han logrado revertir.¹⁰ Se modifica así, en su expresión territorial, la función integradora que había tenido el barrio hasta tres décadas antes, la que ha desaparecido, perdiendo su carácter mediador entre el espacio privado y el público. En la ciudad prevalece una circulación social en zonas limitadas, entre pares, lo que implica la disminución de la centralidad de los espacios comunes y el debilitamiento de las identidades barriales, policlasistas que fortalecían el enriquecimiento de las experiencias con base en la diversidad.

La identidad que aportaba el barrio favorecía solidaridades y redes duraderas para la población, asociada en algunos casos a enclaves laborales, pero que excedían a ellos, desarrollando clubes sociales o deportivos, mutualidades e intercambios cotidianos.

La presente reflexión quiere evitar referencias nostálgicas y melancólicas sobre el barrio de antaño, muy presente en expresiones políticas y populares; por el contrario, al inscribir el barrio en la configuración desigual de la ciudad capitalista identifica procesos sociales promovidos en clave de integración ligados al trabajo asalariado (Rodríguez y Machado, 2015).

Si bien las investigaciones dan cuenta de que la segregación residencial se expresa con una creciente homogeneización de la población que vive en zonas periféricas de la ciudad (Filgueira, 2014; Kaztman, 2001), se mantienen procesos de diferenciación por orígenes o identidades, lo que genera muros invisibles que segregan dentro del territorio segregado, con expresiones de estigmatización muy fuertes.

Las variadas nominaciones que coexisten en un mismo espacio geográfico para hacer referencia a los distintos sectores de población (asentamientos, barrios, complejos de vivienda, cooperativas, etc.) trascienden lo meramente descriptivo y ponen de manifiesto los lugares simbólicos y las distintas formas de habitar la ciudad (Rodríguez y Machado, 2012).

En una misma zona cohabitan antiguos residentes identificados con la zona, poblaciones que aluvionalmente llegan con conjuntos habitacionales (algunos de ellos con soluciones habitacionales tan deficitarias como las de los ocupantes irregulares), familias que autoproducen viviendas en su mayoría precarias, en condición de ilegalidad por ocupaciones de tierras privadas o públicas y cooperativas de vivienda.

Se desarrolló, como expresión reciente de la segregación socioespacial, una suburbanización dispersa tanto de sectores de extrema pobreza como de riqueza.

10 Un ejemplo es el proceso por el que se reinstauró la negociación colectiva a partir de 2005, a través de la reinstalación de los Consejos de Salarios, que produjeron un crecimiento exponencial de la tasa de afiliación sindical, pero no así de la militancia o participación gremial.

Según Jacques Donzelot (1999) en el desarrollo de dicha suburbanización se dan tres procesos convergentes: las relaciones electivas, las selectivas y las excluyentes.

La ciudad de elección es la que se vincula a los que eligen su universo de relaciones y, por tanto, a las perspectivas sociales de quienes participan. Esto implica una disminución de la preeminencia de las relaciones de vecindad y el consiguiente crecimiento de relaciones en las que la noción de barrio tiende a desaparecer; más que con sus orígenes, que es lo que fundaba las relaciones de la ciudad industrial, estas se identifican con sus destinos, diferentes y múltiples. Sostiene Donzelot que se evita lo que el barrio favorecía, que es el contacto, la prueba del otro, tanto en el conflicto como en la solidaridad.

Lo selectivo es la definición de un grupo para cohabitar por conveniencia o estatus; «la comunidad así formada constituye al mismo tiempo la etapa suprema y la negación de la ciudad» (Donzelot, 1999, p. 13).

Las relaciones excluyentes son la cara adversa de las otras dos (las electivas y las selectivas), que generan territorios de afines, pero que no eligen las posibilidades de habitar.

Entre los aspectos más importantes de las transformaciones de las ciudades se identifica la pérdida del espacio público como el lugar de integración social, cultural y de experiencia política, en tanto espacio de expresión, debate y movilización, heredera del ágora de la *polis* griega.

En las últimas décadas el espacio público se ha debilitado en detrimento de espacios privados, de consumo, elegidos por su seguridad y que son diferenciadores de los tránsitos ciudadanos entre incluidos y excluidos; son expresiones de la fractura social. En parte por ello, las necesidades y los problemas no se identifican como comunes, dados los procesos de diferenciación, e incluso se llega a culpabilizar de esto a sectores, zonas o grupos habitacionales.

Gualteros Trujillo sostiene que asistimos a una «doble fragmentación, territorial y de la experiencia» (2009, p. 187), que tiene expresiones en la segregación territorial y la fractura social. Por tanto, es relevante la relación estrecha entre necesidades social e históricamente construidas y las formas de su resolución. Zemelman plantea que:

Las necesidades (su estructura y funciones) constituyen el meollo en torno del cual se plasma el espacio de lo político, porque este último representa el despliegue y repliegue sociohistórico, los avances y retrocesos del sustrato dinámico en que consiste el sistema de necesidades (2001, p. 55).

Se entiende relevante reconocer en la resolución de las necesidades cómo la elaboración individual y colectiva de las experiencias permite identificar intereses y, por tanto, la constitución de sujetos colectivos (Falero, 2008).

Corresponde indagar en este trabajo si la coexistencia en las experiencias cooperativas instituye otras formas sociabilidad en las que el lazo social es

cooperante para las relaciones cotidianas y el otro, como alteridad, es parte de la misma unidad y, por tanto, próximo y propio.

Sociabilidad y experiencia urbana

La sociabilidad refiere a las relaciones que se establecen en la existencia de los individuos en la sociedad. Georg Simmel la definió como la «forma lúdica de la asociación» (2002, p. 197), oponiéndola a formas institucionales de relación y socialización. Si bien debemos distinguir socialización de sociabilidad, es mediante la primera que se incorporan las normas, los usos sociales y la propia cultura, que posibilita al individuo relacionarse y comunicarse con sus semejantes, que es la base de la sociabilidad. Se podría decir, por tanto, que la sociabilidad es parte de la socialización, y que los individuos construyen la trama de significados particulares de un momento histórico mediados por la relación con los otros y con el mundo.

Williams sostiene que la expresión *socialización* acuñada por la sociología implica la incorporación de lo hegemónico:

Su descripción como ‘socialización’, el proceso universal y abstracto del que puede decirse que dependen todos los seres humanos, es un medio de evitar o esconder este contenido y esta intención específicos. Todo proceso específico vincula este aprendizaje necesario a una selecta esfera de significados, valores y prácticas que, en la proximidad que manifiesta su asociación con el aprendizaje necesario, constituyen los verdaderos fundamentos de lo hegemónico (1980, p. 140).

La sociabilidad no es un proceso natural ni exento de tensiones y conflictos, por el contrario, está mediado por intereses, experiencias y posiciones en la estratificación social.

Como sostienen Marx y Engels en *La ideología alemana*:

La primera premisa de toda la existencia humana, y, por lo tanto, también de toda la historia, es la premisa de que los hombres, para «hacer historia», se crean en condiciones de poder vivir. Para vivir hace falta más que comida, bebida, vivienda, vestimenta y algunas cosas más. El primer acto histórico es, pues, la generación de los medios para la satisfacción de esas necesidades, la producción de la vida material en sí, y eso es, sin dudas, un acto histórico, una condición fundamental de toda historia, que tanto hoy como hace milenios, tiene que ser cumplida todos los días y a todas las horas, simplemente para garantizar la vida de los hombres (1985, p. 50).

Al construir y usar las herramientas, en el propio proceso del trabajo humano, se construyen, a la vez, nuevas necesidades, sentidos y relaciones sociales, que establecen las formas de sociabilidad de los sujetos.

Jesús Martín-Barbero distingue *sociabilidad* de *sociabilidad*: a la primera, como la forma de apropiación cotidiana con capacidad de interpelar los sentidos hegemónicos, como

... la trama que forman los sujetos y los actores en sus luchas por horadar el orden y rediseñarlo, pero también sus negociaciones cotidianas con el poder y las instituciones. Desde ella emergen los movimientos que desplazan y recomponen el mapa de los conflictos sociales, de los modos de interpelación y constitución de los actores y las identidades (2002, p. 16).

En este trabajo integramos en la categoría de *sociabilidad* las formas acrílicas de socialización, como las prácticas que disputan sentidos. Es en lo microsocial que se expresa, en la interacción de los individuos, entre ellos y con el mundo, en múltiples círculos y escenarios donde se desarrolla lo cotidiano, históricamente determinado.

Los pensamientos, valores, ideas y expectativas sobre la sociedad y la vida que los individuos incorporan no son de una vez y para siempre, son redefinidos de acuerdo a la multiplicidad de experiencias de vida y se objetivan en prácticas sociales. Por ello, como anunciamos antes, tomamos como categoría *experiencia*, de Thompson y, *estructura de sentir*, de Williams, que se desarrollan más adelante. La experiencia, para Thompson, resulta de la interacción entre lo heredado con lo que se está gestando. Si bien lo analiza para la conformación de la conciencia de clase, lo podemos pensar para la experiencia urbana, como constitución de sentidos y aprendizajes. Para Williams, quien tiene un matiz con el autor, la experiencia configura una relación entre lo articulado y lo vivido, dando valor a la vivencia como posibilidad de resignificación de lo constituido, como «tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica» (1994, pp. 154-155).

La experiencia humana tiene un anclaje social e histórico que la condiciona, pero que también es intersubjetiva, es decir, los sujetos que se relacionan entre sí son instituidos por la sociedad en un momento histórico y contexto cultural. Pero, como sostiene Cornelius Castoriadis (1993), en la historia humana se da una tensión permanente entre el imaginario instituyente y el imaginario instituido. En esa relación, tensa y conflictiva los sujetos constituyen su experiencia en la relación con los otros y con las instituciones, que tienden a perpetuar un orden social.

En las ciudades se conjugan las instituciones en el espacio urbano, con lógicas mercantiles, pero también con prácticas residenciales, de asociación o de cooperación, que pueden instituir otras formas de experiencia urbana.

El concepto de experiencia urbana nos permite analizar con mayor densidad la sociabilidad en la ciudad. Lo tomamos de Ramiro Segura, quien interpreta a la experiencia como «el lado dinámico de la cultura», y la

...experiencia urbana como «pliegue» cuyas posibilidades son el «despliegue» o el «repliegue» en el espacio [...] separar y ligar aparecen como operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar, habitar el espacio y vincularse con los demás (2015, pp. 28-29).

Para el autor,

...el concepto de experiencia urbana actúa como mediación o instancia de articulación entre la ciudad y lo urbano. Es precisamente en la experiencia social (por definición, en proceso) del espacio urbano donde se produce la articulación (siempre inestable) entre la forma espacial y las prácticas sociales: los actores incorporan de determinada y variable manera la forma espacial (en relación con las condiciones socioespaciales de existencia) y la usan (ya sea de modo rutinario o disruptivo, por nombrar solo las posibilidades extremas) en relación con el modo en que la incorporaron y los sentidos que le atribuyeron en dicho proceso de incorporación y uso (Segura, 2015, p. 155).

La sociabilidad en las ciudades, como expresión y forma de lo urbano, implica diversas experiencias. En las urbes se separa, para la mayor parte de la población, el espacio productivo del reproductivo, a los que se suman los espacios de circulación, recreación y asociación.

En la sociabilidad se expresa lo espacio-temporal como constitutivo de la experiencia en la ciudad, donde lo espacial es su soporte. Lo temporal surge como significador de su existencia. Esto es estudiado con profundidad por Harvey (1992) en *La condición posmoderna* y, en particular, por Segura (2015), para analizar la experiencia urbana. Según el primero, la constricción de lo temporal y el rol de las ciudades en acelerar los procesos de producción, distribución y consumo son producto y productores de la fase actual del capitalismo globalizado. Este análisis nos da marco para analizar la experiencia urbana, con la mirada en lo micro, articulada dialécticamente con los procesos más amplios.

Segura señala que el uso del espacio, tanto residencial como de circulación o paseo, entre otros, requiere el consumo de tiempo. Para el autor:

El tiempo remite aquí a la historia material del proceso urbano de creación y transformación de la ciudad, pero también a la temporalidad de la acción (momentos), al ritmo de la vida urbana (velocidad) y al tiempo presente en los relatos de los actores (antes/ahora) (Segura, 2015, p. 29).

En el mismo sentido que analiza el autor —podríamos decir, en tanto la experiencia urbana supone conjugar procesos de unión y separación—, en la dimensión espacial nos surge la idea de límite (afuera/adentro) y de distancia (cerca/lejos), que configura dimensiones materiales, pero también sociales y simbólicas en los procesos de uso y apropiación del espacio. Estas relaciones mediadas por los límites y las distancias del espacio urbano configuran posibilidades, obstáculos y regulaciones de la vida social, permiten determinados vínculos e interacciones, inhiben otros y reproducen desigualdades sociales, lo cual nos lleva a afirmar, por desviación de algunas categorías totalizantes, que no hay una *experiencia urbana*, sino que esta se constituye diferencialmente, como procesos subjetivos de apropiación material y simbólica de la ciudad.

Para este trabajo, la experiencia del espacio construido y ocupado toma significación para los sujetos que lo habitan y lo transitan, como posibilidades de articulación de lo representado, articulado para Williams, con la vivencia de la propia existencia en él, como posibilidades de aprendizajes, en nuestro caso diferenciando la experiencia en común con la experiencia de lo común. En este sentido, la sociabilidad también implica posibilidades de asociabilidad, como capacidades colectivas de reunión y organización en torno a necesidades o intereses comunes. Estas posibilidades suponen a su vez otras formas y potencia de la sociabilidad, en las que lo territorial implica experiencias fuertes, asociadas a lo comunitario, donde lo común se funde en la experiencia colectiva. En nuestro tiempo esto es interpelado por su recurrente evocación como solución a los problemas actuales de fragmentación y conflicto social, pero también como nostalgia de lo barrial, de la sociedad con rasgos igualitarios.

Interpelaciones de lo común en la ciudad

Los cambios en la sociabilidad, matizada por los proyectos individuales y el consumo, junto a la pérdida de seguridades en las ciudades, ha contribuido al surgimiento de discursos de retorno a lo comunitario.

La idea de comunidad idealizada aparece como contracara de los problemas actuales. Como sostiene Roberto Espósito:

... nada más requerido, reclamado, anunciado por una coyuntura que, en una misma época, anuda al fracaso de todos los comunismos, a la miseria de los nuevos individualismos. Y sin embargo, nada menos a la vista. Nada tan remoto, desplazado, postergado para un tiempo por venir, para un horizonte lejano e indescifrable (2007, p. 21).

El ser humano solo puede ser concebido como ser social. Carlo Sganzini sostuvo que «el individuo aisladamente considerado es una pura abstracción»

(citado en Krause, 2001, p. 50), por tanto, históricamente ha resuelto sus necesidades de forma gregaria.¹¹

La necesidad de estar vinculado con otros y que la mayor parte de las necesidades se resuelven en espacios grupales (familia, trabajo, estudio) no supone una condición suficiente para que los seres humanos conformen comunidades, como tampoco que ellas tengan solo connotaciones positivas, como en general se les atribuyen.

La idealización de la comunidad como espacio de bienestar y relaciones de reciprocidad entre sus integrantes fue construida históricamente y está inscripta en las ideas predominantes de la sociedad. Señala Espósito que aparece como un origen a añorar o un destino a prefigurar «vinculando simétricamente *arché y telos*» (2007, p. 23).

Ferdinand Tönnies (1947), en su texto *Comunidad y sociedad*, de 1887, distinguió la comunidad de la sociedad por valores y prácticas de colaboración, apoyo y participación, entre otras, que las ubicaba en la primera forma de agrupamiento, en detrimento de la segunda, fundada en criterios de racionalidades impersonales.

Otros clásicos, como Émile Durkheim y Max Weber, destacaban concepciones en las que primaba la solidaridad y la pertenencia, el segundo con un matiz intersubjetivo.¹²

Lo que tienen en común las concepciones de comunidad, y que debate fuertemente Espósito, es su carácter de *propiedad* de los sujetos, que une «un atributo, una determinación, un predicado que los califica como perteneciente al mismo conjunto. O incluso una “sustancia” producida por su unión» (2007, p. 22).

Espósito nos advierte que «en todas las lenguas neolatinas, y no solo en ellas, *común* (*commun, comune, common, kommun*) es lo que no es propio, que empieza allí donde lo propio termina» (2007, p. 26). En sus etimologías aparecen las ideas de deber, carga, prenda y deuda. Y también, de don, *un don-a-dar* (Espósito, 2007, p. 30).

Espósito afirma:

El sentido antiguo, y presumiblemente originario, de *communis*, debía ser ‘quien comparte una carga (una carga, un encargo)’. Por lo tanto, *communitas* es el conjunto de personas a las que une, no una propiedad, sino justamente un deber o una deuda (2007, p. 29).

11 En la VI tesis de Marx sobre Feuerbach se lee: «La esencia humana no es una abstracción inherente al individuo tomado aparte. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales» (s. f., p. 2).

12 «Sobre una común pertenencia subjetivamente sentida (afectiva o tradicional) por los individuos que participan en ella» (Weber citado en Espósito, 2007, p. 24).

Podemos afirmar que el primer significado de *comunitas* designaba que lo común era lo no propio, lo que concernía a todos. El *munus* implica la idea de deber y don. De esta manera, el significado de *communis* era ‘el que comparte la carga’ y *comunitas* era ‘el conjunto de sujetos a quienes unía una carga o deber’.

Fue a partir del siglo XII cuando el término *communia* fue definiendo un territorio determinado, asociando la idea de pertenencia, y refería a conglomerados rurales o urbanos. En ese momento comenzaron a institucionalizarse jurídico-políticamente en Europa y dieron estatuto de ciudades autónomas, es decir, a lo conocido en la actualidad como *comunidades*, espacios reconocidos como pertenencia de quienes los habitan (Espósito, 2007).

El mismo autor clarifica que el significado de *munus*, que se agrega a *communitas*, le aporta un carácter novedoso, que escapa a la clásica bipolaridad «público/privado» (Espósito, 2007, p. 29). Por el contrario, *inmunitas* surge como «contrapunto semántico» de *communitas*, en el que la primera se coloca «como clave explicativa» de la modernidad (Espósito, 2007, p. 39) y es la figura predominante de este tiempo, como agente neutral, aséptico, hedonista, que persigue proyectos individuales y es indiferente con sus prójimos. Por ello, entendemos necesario afinar la definición de comunidad y tensionarla en sus posibilidades y límites en la coyuntura actual.

Varios estudios (Espósito, 2007; Bauman, 2003; Krause, 2001) dan cuenta de una tendencia actual de generar agrupamientos de tipo red, menos centrados en el origen y más en los intereses o finalidades comunes específicas, menos estables en el tiempo y más abiertas. No obstante, como se sostenía, la comunidad aparece como anhelo, como lo perdido y como el agrupamiento necesario.

Varias definiciones relevadas, de Weber (en Espósito, 2007), Krause (2001) y Montero (2004), hacen énfasis en componentes y aspectos distintos, pero podríamos agrupar algunos de ellos como comunes, valga la redundancia semántica. La comunidad implica una intersubjetividad compartida y reconocida por sus integrantes, vinculados a un mismo campo de experiencia, del que hacen un relato más o menos común. En la interrelación se juegan procesos de conocimiento, reconocimiento y afectividad.

Para Zygmunt Bauman (2003), el entendimiento compartido característico de una comunidad es tácito, responde a rasgos, identidades y construcciones mutuas que son inexpresables, indeterminables. Por tanto, el sentido de pertenencia a esa comunidad no supone definiciones expresas, principios asumidos como en una declaración que los funda, sino experiencias, emociones, símbolos identitarios e historias en común.¹³

13 Si bien, la incorporación intensa y extendida de las tecnologías de la información y la comunicación, promovieron nuevas relaciones, redes sociales y agrupaciones específicas, el territorio no pierde centralidad en otras expresiones en las que la contigüidad es un

Tomamos los tres elementos del concepto de comunidad que para Krause (2001) son imprescindibles: pertenencia, interrelación y cultura común, ya que nos serán útiles para operacionalizar la lectura de los procesos comunitarios en términos de horizonte, como posibilidad de los colectivos, no como existencia intrínseca de estos. El primer elemento, la pertenencia, supone sentirse parte de, integrado, identificado con lo común. La interrelación refiere a la influencia mutua, ya no en el encuentro presencial, pero sí, a la interdependencia entre sus integrantes. Por último, los sentidos y los significados construidos colectivamente se expresan en una cultura común.

Tomamos cultura, como la entiende Geertz (1987), como red de significados compartidos.

En el espacio comunitario la cultura común es construida y reconstruida permanentemente a través de la comunicación y las relaciones entre sus integrantes y con el mundo. Y como sostiene Sawaia, la cultura común consiste en «la multiplicidad en un movimiento de recreación permanente de la existencia colectiva, en un fluir de experiencias sociales vividas como realidad propia, pero compartida intersubjetivamente» (2000, p. 24). La cultura común es recreada en el devenir histórico del colectivo, como una relación intrínseca de las relaciones humanas e identitarias. No obstante, dichos componentes corren el riesgo de llevarnos a una lectura idealizada de la comunidad, como agrupamiento de personas que construyen una entidad supragrupal, desarraigada de las condiciones históricas, políticas, económicas y sociales en las que emerge y se desarrolla. Debido a esto optamos por definir relaciones comunitarias, o la sociabilidad comunitaria, como cualidad, como búsqueda de establecer una categoría que no clausure la definición de comunidad, destacando los vínculos establecidos entre las personas y entre ellas y lo común.

Lo común, como se aclaraba en el desarrollo conceptual, no supone lo propio, sino lo que se teje entre las personas y lo no propio-individual, en clave de sentido de pertenencia; es efecto de las interrelaciones en torno a las necesidades y los sentidos atribuidos a la experiencia colectiva. Esto no supone procesos de homogeneización, por el contrario, como define Lidia Rodríguez, entendemos a lo común en un grupo u organización «por su capacidad de contener lo múltiple y organizar una totalidad de sentido, configuración social cambiante, precaria, abierta a su continua transformación» (2012, p. 114).

Lo colectivo no se define por el agrupamiento de individuos, sino que sostiene una historia, proyecto o tarea ciertamente común. Gabriela Diker expresa con claridad el problema de lo común cuando dice que «solo tiene sentido en

campo privilegiado (De Sousa Santos, 2001) o como «especialización» de acciones colectivas (Mañano, 2006).

la medida en que se recorta sobre un fondo abierto de universos particulares, es decir, sobre el fondo ilimitado de lo no-común» (2012, p. 153).

El *nosotros* conjunta, pero no diluye ni al yo ni al otro; se trata de conjugar lo común en plural, el encuentro de alteridades, pero no como idénticos, que implicaría «retener al otro, pero deshaciéndose de su alteridad antes de que ella se manifieste como tal, en cuanto tal, por sí misma» (Skliar, 2012, pp. 228-229). El valor de dicha conceptualización es su foco en las relaciones con la alteridad y no la naturaleza de la entidad que dichas relaciones integran.

Alfonso Torres recupera la idea de sujeto de la comunidad, advirtiendo que no es la suma de subjetividades individuales previamente constituidas, sino «una intersubjetividad que se gesta a partir, de ser-con otros» (2013, p. 213), del reconocimiento de la alteridad, como comunidad de *alters*, no de *sí mismos*.

Desde otra perspectiva, Torres (2013) recupera las luchas indigenistas que se dan desde finales del siglo xx, como otras luchas urbanas y rurales, en América Latina como experiencias contenedoras de relaciones económicas, sociales y culturales en las que lo comunitario tiene lugar y potencia. Por un lado, el autor entiende que en dichas experiencias, tanto sea «como modo de vida, como vínculo, como *ethos* o como utopía, [la] comunidad aparece como incompatible con la racionalidad, con las relaciones, con la ética y con el proyecto capitalista» (Torres, 2013, p. 199). En este sentido, no se distancia de los clásicos, como Tönnies, que encontraron en el inicio del capitalismo las modificaciones de las relaciones comunitarias.

Álvaro García Linera (2014) rastrea en la definición de comunidad arcaica de Marx el primer modo de producción, en el que la ausencia de propiedad privada juega un papel central; la idea de propiedad comunal contribuye con la igualdad de los integrantes de la comunidad.

Las complejidades históricas y teóricas del término *comunidad* nos lleva a correr del sustantivo hacia el adjetivo, como forma de negar la existencia de conceptos absolutos, como el de comunidad, que den cuenta por sí de su existencia o no en las múltiples formas de agrupamiento y coexistencia humana.

Hábitat y vivienda

El hábitat es el espacio donde se reside, constituido por la vivienda y el conjunto de condiciones materiales, ambientales, sociales y culturales que se generan a partir de esta. Por eso la relevancia de pensar la vivienda, no en términos de resguardo material, sino en su multidimensionalidad, como condición y posibilidad del hábitat. Por tanto, la vivienda constituye uno de los principales satisfactores de las necesidades humanas y el derecho a su acceso

es reconocido por la Constitución y la ley en Uruguay, por lo que tiene un carácter social (Machado, 2003).

La Constitución de la República reconoce en su artículo 45 el derecho a la vivienda: «Todo habitante de la República, tiene derecho a gozar de una vivienda decorosa. La ley propenderá a asegurar la vivienda higiénica y económica, facilitando su adquisición y estimulando la inversión de capitales privados para ese fin» (Constitución de la República, 1967, art. 45).

La vivienda utilizada para alojamiento, además de satisfacer necesidades básicas de las personas (protección y subsistencia), es el espacio indispensable para la reproducción de la población e impacta sobre todas las dimensiones, no solo material, sino también en la subjetividad.

La vivienda es la infraestructura material y espacial, es el escenario concreto en el cual se construye el espacio afectivo y social que llamaremos hogar. El hombre y su hábitat construyen así una estructura inseparable, persona y ambiente se moldean y transforman recíprocamente (Giorgi, Rodríguez y Rudolf, 1995, p. 15).

Es por esto que la vivienda tiene una relevancia estable y adecuada en la vida de las personas. Es de las aspiraciones centrales de las familias. En Uruguay el 59,3 % de los habitantes de los hogares son propietarios de su vivienda (INE, 2011), lo que configura una visión propietarista de su acceso, a diferencia de lo que ocurre en otros países o culturas, donde prevalecen otras formas de acceso (arrendamiento, vivienda pública o propiedad comunal). No obstante, el ingreso que perciben las personas, ya sea a través del salario u otras formas, en su mayoría no logra cubrir las necesidades básicas para su reproducción social. Esta imposibilidad coloca el acceso a la vivienda como una aporía, que está inmersa en una contradicción, que considera el suelo, sustento físico de la vivienda, como mercancía, cuando no es resultado de la producción. Es decir, el suelo, como porción del espacio, tiene valor, aunque no es producto del trabajo.

Aunque existe el reconocimiento social de la vivienda como necesidad, y el acceso a la misma constituye un derecho incluido en aquellos que conforman la categoría de ciudadanía, la vivienda es una mercancía que reúne además en su valor, el relativo al de la renta de la tierra urbana. La rentabilidad del capital privado en esta área, que conforma con los propietarios de la tierra y el sector privado de la construcción el mercado inmobiliario, resulta el mayor impedimento para que se produzca vivienda de interés social y por lo tanto deviene inaccesible para la mayoría de la población (Grillo *et al.*, 1995, p. 25).

Engels, que hace más de un siglo y medio llamó a esta imposibilidad *penuria de la vivienda*, expresando las dificultades de las clases que viven de su trabajo para acceder a una solución habitacional, vincula dicho déficit a las propias condiciones de producción y circulación de las viviendas, que provocan la reducción de la oferta para mantener vivo el mercado. «En esta clase de sociedad, la escasez de viviendas no es una casualidad, sino una institución necesaria que conjuntamente con sus repercusiones sobre la salubridad, solo puede ser eliminada cuando todo el orden social que la produce sea revolucionado a fondo» (Engels, 1946, p. 64). De esto se desprende que el acceso de las clases populares a la vivienda presenta límites de carácter estructural, de modo que la escasez de viviendas expresa el nivel de desigualdad del sistema actual.

Castells logra clarificar la idea:

Efectivamente, en una situación de relativo equilibrio entre oferta y demanda de viviendas, la especulación no alcanza más que a algunas zonas (centro de la ciudad, zonas con muy buena densidad, etc.). Por tanto, si en la óptica de una política de vivienda el primer obstáculo a vencer es la especulación en terrenos, ¿no es este el motivo fundamental del desfase enorme existente entre construcción y necesidades de vivienda? Las razones básicas de este desfase hay que buscarlas en el mismo proceso de producción (1991, p. 186).

En la industria de la construcción el lucro de los capitales se obtiene mucho más lentamente que en otros sectores, debido a la demora en el retorno del capital invertido, al tiempo de fabricación y al alto precio de compra del producto, que limita los compradores, lo que, entre otros aspectos, hacen improbable la inversión en viviendas donde no hay una demanda solvente y no sea posible un mayor margen de ganancia como sucede con las grandes residencias y viviendas suntuarias. Así, y a pesar del incremento presupuestal y la acción sostenida del Estado en los gobiernos progresistas, la política de vivienda comparte con el sector privado la producción de la vivienda bajo la perspectiva de los intereses de estos últimos.

La vivienda como necesidad, como espacio de la reproducción del individuo o la familia, como derecho social y como mercancía, conviven en un sistema que privilegia esta última naturaleza, alienando al habitante tanto en el espacio residencial como en la ciudad (Machado, 2003).

Afirma Lefebvre:

Habitar, para el individuo o para el grupo, es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Esto es cierto tanto para pequeños grupos, por ejemplo, la familia, como para grandes grupos sociales, por ejemplo, quienes habitan

una ciudad o una región. Habitar es apropiarse un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos, es decir, es el lugar del conflicto [...]. Cualquier ciudad, cualquier aglomeración ha tenido y tiene una realidad o una dimensión imaginaria, en la cual se resuelve el perpetuo conflicto entre apropiación y constreñimiento en el plano de los sueños, y es necesario hacer un sitio a estos sueños, a este nivel del sueño, de lo imaginario, de lo simbólico, espacio que tradicionalmente ocupaban los monumentos (1978, p. 210).

Es así que las características, formas, dimensiones, usos y ubicación de las viviendas, como se ha analizado, no son accidentales o producto de las expectativas de los dueños o constructores, sino que se articulan con determinaciones económicas y políticas más generales, teniendo la vivienda un efecto central en el horizonte de posibilidades, por inscribir al individuo en una zona, con determinadas capacidades o limitaciones. Esto se vincula directamente con la idea de hábitat, que comprende a la vivienda, pero la excede. Los cambios en las formas de consumo y de sociabilidad, planteados antes, reducen el hábitat al espacio privado, íntimo e individual. No obstante, está conformado por las posibilidades y medios de comunicación, equipamiento urbano, servicios e infraestructura, pero también por los componentes simbólicos, identitarios y relacionales. Cada vez más la seguridad, en término de riesgo de ser víctima de delitos, integra los valores¹⁴ incorporados en el hábitat.

La inscripción en un territorio a partir de habitar una vivienda particular supone identidad con el propio domicilio o zona, acceso a redes sociales, aprendizajes cotidianos y posibilidades, límites u oportunidades de circulación social.

El hábitat, que en forma sinérgica puede resolver distintas necesidades, potencia el habitar en términos amplios y ciudadanos; por el contrario, ¿su no satisfacción o pseudosatisfacción inhibe procesos de ciudadanización e identidad?

En el próximo subcapítulo se intentará responder a esta interrogante, visualizando la calidad y la cantidad de la respuesta estatal en cada período, en sus concepciones y los impactos en la ciudad y en la coexistencia social.

Políticas habitacionales en Uruguay

En este apartado se caracterizan las políticas habitacionales, sin desarrollarlas en profundidad, con el propósito de dar a conocer y contextualizar el surgimiento y desarrollo de la política pública de las cooperativas de vivienda, en el devenir histórico, en la relación del Estado con la sociedad.

14 Valor está planteado tanto en términos de uso o necesidad incorporada como en sus efectos sobre el valor de mercantilización (precio).

En perspectiva histórica, la acción estatal en el problema de la vivienda fue diversa, discontinua, pero temprana, y ha sido producto, como gran parte de la intervención estatal, de la correlación de fuerzas de cada período. No obstante, en el imaginario social se sedimentó una expectativa sobre la acción del Estado, de acceder a la vivienda a través de programas públicos.

En la política habitacional podemos distinguir dos campos de la acción de la política pública: a) en forma directa, actuando sobre la oferta y la demanda habitacional y b) en forma normativa, regulando y generando limitaciones, marcos o estímulos para la intervención de los distintos actores involucrados con el uso del suelo, el mercado inmobiliario y la construcción y el mantenimiento del parque habitacional.

La intervención directa sobre la oferta se produjo cuando el Estado actuó construyendo o promoviendo la construcción de viviendas o el acceso a tierras. La acción sobre la demanda fue fundamentalmente con créditos hipotecarios para atender a los sectores medios e insolventes, a través de bajos intereses y subsidios, o, en la regularización dominial de la propiedad y la construcción de infraestructura.

A lo largo de la historia identificamos distintas magnitudes de la intervención estatal que no lograron la desmercantilización del bien habitacional, como el Estado sí hizo con la educación en gran parte del siglo xx.

Se presenta un gráfico que toma las principales políticas, institucionalidades actuantes y hechos vinculados con el objeto de la investigación, elaborada a partir de fuentes secundarias (Cures, Da Cunha y Porrini, 1998; Magri, 2015; Couriel y Spallanzani, 1999, y Terra, 1969).

1974	Se crea el Ministerio de Vivienda y Promoción social (MVPS)	Dictadura Militar	Neoliberalismo	Banco Hipotecario del Uruguay (BHU)	MEVIR	DINAVI en el Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente	PIAI	PMB	ANV	Plan Juntos
	Ley de liberalización de arrendamientos urbanos									
1976	Se deroga DINAVI, MVPS, Caja de Ahorro Postal, se centraliza todo en el BHU									
1982	Realojos de áreas centrales con viviendas de emergencia en la periferia									
1986	Se inicia el plan de erradicación de asentamientos en la IM, Plan A. Lanza									
1990	Se crea el Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente	Blancos	Gobiernos Colorados	Gobiernos Frente Amplio	Vázquez-Mujica-Vázquez	Progresismo				
1993	Se comienza a construir Núcleos Básicos Evolutivos									
	Planes pilotos de la IM con reciclajes cooperativos en áreas centrales y crea cartera de tierras									
	Se inician ocupaciones de tierras por sectores asalariados. Muchos organizados									
1999	Se crea el Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (PIAI)									
2002	Crisis económica, nuevo quiebre del BHU. Pérdida de fuentes laborales y salario real									
2005	Planes quinquenales diversifican líneas de programas habitacionales									
2008	Se crea la Agencia Nacional de Vivienda como órgano ejecutor, BHU solo crediticio									
2010	Se declara Emergencia Habitacional y se crea Plan de Integración Socio-urbana Juntos									
2019										

MEVIR

MVPs

PLAI

PMB

ANV

Plan Juntos

Fuente: elaboración propia

En el desarrollo de las políticas habitacionales se pueden identificar algunas tendencias y orientaciones que se sostuvieron en el tiempo, a pesar de las particularidades de cada período. Sylvana Ibarra (2009) identifica tres tendencias de la política habitacional en Uruguay: el carácter residual, el dual y el segmentado a lo largo de la historia. Agregaremos su fuerte dimensión educativa.

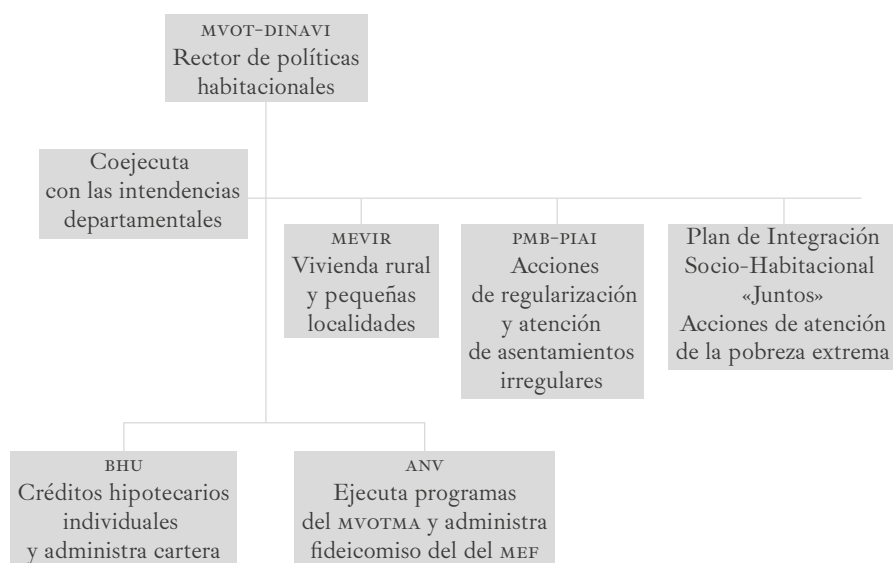
El carácter residual de las políticas habitacionales refiere a la relación entre la producción estatal y la acción del mercado. Dicho carácter tiene una expresión cuantitativa reducida. El acceso a la vivienda, tanto formal como informal, ha sido mayoritariamente por la acción directa de la población frente a insuficientes respuestas estatales, a través del crédito o la construcción pública. Por otro lado, tiene una expresión cualitativa residual, al dirigir la respuesta estatal frente al déficit del mercado, que no genera una desmercantilización de la vivienda de interés social ni reduce su influencia en la fijación de precios.

El carácter segmentado responde, por un lado, a la multiplicidad de institucionalidades que albergó el Estado para atender la problemática habitacional, combinando lo nacional con lo departamental, las instituciones bancarias con los ministerios de vivienda, la concentración institucional de organismos particulares con programas para sus funcionarios, entre otras fragmentaciones que incluyeron prácticas clientelares, muy recurrentes en la política habitacional tradicional. Todo ello evidencia una gran discontinuidad de políticas y programas, y el cooperativismo de vivienda se ha mantenido, entendemos, por la lucha de su expresión político-gremial principal, FUCVAM, y en menor medida, FECOVI, al igual que lo hizo MEVIR con la atención de la población rural. Por otro lado, la segmentación responde a la atención diferenciada, de acuerdo al perfil socioeconómico, de las diferentes expresiones de la demanda.

Si bien en el último período la diversificación de la respuesta pública y la política de subsidio han favorecido un mayor alcance, la política históricamente se ha orientado en un diseño estratificado que integra crédito, subsidio y construcción en relación con la capacidad adquisitiva de los destinatarios, generando zonas de la ciudad, sobre todo en la capital, que territorializaron la estratificación social.

Se puede esquematizar el sistema público de vivienda actual como se muestra en la Figura 2.

Figura 2. Esquema del sistema público de vivienda en Uruguay



Nota: se grafica la relación de la política habitacional, no la organizacional, ya que el BHU es un ente autónomo y la ANV un servicio descentralizado

Fuente: elaboración propia

Otra de las características señalada es el carácter dual de la política de vivienda en tanto política social y económica, y las tensiones que esto genera (Ibarra, 2009).

La política habitacional era considerada, y así sucedió con el surgimiento de la Ley n.º 13728 (Uruguay, 1968) como en otros períodos, como dinamizadora del mercado de inversiones y de trabajo. Por un lado, el Estado ha fortalecido sectores empresariales de construcción y actividad inmobiliaria a partir del financiamiento habitacional; por otro lado, la construcción, tanto pública como privada, se ha promovido como política de generación de empleo y dinamizadora del mercado interno, por la multiplicidad de actores secundarios vinculados. Un ejemplo muy claro de esto último es la Ley de Promoción de Vivienda de Interés Social n.º 18795, ahora promovida con más beneficios, en contextos de desaceleración de la economía. Ello ha desplazado la cuestión del hábitat en la política hacia modalidades de intervención que generan inversión de capitales y empleo, dada la capacidad del sector de la construcción de integrar población de baja calificación, e incluso de calificarlos en el propio proceso de obra.

La rápida reseña ha demostrado que, a pesar del carácter residual, dual y segmentado de la política habitacional, el rol y el lugar del Estado han sido insustituibles y permanentes. Entendemos que un elemento que también

explica esto es la inexistencia de movimientos populares que disputen la orientación de la política habitacional, como sí ha sucedido con el cooperativismo de vivienda, pero que no ha representado todos los intereses del hábitat popular.

Un último elemento a destacar, pero central en relación con el objeto de la investigación, es la dimensión educativa de las políticas habitacionales, que se pueden identificar en las diferentes épocas y programas.

La política social tiene, por definición, un componente disciplinador y organizador de las expectativas sociales, y es producto de la correlación de fuerzas de un período histórico. Surgió como una forma hegemónica de interpretar, canalizar y atender las manifestaciones de la cuestión social (Grassi, 2003). Por eso preferimos entenderla como procesos de concesión y conquista (Pastorini, 2000), a partir de la acción estatal, seleccionando algunas demandas de la población al poder político expresadas mediante movilizaciones o presiones o por la visibilidad de algunos problemas sociales.

En el rol educativo de las primeras políticas públicas identificamos la inspiración higienista y disciplinadora que primó al final del siglo XIX y en las primeras tres décadas del siglo XX. Ello es reflejo de la valoración del problema de la vivienda como una cuestión de salud pública. La política habitacional tuvo componentes de disciplinamiento y «corrección» de conductas de los sectores populares en términos del uso de la vivienda, la higiene, la prevención y atención de enfermedades contagiosas (las mayores preocupaciones eran la tuberculosis y la sífilis), y la constitución de la familia como espacio de socialización y reproducción de las nuevas generaciones.

Tanto la identificación de las viviendas con números como la creación de calles y bulevares y otras políticas urbanas son propias del higienismo y del disciplinamiento, como señala Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (2002). Las políticas habitacionales tendieron a regular la convivencia y el asentamiento de los sectores populares; esto se refleja en la Constitución de la República de 1934, que consagra el acceso a la vivienda como derecho refiriéndose a ella como «higiénica y económica», y perdura en la redacción del artículo 45 vigente.

En el correr del siglo XX, como fue señalado, preocupó la incorporación de la población al proceso productivo, y la política habitacional tuvo el objetivo de favorecer el acceso a la vivienda que asegurara las condiciones de reproducción de la mano de obra y que contribuyera con sus costos a la reproducción del capital, instalando grupos de trabajadores cercanos a espacios fabriles o de servicios públicos. Así se desarrollaron los barrios satélites en Montevideo y ciudades del interior, tanto por la acción de privados como de las políticas públicas.

A mitad del siglo XX la política pública tuvo el objetivo de acostumbrar a la vida urbana a los sectores populares que migraban del medio rural buscando insertarse en la industria nacional. La dimensión educativa estaba vinculada a

la incorporación de los modos de vida urbanos y propios del desarrollo fordista de producción (horarios, expectativas de movilidad social y organización para la producción) y apuntaba a canalizar el conflicto social.

El desarrollismo, que en América Latina tuvo su expresión en la Alianza para el Progreso en el contexto de la guerra fría, promovió los componentes educativos y de participación en los programas sociales y de infraestructura, como condiciones del desarrollo de la población, entendidos como necesidades de modernización.

Al crear los IAT, la Ley 13728 les otorga competencias en la formación de los grupos cooperativos y los fondos sociales, además del propio efecto educativo derivado del asesoramiento técnico.

El neoliberalismo trajo consigo una formulación ético-ideológica, como fuera señalado, de promoción del mercado como espacio de satisfacción de las necesidades y preferencias, y de disciplinamiento de los sectores de extrema pobreza, destinatarios de las políticas focalizadas, en las que se incorporó acompañamiento social en distintos programas, como forma de «educar» para el uso de la vivienda, la permanencia y la adhesión a los programas. Incluso durante la dictadura se contrataban equipos sociales para acompañar el proceso de los grupos habitacionales, con fuerte contenido domesticador.

La incorporación de la ayuda mutua o de la autoconstrucción, tanto individuales como colectivas, se entienden como componentes del proceso educativo de apropiación de la vivienda, de integrar un valor más allá del material.

En el caso de las cooperativas, la autogestión como proceso de autonomía y protagonismo, o si solo está el componente de autoconstrucción, muchas veces es entendido como *merecimiento* por el esfuerzo, que reduce costos al integrar la mano de obra de los beneficiarios; esto produce apego a lo propio por el empeño y el esfuerzo demandados, lo que genera el reconocimiento del producto individual o colectivo. En este último sentido, la ayuda mutua se incorpora como una de las formas de participación de los beneficiarios, integrada desde el desarrollismo en las políticas sociales. Esta perspectiva, con fuerte contenido pedagógico, no busca el protagonismo de los sujetos en términos políticos y emancipatorios, por el contrario, los integra como componente de retroalimentación, efectista, para lograr la adhesión. Ello ha sido una constante en las políticas desde los sesenta hasta ahora.

La política habitacional ha tenido, como se ha señalado, un objetivo explícito de generar hábitos, de educar para habitar, como parte del complejo aparato estatal de atención a los sectores populares y su control.

Cooperativas de vivienda en Uruguay

Las cooperativas de vivienda surgen en 1966 a partir de grupos autogestionarios, en el interior del país, apoyados por un centro de promoción y asesoramiento al cooperativismo, el ccu, que tuvo gran protagonismo en el desarrollo cooperativo nacional hasta nuestros días. Estas asumen la personería jurídica de cooperativas de consumo, al no existir en esos momentos en la legislatura uruguaya las cooperativas de vivienda. Estas cooperativas pioneras fueron financiadas por el BID, a través del INVE, con aportes de las intendencias departamentales en maquinaria, y de los cooperativistas en ahorro y fundamentalmente en mano de obra.¹⁵

El ccu se funda en 1961 a partir de un grupo de profesionales católicos, para promover el cooperativismo en Uruguay.¹⁶ En 1965 deciden generar un área de vivienda para estudiar la posibilidad de generar experiencias cooperativas en el campo habitacional. Para ello contratan a la asistente social Daisy Solari y a los arquitectos Saúl Irureta y Miguel Cecilio. Los dos primeros habían realizado una propuesta de autoconstrucción por ayuda mutua en INVE, donde se desempeñaban, para ocupantes irregulares de un terreno en Montevideo. Paralelamente, el ccu había obtenido un financiamiento de la cooperación internacional para construir viviendas en el medio rural. A partir de esto comienzan a contactar a los grupos en las tres localidades donde se dieron las experiencias pioneras del cooperativismo de vivienda. Dichas experiencias son la Cooperativa 25 de mayo, que nuclea a trabajadores de tambos y del transporte de la leche de la zona de Isla Mala, en Florida; la segunda experiencia es una cooperativa de ferroviarios en Salto, Cosvam, y la tercera, la Cooperativa Éxodo de Artigas en Fray Bentos, que nuclea empleados municipales.

El vínculo de los técnicos aludidos con INVE permitió conocer la existencia del préstamo del BID, lo que posibilitó el desarrollo de las tres experiencias, con la incorporación de otros profesionales, entre ellos el arquitecto proyectista de la primera cooperativa de Isla Mala, Mario Spallanzani.

Las primeras experiencias influyeron en la inclusión del capítulo de cooperativas en la Ley n.º 13728, como se señaló en el subcapítulo anterior. Esta ley fue el impulso para la formación y el crecimiento de las cooperativas.

15 Los fondos del BID estaban comprometidos para el INVE para programas de vivienda en el interior del país, pero el gobierno uruguayo no contaba con la contrapartida económica que correspondía integrar en su uso, entonces un grupo de técnicos vinculados al ccu propuso financiar las viviendas de tres grupos con aportes de las intendencias y con el trabajo colectivo de los propios grupos cooperativos y así surgen estas experiencias que luego fueron insumos para la redacción del proyecto de la Ley n.º 13728.

16 Entrevista realizada a Saúl Irureta y Daisy Solari en la revista *Dinámica Cooperativa*, año XXIV, noviembre de 2016, p. 10.

La ley, además, creó una nueva institucionalidad para el Plan Nacional de Vivienda, como se planteaba antes, que fue la Dinavi. Pacheco designó al arquitecto Idelfonso Aroztegui, de extracción nacionalista, como su director.

Aroztegui, quien fuera docente de los arquitectos del ccu, conoció, a través de estos, las primeras experiencias, *abrazó* al sistema¹⁷ y fue una pieza fundamental en el desarrollo del cooperativismo, contradictorio con el signo autoritario del gobierno.

Con la aprobación de la ley surgieron diferencias en la propia izquierda política (Partido Comunista) y social (SUNCA, hegemonizada por dirigentes del mismo partido). Se entendía que la ayuda mutua implicaba sobreexplotar al trabajador, que el cooperativismo, era un «colchón» de la lucha de clases y que eliminaba mano de obra contratada.¹⁸ Este debate, que generó intercambios fundamentalmente en el campo ideológico, no paralizó el desarrollo de las cooperativas en el seno del movimiento sindical; incluso, a fines de la década del sesenta se creó una organización de segundo grado de cooperativas de origen sindical y de mayoría comunista. Uno de sus protagonistas, dirigente comunista del SUNCA y de FUCVAM, relataba después:

Eso nos llevó a crear la Mesa Sindical Cooperativa a fines de la década de los sesenta. Posteriormente la práctica y el tiempo demostraron que había sido un error el haber creado ese organismo. En esa mesa sindical estábamos las Covisunca, Coviadeom, la gente de la Zona 3... Y al darnos cuenta de que nuestra posición era equivocada lógicamente, pedimos la afiliación a la Federación (citado en Chaves, 1990, p. 67)

Además de las diferencias ideológicas y estratégicas mencionadas, Daisy Solari y Saúl Irureta comentan que, en el inicio, los grupos adhirieron por la necesidad de resolver sus viviendas, pero que fueron obstáculos, por un lado, la desconfianza en la forma de propiedad de uso y goce, el uso de la Unidad Reajutable como moneda ficta del contrato y otros más vinculados a aspectos constructivos. Dichas desconfianzas se fueron venciendo porque «el ritmo de afiliación a las cooperativas era incontenible, aparecieron más institutos de asistencia técnica y el propio SUNCA organizó el CEDAS».¹⁹

Los estudios sobre el origen del cooperativismo (Midaglia, 1992 y Nahoum, 2013) analizan que fueron vertientes del sistema cooperativo, por un lado, la práctica de la autoconstrucción en la población uruguaya, producto de una tradición de vida incorporada por los inmigrantes españoles e

17 Entrevista realizada a Saúl Irureta y Daisy Solari en la revista *Dinámica Cooperativa*, año XXIV, noviembre de 2016, p. 11.

18 Un mayor desarrollo y análisis de este punto se encuentra en Gustavo González (2013).

19 Entrevista realizada a Daisy Solari y a Saúl Irureta en la revista *Dinámica Cooperativa*, XXIV, 2016, p. 12.

italianos, promovida por el Estado (plano de vivienda económico) y, por otro lado, las organizaciones sindicales, de donde surgieron las primeras cooperativas (aproximadamente un 80% de ellas), que dieron una fisonomía particular y fortaleza al movimiento (Nahoum, 2008). No obstante, los sindicalistas que integraron e impulsaron el sistema cooperativo fueron de segunda línea, por el debate que mencionábamos con los comunistas, pero sobre todo por el momento de confrontación, que generaba otros frentes de lucha, la desconfianza en el sistema cooperativo impulsado décadas atrás por la Alianza para el Progreso y luego la proscripción y la persecución que la dictadura impuso al movimiento sindical.

El elemento que favoreció el protagonismo de los sindicatos fue que la ley prevé la constitución de cooperativas matrices y de unidades cooperativas. Las matrices²⁰ son organizaciones promotoras de cooperativas y tuvieron un papel muy importante en la primera década de la ley, cuando surgieron muchas unidades cooperativas, sobre todo de la matriz sindical: las Covimt de los textiles, las Macovi de los metalúrgicos, las Covisag de los gráficos y las Covisunca de los trabajadores de la construcción. También existió una matriz territorial, Cooperativas de Vivienda Nueva Esperanza, las Covine.

En el artículo 127 de la Ley n.º 18407 se define que «son unidades cooperativas de vivienda las que, constituidas con un mínimo de 10 socios y un máximo de 200, tienen por finalidad proporcionar vivienda y servicios complementarios a los mismos, construyendo con ese objetivo un inmueble o un conjunto habitacional...».²¹

Las cooperativas funcionan mediante dos sistemas: el de ahorro previo y el de ayuda mutua. En ambos el grupo tiene que aportar al menos un 15% del valor de las viviendas, en el primero con un ahorro grupal previo a la adjudicación de las viviendas y en el segundo aportando su mano de obra en el momento de la construcción.

La ley prevé una tercera modalidad, la de autoconstrucción, en la que cada familia autoconstruye su vivienda a partir de un préstamo a la cooperativa. Esa modalidad tuvo mínimas expresiones.

A su vez, se dividen en dos regímenes de propiedad: el de usuarios y el de propietarios. El de usuarios implica que la propiedad es colectiva, indivisa; los socios hacen uso y goce de la vivienda. El de propietarios se regula por la legislación de propiedad horizontal y cada socio tiene libre disposición del inmueble.

20 La Ley n.º 13728, de 1968, las define en su artículo 163 como «aquellas que reciben en forma abierta la inscripción de socios mediante un compromiso de aportes sistemáticos de ahorro y con la finalidad de asistirlos en la organización de Unidades Cooperativas de Vivienda, en la definición y realización de sus programas de obtención de créditos, adquisición de terrenos, proyectos, construcción y adjudicación de viviendas y ejercer las funciones que en ellas deleguen a esos fines, las Unidades Cooperativas filiales».

21 Para reciclar viviendas se admiten grupos cooperativos con un mínimo de seis socios.

Sobre la inclusión del régimen de usuarios en la ley tenemos dos versiones, no excluyentes, que se han recuperado de los testimonios históricos. Por un lado se recogen antecedentes de la norma, sobre todo por experiencias conocidas en otros países, tanto por Juan Pablo Terra como por los profesionales del ccu. Dichos antecedentes son de Alemania, Chile, Dinamarca, Suecia y Venezuela.²² Por otro lado, de los testimonios se desprende que el primer director nacional de Vivienda, Idelfonso Aroztegui, promovió y defendió el régimen de usuarios por la desconfianza acerca del uso de la propiedad que harían los sectores populares (González, 2013).

La ayuda mutua como proceso comunitario de autoconstrucción, además de configurar una forma de aportar valor para la construcción de las viviendas, supone un rol central en el control colectivo y en la apropiación de la experiencia. El trabajo colectivo y comunitario en la construcción de la totalidad de las viviendas, sin conocer hasta el final cual se adjudicará a cada socio/a, es una de las expresiones más importantes de la experiencia cooperativa uruguaya.

La Declaración de principios de FUCVAM (2000) caracteriza así a la ayuda mutua:

... no solo de contribuir de manera económica a la construcción de la vivienda, sino también de contribuir en el diseño y en la participación creativa de los futuros beneficiarios de la cooperativa en la construcción de un modelo social alternativo. La ayuda mutua prefigura la convivencia, define lo que es un proceso integrador y concientizador de la masa social (p. 5).

En la definición anterior se observa que, además de los valores que incorpora en términos del aporte que realizan los cooperativistas y de sus efectos en la integración grupal, se incorpora su participación en todo el proceso de toma de decisiones y esta es protagonista en la ejecución global del proyecto cooperativo.

La ayuda mutua ha sido incorporada en otros programas de vivienda, en la mayoría de los casos con resultados positivos, pero no asociada a la autogestión y la participación en todo el proceso, como tienen las cooperativas de vivienda, lo que termina reduciendo su potencialidad exclusivamente en los efectos sobre el valor, abaratando los costos por la mano de obra gratuita que aportan los participantes. Pero en las cooperativas se da lo que Pelli define como autoconstrucción con autogestión:

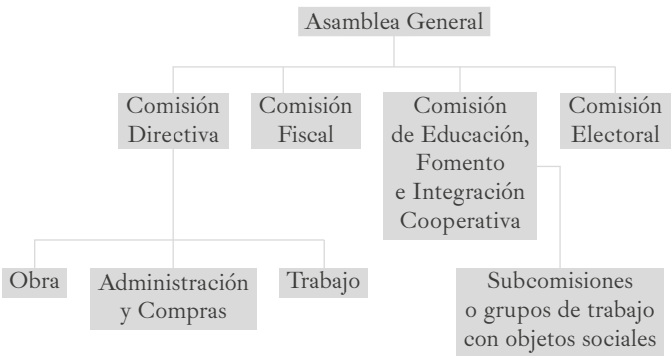
... que los habitantes desarrollen y ejerciten roles y actitudes sociales, en el curso de la construcción de su vivienda, que difieran y superen el rol que

22 Dinámica Cooperativa, xxiv, 2016, p. 12.

les es habitual, de subordinación a los actores con mayor poder (económico, político, intelectual, social, ritual) (2001, p. 9).

Con relación a la participación, la estructura organizativa de las cooperativas posibilita la participación de sus socios, no solo en la fase de construcción de las viviendas, sino en la gestión anterior y posterior a la obra.²³ Dicha estructura permanente está basada en los principios de democracia participativa, igualdad de derechos y deberes, distribución de tareas, delegación de funciones y control colectivo. Su órgano máximo es la Asamblea General, en la que están representados todos los socios con un voto cada uno, y esta elige sus órganos de gestión, con campos específicos y complementarios: la Comisión Directiva, la Fiscal, la de Educación, Fomento e Integración Cooperativo y la Electoral (Uruguay, 2008). En momentos específicos incorpora otros grupos de trabajo, dependientes de los anteriores, que asumen la delegación en tareas no permanentes, como es el caso de la etapa de obra en la ayuda mutua, durante la que surgen las comisiones de Obra, Trabajo y Compras, a veces, la de Guardería. En la etapa de convivencia funcionan comisiones de Biblioteca, Festejos puntuales, Deportes y Juvenil, entre otras.

Figura 3. Organigrama elaborado a partir de la Ley 13.728 y sus modificaciones en la Ley 18.407²⁴



Fuente: elaboración propia

23 Las leyes 13.728 y 18.407 establecen que la participación de los socios en las cooperativas de vivienda es un derecho y un deber.

24 La Asamblea General y las Comisiones de la segunda línea son permanentes y presentes en todas las cooperativas, las de tercera línea cómo están vinculadas a una etapa (trámite, obra o habitada), necesidad o interés (Guardería, Biblioteca, Jóvenes, Tercera edad, festejos, deportes, etc.), dependen de las comisiones estatutarias (Directiva o Comisión de Educación, Fomento e Integración Cooperativa).

El financiamiento de los diferentes grupos cooperativos ha estado a cargo del MVOTMA y se gestiona a través de la ANV. El monto para construir está constituido por un préstamo hipotecario cuyo monto se fija en torno a tasas máximas establecidas por el ministerio, a 25 años, con un 5% de interés reajutable en forma anual, que cubre el 85% del valor total, y, por el aporte de la cooperativa, que corresponde al 15% restante; en las de ayuda mutua es con mano de obra y en las de ahorro previo, con el ahorro generado.

Las unidades cooperativas tienen responsabilidades referidas a la adquisición del terreno, la compra de materiales para la construcción y la contratación de mano de obra especializada, así como la subcontratación de servicios considerados imprescindibles; la cooperativa asume, en su totalidad, la administración y la responsabilidad sobre el préstamo para construir las viviendas.

La cooperativa se conforma como empresa constructora y asume, en forma autogestionaria, todas las responsabilidades funcionales y legales que le competen a una organización privada, en este caso organizada en una administración colectiva, democrática y participativa, que se queda con el producto de su construcción, a diferencia de las demás empresas constructoras que lo realizan por encargo o para la venta de lo producido. Esta forma de funcionamiento, definida como autogestión, es otra de sus particularidades, y supone la asunción de las decisiones y responsabilidades en todo el proceso.

La autodefinición de FUCVAM de autogestión muestra su carácter político, que excede el administrativo:

A través de esta definición estratégica (la autogestión) los trabajadores asumen el control económico y social de la empresa solidaria, definen con criterios de justicia y transparencia los recursos y optimizan los resultados. La autogestión no debe ser vista como un hecho aislado, sino que es un acto esencialmente colectivo, la autogestión tiene sus resultados inmediatos en el grupo, pero también incide en el crecimiento individual de los socios y en la profundización de la identidad del movimiento y de su propia presencia política (FUCVAM, 2000, p. 17).

La autogestión supone la expresión máxima de la autonomía, no en un concepto liberal, ya que el Estado financia las viviendas, sino por la gestión de la totalidad de las decisiones por parte del grupo, tanto las económicas como las políticas y las vinculadas al proyecto social, urbano y arquitectónico. Entendemos que esta característica distingue la ayuda mutua de las cooperativas de otros sistemas autoconstructivos, que no integran el proceso de participación en la construcción de las viviendas con la gestión protagónica y participativa en todas sus etapas.

Para efectivizar la autogestión, asistir y formar en dicho proceso, la Ley n.º 13.728 también crea los IAT: equipos multidisciplinarios que apoyan a la cooperativa en la adquisición e implementación del crédito, y son

corresponsables del proyecto habitacional. Así son descritos los IAT en la mencionada ley: «Son Institutos de Asistencia Técnica aquellos destinados a proporcionar al costo, servicios jurídicos, de educación cooperativa, financieros, económicos y sociales a las cooperativas y otras entidades sin fines de lucro...» (art. 163, Ley n.º 13.728, del 27/12/1968). Son organizaciones privadas, con distintas naturalezas organizativas (ONG, SRL, cooperativas de trabajo o sociedades de hecho) que se financian con el 7% del préstamo más un 2% de servicios optativos. Se registran en el mvot y son contratadas libremente por las cooperativas para acompañar al grupo cooperativo desde su formación hasta el momento de la culminación de la obra de las viviendas, transfiriendo conocimientos y herramientas organizativas, contables, legales, constructivas, sociales y procedimentales de gestión cooperativa. Es así que los grupos optimizan su autogestión, consolidando complejos habitacionales de gran calidad arquitectónica y urbanística con menores costos, como surge claramente de los estudios realizados en distintas épocas (Terra, 1986; Abbadie, *et al.*, 2014) y de los valores de tasación actual de los distintos programas del mvot.

A los efectos de evitar la especulación sobre las viviendas, la ley también prevé que para su venta, en las cooperativas de usuarios, el socio debe renunciar y la cooperativa debe pagarle los aportes hechos en mano de obra y cuotas pagas como amortización del préstamo, cobrándole el mismo monto al socio entrante, que es seleccionado por la propia cooperativa. En el caso de las cooperativas de ahorro previo se devuelven, además de las cuotas de amortización, el ahorro previo realizado. Este hecho permite un énfasis en el grupo con la elección del nuevo asociado, un freno a la especulación sobre una línea de crédito de interés social y una forma de control social del grupo sobre la mercantilización del bien.²⁵

Las cooperativas, como se mencionaba antes, se alimentaron del movimiento sindical, se nutrieron de la experiencia de su funcionamiento colectivo y organizativo. También, de un padrón de ocupación e ingresos económicos que permitieron sostener la experiencia previa de la ayuda mutua y la convivencia una vez construidas las viviendas.

A partir de la década del noventa se integraron a las cooperativas sectores populares de menores ingresos, lo que tensionó la experiencia cooperativa, pero significó un salto cualitativo por lo exitoso de las experiencias para sectores que históricamente la política pública había atendido de manera asistencial y con productos habitacionales de baja calidad (González, 2013).

Un elemento destacable en los complejos cooperativos es la calidad de las construcciones, lo que les permite integrarse al entorno barrial con una

25 Este mecanismo de rendición de la parte social de un cooperativista a partir de la renuncia o exclusión es lo que fija la ley y que un número importante de cooperativas utiliza; se desconoce la magnitud. En las entrevistas realizadas a las 12 cooperativas es la modalidad de cálculo de la parte social.

propuesta estética adecuada, aunque muchas veces el diseño no continúa el trazo urbano de la zona y tiene mayoritariamente un desarrollo hacia adentro. Lo mismo sucede con el uso de los salones comunales o servicios incorporados por las cooperativas, que generan una fuerte identidad cooperativa, pero no barrial, más amplia. De todas maneras, la percepción sobre las cooperativas que tiene el resto del barrio es positiva, «las viviendas», como les dicen, aportan una urbanización organizada a las zonas, incrementando muchas veces algunos servicios y equipamientos colectivos, por el número de familias que densifican el barrio, en forma directa o indirecta (escuelas, servicios de salud, transporte colectivo, etcétera) (Tognola en Nahoum, 2008).

En 2009, en el seno de la central sindical única uruguaya, el PIT-CNT, surgió una propuesta que se extendió a todo el país y a todo el movimiento, denominado Plan de Vivienda Sindical, que ha conformado cooperativas de vivienda de propietarios para los sindicatos, promoviendo la utilización de tecnologías prefabricadas, sobre todo de la industria metalúrgica. Esto ha generado una fractura y un debate entre la central sindical y el movimiento cooperativo, fundamentalmente por la apuesta a la propiedad privada y porque con la ejecución del plan no se apostaría a un movimiento cooperativo único.

FUCVAM, FECOVI, COVIPRO y FECOVISI son las federaciones que nuclean a las cooperativas de ayuda mutua, de ahorro previo, de propietarios y sindicales del pvs, respectivamente. Tienen una estructura permanente, similar a la de las cooperativas, con una inserción nacional y una concepción federativa. La primera, por su magnitud y capacidad de movilización es uno de los movimientos sociales más importante de las últimas cuatro décadas en Uruguay, con reconocimiento internacional.²⁶

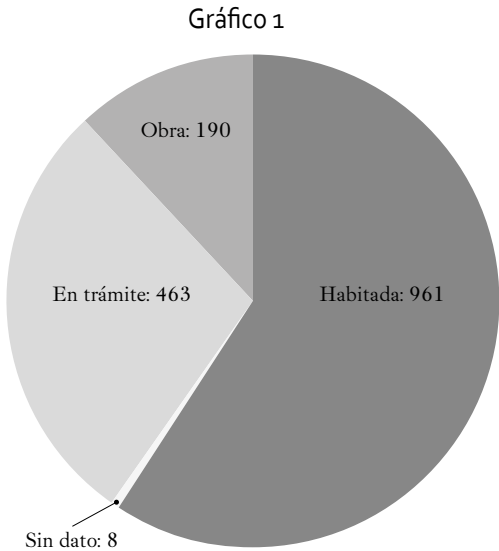
Fue en la dictadura (1973-1985) cuando FUCVAM, fundada en 1970, logró canalizar el descontento popular con acciones audaces, interpeladoras y contestatarias, asumiendo un rol protagónico como organización sociopolítica, que se mantiene hasta el momento en el movimiento popular uruguayo.²⁷

En el censo de 2011 se registraron 30045 hogares en cooperativas de vivienda, que representaban el 2,62% del total de los hogares del país. El aumento significativo del número de cooperativas se puede visualizar si se toman las registradas en el Censo de Cooperativas y Sociedades de Fomento Rural de 2009 (INE, 2010) y, las registradas por la ANV en diciembre de 2016. En 2009 se relevaron 581 cooperativas que involucraban a 21687 familias; hasta diciembre del 2016 había 961 cooperativas

26 FUCVAM obtuvo en 2012 el Premio Internacional del Hábitat de la ONU por la Cooperación Sur-Sur, al asesorar y acompañar gobiernos locales y organizaciones sociales para replicar la experiencia cooperativa en otros países latinoamericanos, fundamentalmente países de Centroamérica.

27 Véanse Midaglia (1992), Guerrini (1989), González (2013) y Machado (2016).

habitadas, 190 en obra y 463 en trámite (ANV, 2019).²⁸ Por tanto, en los registros existen 1622 cooperativas, y si se toma como promedio el dato del censo de 2009, de 37,32 socios (familias) por cooperativa, el movimiento cooperativo supera las sesenta mil familias.



Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

Tabla 1. Cooperativas por régimen de propiedad

Tipo/Años	1967-2019	
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Usuarios	928	57,21
Propietarios	687	42,36
Sin datos	7	0,43
Total	1622	100,00

Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

28 En el censo de 2009 no se ubicó a 66 cooperativas, por lo que no se tiene información. De los datos de la ANV de 2019 no se tienen datos de ocho cooperativas y de otras tantas que aún no han iniciado el estudio del terreno o proyecto cooperativo para el acceso al préstamo.

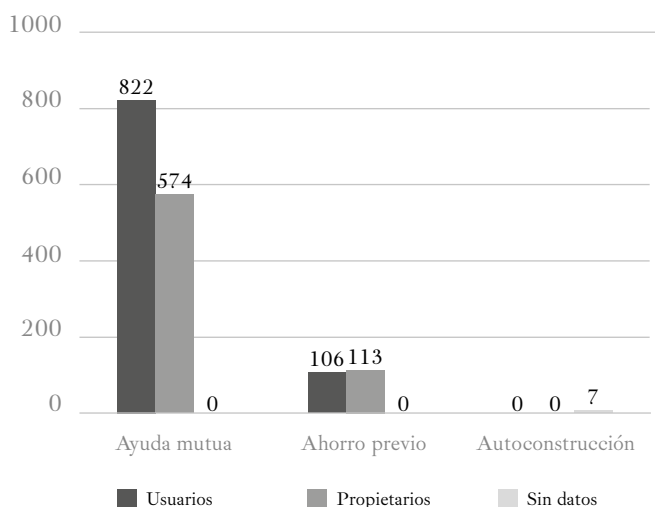
Tabla 2. Cooperativas por modalidad de aporte de los socios

Tipo/Años	1967-2019	
	Frecuencia	Porcentaje (%)
De ahorro previo	219	13,50
De ayuda mutua	1396	86,10
Autoconstrucción	7	0,40
Total	1622	100,00

Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

Se puede observar que se mantiene la relación entre las cooperativas de ayuda mutua y las de ahorro previo, pero existe un crecimiento de las de propietarios en relación con las de usuarios, que, sin dejar de ser las predominantes, no crecieron a la par de las de propietarios, promovidas fundamentalmente por el pvs. Algo parecido sucede en la relación entre cooperativas del interior y Montevideo; si bien Montevideo sigue predominando, se ha dado un crecimiento mayor en los últimos años en el interior del país, sobre todo en los departamentos donde las intendencias promovieron el acceso a la cartera de tierras.

Gráfico 2. Cooperativas según modalidad y sistema de propiedad



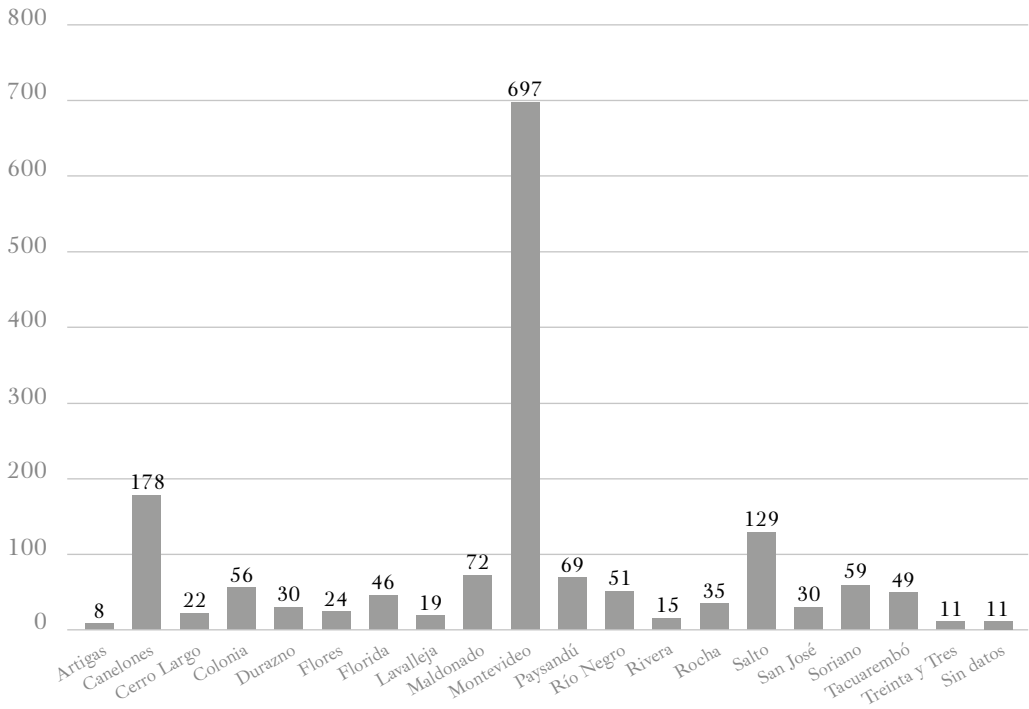
Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

Tabla 3. Cooperativas según región

Tipo/Años	1967-2019	
	Frecuencia	Porcentaje (%)
Montevideo	697	42,97
Interior	913	56,29
Sin datos	12	0,74
Total	1622	100,00

Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

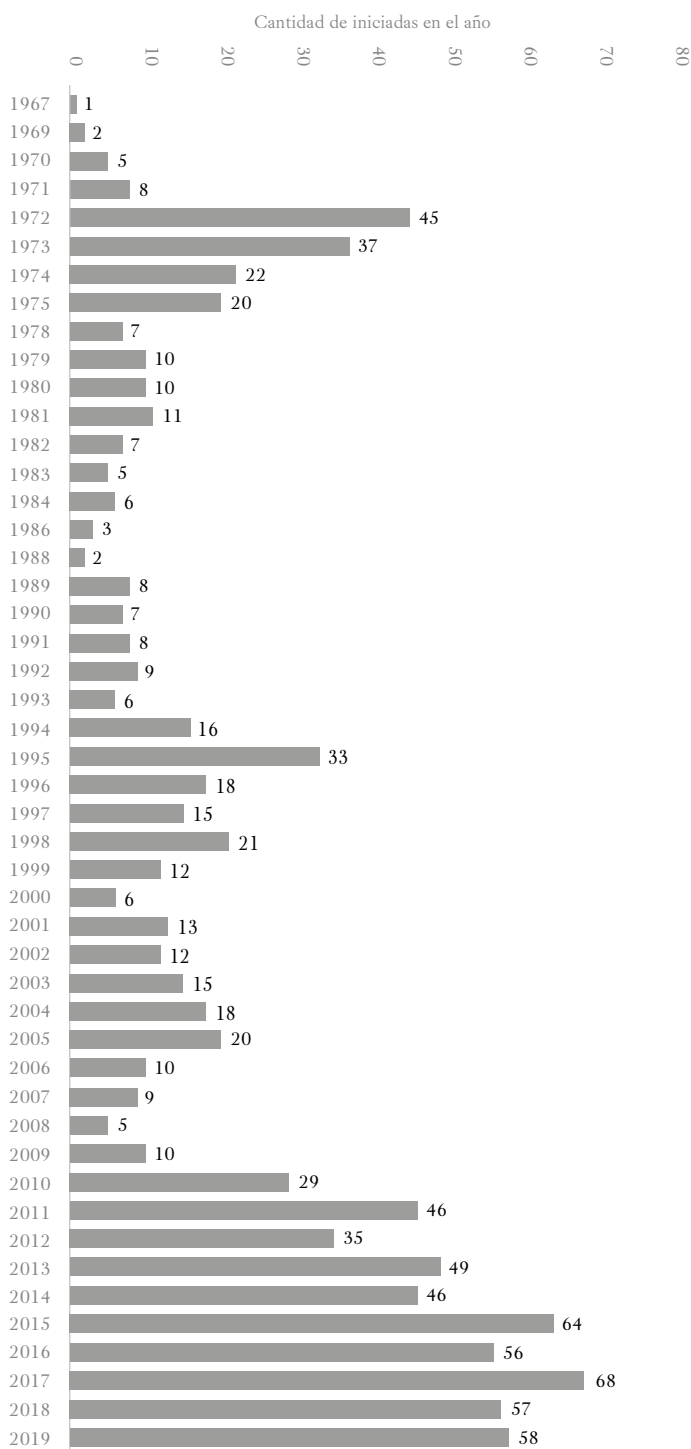
Gráfico 3. Distribución por departamento



Fuente: elaboración propia a partir de datos de ANV (diciembre de 2019)

Hasta 2019 se puede marcar como un período de crecimiento del sistema cooperativo, como se puede visualizar en el siguiente cuadro que recoge el año de inicio de obras cooperativas.

Gráfico 4. Obras cooperativas por año de inicio



Fuente: elaboración propia a partir de datos de INE-Censo de Cooperativas
y SFR (2010) y ANV (2019)

Si bien 2017 fue el año de inicio de más cantidad de obras cooperativas y entre 2013 y 2019 se registran los mayores valores, como la reglamentación vigente tiene un tope de cincuenta viviendas por cooperativa, el número mayor de viviendas en obra se registró en 1973. A fines de ese año existían 43 cooperativas construidas o en obra, que totalizaban 3342 viviendas (Terra, 1986), mientras que las últimas 43 cooperativas que iniciaron sus obras en 2019 suman 1520 viviendas, un 45,5% del total de viviendas de 1973 (ANV, 2019).

Focalizamos en las cooperativas de vivienda de usuarios por ayuda mutua, que representan el 50,56% del total de las cooperativas, dada su mayor expresión cuantitativa y por tratarse de la experiencia más singular²⁹ e involucrar aspectos autogestionarios en todo el proceso.

Construir y habitar: el lugar de los aprendizajes

En continuidad con lo sostenido hasta ahora, no desligamos los aprendizajes y las experiencias de las acciones de construir y habitar, que se construyen y habitan en la misma praxis social y material del cooperativismo.

Entendemos que aprender es una necesidad del desarrollo del ser humano como tal; desde que nacemos estamos obligados a aprender para entender, comunicarnos y resolver nuestras necesidades.

Charlot sostiene:

Aprender para construirse, en un triple proceso de hominización (volverse hombre), de singularización (volverse miembro de una comunidad), con la cual se comparte valores y donde se ocupa un lugar. [...] aprender es entrar en un conjunto de relaciones y de procesos que constituyen un sistema de sentidos —donde se dice quién soy yo, quién es el mundo, quiénes son los otros— (2007, p. 87).

El autor plantea que ese proceso por el cual se construye el ser humano y es construido por los otros, es un proceso largo, complejo e inacabado al que llama *educación* (Charlot, 2007, p. 87). Complementariamente, Ana Pampliega de Quiroga (1992) tiene un aporte relevante para analizar el aprendizaje, retomando la tradición de la psicología social de Pichon Rivière. La autora considera el aprendizaje como permanente y continuo, que da inicio con el nacimiento del individuo, surgiendo así un proceso adaptación y de maduración que no es inmediato y en el que la trayectoria vincular configura lo que llama las *matrices de aprendizaje*. Este concepto es importante para analizar la relación, a través de la experiencia, a partir de la cual las personas

29 «Badiou va a llamar singularidad a esta posibilidad, que constituye la excepcionalidad sobre la que es factible que ocurra algo diferente de lo normal» (Cerletti, 2008, p. 53).

se constituyen en sujetos cognoscentes. Se aprende a partir del interjuego necesidad-satisfactor, entre necesidad y metas socialmente disponibles. Para Pichón Rivière las necesidades son un motor que tienen un rol fundamental en la configuración de las instituciones, en particular, de la familia —escenario de las primeras experiencias—, pero también, inciden en las organizaciones educativas de toda índole y en los diferentes ámbitos de participación del sujeto (laboral, organizativo, grupos informales, etc.). El psicólogo social define el aprendizaje como la apropiación instrumental de la realidad; el sujeto busca conocerla para transformarla, «la necesidad es el fundamento de la exploración de lo real, el objeto de conocimiento se recorta como tal cuando está ligado a la necesidad» (Pampliega, 1992, p. 9).

La apropiación significa una forma de relación entre lo que se conoce como realidad objetiva y lo subjetivo; los objetos se exponen u oponen al sujeto a través de los sentidos, su internalización es un segundo momento a partir del que aprehende sus múltiples relaciones e inicia la conceptualización. Pero esta incorporación de los objetos no solo implica contenido, sino también, la forma del conocimiento, configurando lo que se mencionaba como matriz de aprendizaje. En la exploración de lo real, para la satisfacción de sus necesidades los sujetos se vinculan con otros y con el mundo y construyen una experiencia vital con gratificaciones y frustraciones que determinan —en el contexto histórico, económico y sociopolítico en que se desarrollan— la forma de «organizar y significar nuestras experiencias, sensaciones, percepciones, emociones y pensamientos» (Pampliega, 1992, p. 34). En esa matriz de relación sujeto-mundo, la experiencia, es resultante, es efecto del aprender, fundante de la subjetividad. Es un aprender a aprender, pero a la vez opera condicionando nuevos aprendizajes. El sujeto es el punto de llegada de una historia social y vincular, que se puede caracterizar como una trayectoria de aprendizajes.

Esa experiencia deja en nosotros una huella, se inscribe en nosotros de determinada manera, afianzando o inaugurando una modalidad de ser-en-el-mundo y de —*ser el mundo*— para nosotros. De interpretar lo real. Este es un aprendizaje implícito, profundo, estructurante de la subjetividad (Pampliega, 1992, p. 35).

El aprendizaje es una condición de la propia vida de los sujetos, es una sucesión de oportunidades de aprendizaje. Las situaciones de aprendizaje están marcadas por el espacio, el tiempo y los múltiples encuentros con otros.

Se aprende porque se tienen ocasiones de aprender, en un momento en que se está más o menos disponible para captar esas ocasiones; pero a veces la ocasión no se presenta; aprender es entonces una obligación (o una oportunidad que se ha dejado pasar) (Charlot, 2007, p. 111).

El autor distingue diferentes relaciones con el saber, en las que el aprender es una que lo excede, en tanto implica una relación social más amplia. Supone una apropiación de un saber al que se accede con la ayuda de otros que ya lo poseen, y se asienta en objetos, actitudes, lugares o personas.

... la relación con el saber es relación con el mundo, relación consigo mismo, relación con los otros. Analizar la relación con el saber es analizar una relación simbólica, activa y temporal. Es la relación con el saber de un sujeto singular inscripto en un espacio social (Charlot, 2007, p. 115).

Charlot ha denominado «objetivación-denominación» al proceso epistémico que constituye, en un mismo movimiento, un saber-objeto y un sujeto consciente de haberse apropiado de tal saber (2007, p. 112).

Aprender puede ser también dominar una actividad o volverse capaz de utilizar una herramienta u objeto adecuadamente. El autor denomina *imbricación del yo en la situación* al proceso epistémico en el cual aprender es dominio de una actividad que es capaz de llevar adelante (Charlot, 2007). Por último, sostiene que «aprender puede ser también aprender a ser solidario, desconfiado... Saber quién es uno». Ello implica una nueva realidad relacional, intersubjetiva, asegurarse un cierto control de su desarrollo personal, identitario. Denomina *distanciamiento-regulación* (2007) a dicho proceso epistémico. Aprender es, entonces, dominar una relación, en la que el resultado del aprendizaje no se separa de la relación en situación.

Existe una relación entre aprendizaje y afecto, es decir, ciertas ideas o conductas asociadas a sentimientos positivos se integran al significado de dichas ideas. Una consecuencia de esto es que la relación con el saber incluye, en general, representaciones. Un ejemplo puede ser el de buen cooperativista o el de la buena vecina.

Como se señalaba antes, los procesos de subjetividad y aprendizaje son los que van constituyendo al sujeto, y lo hacen en el encuentro y la acción con otros. Como plantea Charlot, «si el deseo es la estructura fundamental del sujeto, siempre es “deseo de” y ese *de* remite a una alteridad que tiene una forma social, tanto se trate del otro personal o del objeto de deseo» (2007, p. 86).

La alteridad es condición de la subjetividad y del aprendizaje, en términos de estado y de circunstancia, por lo que, en el próximo apartado, los analizaremos en procesos colectivos.

Experiencias, subjetividad y aprendizajes en procesos colectivos

La dialéctica de experiencia y conciencia, que mencionábamos con Thompson, en las acciones colectivas muchas veces se convierte en experiencias educativas para los participantes. En dichas acciones, la formación es un

proceso de socialización de la política, a través de sus objetivos, principios, estructura y tareas, mediante los cuales las organizaciones explicitan ciertas finalidades educativas no exentas de contradicciones.

Roseli Salete Caldart (2001) advierte que tornar consciente este proceso y contribuir a su reflexión es una de las grandes tareas pedagógicas, y abona una corriente teórica que entiende que los movimientos sociales y las prácticas colectivas constituyen un principio educativo en sí mismas.

Esta perspectiva representa una forma de concebir política y pedagógicamente la experiencia, y, en tal sentido, comprenderla y diseñar acciones formativas. Tal concepción es resultado de un esfuerzo por dilucidar la relación entre la experiencia y la subjetividad. En esa pedagogía viva se da la posibilidad de que tomen forma saberes de clase (Di Matteo, Michi y Vila, 2012, p. 92).

Los autores de la cita anterior sostienen que la producción de subjetividad en las acciones colectivas es favorecida en momentos de fermento de la lucha social o en la constitución de proyectos políticos más o menos organizados, en torno a valores, ideas y demandas que recuperan historias comunes, tradiciones, lo que los ubica en el campo cultural, generando para los participantes redes, lazos sociales y círculos de interacción y formación en los que enraizarse.

Dice Simone Weil que el *enraizamiento* es una de las necesidades del ser humano. Tener raíz implica participar activamente de una colectividad que conserva vivos determinados «tesoros del pasado» y cierto «presentimiento del futuro» (en Caldart, 2011, p. 23).

La acción colectiva más o menos organizada, en movimientos sociales o en protestas puntuales (y en sus variaciones intermedias), el accionar en el campo público o común, incluso en el acontecer interno grupal supone una producción simbólica, al implicar valores sociales que muchas veces cuestionan los dominantes. Pero la producción simbólica también se vincula a la construcción de identidad, relacionada con emblemas, hechos e historia común, y a la construcción de una mística compartida, definida por Caldart como «sentimiento materializado en símbolos que ayudan a las personas a mantener la utopía colectiva», en la que «raíz y proyecto se constituyen de valores» (2011, p. 24), y son motores de la movilización y cohesión colectivas.

La mística es la una de las formas de producción simbólica de una organización o colectivo. Al analizar el MST —que tiene a la mística como una de las bases de su conformación colectiva— Norma Michi sostiene que son «los sentidos que pretenden darle a la lucha y a la organización». Si bien tiene raíces en lo religioso, como «misterio» o del orden de lo divino o espiritual, «claramente lo remiten a la dimensión simbólica de la producción cultural» (2010, p. 139).

La misma autora (2010) señala que la mística se enlaza con los valores, la tradición y los símbolos que la contienen, y supone un elemento que se materializa en prácticas culturales y cotidianas como las formas de lucha y determinados emblemas y acciones presentes en las actividades, himnos, consignas y pertenencias colectivas. Así, la mística tiene un potencial reproductivo de las organizaciones, a la vez que las cohesiona.

Lo colectivo, como espacio de resonancia de la voz y de la acción, supone aprendizajes, alimentados por la diversidad y la sinergia que imprime si es reconocida.

... la construcción de lo común, antes que en un contenido, busca su fundamento primero en el reconocimiento de la igualdad radical del otro (Dussel, 1998). Condición de posibilidad del diálogo en el sentido freireiano, el orden dialógico se propone como histórico, socialmente construido (Rodríguez, 2012, p. 114).

La alteridad se construye en el diálogo, como posibilidad de interlocución, forma de expresión de la diferencia y de lo común por venir, con las tensiones que ello implica, como lo advierten claramente Rancière (2007) y Frigerio (2012), cuando sostienen que siempre lo común implica pérdida, resto, para sumar, como es el caso de la propiedad colectiva.

El aprendizaje de lo común, en tanto las matrices culturales han sido permeadas por el individualismo y la racionalidad instrumental, supone una tensión, un movimiento en lo conocido, por tanto su potenciación en las prácticas pedagógicas con dichos objetivos es un desafío insoslayable.

Los aprendizajes en espacios colectivos, donde se cohabita, coexisten y suponen diálogo, crítica y, eventualmente un proceso de transformación de lo propio y de lo ajeno (Tapia Uribe, 1997).

La construcción de lo común y habitarlo suponen tareas de aprendizaje y desaprendizaje. Rebellato nos advierte que aprendemos por medio de la resolución de problemas y de conflictos, del ensayo y error.

La conflictividad de los problemas —tanto cognitivos como éticos— requiere desarrollo de formas de aprendizaje, así como también procesos de desaprendizaje. El aprendizaje no es lineal, sino que implica constantes procesos de desestructuración. La misma educación al diálogo es un ejercicio permanente de desestructuración de nuestras estructuras autoritarias, refractarias al diálogo y a la problematización. Estructuras que han sido adquiridas mediante la adhesión, la sumisión, el descreimiento en nuestra autonomía de pensamiento y la reproducción de modelos incuestionables, de carácter profundamente dogmático (2001, p. 15).

La proximidad, la tarea común, el compartir el lugar, la construcción del espacio y cohabitarlo suponen situaciones educativas dadas por la propia coexistencia; colocar intencionalidad política en dicha con-vivencia supone con-formar colectivos, promover grupalidad o relaciones de comunidad.

Es importante, como se mencionó antes, no caer en términos que globalicen la experiencia ni totalicen el concepto —como *comunidad* o *barrio*— para referirnos a dos conceptos vinculados al espacio. De todas maneras, al momento de analizar los aprendizajes constituidos en los procesos colectivos, están asociados a la identidad común, con diferentes grados de cohesión y a los sentidos atribuidos a las experiencias y a las expectativas de futuro, como fuera señalado antes. Ello se potencia si juega también la conformación de espacios de afectividad, de reconocimiento entre los integrantes. Entendemos que lo vincular, lo emocional interviene en la constitución del sujeto colectivo, proceso en el que los aprendizajes son vehiculizados y absorben en la experiencia dichos componentes.

En la búsqueda de la identificación de los aprendizajes que se producen en los procesos colectivos es importante atender la relación entre el proceso de construcción de la organización y la producción de subjetividades en estos procesos y su relación. Michi, Di Matteo y Vila afirman que:

... los miramos desde una perspectiva pedagógica, por dos razones: la producción de la organización y su cultura tiene efectos formativos sobre las personas y, además, en los mismos movimientos, pueden (y con frecuencia, suelen) pensarse desde una reflexión pedagógica en el sentido de producir y potenciar esos efectos formativos. Pensar pedagógicamente las experiencias (como prácticas significadas) que atraviesan los participantes de movimientos populares nos lleva a sostener que no puede distanciarse la visión de lo que sucede en los momentos educativos sistemáticos, como un curso de formación o una escuela propia de una organización, de la dinámica cultural del movimiento (2012, p. 25).

Contribuye el planteo de Gramsci, en tanto la disputa en el campo de la hegemonía³⁰ implica una relación pedagógica tanto de los sectores dominantes, en el mantenimiento del consenso, como de los sectores subalternos en subvertirla.

La relación pedagógica no se puede quedar limitada a las relaciones específicamente «escolares» mediante las cuales nuevas generaciones entran en contacto con las anteriores, de las que extraen experiencias y valores

30 El término hegemonía proviene del griego *eghemoneno*, que significa ‘guiar’, ‘conducir’, y del cual deriva *comando*, ‘gobernar’. Si bien proviene del campo militar, Gramsci lo amplía como el proceso por el cual «la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como dominio y como dirección intelectual y moral» (1997, p. 68).

históricos superiores. Estas relaciones existen en todo el complejo social, en los individuos entre sí, entre intelectuales y no intelectuales, gobernantes y gobernados, núcleos selectos y sus seguidores, dirigentes y dirigidos, entre vanguardias y cuerpos del ejército. Toda relación de hegemonía contiene una relación pedagógica (Gramsci, 1975, p. 35).

Thompson plantea que el origen de la experiencia de las personas resulta de condiciones independientes de su voluntad³¹ o intencionalidad, y no se convierten por reflejo en conciencia social. En *La miseria de la teoría* sostiene:

A experiência chega sem bater na porta e anuncia mortes, crises de subsistência, guerras, desemprego, inflação, genocídio. Pessoas passam fome: os que sobrevivem pensam o mercado de outra forma. Pessoas são presas: na prisão meditam sobre a lei de novas maneiras [...] Dentro do ser social ocorrem mudanças que dão origem a uma experiência transformada: e essa experiência é determinante, no sentido de que exerce pressões sobre a consciência social existente, propõe novas questões e oferece grande parte do material com que lidam os exercícios intelectuais mais elaborados (Thompson, 1981, p. 17).

Esta concepción amplía la visión de experiencia como empiria, lo sucedido como simple existencia, evidenciando su base materialista, en la que la experiencia *forma* a las personas. Propone una relación dialéctica entre experiencia y educación, fundamentalmente con la perspectiva de formar la conciencia de clase. Esta perspectiva elude reduccionismos mecanicistas o económicos y lecturas simplistas y se distancia del marxismo estructuralista y de la idea del progreso inexorable y la idea de vanguardia. Recupera al sujeto y sus formas de vinculación y resistencia a los procesos de dominación, con acciones culturales ligadas a la experiencia, sin desconocer sus condicionamientos en las relaciones de producción.

En el Prefacio de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson sostiene que la experiencia está determinada, pero no la conciencia de su situación, que observa desde la formación de la conciencia de clase, como

... la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está (1989, p. XIV).

31 Parte de Marx, quien lo expresa con claridad en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su antojo, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado» (1962, p. 15).

Experiencia es entendida como huella que deja el ser social en la conciencia social (Thompson, 1981). Se distancia, también, de la visión popular, en la cual la experiencia implica un cuerpo consolidado de conocimientos a través de una práctica consuetudinaria, que muchas veces es un obstáculo conservador para el aprendizaje. La experiencia supone, en la perspectiva de Thompson, la posibilidad de incorporar lo nuevo, a partir de experimentar lo que le acontece al sujeto.³²

El proceso metodológico de la presente investigación ha sido deconstruir y evidenciar la relación entre experiencia y aprendizajes. En esta misma línea, recuperamos los aportes del pedagogo brasileño, Paulo Freire (1992), en tanto construyó su propuesta de alfabetización a partir del saber de los sujetos, que identifica como *saber de experiencia vivida*, pero para superarlo, no para quedarse en él. En este sentido critica tanto la postura elitista, por negarla, y la basista, por ser prisionero de *su verdad* y no ir más allá de ella. Freire recupera el saber popular, producto de la experiencia vital, aunque también identifica la internalización de los valores dominantes, contrarios a sus intereses, pero impresos en su lectura del mundo. Retoma en este sentido la concepción gramsciana de que todos los hombres son intelectuales, tienen un saber.³³

La experiencia, que Freire define como histórica y existencial, es tomada como punto de partida, como forma de iniciar un proceso en el que los sujetos *dicen su palabra*, en tanto nombran y describen el mundo inmediato, como mediación para la comprensión de la situación de opresión. Este proceso de concientización, identificado en *Pedagogía del oprimido* (1967), es redimensionado más adelante, en particular en *Pedagogía de la esperanza* (1992), donde la relación entre conciencia y exterioridad (mundo) es planteada en un proceso dialéctico de objetividad y subjetividad, descartando posturas mecanicistas y deterministas.

La concientización no puede parar en la etapa de revelación de la realidad. Su autenticidad se da cuando la práctica de la revelación de la realidad constituye una unidad dinámica y dialéctica con la práctica de transformación de la realidad (Freire, 1992, p. 130).

32 «La experiencia surge espontáneamente en el ser social, pero no surge sin pensamiento; surge porque los hombres y las mujeres (y no solo los filósofos) son racionales y piensan acerca de lo que les ocurre a ellos y a su mundo» (Thompson, 1981, p. 21).

33 «Todo ser humano desarrolla fuera de su profesión cualquier actividad intelectual, es decir, es un “filósofo”, un artista, un hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, tiene una línea consciente de conducta moral, contribuye por tanto a sostener y a modificar una concepción del mundo, esto es, a suscitar nuevos modos de pensar» (Gramsci, 1984, p. 9).

En este sentido critica lo que llamó *el fatalismo liberador*, tanto en las posturas de la derecha como de la izquierda, asegurando un progreso inexorable. El autor funda una propuesta pedagógica que integra dialécticamente el polo del conocimiento y el de la acción transformadora, al interpretar la XI Tesis sobre Feuerbach, de Marx, e integrar un componente utópico en la reflexión sobre la experiencia, que ha denominado lo *inédito viable* (Freire, 1970 y 1992). Basa su propuesta pedagógica en la necesidad de todo ser humano que, al reconocerse inacabado, busca el aprendizaje, favorecido por la curiosidad y la necesidad de comprender el mundo inmediato. Allí, la tarea pedagógica de la educación popular liberadora es develar las situaciones de opresión y que determinan las condiciones de vida.

En este movimiento de acción-reflexión-acción, fundamentalmente en los espacios de trabajo u organización de los sectores populares, va transformando lo vivido en existencia mediada por la conciencia de inacabamiento de las personas. En el reconocimiento de la inconclusión de los hombres y mujeres —y de la historia—, está la raíz de la búsqueda del conocimiento y de la educación (1970, p. 65).

Estas búsquedas inscriben a los sujetos en procesos políticos, cuando sujetos de saberes y poderes enraizan la acción con la historia y con un proyecto, orientado por valores, principios o finalidades. Para Freire (1970) esto humaniza el mundo, como contracara de la naturalización de las relaciones sociales y con lo dado.

Michi, Di Matteo y Vila (2012) colocan tres cuestiones centrales para analizar los procesos colectivos en relación con la acción educativa: a) el papel de las relaciones microsociales, intersubjetivas, y su valor político; b) lo que se define como lo *prefigurativo*, referido a alternativas, horizontes o proyectos políticos y, por último, c) el papel de la subjetividad y del sujeto.

Con relación al primer punto, la alteridad supone siempre encuentro/enfrentamiento con otra subjetividad, por tanto, la primera cuestión es diálogo, negociación y síntesis de saberes.

A partir de los aportes de Vygotsky (1979) surgen otros estudios como los de Barbara Rogoff (1993), que definen que la propia situación colectiva de un grupo puede generar efectos sobre los procesos cognitivos y conceptuales.

El proceso de organización posibilita a los sujetos adquirir habilidades de comunicación, negociación y lucha, como necesidad de dicho proceso.

Retomando los planteos de Zemelman y De León (1997), es necesario pensar la subjetividad desde la tríada necesidad, experiencia y utopía, en la que su articulación puede imprimir en los sujetos horizontes, sentidos y orientación como anticipación, que conforma la noción de proyecto, prefiguración (Ouvina, 2012) o factualización de alternativas (Tapia, 2008).

Hernán Ouviaña (2012) entiende lo que llama la *política prefigurativa* como un conjunto de prácticas y de relaciones sociales que se establecen en una organización y que anticipan posibilidades en el futuro, como *gérmenes de la sociedad futura*. Dicha categoría tiene capacidad analítica para el estudio de las organizaciones populares.

Por otro lado, Tapia (2008) define como *factualización de alternativas* dar visibilidad a la posibilidad de las organizaciones populares de hacer, participar, organizar, dirigir y vivir de otro modo, estableciendo otras relaciones sociales desde ya. Estas formas de establecer relaciones entre el presente y el futuro configuran espacios de producción cultural a partir de la proyección de esas experiencias en prácticas políticas, nuevas formas organizativas, símbolos, discursos e historias colectivas.

En el proceso de producción de los movimientos y de su cultura se van construyendo síntesis (con diversos grados de provisoriedad y de integralidad) entre conocimientos de muy diverso origen, los que siguen en construcción en la praxis cotidiana y son objeto de recuperación, transmisión y recreación constantes (Michi, Di Matteo y Vila, 2012, p. 26).

En el último punto, vinculado a los otros dos: el papel de la subjetividad y del sujeto, colocamos al sujeto del aprendizaje como el sujeto de la experiencia apropiada, incorporada en nuevas prácticas culturales. Partiendo del hecho de que los aprendizajes implican relación con la cultura, construyen significados que dotan de sentido a la experiencia de los sujetos y lo constiuyen como tales (Rebellato y Giménez, 1997). De la misma manera que no se sobreañade a nuestra constitución como sujetos, sino que nos constituye como tales». No obstante, es importante precisar que la cultura, como red de significados, supone un campo de disputa por la instauración de valores, creencias y sentidos, mediados por relaciones de poder. Esto lo configura como un campo contradictorio, dinámico, de puja de ideas y prácticas dominantes con otras subalternas, en el que los aprendizajes implican la apropiación de ambas y la potencia de los sujetos como agentes de la producción y reproducción de sentidos sociales.

Las prácticas de las organizaciones que puján por instaurar sentidos contrahegemónicos se traducen en espacios y momentos privilegiados para la formación, en tanto experiencias que confrontan valores que explicitan orientaciones de la sociedad.



Foto: Gustavo Castagnello, COVIRAM, 2020

Organización cooperativa y educación

En el siguiente capítulo analizamos el contexto histórico del cooperativismo de vivienda, sus posibilidades y acciones, pero, sobre todo, los momentos pedagógicos, intencionales o no, que se configuraron.

Los espacios de formación en las cooperativas de vivienda

La educación es uno de los principios del movimiento cooperativo internacional y nacional; se reconoce la necesidad de formar en valores y prácticas ajenas a las dominantes que promuevan y fomenten la cooperación. Por eso la educación está integrada en acciones de las propias cooperativas, los IAT, el Estado y las federaciones, con diferencias según épocas e intencionalidades.

En el subcapítulo anterior se entendía a los procesos educativos integrados en múltiples escenarios y actividades, en tanto los grupos se forman en la propia experiencia de organización, lucha y gestión; también, en el encuentro con otros, pares o técnicos, y en instancias convocadas con esos fines.

Pensar la educación en las cooperativas implica pensar en los procesos de autoeducación a la interna de las cooperativas y, en el papel de los demás actores.

Para clarificar los conceptos es importante distinguir entre educación, formación y capacitación.

La educación es el concepto más amplio de los tres; es una institución social y como tal cumple funciones sociales, de carácter histórico, en este caso de socialización, integración y circulación de los saberes entre los miembros de la sociedad.

Violeta Núñez parte de una concepción muy rica de *educación*:

Partimos de considerar a la educación como un *antidestino*, pues se trata de una práctica que posibilita la redistribución social de las herencias culturales: traspaso, recreación, circulación, acrecentamiento, pérdida, transformación... Particulares recorridos en los que se tejen, destéjen, entretejen diversos registros de olvido y recuerdo, y en cuyos anudamientos se abren y bifurcan futuros que no son *pre-decibles*, sino, para utilizar las palabras de Hannah Arendt, solo decibles *a posteriori* (2007, p. 4).

Así, la educación es una intervención de la sociedad sobre sí misma, para poner los saberes y las herencias culturales a disposición de sus integrantes. Por eso no está exenta de los procesos políticos, económicos y sociales que median en dicha intervención.

La formación y la capacitación son modalidades de la educación; la formación, implica la constitución del sujeto como tal, por tanto, integra todos los aspectos de la vida, incorporando en los procesos formales e informales de la educación conocimientos, habilidades, valores, expectativas sociales y formas de ser y de estar en la sociedad. Por otro lado, la capacitación es la transmisión o la apropiación práctica de conocimientos y habilidades en actividades pautadas y con objetivos específicos vinculados a un rol, oficio, profesión o tarea.

En la perspectiva asumida por el autor, la formación es un proceso vinculado con las experiencias sociales de los colectivos y los sujetos, y por ello distinguiremos, con fines descriptivos y analíticos, por un lado, las instancias, momentos y prácticas que constituyen a los sujetos y los forman y, por otro lado, las instancias convocadas con objetivos pedagógicos de formación y capacitación.

Analizaremos las trayectorias educativas en los tres actores del sistema: las cooperativas, los IAT y la Federación, y su interrelación, que como se verá, están históricamente vinculados.

La organización cooperativa y la autoeducación

Formar parte de una cooperativa y formarse son procesos que no se preceden ni se desencadenan, sino que están dialécticamente articulados en la experiencia.

La organización es uno de los momentos o espacios de la formación, como se sostenía antes. No solo por configurar modos de hacer, de decidir y de pertenecer, sino también por contener a lo grupal y lo colectivo como espacios de encuentro, intercambio y negociación de ideas, valores y visiones sobre los hechos y los procesos.

La cooperativa supone también la convivencia, como otro momento o espacio de expresión de lo grupal y colectivo donde se confrontan y visualizan, con mayor fuerza y cotidianeidad a la vez, formas de hacer y estar en el mundo y con los otros.

Al estudiar a las empresas autogestionarias de trabajo, Heras Monner Sans (2011) distingue cuatro procesos en los que se da el aprendizaje de lo colectivo: 1) las formas y dispositivos de toma de decisiones, 2) los espacios cotidianos donde se construyen sentidos, 3) las significaciones imaginarias y 4) las tensiones y conflictos mediante los que se explicitan las diferentes concepciones. Primero, refiere a formas y dispositivos para tomar decisiones: no solo identifica los modos y la estructura de la organización, sino también, cómo lo relacional opera en ellos, como se tramita el acuerdo, las diferencias y la participación de sus integrantes.

En esta primera, para referir materialmente a los espacios, se distinguen las asambleas, las comisiones, los grupos de trabajo, las formas de toma de decisión y los contenidos y discursos que se intercambian en esos espacios.

La estructura democrática de las cooperativas y los principios que la organizan: la igualdad de derechos y deberes, la autonomía, la delegación de funciones, la distribución de tareas y el control colectivo favorecen los aprendizajes al exigir la deliberación y la participación de los socios en los procesos que les incumben. La rotación de los socios en los órganos de la cooperativa favorece el ejercicio de ser dirigentes a quienes están subordinados en otras esferas de la vida social.

En las prácticas de organización en las que circula el poder priman las relaciones horizontales y las tomas de decisiones colectivas construyen nuevas relaciones, constituyendo lo que Rebellato llama *pedagogía del poder* (2000), como aprendizajes a partir del poder para hacer y no para ser.

De Sousa Santos afirma en este sentido que:

La idea de la obligación política horizontal entre ciudadanos y la idea de la participación y de la solidaridad concretas en la formulación de la voluntad general son las únicas susceptibles de fundar una nueva cultura política y, en última instancia, una nueva calidad de vida personal y colectiva basadas en la autonomía y en el autogobierno, en la descentralización y en la democracia participativa, en el cooperativismo y en la producción socialmente útil (2001, p. 181).

Un segundo proceso son los espacios cotidianos en los cuales se construyen sentidos, aprendizajes de la práctica colectiva y autogestionaria y, los valores y orientaciones que lo sustentan. Podemos referir tanto a la autogestión, a las consecuencias prácticas de la propiedad colectiva, a la ayuda mutua, a la convivencia y a la resolución de necesidades individuales y colectivas como a todas las formas de *co-operar* con otros, que suponen sentidos y experiencias en acto.

Como sostiene Paulo Peixoto de Albuquerque (2008), la autogestión «afirma un modo de acción colectiva que resulta no solamente de una experiencia concreta, sino de la «experimentación, del vivir de otro modo» (2008, p. 20), lo que deviene en nuevas formas de hacer, pensar y sentir, que pueden generar aprendizajes.

El tercer proceso, basado en Castoriadis (1993) recupera las significaciones imaginarias sociales en la autogestión que remiten a proyectos de autonomía y refieren a horizontes prefigurativos, utópicos, o inéditos viables en los debates e imágenes que se colocan en la redefinición de nuevos posibles y de alternativas a lo dado. En este, los símbolos, la historia común y los proyectos juegan un papel fundamental como bases colectivas de proyección, en el sentido de cómo la historia y los aprendizajes de las formas colectivas de resolución de necesidades establecen caminos y escenarios para la satisfacción

de nuevas necesidades u oportunidades. Pero también, como plantea Luis Tapia (2008), como factualización de alternativas, identificando gérmenes de nuevas relaciones sociales.

Por último, Monner Sans (2011) señala a las tensiones como momentos de explicitación de las diferencias hacia el interior del colectivo y en su relación con las formas hegemónicas del contexto. Esto supone analizadores del grupo para negociar y confrontar ideas, proyectos y cosmovisiones, pero también para hacer explícitos los fundamentos y las orientaciones, y se visualiza primordialmente en el ejercicio democrático de la autogestión, en el diálogo y la negociación con los técnicos asesores, la Federación, las autoridades y los representantes del Estado, en la organización y el despliegue de formas de lucha y movilización.

La lucha y los momentos de movilización configuran otro espacio o momento de formación, que desarrolla la autora. Tienen fuerza pedagógica, por su riqueza en la producción cultural que supone la construcción de un repertorio de demandas y reivindicaciones, de expresiones creativas para tomar el espacio público, por la construcción de discurso sobre ellos y por la identificación de oponentes y bienes o derechos a conquistar. Es la mayor socialización de la política, sin desconocer que en los otros tres espacios también se expresa.

Michi, Di Matteo y Vila (2012) distinguen espacios-momentos de formación de las organizaciones populares, sumando a las ya mencionadas, actividades específicas convocadas con el objetivo de formación y las orientadas a compartir actividades con otras organizaciones, instancias en las que el intercambio y la explicitación de los propios objetivos a otros, sus características y los alcances de las acciones permiten construir discursos y posiciones frente a las experiencias y los hechos de la coyuntura.

Nosotros agregamos un quinto punto, que refiere a la convivencia como las relaciones de vecindad que construyen lo relacional al compartirse el espacio físico y vital que define lugares, fronteras, usos y formas de consumo y de relación con las artes, la recreación, el deporte, la alimentación y todas las esferas de la socialización. En este sentido, la propiedad colectiva y la autogestión implican, en la resolución de la vecindad y el uso, mantenimiento y desarrollo del espacio físico y en las actividades que se desarrollan en este, momentos y oportunidades para recrear subjetividades y aprendizajes. Estos momentos, espacios y procesos analizados de formación o autoeducación de las cooperativas nos llevan a distinguir entre una concepción de formación específica o restringida, vinculada a las actividades que cumplen esos fines y tienen formato educativo —es decir charlas, talleres y cursos— de otras instancias formativas, que con intencionalidad educativa o no, van formando y conformando a los sujetos, que amplían sus experiencias, acumulan conocimientos e incorporan información, posicionamientos y habilidades frente a la realidad.

Los Institutos de Asistencia Técnica

Los IAT fueron los primeros en integrar la dimensión educativa en su trabajo; recordemos que la promoción de cooperativas estuvo entre sus acciones iniciales, sobre todo por parte del CCU y el CEDAS.

Como ya mencionamos, los IAT son organizaciones privadas creadas por la misma ley que da marco al sistema cooperativo, para asesorar a las cooperativas, que tienen distintas naturalezas constitutivas. Son elegidos libremente por las cooperativas y se financian con el préstamo que estas adquieren para la construcción de las viviendas.

La formación en las cooperativas, como se mencionaba antes, se estableció en el propio acompañamiento y asesoramiento técnicos del proyecto, en los señalamientos, devoluciones y orientaciones en el proceso organizativo y de gestión y en actividades de formación explícitas (charlas, cursos y talleres).

En los registros documentales (materiales de formación y publicaciones) se pueden observar varias etapas en los énfasis de la formación cooperativa: una inicial —en las décadas del sesenta y del setenta, de formación doctrinaria sobre el cooperativismo, con énfasis en la gestión y la administración—, una segunda —propia de los ochenta e inicios de los noventa, que se centra en lo organizativo y en el análisis de la realidad que dialoga con la educación popular— y por último, una tercera, de las últimas dos décadas, con énfasis en los procesos de obra y autogestión, de carácter más técnico y menos político.

La etapa inicial en la formación cooperativa hacía énfasis en la capacitación, en la que se integraba la idea de cooperativismo en general y aspectos directamente vinculados con la gestión cooperativa, roles, funciones de comisiones, aspectos de la administración.

A esta línea de capacitación Pablo Imen (2012) le llama *pedagogías intencionales específicas*, vinculadas a temas de gestión propiamente. Dichas prácticas de capacitación perduraron en el tiempo, pero progresivamente se fueron integrando otras, para promover capacidades organizativas y políticas vinculadas a comunicación, motivación de grupos, liderazgo, situación de la vivienda (coyuntura), participación y organización. A esta otra línea el mismo autor la denomina *pedagogía de la realidad* al implicar un recorrido por la historia, las capacidades de intervenir en la realidad y en el análisis de la coyuntura, que se combinan con la anterior.

Recuperamos un ciclo de publicaciones de materiales de apoyo del CCU llamado *Cómo lograr la vivienda*, que trabaja temas como el proceso de un grupo cooperativo, la comunicación humana para dirigentes, la programación y el rol de la Comisión de Fomento. En lo que refiere a esta última, además de sus funciones de integración hacia dentro y fuera del grupo cooperativo y de organizar actividades sociales y culturales, se incluye la educación cooperativa como una de ellas.

Hay otro grupo de actividades de formación que son de la propia gestión de la obra, que son aportes del campo legal, contable y arquitectónico, que están vinculadas a tecnologías, normativas, administración y conocimientos básicos de obra para personas que no provienen de dicha actividad.

En la última década, a partir de la fluidez de los préstamos con el gobierno de izquierda, creció el número de IAT y su heterogeneidad, y se observan diferentes estrategias de formación, pero con una pérdida de los contenidos políticos, para priorizar los instrumentales para la autogestión.

En la actualidad, al identificar vacíos en la formación y en la capacidad de autogestión de los grupos, el MVOT y la ANV exigen y controlan la realización por parte del IAT de algunas instancias de formación en la etapa de preobra. Estas son requisito para la gestión del préstamo y su presentación es avalada por el IAT y los directivos de la cooperativa.³⁴

Durante el proceso previo a la obtención del préstamo e inicio de la obra se exige el cumplimiento de 13 temas (ANV, 2019b), que agrupamos según objetivos:

- a. Temáticas que buscan aportar información y generar la apropiación del grupo cooperativo respecto del proceso del préstamo y el proyecto cooperativo particular: «Diagnóstico del grupo. Proyecto social», «Diferentes sistemas constructivos», «Contrato con el IAT: derechos y obligaciones de las partes», «Proyecto arquitectónico. Tipología de las viviendas. Sistema constructivo elegido», «Condiciones del préstamo a solicitar. Proceso amortizante. Cálculo de cuota y solicitud de subsidio» y «Flujo financiero: características de la herramienta, utilidad, frecuencia de actualización y requerimientos de la ANV al respecto».
- b. Formación en cooperativismo y organización: «Cooperativismo, principios y valores», «Sistema (ahorro/ayuda mutua) y régimen (usuarios/propietarios)», «Asambleas: tipos y funcionamientos. Comisiones: competencias y funciones».
- c. Formación para la autogestión: «Libros, formas de registro», «Contratos del personal de obra. Derechos laborales. Seguridad laboral y ley de responsabilidad penal empresarial», «Presupuesto, rubrado, cronograma de obra», «Costos del Proyecto Cooperativo. Costos de la obra. Herramientas financieras».

En la presente lista de temáticas e insumos del proceso cooperativo se puede observar la búsqueda, desde los organismos públicos —responsables del financiamiento y supervisión del proceso de las cooperativas— de la apropiación del proceso por parte de las cooperativas, equiparando el lugar de los saberes técnicos y cooperativos, por tanto, de las relaciones de poder.

34 <https://www.anv.gub.uy/cooperativas>.

La alta rotación de los socios en las cooperativas, sobre todo en la etapa de preobra e inicio de la obra, obliga a repetir algunas de estas instancias en más de un momento.

A partir de una primera sistematización de los registros de la formación realizada por los IAT en las cooperativas³⁵ de las actividades de formación. Sin embargo, se señala una diferenciación en los tiempos dedicados a las actividades de formación requeridas en los distintos institutos y en el carácter de las instancias: desde informaciones y presentaciones de poco desarrollo temporal en asambleas (veinte minutos a una hora) a otros con carácter formativo o participativo, en formato de talleres o jornadas. Todo esto no supone la apropiación del grupo, pero sí la intencionalidad pedagógica del IAT.

Se reconocen pocos procesos de formación vinculados a lo que Imen (2012) llama *pedagogías de la praxis* como procesos formativos que implican un acompañamiento en la reflexión y la acción, si bien se realiza parcialmente por el asesoramiento en aspectos organizativos y de gestión en los espacios de las cooperativas.

El papel de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua

Como se mencionó antes, la FUCVAM es uno de los movimientos sociales de mayor relevancia en la actualidad, con más de 51 años. Jugó, sobre todo durante la dictadura militar, un papel protagónico en la articulación y defensa del movimiento popular uruguayo.

Si bien existen otras organizaciones de segundo grado que nuclean cooperativas, FUCVAM agremia a las cooperativas de usuarios de ayuda mutua que se analizan, y es la única organización con la magnitud y la presencia pública antes mencionadas. Su trayectoria, reconocida a nivel nacional e internacional,³⁶ la coloca como una organización que ha contribuido al despliegue de experiencias cooperativas y sostenido su desarrollo.

En 2019, FUCVAM nucleaba a 408 cooperativas habitadas (16937 viviendas), a 80 cooperativas en obra (2509 viviendas) y a 114 en trámite del préstamo (2634 viviendas).³⁷ Tiene una estructura permanente similar a la de

35 MVOT-ANV (2020). *Cuaderno n.º 1. Aportes al desarrollo del sistema cooperativo de vivienda: orientaciones para el desempeño profesional del trabajo social en las cooperativas de vivienda*. Montevideo: MVOT.

36 La experiencia cooperativa de FUCVAM ha sido promovida en diversos países de América, y obtuvo la Honor Mention a la trayectoria en defensa del Derecho a la Vivienda del Comité de Hábitat de Naciones Unidas en 2007, y en 2012, el Habitat Award al mejor esfuerzo de transferencia de experiencia solidaria en materia de vivienda. Es visitada por diferentes delegaciones internacionales e invitada en varios países para conocer su experiencia. Véase www.fucvam.org.uy.

37 Véase www.fucvam.org.uy.

las cooperativas, con una inserción nacional y una concepción federativa: la Asamblea Nacional (de la que participan delegados de todas las cooperativas federadas, cuyo voto se pondera de acuerdo al número de socios, de uno a cinco), la Dirección Nacional, la Comisión Fiscal, la Comisión Electoral y la Comisión de Desarrollo Social y Fomento Cooperativo. Estos órganos se conforman con cooperativistas propuestos por sus cooperativas, que son electos en forma personal, a partir de una *plancha* de candidatos, no de listas, y votados en asambleas nacionales que son convocadas, a estos efectos, cada dos años. Además, hay otros organismos y grupos de trabajo vinculados con otras necesidades del movimiento: Departamento de Apoyo Técnico, Plenarios de Cooperativas según la etapa y la Enforma.

La federación es propietaria de su sede y tiene un hogar estudiantil para cooperativistas del interior y un camping y colonia de vacaciones en Costa Azul (Canelones).

El proceso de desarrollo de FUCVAM es analizado en forma sintética, así como los elementos de coyuntura que impactaron en dicho proceso, para hurgar en los principales hechos, luchas y, fundamentalmente, en las acciones educativas que explican y visibilizan los aprendizajes de los cooperativistas.

Para favorecer un correlato con las cooperativas analizadas, su desarrollo se organiza en los períodos definidos antes.³⁸

Las primeras experiencias y la fundación de FUCVAM (1966-1973)

A partir de la incorporación del sistema cooperativo en la Ley n.º 13.728, los grupos cooperativos comenzaron a multiplicarse a un ritmo importante en todo el territorio nacional, vinculados sobre todo a trabajadores sindicalizados.

El 24 de mayo de 1970 las tres cooperativas pioneras del interior del país, junto a otras ocho que surgieron a partir de la ley, se reúnen en la inauguración de la primera de ellas, en Isla Mala, Florida, para fundar la Federación Uruguaya de Cooperativas de Ayuda Mutua.³⁹ Con anterioridad, en 1969, se había conformado un secretariado representativo con seis cooperativas representadas (dos de Montevideo) que coordinaba e intercambiaba información a fin de favorecer el funcionamiento y el desarrollo de estas experiencias.

38 Para la elaboración de la presente reseña tomo información de los documentos de FUCVAM y CCU, que se reseñan en el Anexo 1, y, de otras fuentes que se citan en el párrafo o nota al pie correspondiente.

39 Es muy interesante, y una muestra de su carácter horizontal, que en el estatuto original de FUCVAM, el de su fundación, en las disposiciones transitorias fija en su artículo 61: «Desígnese un Consejo Directivo provisorio integrado por: Covimt, Covine, Coviafe, Construir y Covigrama». Luego hace lo mismo cuando designa la Comisión Fiscal (municipales de Paysandú, Cosvam y 25 de mayo). Es decir, la representación en los órganos de dirección de la nueva federación no la asumían las personas, sino las cooperativas o matrices de cooperativas.

El surgimiento de FUCVAM aparece como una necesidad de los grupos iniciales, para articular información y trámites entre las del interior y las de Montevideo. Si bien fue un momento de gran conflictividad social por las luchas de los sectores de trabajadores, la guerrilla urbana del MLN-T y la unificación de la izquierda en una expresión política, el Frente Amplio, el origen de FUCVAM se vincula a dicho momento, pero también a necesidades directamente vinculadas con la concreción de las primeras experiencias.

La FUCVAM yo creo que tiene una particularidad. En el nacimiento de la FUCVAM cuando uno dice cuál es la génesis, fue una construcción muy rara, hay compañeros que hacen una analogía con la CNT, yo no la hago. FUCVAM nace del cristianismo de base, de dirigentes sindicales considerados de segunda, cristianos, socialistas, con un sector metalúrgico interesante, que yo revisando la historia tuvieron que ver con la formación del Sindicato de Trabajadores y Obreros del Metal. Pero también hay presencia anarquista muy interesante. Bueno y además esto es federación, y en la federación no hay congreso, hay asamblea nacional, es muy interesante, pero entonces todo ese crisol, para mí no es análogo a la CNT, pero hay que analizarlo (exdirigente nacional de FUCVAM en Menéndez, 2014, p. 39).

No obstante, la federación fue tomando cuerpo y desarrollo por la acción permanente de las cooperativas, que crecían a un ritmo importante.

En mayo fue el acto inaugural y ya en setiembre... «Hicimos un acto en el SODRE y nos sorprendió la cantidad de cooperativas que asistieron: metalúrgicos, gráficos, textiles. Allí se dio a conocer la orientación que tenía este movimiento que acababa de nacer... si no hubiera sido por los sindicatos no se podría haber consolidado el movimiento».⁴⁰

Hasta 1973 la federación trabajó con relativo éxito en la conquista de terrenos, aceleración de trámites y mejoras en las condiciones del crédito.⁴¹ Tuvo un papel importante en la promoción de nuevos grupos y en favorecer la comunicación dentro del movimiento y con las diferentes autoridades públicas.

Los primeros dirigentes de la Federación eran independientes o integrantes de partidos tradicionales; los militantes de izquierda llegan en 1982 o 1983, y eran jóvenes dirigentes. Esto se explica, por un lado, por la proscripción, el encierro, el exilio y la persecución que sufrieron los militantes de izquierda, y, por otro, por el perfil organizativo que asumió la Federación, más enfocado en solucionar y articular problemas de las cooperativas, que en su carácter gremial.

40 Isaac Moreira, dirigente de FUCVAM en *Revista del aniversario de FUCVAM*, 2000, n.º 30, p. 7.

41 *Revista del XXV Aniversario de FUCVAM*, 1995, p. 3.

Hay un mito construido ahí, no podía haber sido de otra manera, era distinto en las cooperativas, había una dirigencia que no le molestaba la dictadura, logró que no se cerrara, pero no en las cooperativas había un proceso de base (exintegrante B del Centro de Formación Cooperativa de FUCVAM).

El ccu jugará un papel muy importante, no solo en la promoción de grupos, sino en la conformación de la propia Federación, asesorando y generando los primeros cursos sobre cooperativismo. Hasta los ochenta FUCVAM no había generado espacios educativos propios, los IAT cumplían ese rol en la formación de los cooperativistas. «Antes los espacios de formación eran fundamentalmente por los IAT, en FUCVAM no se había instrumentado» (cooperativista en Menéndez, 2014, p. 40).

La dictadura y la resistencia de FUCVAM⁴² (1973-1985)

Con el advenimiento de la dictadura militar el 27 de junio de 1973, a la represión común ejercida sobre el movimiento popular uruguayo se sumaron, en el caso de las cooperativas, medidas de desarticulación y enlentecimiento de los trámites, lo que inhibió su desarrollo cuantitativo. Se suspendieron los otorgamientos de personerías jurídicas para la constitución de cooperativas y, las escrituraciones de nuevos préstamos. También se modificaron las condiciones del préstamo, con el aumento del porcentaje del interés, y se empezó a exigir ahorro previo. Todo esto llevó a un fuerte declive del sistema cooperativo a partir de 1977.

Las medidas restrictivas impuestas al sistema cooperativo se tradujeron en la práctica en un estancamiento cuantitativo, y en algún sentido cualitativo, en la cantidad de viviendas construidas y, por ende, se debilitó su capacidad organizativa y la de ejercer presión como actor sociopolítico (Midaglia, 1992).

Como parte del ataque al movimiento popular, durante este período un número importante de cooperativistas estaban sujetos a controles, proscripciones o detenciones.

Un dirigente cooperativo describe ese momento:

Nos prohibían las asambleas, nos prohibían a los dirigentes, teníamos cientos de compañeros detenidos... Porque estábamos en relaciones con el movimiento sindical, eran todos militantes sindicales o políticos en las cooperativas... Pero con todas esas dificultades se siguió funcionando.

42 En el contexto de la dictadura civil-militar no le aprueban en su estatuto la denominación federación uruguaya, sosteniendo que podrían existir otras organizaciones, por lo que los militantes de ese momento, para mantener la u en la sigla, lo cambian por unificadora y pasó a llamarse Federación *Unificadora* de Cooperativas de Viviendas por Ayuda Mutua, FUCVAM.

Había una dinámica propia que cumplir... las asambleas tenían que seguir estatutariamente... Nos podían reprimir lo que sea, pero seguíamos viviendo juntos, encarando una cantidad de actividades colectivamente, y sobre todo porque nuestra administración es en conjunto (dirigente de FUCVAM en Midaglia, 1992, p. 84).

En lo explicado radica un elemento importante que permitió mantener vivas las cooperativas y la resistencia a la dictadura: por ley las cooperativas tienen que reunir a sus asambleas, muchas decisiones tienen que contar con su aprobación además de las reuniones de consejos directivos y otras comisiones, mientras que otro tipo de reuniones eran prohibidas en la sociedad en general.

Otro cooperativista, en la etapa de obra ilustra: «Nosotros en muchas oportunidades, nos íbamos a los pisos de arriba, durante la obra, con un farol o a lo oscuro, y hacíamos nuestras reuniones mientras los milicos, se paseaban abajo». ⁴³ Por tanto, las cooperativas mantenían cierto accionar colectivo, lo que permitió albergar diferentes demandas y actores sociales y políticos, generando importantes espacios de socialización política y cultural; las cooperativas se convirtieron en espacios significativos de resistencia del movimiento popular.

«Es particularmente señalable que en un momento donde las agrupaciones colectivas son proscriptas, FUCVAM emerge como actor social, promovido por una política pública» (Midaglia, 1992, p. 83) y combatido a la vez.

La oclusión de la actividad sociopolítica y el enlentecimiento cuantitativo del sistema cooperativo por la disminución de los préstamos y la negación de nuevas personerías jurídicas, permite el desarrollo en el campo de servicios: Central de servicios (compra colectiva de materiales de cooperativas en obra) y Planta de prefabricados (elaboración propia de materiales constructivos con tecnología que facilitaba la ayuda mutua y abarataba costos), así como servicios sociales y culturales en las cooperativas.

En 1975, año en que se comienzan a habitar las primeras cooperativas, desde los dirigentes de FUCVAM surge la preocupación por sostener la experiencia en la convivencia, por ello se promueve el convenio con la ACJ.⁴⁴ Este tuvo dos etapas, una en Montevideo y la segunda en el interior; se define como «convenio que intenta dinamizar lo que existe potencialmente en las cooperativas» (Convenio FUCVAM-ACJ, 1976). Es cofinanciado por la ACJ de Canadá, FUCVAM y las cooperativas participantes, y tiene como objetivos: desarrollo de trabajos de recreación; actividades artísticas, deportivas y campamentos con niños y jóvenes; charlas, jornadas familiares, formación en oficios

43 *Revista Social de FUCVAM*, XX Aniversario, 1990.

44 Es una asociación civil de larga trayectoria en Uruguay de origen internacional, que tiene una de las mayores infraestructuras deportivas y desarrolla acciones recreativas, sociales, formativas y deportivas.

y artesanías; coros, talleres de teatro y otras actividades de interés; grupos de padres y proyección de películas. Mediante el convenio también se apoyó a los servicios existentes en las cooperativas, se fomentó la creación de otros (cooperativas de consumo, forestación, policlínicas, entre otros) y se brindó formación a la organización cooperativa.

El equipo de la ACJ estaba conformado por asistentes sociales, psicólogos, profesores de educación física, talleristas y un sociólogo. En la primera etapa apoyó a las cooperativas de Montevideo para superar su déficit administrativo y de funcionamiento una vez culminada la etapa de la obra. Creemos que esa primera fase benefició mucho a aquellos grupos que supieron incorporar lo que se les brindaba, formando directivos que luego de finalizada esta fase pudieron seguir aplicando lo asimilado. La segunda etapa del convenio entre FUCVAM y la ACJ se desarrolló en el interior del país.⁴⁵ En su finalización, como resultado de su ejecución, además del impacto positivo en lo organizativo y social, en las cooperativas participantes se formaron grupos de teatro y de artesanos, y murgas, que en el contexto del combate a la dictadura encontraron canales de expresión y desarrollo.

Es en los grandes conjuntos cooperativos e intercooperativos, como las mesas y zonas, donde surge la mayor cantidad de servicios complementarios a las viviendas como almacenes comunitarios, bibliotecas, cooperativas de consumo, centros deportivos y culturales, guarderías y policlínicas, con muchas actividades en los salones comunales y gran participación social.

El movimiento cooperativo se consolidará fuertemente en el terreno cualitativo, constituyéndose en una de las pocas experiencias que durante la etapa de dictadura mantendrá instancias de encuentro y socialización autónoma de importantes grupos de trabajadores, impedidos de organizarse legalmente en el terreno sindical. El cooperativismo de vivienda, ha sido, dicho en pocas palabras una gran escuela de participación popular, en la construcción de las viviendas —lógicamente—, pero también en la administración autosustentada de servicios sociales tales como policlínicas, guarderías, comedores, bibliotecas, etcétera (Rodríguez, 1985, p. 210).

A partir de la década del ochenta, FUCVAM, junto a las nuevas formas del movimiento sindical (el PIT), del estudiantil (la ASCEEP) y organizaciones de derechos humanos conciertan acciones autónomas en la denominada Intersocial. Luego, junto a los partidos políticos logran ir abriendo camino a la democracia, a partir de la Intersectorial.

En 1983 se produjo un fuerte enfrentamiento entre FUCVAM y el BHU por la negativa de la Federación a pagar un reajuste del 15% impuesto en las cuotas de amortización. Ante esto, como medida de lucha las cooperativas

45 *Revista del 10.º Aniversario de FUCVAM*, 1980.

resuelven continuar pagando el valor anterior e iniciar una huelga de pagos del aumento. Esta medida colocó a dicha organización como el primer actor social que fue capaz de cuestionar y desestimar una decisión gubernamental durante el período dictatorial (Midaglia, 1992, p. 99). «No era fácil desobedecer al Estado, ya que en la práctica eso era lo que tipificaban, cuando nos llamaban “de Inteligencia y Enlace”, o sea que estábamos generando desobediencia al Estado» (dirigente cooperativo en Midaglia, 1992, p. 99).

Así, FUCVAM se presentó como un actor fuerte y unido que lideraba las demandas por vivienda concitando amplios apoyos en la medida en que canalizó la disconformidad de la población con la dictadura y, sus acciones políticas y económicas. Frente a esta lucha, el Consejo de Estado promulgó el Decreto-Ley n.º 15.501, que determina el pasaje a propiedad horizontal de las cooperativas en régimen de usuario. Esta norma buscaba limitar al movimiento cooperativo, transformando a sus integrantes en propietarios, anulando así su capacidad de acción colectiva. Incluso para que los altísimos costos de dicho pasaje no fueran un obstáculo para su concreción, establecía que «los trámites necesarios para la incorporación a propiedad horizontal serán realizados por el Banco Hipotecario del Uruguay a su costo». Es entonces que el consejero de Estado y luego ministro de Economía y Finanzas, Cr. Alejandro Vegh Villegas manifiesta que el movimiento cooperativo «no se adecua totalmente con la idiosincrasia de nuestros ciudadanos, y en muchos casos contiene dentro de sí algunas facetas que pueden preocupar... ya que pueden llegar a afectar la seguridad» (Midaglia, 1992, p. 78).

Frente a la sanción de ese decreto-ley, FUCVAM recurrió a diversas formas de protesta: presentó un recurso de inconstitucionalidad ante la Suprema Corte de Justicia, promovió la recolección de firmas para realizar un referéndum que derogara esa resolución y comenzó una huelga de pagos al BHU.

En un contexto de restricción de la democracia representativa y de persecución política a los oponentes del régimen civil-militar, se recurre a un mecanismo de democracia directa, lo que muestra la audacia de la medida, con la incertidumbre acerca de si los ciudadanos registrarían su firma, dado el miedo impuesto por el terrorismo de Estado.

La posición asumida por la federación, de recurrir a mecanismos de protesta propios de un sistema democrático, y a la vez utilizar el marco institucional otorgado por la ley en su carácter del cliente colectivo de una agencia estatal, ponía de manifiesto no solo la naturaleza política del enfrentamiento, sino también la potencialidad conflictiva de este sector (Midaglia, 1992, p. 101).

Las demostraciones de apoyo a las reivindicaciones fueron muy amplias: el primer día de recolección de firmas (26 de febrero de 1984) se llegó a las trescientas mil voluntades, y solo en noventa días se superó la cantidad de

firmas necesarias. No obstante, el gobierno desconoció dicha expresión popular y no dio lugar al recurso.⁴⁶ Se observa, entonces, cómo los espacios de participación generados en la transición del régimen autoritario fueron aprovechados por esa organización para concretar una real presencia en el medio, obteniendo apoyos políticos y ciudadanos capaces de asegurar la legitimidad de sus reclamos.

La crisis económica generada a partir de la asunción del modelo neoliberal en el país, que produjo el descenso importante del salario real, la devaluación de la moneda y procesos de concentración del ingreso se convierten en factores que debilitan a la dictadura. La crisis económica deviene en crisis política y el descontento popular es canalizado por FUCVAM (Midaglia, 1992).

En relación con las medidas de lucha llevadas a cabo por FUCVAM, un exdirigente sostiene: «[era]... muy audaz, pero era una momento de alce, venía ya el PIT, ya habíamos hecho un acto en el cine Cordón y habíamos llenado, el acto del 1.º de Mayo del PIT, crecías; entonces era el momento, sino FUCVAM hubiera perecido» (dirigente de FUCVAM).

En los últimos años de la dictadura militar los salones comunales de las cooperativas fueron espacios de resistencia democrática donde se manifestaron expresiones sociales, políticas y culturales, esquivando el terrorismo dictatorial y promoviendo nuevas formas de acción colectiva y cultural. En este sentido es significativo el aporte de Sidney Tarrow (citado en Casas, 1999, p. 109) para entender cómo la dictadura operó fuertemente en la estructuración de FUCVAM, aprovechando las «oportunidades, los repertorios, las redes y los marcos».

Los movimientos sociales surgen, según la perspectiva del autor, cuando se generan las «oportunidades políticas» para la intervención de los sujetos sociales. Estos movimientos convocan a la gente a la acción colectiva por medio de «repertorios conocidos de enfrentamiento» e introducen innovaciones. En su base, las organizaciones se alimentan de recursos externos tales como vínculos, redes y «símbolos culturales e ideológicos». Cuanto más densas sean dichas redes, y más comunes dichos símbolos, tanto más probable será que los movimientos se generalicen y perduren (Casas, 1999, p. 109). Es decir, esto muestra cómo el movimiento cooperativo retoma formas de acción colectiva aprovechando oportunidades coyunturales específicas.

Tomando los conceptos de *salida*, *voz* y *lealtad* de Albert Hirschmann (1977), sin duda al movimiento cooperativo solo le quedaba la voz, no podía quedar fuera de la política pública que lo creó y permitió su crecimiento, es decir, no habría cooperativismo sin Ley n.º 13.728 y sin los créditos con financiamiento estatal, pero este tampoco existiría sin FUCVAM y sus múltiples luchas en las últimas cinco décadas. En este sentido, la posibilidad del

46 El decreto-ley será derogado dos años después de recuperada la democracia, en 1987, luego de que la SCJ lo declarara inconstitucional, y mediante una ley que exigió a las cooperativas resolver en asambleas y por voto secreto que ratificaban su voluntad de ser usuarios.

financiamiento del exterior o de la banca privada, incluso la cooperativa, no fueron soluciones sustentables en el tiempo, es decir, la posibilidad de «pelear aquel presente adverso le aseguró el futuro» (Midaglia, 1992, p. 121).

Poco a poco, en sus planteos y demandas la Federación fue trascendiendo la situación específica del cooperativismo de ayuda mutua, dando un tratamiento amplio, político al problema de la vivienda. En simultáneo, se fortalecieron las luchas sociales con el desarrollo de nuevas y la revitalización de viejas formas asociativas que fueron creciendo en contenido político y en su capacidad de enfrentarse al régimen, incluso en algunos casos arrastrando a los partidos políticos a la oposición a la dictadura.

Carlos Filgueira plantea que durante la dictadura los movimientos sociales atravesaron tres fases: una primera de tipo «defensiva» y de repliegue frente al cierre de los canales de expresión de la sociedad civil y política; una segunda de tipo «reactiva», «de resistencia y confrontación contra la dictadura y una tercera de tipo «positiva» (posterior al acuerdo del Club Naval y que se tradujo en la Conapro), en la que distintos actores y movimientos sociales adquieren un carácter propositivo, en el marco de la legitimación del nuevo orden democrático (1985, pp. 11-13).

En esos momentos se amplía el espectro de organizaciones sociales existentes, con lo cual se expanden las áreas y temáticas de vinculación (FUCVAM, Movide, derechos humanos, ollas populares, género, etcétera). Todas se integran, junto a los partidos políticos, en un proceso de transición que confluiría en la Conapro. Esta se había constituido en un espacio privilegiado orientado a lograr cierto nivel de consenso sobre temas importantes de la coyuntura económica, política y social de la transición, otorgando así respaldo y legitimidad al nuevo gobierno democrático.

Todas las áreas de la Conapro estaban conformadas por grupos políticos y sociales. En relación con el tema de la vivienda participaban la FUCVAM, el PIT (a través del SUNCA), promotores privados de la construcción, la Cámara del Bien Raíz, el Frente de Inquilinos, los IAT, la Sociedad de Arquitectos y el Movide. Se lograron acuerdos generales y particulares; en el caso del movimiento cooperativo se consensuó que se promovería que el partido político que gobernara a partir del 1.º de marzo de 1985 derogar la Ley n.º 15.501 y se comprometería a reconocer los pagos de amortización realizados en cuentas paralelas al BHU (Midaglia, 1992, p. 102). No obstante las expectativas generadas con el primer gobierno de la restauración democrática resultaron, como en otras muchas áreas, una gran frustración.

La propuesta educativa en el período

Durante su primera década, la federación no integró espacios de formación, sino que ello era cubierto por los IAT, lo cual se promovió como uno de los componentes del convenio con la ACJ ya analizado, que estuvo vigente hasta 1982.

En 1981, en FUCVAM asume una nueva comisión de fomento que promueve la sistematización de las experiencias de las cooperativas. Se crean espacios centrales de trabajo de las comisiones de Guardería, de Salud y de Deportes y se promueve un primer curso intensivo pago por los cooperativistas participantes, organizado en unidades temáticas: problemática de la vivienda en el Uruguay y la solución cooperativa, el marco jurídico, la administración de las cooperativas (organización), elementos de programación, contabilidad y función del tesorero, y la organización de servicios (fondos sociales, consumo, educación, salud y recreación). El curso videncia contenidos políticos en formatos técnico-instrumentales.

En 1982, la XVIII Asamblea Nacional de FUCVAM aprueba por unanimidad una propuesta de una de las cooperativas de Mesa 4 (Covimt 6) para que «se encare un estudio para encauzar el tema de la educación cooperativa y capacitación de técnicas cooperativistas, en análisis conjunto con otros sectores cooperativos, con el fin de promover la institucionalización de programas educativos, considerando incluso la participación oficial en el tema».⁴⁷ Con dicha resolución, en 1983, se imprime el *Cuaderno de Formación* n.º 1, con el contenido de la Unidad de Temática 1 desarrollada en 1981, y luego se crea el Centro de Formación Cooperativa (CFC), reconociendo la necesidad «de una acción permanente de educación, encuadrada políticamente dentro de sus objetivos y estrategia y coherente en su enfoque metodológico con los principios de participación y autogestión que sustenta: la educación para a ser una tarea política del Movimiento».⁴⁸

Reconociendo que no se agota en sí mismo, la formación del movimiento establece como objetivos del nuevo CFC:

1. Contribuir a la formación de dirigentes cooperativistas eficaces y comprometidos con el desarrollo del movimiento,
2. Contribuir a que el barrio cooperativo se convierta en una experiencia de vida comunitaria y no en un mero barrio dormitorio sin vida propia,
3. Contribuir a la difusión de los valores cooperativos y de la educación como fuerza fundamental para [su] [...] concreción...⁴⁹

Se integra con tres cooperativistas mujeres, del campo de la educación, con el apoyo de dos asistentes sociales del Departamento de Educación del CCU,⁵⁰ al que se suman otros técnicos para charlas específicas, todos en forma militante.

47 *Revista Social de FUCVAM*, XX Aniversario, 1990.

48 Ídem.

49 Documento interno de FUCVAM para la XIV Asamblea Nacional de FUCVAM Hacia un Plan Nacional de Vivienda Popular, 1984

50 Arles Caruso y Cristina Luzzo.

Una etapa fundacional, de transición democrática, con fuerte apoyo del ccu, el propio ccu se daba cuenta que como instituto se desbordaba en un área que no era propia de la naturaleza del instituto, era mantener los grupos, FUCVAM no tenía nada... no había un aparato educativo y sobre todo un aparato político-educativo, entonces ahí es cuando, de alguna manera, se impulsa crear un organismo vinculado la educación cooperativa (exintegrante del CFC de FUCVAM).

En esas primeras etapas no existía un modelo acabado de formación; se establecieron ciclos con cursos básicos para las diferentes etapas (cooperativas en trámite, en obra y habitadas), cursos medios (para dirigentes de cooperativas) y cursos superiores (para cuadros del movimiento), en el esquema que venía realizando el ccu con las cooperativas asesoradas, cuyos técnicos son sus encargados, junto a dirigentes.⁵¹

A la vez, se organizaron paneles y charlas sobre temas de reflexión y lucha de la Federación: situación de la vivienda en Uruguay, la vivienda y sus prolongaciones dentro del conjunto cooperativo y salario y vivienda.

El retorno a la democracia. La lucha continúa (1985-2004)

En 1985, se crea, desde un espacio interinstitucional, el Plan Nacional de Vivienda a presentar al Parlamento. FUCVAM participa en la denominada Coordinadora de la Vivienda Popular (COVIP).

El Plan de la COVIP, iniciativa colectiva con propuestas concretas y realizables del movimiento popular, colocó a la FUCVAM como actor propositivo y con liderazgo en el ámbito de la vivienda, pero con pocos logros en este período.

La situación conflictiva entre FUCVAM y el BHU se mantuvo. La derogación del Decreto-Ley n.º 15.501, tan debatida, se produjo a nivel parlamentario recién a fines de 1986, luego de su declaración de inconstitucionalidad por parte de la SCJ. Con dicha derogación se reglamentaron aspectos de la organización cooperativa a través de la conocida como Ley Ricaldoni (nombre del senador de la iniciativa), de 1987, que instauró el voto secreto en las elecciones y en las decisiones importantes, entre otras cosas, la exigencia de que las cooperativas ratificaran su voluntad de continuar siendo usuarias.

51 Por ejemplo, en cursos básicos de 1984 aparecen temas dados por técnicos del ccu: *Historia del movimiento cooperativo*, A.S. Enrique Iglesias, *Plan Nacional de Vivienda*, Ing. Benjamín Nahoum, *Organización Cooperativa*, A.S. Cristina Luzzo, *Historia del Movimiento Coop. Internacional*, A.S. Arlés Caruso, junto a dirigentes de FUCVAM: *Historia del Movimiento Cooperativo de Ayuda Mutua*, Armando Guerra, *La Cooperativa como experiencia comunitaria*, Gustavo González y *FUCVAM hoy*, Fernando Nopitch (Documento interno de FUCVAM para la XIV Asamblea Nacional de FUCVAM Hacia un Plan Nacional de Vivienda Popular, 1984).

El 95% de las cooperativas, en sus asambleas, ratificaron la decisión de ser usuarias y solo una de FUCVAM (de uno de los barrios de mayor aumento de valor del suelo) no mantuvo dicha condición.⁵² Pero el movimiento cooperativo seguía enfrentando grandes obstáculos para su crecimiento cuantitativo, que arrastraba desde la dictadura, como fueron las autorizaciones para nuevas personerías jurídicas, el acceso a las tierras como condición para solicitar el crédito en el BHU, el otorgamiento de los préstamos.

En el gobierno de Julio María Sanguinetti se aprobaron solo 11 de las 170 personerías jurídicas solicitadas.

En 1989 varias cooperativas de FUCVAM ocupan terrenos ociosos de la Intendencia de Montevideo y luego, en 1992, un terreno de la Facultad de Agronomía de la Udelar, reivindicando la creación de carteras de tierras oficiales para las cooperativas.

En 1990 el mapa político se modifica, no solo por la asunción del Partido Nacional en el gobierno, sino por la experiencia inédita del triunfo de la izquierda en el gobierno departamental de la capital.

Las autoridades municipales firmaron un convenio de tierras con FUCVAM por el que adjudicaron diez predios para cooperativas, en respuesta a una vieja reivindicación de la federación, con lo que se inició un convenio de transferencia de terrenos de la cartera de tierras municipal. Recién en 1992 se sanciona una ley que regula y agiliza los procedimientos para el acceso a personerías jurídicas por parte de los grupos cooperativos.

Como se mencionaba en el capítulo anterior, en 1990 se crea el Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente, que atiende a los sectores de menores ingresos, mientras el BHU siguió responsabilizándose de los créditos para promotores privados y familias cuyos ingresos superaran las sesenta unidades reajustables.

Como se analizó, el modelo impulsado por el ministerio, de orientación al mercado, y su inclusión en la estrategia de reforma del Estado (achicamiento) no modificó la política habitacional y la relación con FUCVAM. La contemplación de las cooperativas de vivienda en los planes quinquenales de dicha secretaría de Estado siempre fue marginal, si bien, la movilización de FUCVAM logró modificar la asignación presupuestal destinada para los créditos a cooperativas, fundamentalmente en el último gobierno del siglo xx.

En la década de los noventa, a partir de la agudización de la problemática urbana y la experiencia y sensibilización que provocó la ocupación de tierras, FUCVAM toma la bandera de la reforma urbana, sumando intereses antes excluidos como fueron los de los sectores de extrema pobreza y, la reivindicación de las áreas centrales de la ciudad.

Se propone «construir un Movimiento por la Reforma Urbana a través de una convocatoria amplia en torno a un Programa Popular de transformaciones».⁵³

52 Exdirigente B de FUCVAM.

53 Documento de Reforma Urbana de FUCVAM, 1997, p. 9.

En 1991 el movimiento cooperativo prueba ser una alternativa apropiada de solución al problema de la vivienda de los sectores más desfavorecidos. Es a partir de la Coviitu 78 (integrada por veinte familias desalojadas de un hotel de la Ciudad Vieja) que, con los mismos costos de un programa de NBE, se construyeron cooperativas que superan el doble del metraje edificado, con mejor calidad constructiva y organización colectiva. Esto provocó una fuerte discusión interna en la federación, por las modificaciones que implicaba integrar a sectores de extrema pobreza, con menores niveles de calidad de vivienda y formas organizativas diferentes.⁵⁴ Se consolidaron experiencias cooperativas con grupos en situación de extrema pobreza, lo que implicó cambios significativos para el movimiento cooperativo en lo que hace a la conformación de cooperativas y en el tipo de vivienda y su calidad. En su mayoría estas cooperativas se originaron en sindicatos. No obstante, dichas experiencias fueron altamente reconocidas en ámbitos técnicos, académicos e internacionales por ser las mejores soluciones para dichas familias y por el desarrollo y la apropiación posterior de las viviendas. Sin embargo, estas modalidades no fueron promovidas ni estimuladas por el Ministerio de Vivienda de la época, sino que se apostó a conformar grupos SIAV como forma alternativa a la solución individual y no cooperativa.⁵⁵

El intendente de Montevideo de esa época, el arquitecto Mariano Arana, afirmaba que:

Mientras en el extranjero se estudia al movimiento cooperativo del Uruguay como modelo para la planificación y gestión de la vivienda popular, aquí en esta tierra se sigue postergando a las cooperativas con la misma desconfianza con que las trató la dictadura.⁵⁶

También el movimiento cooperativo, en su propuesta de Reforma Urbana, promueve dos líneas estratégicas: por un lado, integrar y promover la organización de los asentamientos y otras formas de apropiación informal de la vivienda, y por otro, exigir la utilización de espacios centrales de la ciudad para cooperativas, iniciando una línea de reciclajes con buenos resultados, a

54 Gustavo González, dirigente de FUCVAM relata: «Rompió el esquema del movimiento cooperativo que teníamos hasta el 1989, que las viviendas eran las Covine, Covisunca o Covimt».

55 SIAV era el Sistema Integrado de Acceso a la Vivienda, programa del entonces mvotma, de acceso a las soluciones habitacionales, que agrupaba demandas individuales de subsidios. Se construyeron conjuntos de viviendas por empresas, en carácter de propietarios, sin participación de los beneficiarios, a pesar de que algunos asumían el estatuto de cooperativas como persona jurídica para la propiedad del suelo. Al ser montos muy bajos para la construcción, se construyeron en terrenos muy lejanos y con escasos servicios.

56 *Revista Social de FUCVAM*, xxv Aniversario, 1995, p. 3.

partir, primero del financiamiento de la Intendencia de Montevideo y luego del entonces MVOTMA.

Si se analiza el origen, el protagonismo de FUCVAM en el momento de la dictadura y su desarrollo posterior, se verifica cómo la federación fue agregando otros intereses a su propuesta, de forma de canalizar el descontento o las demandas sectoriales, tanto en el ámbito de la vivienda popular como de otras demandas sociales.

Así es expresado en su Declaración de Principios:

El cooperativismo de vivienda en sus orígenes estuvo ligado de manera indisoluble al movimiento sindical uruguayo, y a partir de allí, tomó una serie de definiciones estratégicas de carácter totalmente clasista... El cooperativismo no se agota en la vivienda, sino que a partir de ese presupuesto clasista, engloba todas las necesidades en tanto clase y no como sector parcializado de la sociedad (FUCVAM, 2000, p. 15).

Pero la pretensión de representar a un espectro mayor de intereses vinculados al hábitat popular tiene su límite en la propia lucha de la federación, es decir, en la existencia de demandas pendientes de solución de las cooperativas habitadas, en obra o en espera de préstamos. No obstante, en la década del noventa tomó iniciativa, junto a otras organizaciones, en la defensa de las empresas públicas, y promovieron la derogación de la ley que las privatizaba y otras iniciativas de referéndum de carácter departamental y nacional.

Un dirigente cooperativo reflexionaba:

Hay un desafío en tratar que nuestras comisiones de fomento no sean solo de las cooperativas, sino que tengan planteos reivindicativos de la zona ... Para nosotros es una apuesta política crecer socialmente, en función de los barrios donde estamos insertos ... Pensamos que nuestros barrios tienen que estar al servicio de la ciudad (en Midaglia, 1992, p. 119).

Un elemento destacable en este sentido fue que en las primeras elecciones de los concejos vecinales⁵⁷ fueron 82 los cooperativistas electos en las 18 zonas, de un total 630 concejales.

A mediados de los noventa se destraban las autorizaciones de las personerías jurídicas y FUCVAM consigue, con la movilización, el otorgamiento de préstamos, cada vez más numerosos. Es una época de movilizaciones y de obras, hasta la crisis del 2002, la más importante del país, cuando se recortan préstamos y se enlentecen las partidas para las obras. FUCVAM desarrolla proyectos sociales en las cooperativas, financiados por la cooperación internacional

57 Órgano vecinal, electo por los vecinos de cada zona, con funciones de iniciativa, asesoramiento y control de los órganos locales de la administración municipal en Montevideo, impulsadas por el gobierno departamental de izquierda desde 1990 (FUCVAM, 1997, p. 9).

(Maestro de la Comunidad, Salud Comunitaria, Plan Social Alimentario), sin apoyo estatal, y convoca a grandes movilizaciones tanto en Montevideo como en el interior del país, entre ellas varias marchas a pie desde el interior a Montevideo; el punto culminante es la marcha en 2003 a Punta del Este.

... el Plan Social Alimentario establece un circuito para buscar los productos en los supermercados con vencimientos propios, instalamos una planta procesadora faenadora de pollos en la planta de prefabricado, se armaban paquetes para las cooperativas, organizado en ollas y huertas, [...] la irrupción de las huertas urbanas, se comía juntos en algunas cooperativas, otras hacían canastas, otras viandas, ahí empezó la red de trueque (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Junto con otros movimientos, organizaciones sociales y empresariales FUCVAM impulsa una alianza para contrarrestar la crisis y pensar alternativas de desarrollo, que no tiene continuidad. Con el triunfo electoral de la izquierda en octubre del 2004, se colocan en el nuevo gobierno todas las expectativas de cambio.

La propuesta educativa del período

En 1986 se realiza una sistematización y evaluación con los participantes de los primeros tres años del CFC de FUCVAM y se concluye que «la formación más rica es la que surge del quehacer diario, la que surge de nuestra acción organizada y solidaria para el logro de nuestros objetivos comunes» (FUCVAM, 1997, p. 9). Allí se interrumpe la realización de cursos centralmente para trabajar con las cooperativas, desde sus propios problemas, adoptando la metodología de la educación popular, promoviendo diagnósticos participativos, el trabajo con los grupos para identificar sus necesidades educativas, la realización de talleres en las cooperativas y el acompañamiento de las experiencias organizativas.⁵⁸ Se incorpora la educación popular y se dialoga con esta, en articulación con las organizaciones nacionales y regionales vinculadas a dicha propuesta político-pedagógica.⁵⁹

A instancias de uruguayos que retornaron del exilio en Suecia, en 1985 se comienza a trabajar para la fundación de la Cudecoop como organización de tercer grado. Esto permite financiar proyectos en algunas de las federaciones vinculadas a la formación cooperativa y el desarrollo institucional.⁶⁰

58 Documento interno de FUCVAM del CFC de marzo de 1987.

59 Una de las trabajadoras sociales del CCU, Arlés Caruso, estaba vinculada al CEAAL y a partir de ella se genera el vínculo con la educación popular.

60 Información aportada en la entrevista a exintegrante del CFC de FUCVAM.

El primer proyecto financiado integra un programa de formación de educadores cooperativistas, un programa de acompañamiento y desarrollo de las cooperativas habitadas, un programa de trabajo con jóvenes, en dos mesas intercooperativas, un programa para cooperativas en formación y trámite y un programa de capacitación y desarrollo del propio Centro de Formación de FUCVAM.⁶¹ Esto es en 1988, con el SCC, lo que posibilita tener dos cooperativistas rentados, además del grupo de militantes. Ya no continúan los técnicos del CCU como apoyo al CFC. También permitió la elaboración de materiales de apoyo, por ejemplo, uno sobre motivación, como respuesta a «un tema que preocupa a todos por igual: cómo motivamos a los socios para que se integren y participen en la vida cotidiana de nuestra cooperativa». ⁶² En dicho material se visualiza una propuesta, «sin recetas», que busca que las cooperativas indaguen en las necesidades de los socios y la correspondencia de la organización con ellas. Este, como otras publicaciones, retoma materiales impresos en mimeógrafo de la primera etapa con el CCU.

Al inicio la década del noventa, el CFC está consolidado y con funcionamiento activo, con subcentros en Montevideo y el interior. Contar con apoyo económico internacional le permite tener un pequeño equipo, pero estable y sostener importantes intercambios con redes del país y la región. Participa de la fundación del Comité de Educación de Cudecoop y se vincula a la Alcecoop, con sede en Rosario, Argentina, y al CEAAL. Ambos vínculos fortalecen su institucionalización.

La otra fuente que teníamos era Alcecoop [...], era importante, era la única entidad, por lo menos que yo tengo registro, de instituciones vinculadas a la formación cooperativa, pero que no se quedaba en el modelo tradicional, pero era bastante contestataria del modelo ACI [Alianza Cooperativa Internacional], de los principios cooperativos, de la gestión cooperativa. [...] era educación popular en el marco cooperativo (exintegrante del CFC de FUCVAM).

La federación se movilizará por las ocupaciones de tierras y procesará un conjunto de debates, como fuera señalado, lo que constituyó un campo fértil para acciones educativas:

Centro de Formación que prácticamente no tenía aula, sino que eran los talleres en las ocupaciones, en las cooperativas, en la presión, o sea, todo eso, obviamente en un ajuste pedagógico que se apoyó mucho en la educación popular, interactuó mucho, era la época de oro del CEAAL. FUCVAM fue parte de la Mesa, la inspiración metodológica venía por ese lado, acá

61 Información aportada en la entrevista a exintegrante del CFC de FUCVAM.

62 Material de Apoyo del Centro de Formación Cooperativa Motivación. FUCVAM, 1991.

se recibió a Carlos Núñez, Paulo Freire, Oscar Jara, todos pasaron por acá (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Ello no inhibió que se produjera un fuerte debate sobre el lugar del CFC y la dirección política de la Dirección Nacional, que llevó a cuestionar si el lugar de la formación no es la lucha y es tarea de los dirigentes; «esa fue la gran brecha» (exintegrante del CFC de FUCVAM). Esto llevó a que el CFC acompañara a las cooperativas que ocupaban tierras, y así comienzan a generarse desgastes entre la coordinación del CFC y la Dirección Nacional, mediados por el tema del financiamiento.

En 1992 el CFC tiene un giro, lo que genera una síntesis entre las posiciones anteriores en debate. Además de cambiar la coordinación, promueve nuevas orientaciones en su propuesta educativa, que tiene continuidades y rupturas con su proceso anterior.

Entendemos que todos los procesos de organización social contienen una dimensión educativa, aún cuando no se explicita su intencionalidad. Existen en las prácticas cooperativas, al igual que en otras organizaciones populares, «situaciones» colectivas de aprendizaje y crecimiento, a partir de las necesidades de dar respuesta a los problemas que en forma cotidiana estas organizaciones deben enfrentar para sobrevivir o desarrollarse. La propia práctica social de la organización genera «situaciones educativas» que pueden ser aprovechadas para desarrollar un programa de formación y capacitación.⁶³

El CFC organiza su accionar en áreas y programas. El área Formación y Capacitación explicita la necesidad de constituir subcentros en las zonales de Montevideo y mesas departamentales del interior; el área Investigación y Sistematización aporta documentos para el debate en torno a las reivindicaciones y demandas de las movilizaciones de la Federación; el área de Comunicación Popular elabora materiales de apoyo escritos y audiovisuales, que registren acciones de FUCVAM, y materiales de difusión, entre ellos el mensuario *El Solidario*, y, por último, las áreas Desarrollo Social, Mujer y Juventud.⁶⁴

Esta etapa se caracteriza por acompañar la formación en el proceso organizativo y de lucha del movimiento:

... el instrumento educativo volvió a tensarse, de una etapa digamos de movilización y contención de los grupos, la gente se mantuviera aferrada a la expectativa, pasamos a una cuestión como de reelaboración política, hubo una ideologización muy fuerte del movimiento, por un lado la discusión, toma

63 *Bases para la discusión de apoyo a FUCVAM del SSC (Centro Cooperativista Sueco)*, de 1992.

64 Ídem.

de tierra como movimiento de lucha, eso generó un debate muy fuerte; la franja uno; la organización política de los sectores más vulnerables; el sector informal de la economía informal organizada en cooperativas, que generó un debate muy fuerte, muy duro; la reforma urbana, que plantea la ciudad como escenario político; las áreas centrales como nueva demanda para las cooperativas genera un momento de mucho debate (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Cuando se retoman los préstamos surgen necesidades de formación específicas de los grupos, por ello el CFC integra un conjunto de cursos regulares de gestión cooperativa que dicta todos los años.

A partir de 1995, prima una formación de carácter político:

... la expresión mayor se da en el año 98 y va a funcionar hasta el 2005, [...] se dan dos procesos simultáneos, la diferenciación entre lo que era el taller, que se llamaba el taller permanente de educación popular, la Escuela Nacional de Formación Política y la plantilla de cursos (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Estos últimos son impulsados por la reactivación de los préstamos, lo que modifica la expectativa de las cooperativas; «empieza a haber una demanda mucho más ajustada a la gestión de obra o la gestión cooperativa tradicional. Ahí empezamos a hacer una, era un formato abierto, pero era un esfuerzo de no caer en lo bancario... (exintegrante del CFC de FUCVAM).

La Escuela Nacional de Formación Política, que funciona como un programa dentro del CFC, dicta cursos sobre problemas coyunturales y temas centrales como análisis de coyuntura, economía y vivienda, entre otros. En dichos cursos participan militantes de FUCVAM, estudiantes universitarios y militantes sociales de otras organizaciones. Paralelamente se desarrolla el proyecto «Caminando», que consistía en la formación de formadores (todos cooperativistas) para apoyar a las cooperativas Franja uno,⁶⁵ que eran las que tenían mayor demanda, pero luego se transforma en un equipo de intervención permanente que realizó talleres en las cooperativas.

En 1997 el CFC crea, dentro de su estructura de programas, la Cátedra Tota Quinteros⁶⁶ que funciona hasta 2006 realizando actividades sobre derechos humanos y coyuntura nacional e internacional.

Otro hecho importante de este período fue la aprobación de la Declaración de Principios de FUCVAM, en 1999, que es un documento breve,

65 Se denomina así a las cooperativas integradas por socios de ingresos bajos o por trabajadores informales, que accedían al mismo monto de préstamo con el que el MVOTMA construía NBE.

66 Luchadora por los derechos humanos, exedil departamental, madre de la maestra Elena Quinteros, desaparecida en 1976 por la dictadura militar y que sus últimos años fue albergada en una vivienda de la Covitea.

pero que sintetiza un proceso de discusión e intercambio con los cooperativistas de todo el país:

... la declaración de principios es un producto típico de la Educación Popular, se hicieron más de 200 asambleas en las cooperativas [...] la comisión sintetizaba y devolvía lo que los educadores traíamos de los talleres en las cooperativas [...] Pero fue tan impresionante el proceso como el producto (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Desde una perspectiva «clasista y plural», como lo define el propio documento, afirma:

Se da fundamental importancia a la formación y capacitación cooperativa de sus socios. La formación que emerge del análisis de la propia práctica es la que mantiene, en definitiva, sin desviaciones de ningún tipo, los principios y fundamentos que son la base de sustentación ideológica del proyecto. La formación debe ser descentralizada y orientada a todos los sectores del movimiento cooperativo, así también en los distintos niveles de trabajo, no solo en instancias centrales, sino también debe trabajarse en la propia práctica de la cooperativa, buscando rescatar de lo cotidiano una experiencia superadora. La cooperativa, concebida como empresa, debe ser potenciada en su máximo grado, logrando que cada uno de los socios a partir de su propia experiencia vital sea capaz de generar una propuesta removedora y replicable, capaz de ser desarrollada en todo el movimiento cooperativo. Los instrumentos formativos deben ser representados en forma permanente, y deben estar instalados en la discusión colectiva del movimiento a los efectos de lograr que toda la masa social tenga acceso a esa capacitación y a la transmisión de experiencias realizadas (FUCVAM, 2000).

El CFC articula actividades de formación con centros de estudios públicos y privados (Casa Bertolt Brecht, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Fundación Rosa Luxemburgo y Fundación Vivian Trías). A instancias de la Fundación Rosa Luxemburgo se instalan tres locales donde funcionaron centros denominados *ateneos* (Barrio Sur, Villa Española y Salto). Estos desarrollan actividades como centros culturales e integran actividades de formación para toda la zona, pero de corta duración, dados sus problemas de gestión. Es una época de exigencias para la autogestión de las obras cooperativas, con problemas financieros y de administración, por la crisis de 2002.

FUCVAM unifica la acción educativa con los programas sociales que desarrollaba en ese contexto (ver p. 96), además con las grandes movilizaciones, en una coordinación el CFC y la Comisión de Desarrollo Social.

Con relación a los efectos de la formación de este período, uno de los exintegrantes del CFC destaca que muchos de los que participaron en el Plan Alimentario y pasaron por la formación en educación popular se integraron como cuadros de coordinación en programas sociales del MIDES, creado en 2005 cuando la izquierda asume el Gobierno. Por otro lado, observa el impacto de la formación en la generación de cuadros militantes y dirigentes:

...básicamente el recambio generacional surgió de la escuela de formación política, que es lo que permitió procesar el cambio de la comisión de Fomento Central a la Comisión de Desarrollo Social, todos compañeros y compañeras que egresaron de la Escuela de Formación Política, también gran parte de la Dirección Nacional se formó con compañeros egresados de la escuela, compañeros de la escuela del 98-2005 (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Muchos de los nuevos dirigentes de FUCVAM, del final de este período e inicio del siguiente, se formaron en el programa Escuela de Formación Política del CFC, contribuyendo a la renovación generacional de los cuadros del propio movimiento.

Los gobiernos progresistas, nuevo escenario (2005-2019)

En este escenario, FUCVAM, como todo el movimiento popular vinculado a la izquierda política, experimentó tensiones y contradicciones, que fueron configurando momentos de mayor enfrentamiento, sobre todo por expectativas incumplidas (mayor asignación presupuestal para el financiamiento, intereses financieros de los préstamos y acceso a tierras) que tuvieron respuestas parciales. Fue una situación que tensionó la interna de la federación en lo que hace a estrategias de negociación y de lucha confrontativa.

Fue un momento de bastante confusión, lo veías en las bases, el discurso era: yo remé tanto para poner este gobierno que yo no lo voy a atacar. Había un discurso de que no había plata para préstamos (exdirigente de FUCVAM en Menéndez, 2014, p. 70).

En paralelo, quienes integraron el Plan Social Alimentario, con otros militantes, se sumaron a la cogestión de programas sociales entre la Federación y el MIDES, particularmente en los programas Uruguay Trabaja (trabajo protegido) y en Rutas de Salida (trabajo grupal con sectores de extrema pobreza), con roles que en otros casos desarrollaban ONG. Ello fue interrumpido en forma abrupta por la dirección nacional luego de dos años de desarrollo.

En la visión de un exintegrante del CFC de FUCVAM «no fue una experiencia muy exitosa, todos los emprendimientos que tienen una función paralela

no terminan de resolver la cuestión de vínculo con la estructura de la dirección de la Federación». La tensión entre la autonomía que fue asumiendo la gestión de programas sociales y las decisiones políticas de la dirección nacional fue resuelta con la finalización de la experiencia.

Es importante destacar que en las áreas de desarrollo de la experiencia no se retomaron las señas de identidad de la FUCVAM, sino que se tomaron los procedimientos de las ONG para el trabajo con las poblaciones destinatarias de los programas, «se trajo una identidad que no es propia, no se aprendió de la propia experiencia de construcción, relaciones más democráticas, la autogestión...» (exintegrante del CFC de FUCVAM).

En el primer período se produjeron enfrentamientos muy importantes entre FUCVAM y el Poder Ejecutivo.

A partir de 2008, las conquistas fueron muchas:

- a. La priorización del financiamiento a las cooperativas en relación con los demás programas de vivienda nueva de los planes quinquenales 2010-2014 y 2015-2019, lo que implicó mayor fluidez de los préstamos y el crecimiento del movimiento, que en 2016, con 65 obras tuvo el punto más alto en cantidad de cooperativas en construcción de su historia.
- b. La readecuación de las deudas de las cooperativas habitadas, que durante las prolongadas huelgas de pago depositaban el repago de los préstamos en cuentas paralelas. Los convenios entre FUCVAM, el MVOTMA y la ANV en 2008, uno inicial con las mesas intercooperativas y otro en 2012. Ambos implicaron quitas importantes a las deudas, la finalización de pagos de gran parte de las cooperativas más viejas y la reestructuración de las deudas de las restantes.
- c. La creación del subsidio a la cuota, que asegura la permanencia de los cooperativistas con ingresos bajos, y que fue ley a partir de 2018.
- d. La aprobación de una nueva reglamentación, en 2008, para los préstamos a cooperativas que modifican el estudio y la aprobación de los proyectos cooperativos, con la agilización del proceso y la incorporación de sorteos semestrales con cupos para la adjudicación de los préstamos, como mecanismo transparente.
- e. La creación de la CIVIS, que prioriza a las cooperativas, a nivel nacional. FUCVAM reivindica en el período mayor acceso a tierras, que es uno de los cuellos de botella del sistema, y la reducción del interés de los préstamos, al porcentaje histórico del 2 %.

En 2011 también se destaca el surgimiento del Plan de Vivienda Sindical del PIT-CNT, que generó más de 250 cooperativas por ayuda mutua y de propietarios, con el uso de tecnologías constructivas prefabricadas. Ese surgimiento enfrentó a FUCVAM con la central sindical, por constituir un movimiento a su interna que no integró a las cooperativas de la federación, como históricamente ha ocurrido con los grupos de origen sindical, pero además por la decisión

de constituirse en cooperativas de propietarios, y por otras modalidades de su implementación. Este debate fue escasamente abierto y público, lo que con seguridad hubiera generado una mayor fractura entre FUCVAM y la central, pero hubiera favorecido un debate en torno a las formas de propiedad y a la posibilidad de constituir un frente popular por el hábitat social.

Se podría decir que ha sido un período de crecimiento cuantitativo a la interna de FUCVAM, pero que no se expresó en lo cualitativo hasta que retomó una fuerte movilización, que unificó a las cooperativas habitadas de la última década con las que están en obra o trámite por la rebaja del interés del préstamo al 2 %.

A partir de 2019 se ha retomado la Intersocial, formada en la dictadura, ahora junto al PIT-CNT, a la FEUU, a Onajpu, a la Intersocial Feminista y a otras organizaciones, mostrando su Declaración de Principios: «Establecer una política amplia de relacionamiento, con todas las organizaciones que persigan fines similares a los nuestros, consolidando un bloque social alternativo que viabilice las propuestas populares» (FUCVAM, 2000, p. 17).

La propuesta educativa del período

Este período, como fuera señalado, implicó redefinir el lugar y la posición del movimiento cooperativo en relación con su principal oponente, el gobierno. Lo mismo le sucedió al CFC y su propuesta educativa.

Reubicar la propuesta educativa en un contexto de viento a favor, digamos, era bastante difícil, el planteo pasa a ser prácticamente de aula, se mantiene una estructura mínima de trabajo con las cooperativas, de talleres, los fines de semana en el interior, pero pasamos a tener una secuencia de cursos totalmente exitoso (exintegrante del CFC de FUCVAM).

Las expectativas generadas con el nuevo gobierno produjeron que se incrementara el número de cooperativas, a la vez que se inició un proceso cada vez más fluido de obtención de préstamos lo cual reconfiguró la demanda de formación hacia FUCVAM y, la expectativa del educando cooperativista. «Empieza a haber una reconversión del sujeto, empieza a haber otro tipo de cooperativas, ahora que el Frente [Amplio] es gobierno las cooperativas son más conformistas, no sé si es así, pero sí la demanda es: “me siento para que me expliquen”» (exintegrante del CFC de FUCVAM).

A partir de 2014 la Federación ha desarrollado una nueva institucionalidad en su propuesta de formación cooperativa: la Enforma, con intentos de generar una personería jurídica propia, que fue rechazada por una asamblea nacional en 2016. Enforma coloca lo político como eje estructurador de la formación y como respuesta a una suerte de multiplicación de los espacios de formación en FUCVAM. Como fuera señalado, desde 1983 funcionaba el CFC, que hasta 2014

mantuvo cursos regulares para los diferentes roles y procesos de las cooperativas, además de cursos definidos, de formación política y de multiplicadores, que ya fueron reseñados. Por otro lado, el Departamento de Apoyo Técnico, creado para preparar a las cooperativas para la obra y abordar sus problemas emergentes, generó ciclos de formación con los objetivos señalados.

Entre 2011 y 2014, la Dirección Nacional, con apoyo de equipos de Extensión de la Udelar, promovió cursos y espacios de formación sobre la realidad nacional y los fundamentos políticos del cooperativismo, desarmando el CFC y conformando una Secretaría de Formación en la órbita de la Dirección Nacional, que fue la antesala de la Enforma.

En los últimos años, la escuela desarrolla una grilla estable de cursos de formación sobre la gestión cooperativa, para los que generó materiales de difusión y otros en clave de formación política, sobre historia nacional y la formación de dirigentes, que se realizan en forma periódica. A partir de 2018 se ha retomado el vínculo con la educación popular, no exento de tensiones con la Dirección Nacional por la dirección política de la formación con los dirigentes de la federación.

La relación original con los IAT, que posibilitó un trabajo común y complementario en la formación de las cooperativas, no se ha sostenido en las últimas dos décadas, por el contrario, el relacionamiento es conflictivo y por momentos de confrontación.

Simultáneamente, Cudecoop ha creado en su organización la Escuela Nacional del Cooperativismo, «en acuerdo con Inefop e Inacoop, para convertirse en el espacio de formación del movimiento cooperativo»,⁶⁷ lo que implicará negociar en un espacio más amplio; en las otras federaciones «es más técnica la formación, son profesionales», y no es llevada adelante por militantes, como en FUCVAM.

En este espacio, FUCVAM ha colaborado con FECOVI en la realización de cursos de gestión de obra para sus cooperativas, ya que, en su mayoría, realizan las obras por administración directa y no con empresas, como lo han hecho tradicionalmente. Así lo manifiesta su secretario general: «Estamos haciendo intercooperación, ya que los compañeros de FUCVAM también tuvieron participación activa en el diseño de nuevos cursos; estuvimos más de un año conformándolo, con su apoyo, e incluso algunos participan de él».⁶⁸ Esto muestra cómo el conocimiento de su propia experiencia sistematizado por FUCVAM permite colaborar con otras organizaciones, como lo ha hecho con otros países de Latinoamérica.⁶⁹

67 Información aportada por exintegrante del CFC de FUCVAM.

68 Dirigente de FECOVI en *El Solidario* de FUCVAM, diciembre de 2016, p. 4.

69 Para ampliar sobre este punto, véase González (2013).



Foto: Gustavo Castagnello, Barrio 26 de octubre, 2020

La experiencia cooperativa: tensiones y efectos de habitar lo común

El sistema cooperativo ha sido una respuesta para el acceso a la vivienda y la permanencia en esta para más de treinta y ocho mil familias que integran las cooperativas de viviendas habitadas.

El desarrollo, la significación y los alcances de la experiencia comunitaria son analizados en el presente capítulo, a partir de diversos ejes que permiten profundizar con mayor densidad, aunque existe una fuerte interrelación entre ellos.

Si bien en el capítulo Habitar la ciudad se describió el sistema cooperativo de vivienda, en cada uno de los ejes se incorpora información sobre el funcionamiento y las características del sistema cooperativo, para comprender los sentidos que le atribuyen los cooperativistas y las experiencias y aprendizajes que emergen.

La tesis que orienta el análisis es que la experiencia de los cooperativistas caracterizada por la autogestión, la ayuda mutua, la organización y la propiedad colectiva forma, construye sentidos, sujetos y aprendizajes sobre lo común, lo colectivo y las relaciones sociales comunitarias.

Se analizan los resultados de la experiencia cooperativa para los sujetos y los aprendizajes que incorporaron.

Las marcas del origen

Casas, gente que trabaja
horas que se pasan a ladrillo y cal,
zonas, mesas, COVIMT,
COVINES nueva esperanza quieren levantar

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

Iniciamos el análisis recogiendo la significación que se le atribuye al origen, al surgimiento de las cooperativas.

Las cooperativas surgen como organización autónoma, en sentido jurídico y funcional,⁷⁰ a partir del nucleamiento de personas y familias con necesidad de vivienda o por convocatoria o impulso de organizaciones sindicales, sociales, instituciones o de las propias federaciones que las congregan y defienden.

⁷⁰ La referencia a la autonomía da cuenta de que son organizaciones con personería jurídica, autogestionarias, que independientemente de sus relaciones con otros actores, con distintos grados de dependencia, su origen y decisiones, se basan en su cuerpo social.

En ese origen se define el nombre, el sistema (ayuda mutua o ahorro previo), el régimen de propiedad (usuarios o propietarios) y las primeras definiciones en relación con los sentidos y las direcciones del proyecto cooperativo.

Los orígenes se pueden agrupar en:⁷¹

- a. Territoriales, cuando la circunstancia por la que se nuclean es la proximidad vecinal, grupos de amigos o conocidos, una organización local, o un mismo origen local como un asentamiento irregular u ocupación. En este último caso muchas veces la promoción o la propuesta de conformar una cooperativa ha provenido de actores externos, organismos públicos, como alternativa a la ocupación irregular, para permanecer en el terreno o ser relocalizados en otro, o por organizaciones sociales que los apoyan e influyen mucho en su desarrollo, como las federaciones y las organizaciones religiosas o políticas.
- b. Sindicales. Es la otra vertiente del origen, que fue mayoritaria en los primeros años. Los futuros cooperativistas se nuclean a partir de la organización gremial o de su espacio de trabajo, en algunos casos, sin intermediación del sindicato.

Quizás en las primeras décadas de su creación las cooperativas sindicales mostraban una mayor capacidad organizativa por la propia experiencia gremial, a diferencia de las territoriales. No obstante, muchas de las territoriales que se conformaron a partir de grupos preconstituidos (vecindad, religioso o afinidad, no necesariamente territorial) dan continuidad a una identidad que fortalece los vínculos y la construcción del proyecto cooperativo.

En las cooperativas más actuales la distinción no es tan clara, por ser el sindicato o el lugar de trabajo un lugar de nucleamiento y no un espacio de organización, así como las territoriales muestran una heterogeneidad mayor. En realidad, al igual que las definiciones iniciales, la identidad construida a partir del origen cambian y permanecen con distinta intensidad en los grupos cooperativos dada la alta variación de socios que tienen las cooperativas a lo largo de su existencia.

En las cooperativas de más de treinta años, el relato del origen es muy valorado, mientras en las de menos años hubo mayor rotación del padrón social y, por tanto, menor memoria colectiva.

En una de las cooperativas, fundada en los primeros años de la dictadura, el debate acerca del nombre devela sentidos asignados al nucleamiento en la cooperativa:

Lo resolvimos en una asamblea y hubo varios nombres, uno de los que se había propuesto, por ejemplo, era Cooperativa de Viviendas del Hombre Nuevo. Justo había una canción de Viglietti que había salido en ese entonces, pero se pensó que no era muy apropiado y que nos iba a acarrear

71 La misma clasificación surge de FUCVAM y es histórica en el movimiento cooperativo.

problemas y entonces ahí vino algo que es otra cosa, pero que significa casi lo mismo, es decir, Cooperativa de Viviendas Nueva Vida. (cooperativista del interior)

En muchos de los nombres de las cooperativas está muy clara la carga ideológica y cierto ánimo prefigurativo que llevan, ejemplo de ello es la ya mencionada, así como en la matriz cooperativa Nueva Esperanza, el barrio intercooperativo Nuevo Amanecer, y las cooperativas Lucha y Progreso y Comunidad, entre otras muchas de este estilo.

Otras más ideologizadas, al menos en estas definiciones, asumen nombres que dan cuenta del posicionamiento político, Coviché (en alusión a Ernesto Guevara), 8 de marzo, 1.º de mayo, COVI Artículo 45 (por el artículo de la Constitución de la República que consagra el derecho a la vivienda), Pepe D'Elía (emblemático dirigente sindical del PIT-CNT, fallecido). También hay barrios cooperativos con nombres de detenidos desaparecidos en la dictadura militar como Elena Quinteros o León Duarte. En sus nombres muchas reflejan la fecha o el año de su fundación o el lugar o localidad de su origen, nombrándolos directamente o por la forma que son conocidos. En Mercedes se promovieron 15 cooperativas Covianalpa (Aquí nació la patria) o las Covisan (por *sanduceras*, de Paysandú). Otras refieren a valores como amistad, esfuerzo y fe, unión y progreso o esperanza. Un número muy importante tiene el nombre del sindicato o del lugar de trabajo que los nuclea; en el origen fueron las matrices sindicales las que promovieron varios grupos, como las Covisunca (doce grupos) o los municipales (Coviadeom en Montevideo o Municipales en el interior), la bebida (Covifoeb), los gráficos (Covisag), los textiles (Covimt) o los metalúrgicos (MACOVI), entre otras. Todos esos nombres son votados por las cooperativas y refuerzan identidades acotadas al complejo intercooperativo, es decir, que no asumen los nombres de los barrios que los acogen, por el contrario, construyen su identidad barrial a partir de su pertenencia a las cooperativas.

—Y... sueño que el barrio se conozca; no te digo en todo el Uruguay, pero que en Montevideo se conozca que hay un barrio Alfredo Zitarrosa... sueño con eso... Habíamos proyectado hacer una correccaminata bien grande, hacerla en el barrio de la Curva para que nos conozcan, que vengan otras cooperativas y que sepan lo que somos...

—Yo cuando me tomo un taxi siempre les digo, voy al barrio Alfredo Zitarrosa, aunque sé que no lo conozca y les hago toda la historia del nombre Zitarrosa para que los taxistas conozcan... (cooperativistas de Montevideo)

Las definiciones de los nombres han originado debates en los que se expresan sentidos y significados de la expectativa sobre la experiencia cooperativa,

vinculada orgánicamente a lo sindical, prefigurando nuevas relaciones sociales o enunciando un momento de logro colectivo o de lucha.

En las entrevistas se recogieron distintas valoraciones sobre el origen de esos nombres. Como se señalaba, los que tienen el origen más lejano construyeron una narrativa colectiva sobre estos, a la que le dan valor. Dicho origen también está marcado por la coyuntura: cómo fue constituirse e iniciar la experiencia en contextos de la dictadura militar, en los que había una expresión de lucha por momentos latente y por otros, pública, y la búsqueda permanente de burlar la persecución y el control.

En los nuevos grupos el registro sobre la fundación de la cooperativa es escaso, y es alta la rotación en el padrón social,⁷² puesto que no existe transmisión de los fundadores a los nuevos socios.

Con relación a la motivación y las razones para integrarse a la cooperativa, en todas las entrevistas surge que la primera motivación fue resolver la necesidad de la vivienda y luego, en el proceso cooperativo, se fueron identificando otros valores de la experiencia.

Yo por ejemplo, que vine, entré en la cooperativa porque necesitaba... Yo recién me había casado, y vi la posibilidad de hacer la casa sin que fuera poniendo los pesos... Entonces, ahí vi el valor de la cooperativa, de que entre todos podíamos hacer algo (cooperativista del interior).

En este relato, como en otros, se observa con claridad que la necesidad es un componente que liga, como recogimos de Zelmeman y De León (1997), la tríada que conforma la subjetividad: la memoria, la experiencia y la utopía. Las formas de colaboración en la autoconstrucción de las viviendas de las familias uruguayas de las décadas intermedias del siglo xx constituyen parte de la memoria que se proyecta en una propuesta a experimentar, fundamentalmente para las experiencias recogidas en la década del setenta.

En un inicio las cooperativas van conformando una subjetividad con base en la memoria y, ciertas factualizaciones, que no siempre se expresan como proyecciones hacia el futuro, sino como logro colectivo (la vivienda) y en relaciones de cooperación. La cooperativa como vivencia de nuevas experiencias, en términos de Williams (1980, 1994), supone tensiones en lo conocido, en la estructura de sentir, que subjetiva, como valores e ideas que se incorporan en el hacer, en el devenir, en la relación de experimentación-huella. «Indudablemente que ninguno pensaba en que era una elección de vida. Todos pensamos en tener la casa» (cooperativista del interior).

La ubicación de la mayoría de las primeras cooperativas en zonas poco pobladas y lo inédito de las experiencias tuvo un fuerte componente de

72 La rotación se verifica por el número de socio de los últimos en ingresar, ya que los números de socios son correlativos; si un socio renuncia a la cooperativa su número no se vuelve a utilizar, sino que el nuevo socio tiene el número siguiente al del último ingreso.

experimentación en ese origen, que sedimentó los aprendizajes, la autoría y la satisfacción por los logros. «Nuestros amigos nos decían que estábamos locos» (cooperativistas de Mesa 1 en Nahoum, 2008, p. 198).

Algunos grupos ya tenían funcionamiento colectivo o cooperativo en otras modalidades (mutualismo, ahorro y crédito o consumo), lo que contribuyó a confiar en la experiencia.

Así lo manifiesta Armando Guerra, fundador de Covimt 1 y exdirigente de FUCVAM:

Trabajábamos por la noche, y cuando había un temporal surgía el tema. Nos reuníamos para tratar el tema de la cooperativa de ahorro, de la cooperativa de consumo, del fondo por fallecimiento... Y cuando alguien tocaba el tema de la vivienda yo siempre presentaba la idea del cooperativismo. Hasta que un día sale por televisión un programa al mediodía (año 1968), en que me acuerdo que salía Miguel Cecilio —que ahora es arquitecto, cooperativista y socio de Covimt 1 y Saúl Irureta, que era trabajador de INVE y del CCU, Centro Cooperativista Uruguayo. Salen en el programa hablando de una ley de viviendas que ampararía a las cooperativas. Mi señora estaba mirando, me llamó y me dijo: «mirá, la idea esa que vos siempre estás tirando, ahí la están explicando». Bueno, escuché en ese momento, y esa noche cuando fui a la fábrica se lo mencioné a los compañeros. Y... como ya estaba conversado... Y como éramos militantes accionábamos en el gremio textil como delegados, ya conocíamos algo de organización. Y como ya habíamos tenido experiencias en cooperativas sabíamos algo del tema. (en Chaves, 1990, pp. 24-25)

La experiencia fue aportando otros aprendizajes que reconfiguran los satisfactores, ampliando necesidades y resoluciones en forma dialéctica.

A la salida de la dictadura, cuando muchas cooperativas ya tenían más de 10 años de habitadas y, una presencia pública importante por las luchas de FUCVAM las familias que se nucleaban en una cooperativa ya tenían referencias y conocimiento de las experiencias, y el movimiento se fue construyendo a su misma imagen y semejanza.

El origen de cada cooperativa ha sido una posibilidad de instaurar o recrear algunos sentidos de la experiencia, pero, sobre todo, es en la construcción y en la organización donde se identifican las mayores contribuciones a su significación.

Un elemento que se resalta es que quienes tienen una memoria colectiva, es decir, que la cooperativa cuenta con narraciones colectivas sobre su origen y desarrollo, han construido una mística que une; en esa mística los símbolos y la historia operan cohesionando. Esto será analizado en profundidad en los próximos ejes.

La identidad, en ese sentido, juega un papel importante; como sostiene Jesús Martín-Barbero «no hay identidad cultural que no sea contada» (2002, p. 17), por lo que las narraciones que se generan en torno al origen, la historia, los hitos y los logros colectivos son fundamentales en la construcción de lo común.

La propiedad colectiva y lo común

Vivan, las cooperativas
donde se respiran
sueños de igualdad,
donde anida la pérdida
la siempre viva, la solidaridad

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

La propiedad colectiva es uno de los elementos centrales y originales de la experiencia de las cooperativas de vivienda en Uruguay. Su definición es la que la distingue de otras experiencias cooperativas de vivienda. Cada cooperativista posee una parte social de la cooperativa, que se conforma con el capital inicial con el que ingresó (generalmente dos unidades reajustables), las horas de ayuda mutua que aportó con su valor actualizado y las cuotas que pagó de amortización del préstamo. Por tanto, no son dueños de una vivienda en particular, sino de una parte igual a la de los demás cooperativistas, que se hereda en caso de fallecimiento o se cede en caso de disolución de la pareja, a quien queda con los hijos o por común acuerdo entre los excónyuges.

Las cooperativas de usuarios tienen una única deuda, que dividen a su interna para el pago de la amortización del préstamo hipotecario, lo que permite sostener colectivamente el pago de la cuota. Esto no está exento de tensiones y fuertes presiones vinculadas a la autogestión cooperativa, que admite que el grupo, mediante fondos de socorro o ahorros, atienda a quien no pueda pagar y evite ejecuciones individuales de sus socios por el organismo financiador.⁷³

Tenés, por ejemplo, una subcomisión que es el Fondo de Socorro que ahí se junta dinero todos los meses para cualquier caso que pueda pasar de un compañero que no pueda hacer frente a la cuota, que tenga una enfermedad no tenga dinero, una forma de prestarle es darle un préstamo sin intereses siendo retornable, para quedar en las arcas de la cooperativa,

73 La deuda de la cooperativa de usuarios es única y, por tanto, la cooperativa se organiza para el cobro mensual de la cuota y paga la amortización del préstamo ante el organismo público que tiene la hipoteca de la cooperativa por 25 años, que es el plazo de la devolución del préstamo. La mayoría de las cooperativas distribuye la cuota en forma proporcional al número de dormitorios o metraje de la vivienda.

Compañeros, por ejemplo, que han quedado en el seguro de desempleo, se habla, se saca de ahí, se puede abonar de esa plata y después la persona la va retornando a medida que va teniendo ingresos, pagando en forma de cuota (cooperativistas de Montevideo).

Por otro lado, el grupo cooperativo mantiene el control sobre las renunciaciones e ingresos de socios, ya que la familia que renuncia lo hace a su parte social, por tanto, la cooperativa acepta el ingreso de un nuevo socio, de acuerdo a sus criterios, y cobra al que ingresa el valor de la parte social, que le es devuelta al socio que se va con un descuento que prevé la ley.⁷⁴ Esta práctica es sostenida por todas las cooperativas entrevistadas y es mayoritaria en las cooperativas de usuarios; difiere en zonas donde la presión inmobiliaria es muy fuerte por el alto valor de bienes inmuebles de la zona (fundamentalmente cooperativas cercanas a la costa de Montevideo).

El control sobre el ingreso y el egreso de un socio también lo es sobre el uso y la disposición de las viviendas, lo que permite el control del colectivo sobre su patrimonio y las relaciones de los cooperativistas con este y entre sí.

Todo se cambió, yo no quiero que se cambie la esencia, el porqué estamos acá adentro. [...] El ser de todos, porque nosotros somos usuarios, no es mi casa, a mí me golpea la puerta un directivo y yo lo tengo que dejar pasar con gusto (cooperativista de Montevideo).

El carácter de usuarios no aparece con claridad en las cooperativas como una decisión consciente, como resultado de un amplio debate en su fundación, sino que, por el contrario, se asume como parte de la propuesta cooperativa. Seguramente sucede lo mismo en las cooperativas de propietarios. Se ha observado que quien lleva adelante la iniciativa de formar la cooperativa es quien propone tener carácter de usuarios. Así se recogió en la mayoría de las entrevistas, lo que da cuenta de que primaba la satisfacción de la necesidad de vivienda y no, claramente, la forma que esta adquiriría en términos de propiedad: «Claro... Sí, sí, porque teníamos necesidad de techo» (cooperativista de

74 Las partes sociales se constituyen por el aporte de trabajo, ahorro y amortización del préstamo que realizan los socios; así lo establece el artículo 139 de la Ley n.º 19181: «Las partes sociales se integrarán con los aportes en trabajo (ayuda mutua o autoconstrucción) o el ahorro previo, según la modalidad adoptada, el aporte inicial, aportes extraordinarios y lo abonado por concepto de amortización del préstamo hipotecario. En ningún caso se considerará capital lo pagado por concepto de intereses del préstamo obtenido». Los descuentos se establecen en el artículo 153 de la Ley n.º 13728: «Si el retiro se considerara justificado el socio tendrá derecho a un reintegro equivalente al valor de tasación de su parte social, menos los adeudos que correspondiera deducir y menos un 10% (diez por ciento) del valor resultante. Si el retiro no se considerara justificado la deducción establecida podrá alcanzar entre el 25% (veinticinco por ciento) y el 50% (cincuenta por ciento), del valor resultante».

Montevideo). Otro manifestaba: «algunas explicaciones hubieron al respecto, el tema es que nosotros, creo que todo el grupo estábamos en la expectativa de la vivienda y se evaluó el tema, pero no...» (cooperativista del interior).

En la investigación documental e histórica se han recogido diferentes versiones sobre el estímulo a la modalidad de usuarios y su incorporación en la ley, que impulsó la Dinavi en los primeros años de su creación.

Tenemos fundamentalmente dos versiones que no se excluyen: por un lado, a través de experiencias conocidas en otros países —Alemania, Dinamarca y Suecia— tanto por el legislador Juan Pablo Terra como por los profesionales del ccu, que sirvieron para la formulación del capítulo X de la Ley n.º 13728. Por otro lado se recoge que el primer director nacional de Vivienda, el arquitecto Idelfonso Aroztegui, promovió y defendió el régimen de usuarios por la desconfianza sobre el eventual uso de la propiedad de la vivienda por parte de los sectores populares. Gustavo González recoge el testimonio de un exdirigente de FUCVAM al que Aroztegui le dijo: «muchachos, si los obreros construyen como ustedes seguramente lo van a hacer, es fundamental que sean usuarios, para preservar a las familias de entrar en el mercado inmobiliario» (2013, p. 51). Esto podría explicar el fuerte estímulo para el financiamiento de cooperativas de usuarios realizado en los primeros años de la implementación de la ley hasta la dictadura, momento en que se interrumpió y no solo no se siguió estimulando, sino que se lo combatió. Es así, que el tema de la propiedad colectiva se explicita como tal y se politiza en las cooperativas durante la dictadura con el decreto-ley que buscó pasar a propiedad horizontal a las cooperativas de usuarios.⁷⁵

En respuesta a dicho decreto-ley, FUCVAM y las cooperativas levantaron las consignas No a la Ley de Propiedad Horizontal y Elegimos ser usuarios, e iniciaron una campaña de firmas para derogar la norma, lo que permitió explicitar los porqués de esa elección y, ponerlos como bandera.

Recuperada la democracia, el decreto-ley demoró en ser derogado. Una de las estrategias empleadas por FUCVAM para lograr su derogación fue que cada cooperativa enviara cartas a los legisladores, con los argumentos para derogarlo y permanecer en el régimen de usuarios.

De una de las cooperativas recogemos algunos de los argumentos explicitados en la carta,⁷⁶ fundados en el derecho y la definición política del movimiento: primero ratifican que «es una alternativa dada por la Ley n.º 13728 por la que optamos libremente».

Entre los argumentos jurídicos sostienen que el decreto-ley

75 El decreto-ley que fue analizado con más detenimiento en el capítulo anterior, imponía en las cooperativas de usuarios la disolución de la propiedad común y su pasaje al régimen de propiedad horizontal. En dicho régimen cada uno tenía libre disposición de su vivienda y la deuda pasaba a ser individual. Para evitar diferimientos de dicha resolución, el BNU asumía todos los costos del fraccionamiento e inscripción de la propiedad horizontal.

76 Carta de Covimt 5 dirigida al «Senador de la República», del 31 de octubre de 1985.

... desconoce la decisión de miles de cooperativistas [...] es claramente inconstitucional [...] viola el derecho a la libertad de asociación [...] viola el derecho de la libertad y seguridad de contratación, en tanto modifica unilateralmente contratos firmados por el BHU y las cooperativas sin recabar el consentimiento de la otra parte.⁷⁷

En los argumentos políticos, que también fueron los jurídicos, sostenían:

Este sistema, en cuanto mantiene la propiedad de las viviendas y espacios y locales comunes en general, en propiedad de la cooperativa, es el único que se ajusta cabalmente a los principios cooperativos [...] ha demostrado ser una solución viable para el problema de la vivienda de miles de familias de bajos ingresos [...] porque la propiedad común juega un rol importante en el desarrollo social y humano realizada por las cooperativas habiendo muchos ejemplos de ello: locales escolares donados a Primaria, guarderías, bibliotecas, policlínicas, refugios peatonales, manualidades, teatro, canchas y gimnasios, en fin, una serie de actividades sociales, culturales, educativas y deportivas surgidas de las propias necesidades de adultos, jóvenes y niños, que a partir de la organización cooperativa se constituyen en factores de desarrollo de los barrios [...] porque asegura a los cooperativistas la protección que significan los fondos de socorro y ayuda frente a alternativas de riesgo de desocupación, descenso del ingreso familiar, enfermedad, fallecimiento, etc. [...] permite a los usuarios cambiar de vivienda según las necesidades familiares pudiendo pasar, según sus necesidades, de casas de uno a dos dormitorios, o tres a cuatro y viceversa.⁷⁸

La riqueza que encontramos los fragmentos de estos documentos es que en la voz de los cooperativistas de aquel momento recogemos los argumentos centrales por los que eligieron y valoraron seguir siendo una cooperativa de propiedad colectiva. El elemento central de ello, como fuera señalado, es que la mayoría de las cooperativas en sus asambleas, como lo estableció la Ley n.º 15853 de 1986 que derogó el decreto-ley, ratificaron que querían seguir siendo usuarios; solo una cooperativa de FUCVAM pasó al régimen de propiedad horizontal. Esto es un hito del movimiento muy relevante, porque el pasaje a la propiedad horizontal supone la libre disposición de la vivienda, por lo cual adquiere los valores del mercado y, por tanto, se produce la ruptura con los vínculos orgánicos y, la interferencia de la especulación inmobiliaria en la cooperativa. Esto fue fortalecido por la decisión de la huelga de pago, reseñada antes, decisión que implicó una desobediencia civil inédita que tomó FUCVAM en 1983 y sostuvo hasta 2012 (no en forma continua), año

77 Carta de Covimt 5 dirigida al «Senador de la República», del 31 de octubre de 1985.

78 Ídem.

en que hizo un estudio y quitas a las cooperativas, conocido como reestructura de deudas de las cooperativas, lo cual para muchas implicó la cancelación del crédito hipotecario.

La fortaleza estaba en la unidad, en que el hecho de ejecutar a la cooperativa por las deudas implicaba desalojar a todo el conjunto habitacional, lo que fue comprendido y aprovechado por las cooperativas para fortalecer su identidad de propiedad colectiva.

Pasadas dichas luchas quedó más integrado en los discursos de los cooperativistas su carácter de usuarios, lo que en las prácticas cotidianas ya estaba incorporado. Pero con el tiempo, la idea de ser usuarios en muchos cooperativistas se tradujo en la noción de ayuda mutua, al igual que el carácter de autogestión de la cooperativa. Para los cooperativistas la ayuda mutua no solo supuso o supone la participación directa y activa en la construcción de las viviendas en forma colectiva, sino también la propiedad común y la autogestión, como un proceso de metonimia que contiene una a una todas las características del programa.

Hoy ya terminamos, están pagas. Pero yo no me considero dueño, yo me considero integrante de la cooperativa, lo nuestro es la cooperativa, por eso es ayuda mutua, si no seríamos una cooperativa de propietarios, que es una cosa distinta (cooperativista de Montevideo).

Un elemento no menor es que ni al finalizar la obra ni al terminar de pagar la amortización del préstamo (25 años) las cooperativas de usuarios cambian de régimen de propiedad, sosteniendo la propiedad colectiva.

A partir de lo observado en las cooperativas y del conocimiento general del sistema podemos concluir que la experiencia cooperativa de usuarios ha significado para la ciudad y para los cooperativistas una prueba de la sostenibilidad —en términos urbanos, físicos y sociales— de los conjuntos habitacionales, con mejores resultados⁷⁹ que otros programas públicos de vivienda. No obstante, el Estado uruguayo no ha extendido la propiedad colectiva más allá de las cooperativas y esta no tiene incentivos mayores que la de quienes tienen calidad de propietarios; el único incentivo es que solo algunos gobiernos departamentales no cobran la contribución inmobiliaria a las cooperativas de propiedad colectiva.

Si bien esta identidad es una señal de las cooperativas y de FUCVAM, no se ha desplazado a otras expresiones organizativas ni se ha colocado en el debate público como forma de propiedad más allá de la defensa que de aquella hacen las cooperativas. Sí lo ha hecho FUCVAM en otros países latinoamericanos, y

79 Los resultados que se han podido objetivar se observan en el mantenimiento de las viviendas y los bienes comunes, en el sostenimiento de los espacios organizativos y de vínculos comunitarios, y en la capacidad de reacción colectiva frente a situaciones de desventaja de integrantes o del conjunto.

en particular, uno de sus exdirigentes, Gustavo González, multiplicando la experiencia cooperativa de usuarios y ayuda mutua en países como Bolivia, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Paraguay, con el apoyo del Centro Cooperativista Sueco (en la actualidad, la ONG We Effect).

La experiencia de la ayuda mutua

Tantos, años de trabajo,
siempre brazo con brazo,
nos hacen pensar,
que nunca se quede en sombras,
frío y vacío el salón comunal

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

El hecho de que todos los cooperativistas por ayuda mutua participen en la construcción de las viviendas independientemente de la cantidad de dormitorios que tengan, y que las viviendas se sorteen al final de ese proceso, genera un esfuerzo mancomunado colectivo para el mejor resultado y calidad constructiva.

En promedio, las cooperativas de vivienda cumplen con 21 horas semanales por grupo familiar; 20 horas se computan para capitalizar la parte social de cada cooperativista y la hora restante se acumula en un fondo de reserva de carácter solidario que se utiliza, de acuerdo a la reglamentación de cada cooperativa, en caso de accidente o enfermedad grave de un cooperativista, pérdida de días por lluvia o situaciones importantes que impidan la ayuda mutua (Nahoum, 2013).

Se recogió en las entrevistas, y es importante destacar, que a las 21 horas semanales de construcción por grupo familiar que realizan la mayoría de las cooperativas, si no más, se les deben sumar las *sereneadas* (cuidado del terreno y de la obra) y la participación en las instancias organizativas (asambleas y comisiones).

Esa definición de horas está relacionada con la posibilidad de acompañar, como peones, a los suboficiales y oficiales contratados por la cooperativa, pero fue establecida en las primeras experiencias⁸⁰ y se ha mantenido hasta nuestros días, a pesar de las modificaciones en las estructuras familiares y en las formas del trabajo.

Además del valor que tiene en términos personales y colectivos, la ayuda mutua representa al menos un 15 % del valor total de las obras, y por eso constituye un componente decisivo de la experiencia cooperativa. Dicho aporte compone la parte social de cada socio, como se mencionó en el apartado anterior.

80 *Dinámica Cooperativa*, xxiv, noviembre de 2016, p. 10.

La mayoría de las cooperativas hacen preobra como forma de mejorar las terminaciones de las viviendas que van a construir y de generar una tarea en las últimas etapas de espera del préstamo, lo que configura una suerte de ensayo de la obra propiamente dicha, que permite aprendizajes a los cooperativistas.

Durante la espera del préstamo muchas cooperativas agudizan la creatividad en la búsqueda de recursos: las del interior se vinculan especialmente con los gobiernos departamentales y municipales para el acceso a materiales o maquinarias, lo que les permite abaratar los costos, pero a la vez extender el tiempo de obra, al anticipar su inicio. En estas instancias las horas de trabajo son solidarias, es decir, se aportan al conjunto habitacional, pero no a la parte social de cada grupo familiar.⁸¹ No obstante, suponen una experiencia en la que se aprenden nociones de la obra y del proyecto urbano-arquitectónico con menos tensiones que en la obra en sí, puesto que en esta hay plazos, contratados y pautas del préstamo que hay que cumplir (Nahoum, 2013).

En las entrevistas y en el documento de la ANV (2019) se recoge que la mayoría de las cooperativas cumplen la misma cantidad de horas independientemente del número de dormitorios de las viviendas, un grupo menor de ellas distribuye la cantidad de horas en función de los dormitorios a los que aspira cada cooperativista. Los criterios de justicia, igualdad y solidaridad son argumentos utilizados para las dos opciones; lo mismo sucede con la cuota de amortización del préstamo, que es única para todos los usuarios, y la cooperativa tiene la facultad de distribuir las cuotas según su criterio. En este caso la mayoría diferencia las cuotas de amortización, como los gastos comunes o las expensas, por la cantidad de dormitorios o metrajes de la vivienda, pero unas pocas pagan lo mismo.

Se recogieron testimonios que tienen la visión generalizada de que las cooperativas por ayuda mutua son más accesibles, en términos económicos y en las condiciones del préstamo,⁸² que las de ahorro previo, pero hace más de tres décadas que los préstamos son iguales para unas y otras. En las reglamentaciones iniciales, con ahorro previo se podía construir viviendas de mejores terminaciones y comodidades, pero ello no ha implicado préstamos diferenciales para la gran mayoría de las experiencias. Lo que sí hace diferencia es que el 15% que aporta la ayuda mutua tiene mejores resultados económicos y sociales que en el caso de las cooperativas de ahorro previo que construyen con una empresa constructora, porque la ganancia inherente a la actividad lucrativa de la empresa, en las de ayuda mutua es reinvertida en la obra. Esto implica la superación de la curva de aprendizaje del grupo, ya que gestiona la obra con una empresa con experiencia (Nahoum, 2013).

81 La naturaleza y cálculo de la parte social fue explicada en la nota al pie 77.

82 «... se eligió el lugar de la ayuda mutua como medio para que se generara ese acercamiento entre todos los cooperativistas y lo que implicaba la convivencia. Un poco lo determinaba también los costos, ya que era más barato construir por ayuda mutua que por ahorro y crédito y eso también influyó en nuestra decisión» (cooperativista del interior).

Es importante destacar, y así se recogió en las entrevistas de las últimas cooperativas que fueron construidas, que el aporte de dinero que hacen las de ayuda mutua por gastos previos, compra del terreno o gastos al obtener el terreno es significativo. Si bien no requieren un ahorro previo de los socios, la necesidad de que estos aporten dinero para el pago de las cuotas previas implica una similitud entre los dos modelos: las de ayuda mutua realizan un ahorro durante el proceso previo a la escritura del préstamo, y las de ahorro previo, en los casos en que construyen por administración directa, muchas veces hacen en forma solidaria, tareas en la obra como sereneadas, descarga de materiales o pintura, entre otras.⁸³

La ayuda mutua es el elemento más destacado y más valorado por los cooperativistas en el proceso de construcción de las viviendas, para recuperar la experiencia tanto en términos positivos como negativos. «Fue el proceso de obra, que a mí me encantó; la verdad que fue pila de laburo, pero a mí me encantó...» (cooperativista de Montevideo).

En nuestra cultura, el sacrificio y el hecho de ganarse las cosas «con el sudor de la frente» está inscripto en las subjetividades;⁸⁴ este es uno de los elementos por los que la ayuda mutua tiene un valor intrínseco que se reconoce tanto a la interna del movimiento como desde actores externos y por la sociedad toda. «Yo no sabía mucho de construcción, no sabía un carajo, yo venía del área de la salud, o sea que para mí esto era todo nuevo; aprendí muchísimo y más que nada me enseñó los valores y el sacrificio» (cooperativista de Montevideo).

La etapa de obra aparece como costosa, como un *sacrificio*, pero, a la vez, está muy idealizada, sobre todo en las cooperativas de mayor antigüedad.

Y ahí se fue trabajando fuerte, había un comité de trabajo, teníamos una obligación de 25 horas semanales de trabajo y no descansamos en todo el período de construcción, alguno descansó más porque se enfermó, pero el resto descansamos solo el 1 de mayo. No había Navidad, Año Nuevo, no había domingo, no había nada. Por eso es que nosotros hicimos tanta cantidad de horas para poder terminar en un plazo que era justo y necesario para nosotros (cooperativista de Montevideo).

Además del valor atribuido al esfuerzo compartido, en las entrevistas se recoge que los procesos de autoría que implicó la autoconstrucción colectiva tienen impactos en la construcción de autonomía y autovaloración, lo que

83 Dirigente de FECOVI en *El Solidario*, diciembre de 2016, p. 3.

84 La *cultura del esfuerzo* en occidente se ha transmitido de generación en generación, con base en la frase bíblica del *Génesis*: «te ganarás el pan con el sudor de tu frente», asociando el sacrificio, la renuncia y el sufrimiento como valores de los logros, El esfuerzo pasa de medio a fin y por tanto es fuente de merecimientos y reconocimiento social.

parecería ser parte de la clave de la ayuda mutua, que combinada con la autogestión posibilitan la constitución política de las cooperativas.

Un elemento que requiere mayor investigación, por el incremento y la intensidad que ha adquirido la ayuda mutua en las cooperativas, es pensar las condiciones de esa posibilidad con las inserciones laborales predominantes en Uruguay que no provienen de la construcción y del trabajo manual (por constituir el área de servicios y comercio la mayor inserción laboral de los uruguayos).⁸⁵ De los testimonios de los cooperativistas de las cooperativas de los últimos años se desprende que hubo un desgaste importante en las familias y en los grupos cooperativos (por inexperiencia, multiempleo, largas jornadas sumadas a lo laboral, grupos familiares exigidos por el número, conflictos interno, entre otros).

En los setenta la mujer tenía una participación reducida en el mercado laboral y los hombres trabajaban en turnos de 8 horas, mayoritariamente en trabajos manuales que fueron desapareciendo con la desindustrialización en nuestro país. Esto marca diferencias respecto a lo que ocurre en nuestros días, lo cual refuerza el orgullo por la apuesta a la ayuda mutua recogido en las entrevistas, pero a su vez los entrevistados reconocen que requiere mucho esfuerzo, por lo que genera momentos de repliegue una vez finalizada la obra: «las casas las hicimos nosotros, los pozos, cada ladrillo, yo te puedo decir porque estuve, aunque algunos al terminar las casas se olvidaron...» (cooperativista de Montevideo). No obstante, debemos leer este repliegue como algo que es frecuente en experiencias que suponen mucha intensidad o esfuerzo: finalizar una tesis, una mudanza o un trabajo desmesurado siempre implica un momento de descanso o distancia con las acciones que se vinculan con dicha experiencia intensa.

El esfuerzo y la intensidad demandados también tiene consecuencias en la relación con la familia; los adultos de los grupos familiares destinan jornadas a la ayuda mutua, noches a las asambleas, comisiones y sereneadas, descuidando espacios familiares, fundamentalmente cuando son núcleos con hijos.

85 Si analizamos la distribución porcentual de la PEA por rama de actividad de 2014 en todo el país, las actividades manuales ocupan al 30,3% (agropecuaria, pesca, caza y explotación de minas o canteras 9,4%; industria manufacturera, electricidad, gas y agua 12,8 y construcción 8,1), mientras que el área de servicios y profesionales ocupa el 69,7% (comercio, alojamiento y servicio de comida 21,4; transporte y almacenamiento 4,9; informática y comunicación 2,2; actividades financieras e inmobiliarias 2,1; actividades profesionales y técnicas 3,4; actividades administrativas 3,9; administración pública, defensa y actividades extraterritoriales 6,2; enseñanza 6,3; servicios sociales y salud 7,7; otras de servicio, arte y entretenimiento 4,6 y servicio doméstico 7,1) (MTSS, 2015). A efectos de poder comparar con las primeras experiencias cooperativas lo hacemos con datos de Montevideo elaborados a partir de Filgueira y Errandonea (2014) y MTSS (2015). Estructura del empleo por sectores de actividad (en porcentaje). Montevideo 1970-2014.

Durante dos años dejás que no sabés cómo les está yendo en la escuela, si te tuvo que contar algo no lo ves hasta el fin de semana y yo creo que te enseña a valorar muchísimo, a tratar de aferrarte más a la familia. O sea, ahí te das cuenta de la falta esa que es un pilar fundamental, pero después todo lo que vivís acá, que aprendés un montón de cosas y si estás caído siempre hay alguien que te levanta cuando estás perdido y nadie te orienta; eso como experiencia a mí me lo dejó la construcción (cooperativista de Montevideo).

Ello ha generado la necesidad de integrar estrategias en las cooperativas que hagan más llevaderas estas situaciones, lo que no evita que se produzcan rupturas y dificultades familiares.

Durante más de dos años los cooperadores debían destinar los sábados y domingos al trabajo de campo. Eso significaría una grave distorsión en su vida y costumbres cotidianas, por lo que era fundamental mantener unido al núcleo familiar durante ese lapso, acercando a los demás miembros de los núcleos familiares a la obra. Para ello se organizaron distintas actividades, que transcurrían paralelamente a las jornadas de trabajo y que permitían que, sin descuidar este, los cooperadores estuvieran junto o cerca de sus familias. Con ello se logró el objetivo buscado, pero paralelamente se logró otra cosa que resultó fundamental para el futuro de la cooperativa y que explica en buena medida su vitalidad posterior: los niños y los jóvenes, participando de actividades recreativas organizadas por la Comisión de Fomento Cooperativo fueron testigos del trabajo de sus padres y del desarrollo paulatino de las obras (Juan Pazos, arquitecto del IAT de Covinuvi en Nahoum, 2008, p. 2014).

Esta experiencia, como otras, muestra que las *guarderías de obra* o la participación en espacios sociales, organizativos o recreativos de las otras generaciones tienen resultados, no solo inmediatos, en la incorporación del grupo familiar a la vida de la cooperativa, y prefiguran la convivencia.

La participación de las mujeres en las cooperativas amerita un apartado específico, pero es en la obra donde cobran un papel muy importante, reivindicando su aporte y presencia colectiva.

No en todas las obras los capataces logran integrar la mano de obra no calificada, como la de las mujeres, pero en las obras ellas han tenido un destaque en el armado de los estribos de hierro y en revestimientos, tareas que no requieren mucha fuerza, pero sí dedicación y destreza manual.

... en esta cooperativa acá trabaja todo el mundo. Aparte acá había mujeres también casadas, que el tipo no venía a trabajar por equis circunstancias...Y venían ellas. Y pasó el período de obra y M... (capataz) nos dijo «La verdad

que me tengo que sacar el sombrero con las mujeres de la cooperativa» [...] Y siempre eran más mujeres que varones acá... Y no es que te mandaban a arreglar un alambre, el trabajo físico igual que el del varón. Y no lo podía creer... Quizás le haya pasado en otra cooperativa, no lo sé, donde la mujer no le rindió, qué se yo... Pero también es un tema de que te subestiman, a la mujer... (cooperativista del interior)

Este elemento constituye un aprendizaje y una práctica del propio movimiento cooperativo, que fue integrando la mano de obra de todos los adultos de los núcleos familiares:

Las mujeres de Montevideo no creían que podían trabajar en la construcción, los hombres pensaban que era de locos hacer algo de construcción sin saber absolutamente nada. Cuando llegamos allá y vimos hombres de campo, tamberos, haciendo bloques... y cuando vimos mujeres —algunas de ellas de edad— trabajando el hierro, nos dimos cuenta de que sí se podía hacer algo. Visitamos Isla Mala (en Florida), Salto, Fray Bentos... Fue una linda experiencia (cooperativista en Chaves, 1990, p. 25).

La experiencia de la ayuda mutua permite anticipar las relaciones que los cooperativistas tendrán como vecinos y vecinas, favoreciendo el conocimiento, el estrechamiento de los vínculos y la construcción de lo grupal.

El aprendizaje de la obra es un elemento destacado por los cooperativistas, como el aprendizaje de un hacer que va más allá de la técnica de la construcción, la del revestimiento o la de la instalación eléctrica; dicho saber hacer es acompañado por los componentes emocionales incorporados durante el desarrollo de la tarea. Y son aprendizajes que permiten un conocimiento de las diferentes etapas de la construcción de la vivienda, desde sus cimientos hasta sus terminaciones. La apropiación es material, pero también simbólica: «A mí la obra me dio un oficio, después seguí trabajando en la construcción. Y lo que aprendí, lo aprendí acá» (cooperativista de Montevideo).

También se recoge que en la ayuda mutua se juega la solidaridad, como proceso de ida y vuelta, en el que socios con distintos conocimientos y capacidades suman sus esfuerzos para un bien común.

Ella se anotó con su mamá, que tenía 80 años y que no podía caminar, y su primo paralítico. Entonces hicimos una casa especial, con un dormitorio abajo (es la única que hay especial), que el primo no llegó a ocuparla, porque falleció antes, pero ella no podía hacer nada... Que por un lado no podía, y por otro la malenseñamos... (cooperativista de Montevideo)

Muchas veces, por problemas económicos o financieros (atrasos de obra, deudas, faltantes de dinero o recortes de préstamos, como hubo en algunos

momentos) las cooperativas tienen que reorganizar la obra y los cooperativistas asumen tareas calificadas, porque los socios tienen conocimiento de esas tareas o los adquieren en capacitaciones específicas que se realizan en carpintería de aluminio y revestimientos, entre otras. Pero cuando la cooperativa o uno de sus integrantes es responsable de los problemas de la obra, estas tienen mucha fuerza en la significación de la experiencia, condicionando las posibilidades de la convivencia comunitaria posterior.

Porque nosotros siempre nos vamos al tema de obra, que fue siempre el tema que más nos marcó, y nos golpea hasta hoy... Entonces por más que vos quieras ver otra parte, otra persona antes, no se puede ver, porque te tapa todo, la situación específica que pasamos nosotros nos marca en ese sentido (cooperativista del interior).

De la investigación realizada por el equipo docente Evaluación de programas, del Instituto de la Construcción de la FADU (Abbadie *et al.*, 2014) surge que en las obras en las que se impulsa el trabajo colectivo desde posturas autoritarias o reglamentaristas en exceso el impacto es directo en relación con el repliegue y el escaso relacionamiento colectivo. Lo mismo sucede con experiencias altamente desgastantes y conflictivas.

El peso de las formas que adquiere la ayuda mutua y sus resultados son proporcionales a las formas que adquiere la convivencia en las etapas posteriores de las cooperativas, impactando directamente en el relacionamiento entre los socios y en la cohesión grupal.

En las entrevistas realizadas a cooperativistas miembros de cooperativas construidas en las dos últimas décadas, tanto en Montevideo como en el interior, si bien se valora la ayuda mutua y los conocimientos sobre el grupo y la calidad de vivienda que ello ha generado, se recoge el desgaste, el cansancio, que impacta, como se decía, en las posibilidades del desarrollo comunitario de la cooperativa.

Para muchos grupos la ayuda mutua es una exigencia que excede las posibilidades de los cooperativistas, dados el multiempleo y la incorporación al mercado laboral de todos los adultos del grupo familiar, los cambios en la estructura familiar, con importante presencia de hogares monoparentales⁸⁶ y el alargamiento de los tiempos dedicados al estudio.

Son muchos los factores que, asociados al debilitamiento de los compromisos colectivos en las subjetividades dominantes, configuran los períodos de construcción como momentos de conflicto y esfuerzo excesivo, lo que tensiona la experiencia cooperativa. No obstante, existe un proceso de aumento de las horas de ayuda mutua en las cooperativas, seguramente motivado por

86 Documento interno de la ANV. Departamento de Trabajo Social de la ANV. Sistematización de las evaluaciones de obra del primer semestre de 2019.

lo ajustado del préstamo otorgado por el mvot, pero también por la baja del rendimiento del trabajo, tanto contratado como de ayuda mutua, dato que aportan los técnicos de los IAT.⁸⁷

En la mayoría de las cooperativas los problemas de las obras se resuelven con el aumento de las horas, es decir, de la explotación de las energías y los esfuerzos de los cooperativistas, en lugar de generar espacios para reformular o repensar la ayuda mutua. Esto genera una alta rotación de los socios en la etapa de obra, fenómeno poco común hasta hace más de una década, cuando el grupo se consolidaba en esta etapa.

La resolución de dichas tensiones y dificultades pueden configurar aprendizajes de lo organizativo y lo grupal, con impactos, probablemente, en las formas de convivencia posterior.

Otro elemento central que surge de las cooperativas estudiadas, tanto sea para capitalizar los logros como para atender las dificultades, es la autogestión, que además del saber hacer en construcción implica un saber hacer de administración, de compras, de gestión de personal, de manejo financiero, entre otros, lo que analizaremos en el próximo punto.

La combinación de ayuda mutua y autogestión distingue a las cooperativas de otros programas habitacionales, que utilizan la autoconstrucción o la ayuda mutua sin participación de los involucrados en las decisiones, con el objetivo de abaratar costos y lograr la adhesión de aquellos.

A partir de las entrevistas realizadas se pueden observar algunos resultados del proceso de ayuda mutua: por un lado, en la conformación de las cooperativas y los cooperativistas, como se sostenía con Thompson, la experiencia conforma a los sujetos, lo que es verificable en la autonomía que adquieren al final de la obra en la relación con los técnicos asesores, con los organismos públicos y con el desarrollo de la organización cooperativa.

Por el contrario, surge que cuando las cooperativas tuvieron poca autogestión debido a un protagonismo excesivo de los técnicos del IAT o de dirigentes separados del colectivo se verifican debilidades para asumir con mayor autonomía la etapa de la convivencia y la resolución de los nuevos problemas.

87 Documento interno de la ANV. Departamento de Trabajo Social de la ANV. Sistematización de las evaluaciones de obra del primer semestre de 2019.

La experiencia de la autogestión y la organización

Vivan las cooperativas
se unen manos amigas
por todo el Uruguay

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

Las cooperativas se organizan en torno a los principios cooperativos y van tomando diferentes alcances de acuerdo a la etapa por la que transite el grupo. Estas tienen efectos formativos como necesidad de la organización, en el cumplimiento de los roles de dirigencia, tesorería, secretaría, moderación de la asamblea, entre otros, así como el comportamiento y desempeño en las instancias organizativas y en la representación y acciones hacia afuera. Pero es en la obra que la organización se tensa, porque se instituye la autogestión para el logro del objetivo de la construcción de las viviendas.

Las cooperativas se constituyen en empresas constructoras, que se diferencian de las otras por no perseguir fines de lucro y ser sus integrantes los destinatarios de las viviendas que construyen. Es por eso que en las cooperativas la autogestión representa la mayor fortaleza, cuando cuentan con las capacidades para desarrollarla, y define en gran parte las posibilidades y características de la etapa de la convivencia, como recogimos en las cooperativas estudiadas.

En las cooperativas la autogestión aparece como el desafío más importante ya que la política social delega en los cooperativistas la gestión del préstamo en su totalidad, para la ejecución del programa. El control del Estado se centra en liberar las partidas de dinero en función del ritmo de la obra y, en la consecución de cada rubro de acuerdo al presupuesto entregado inicialmente (Nahoum, 2013).

Nosotros trabajadores, yo laburante de la construcción, en esa época manejábamos 1 200 000 dólares, plata que se dio. El proyecto de estas casas era de piso de portland lustrado, paneles de bloque, techo de chapa, baño con azulejos blancos, sin cerramiento de los fondos. Gracias al ahorro que se hizo y a la buena gestión tiene todas las mejoras que tiene, que se hizo de ladrillo, de piso monolítico, parquet en el piso de arriba, cañería de cobre, estufa a leña, escalera de hierro, placares arriba en los cuartos, muebles de cedro arriba y bajo mesada; todas esas mejoras se hicieron por la buena administración (cooperativista de Montevideo).

El responsable del proyecto cooperativo —en sus dimensiones urbana, arquitectónica, económica y social— es el grupo cooperativo junto al IAT, pero al primero le corresponde la decisión y al segundo, el asesoramiento sobre su pertinencia y adecuación. Un elemento central en este proceso es

la definición del proyecto cooperativo, visualizado fundamentalmente en el arquitectónico, en el que los cooperativistas aprueban las características y la organización espacial de las viviendas. Esto supone disposición de los arquitectos de los IAT a recibir consultas, dialogar y codiseñar, ofreciendo toda la información y las posibilidades a los cooperativistas.

En cuanto al diseño en sí de la cooperativa tuvimos una experiencia muy linda. Nosotros hicimos una encuesta de cómo quería la casa cada uno. Por ejemplo, si se quería mucho jardín o mucho fondo, si mucho espacio para estar la familia o mucho espacio para dormir... Se entregó esta encuesta al Centro Cooperativista, y Mario Spallanzani, el arquitecto, hizo un proyecto. Nos reunimos un día todas las familias en el ccu, Mario puso los planos en la pared y empezó a explicarlos. Por supuesto que al principio hubo discrepancias. Me acuerdo que lo primero que salió fue que los dormitorios eran muy chicos; todos teníamos la idea tradicional de la vivienda. Y al final acordamos que los planos eran buenos. (exdirigente de Cooperativa B en Chaves, 1990, p. 30)

Así se fue fortaleciendo la autonomía y la apropiación del proyecto cooperativo, como surge de las entrevistas.

Participás de los proyectos, qué color de cerámicas querés, el color de pintura, cómo va a ser la estructura, si va a ser de ladrillos, de ticholos de bloques si va a ser de planchada entonces... Te da la oportunidad de elegir cómo va a ser tu casa. Obviamente después gana lo que se vote, lo que tenga mayor cantidad de votos, pero tenés la participación de elegir como querés tu casa, yo creo que eso es algo bueno (cooperativistas de Montevideo).

Los aprendizajes para la autogestión son progresivos: se toman decisiones sobre el terreno, sobre el proyecto cooperativo (arquitectónico, económico y social), organizando el grupo en las etapas iniciales, administrando los fondos de la cooperativa y gestionando el préstamo ante los organismos públicos, pero es en la obra que se evidencian los conocimientos necesarios y las capacidades para la autogestión.

Fue un período de mucho trabajo y mucho esfuerzo porque no solo era una etapa de conocimiento de los cooperativistas, del grupo, sino de negociación, negociación del terreno, del material para la construcción, de buscar recursos acá y allá para bajar los costos que implicaba construir 71 viviendas que, desde el principio, defendimos que fueran de calidad. Así negociamos, por ejemplo, con la intendencia, talar árboles en un monte cercano para hacer columnas, piques, después parqué. Y nos prestaban el

aserradero para dejar la madera estacionada, que se secaa dentro de los galpones para después utilizarla (cooperativista del interior).

La administración, con sus componentes económicos (disponibilidad de dinero para pagar a proveedores y personal contratado, proyección económica, normas y leyes laborales, entre otros) y financieros (manejo de cuentas bancarias, cheques y préstamos), junto a la toma de decisiones son los elementos cardinales de la autogestión de la cooperativa en la etapa de obra y por ello es central el asesoramiento y la formación que le haya aportado el IAT, y la preparación y la organización del grupo.

Obviamente que tuvimos que salir a administrar, lo que era compra nadie sabía comprar y lo que era la parte administrativa no sabía cómo hacer una liquidación. Los compañeros que fueron designados empezaron a trabajar, una de las compañeras que hacía la liquidación de sueldos se fue hasta el SUNCA a ver cómo eran los aportes legales, cómo tenían que abonar, qué era lo que tenían que pagar. Fueron y aprendieron eso. En compras empezamos a averiguar precios, cómo era que se compraba, cómo se pagaba y bueno todo eso se preguntó en reuniones y ahí empezó el trabajo que tenía cada uno viendo las primeras experiencias, los primeros pasos que dábamos, con miedo a ver si estábamos haciendo bien o mal, pero la autogestión funcionó en todos los ámbitos, de directiva, subcomisiones, todo funcionó al pie de la letra, como se esperaba (cooperativista de Montevideo).

Pero ello no pasa solo por el grupo dirigente, que asume en las comisiones esas tareas, también se intensifica la frecuencia de las asambleas para la toma de decisiones, la cooperativa asume un ritmo mayor, no solo por la ayuda mutua.

La experiencia de la autogestión inscribe en los sujetos la transformación de una posición inicial expectante, receptora de los conocimientos técnicos, de pautas del organismo público financiador a un posicionamiento protagónico, por necesidad del proceso constructivo, con autonomía relativa. Constructivo tanto en el sentido literal como simbólico del proceso, en términos de Thompson, se transforma por la experiencia, consciente de sus capacidades y posibilidades de transformación colectiva.

... la autogestión quiere decir que la cooperativa la dirigen todos, pero es la directiva, los demás vienen una vez cada tanto a una asamblea) y los que decíamos «¡No! Nosotros queremos una autogestión que consista en decisiones en la asamblea. Somos cooperativas de base, queremos una gran discusión sobre la participación». Entonces, se discutía la participación que, además, al ganarse la intendencia se dio la descentralización, la

participación, los comunales. Y las cooperativas estaban discutiendo esa nueva línea. Y era una línea rupturista (cooperativista de Montevideo).

La autogestión y la organización cooperativas, como se relata antes, en muchas cooperativas excede el período de la obra, en el que se verifican los mayores aprendizajes individuales y colectivos, para integrar la participación en otras necesidades o procesos sociales. Esta participación se produce fundamentalmente en las etapas posteriores, tanto para la amortización del préstamo —que, como decíamos, en las cooperativas de usuarios es una única cuenta— como en la organización comunitaria y el mantenimiento y uso de los espacios comunes.

Sí, se pensaba que cuando vos estabas en el sistema de usuarios tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, pero sí te daba la posibilidad de poder manejar un todo, o sea, y te das cuenta de que si lo tenés como propietario cada uno hace la suya y ya el barrio deja de ser prioridad para todos. Acá vos tenés control, si se quiere, de todo el complejo. No solamente por la parte económica, sino que nosotros nos manejamos así. Y cada maniobra que quiera hacer uno en cada espacio tenés que consultar a todos para ver, si no nos salimos de reglamento de la cooperativa entre todos, y mantener una cosa acorde a la vista, conforme a todos (cooperativista del interior).

La organización activa el control colectivo sobre los bienes comunes, y el régimen de usuarios es lo que permite tener los mejores resultados en términos de mantenimiento edilicio y urbano dentro de los programas públicos de vivienda. En la mayor parte de las cooperativas se continúa mejorando la infraestructura y la autogestión permite su concreción, como lo relata un cooperativista: «Pero ahora estamos por inaugurar el portero (eléctrico), la autogestión se logra y el mantenimiento impulsa» (cooperativistas de Montevideo).

En las cooperativas entrevistadas, habitadas en distintas décadas, se mantenían en funcionamiento todos los órganos estatutarios y en algunas de ellas, las comisiones de obra para el mantenimiento o fondos para la sustitución de las instalaciones sanitarias en las cooperativas de más años. También, sobre todo las cooperativas más grandes o en barrios intercooperativos, sostienen comisiones de biblioteca, de salón de comunal o policlínica, como espacios que complementan el hábitat en términos comunitarios. No obstante, se visualiza un descontento en la participación, existen dificultades para renovar los cargos y lograr la participación de la totalidad de los cooperativistas. Por un lado, surge la preocupación por los nuevos, tanto en las nuevas generaciones de las familias originales como en los socios nuevos, que ingresan sin haber vivido las etapas previas y la construcción.

Recordemos que el IAT finaliza su trabajo una vez la obra termina, por tanto, todos los esfuerzos de formación se dan en las etapas anteriores. Asimismo, en la etapa posobra la organización no siempre se vive como una necesidad del colectivo, como sí sucede para la obtención del préstamo y la realización de la obra.

Un cooperativista de Mesa 1 se hacía la autocrítica: «integramos la familia a la obra, pero no supimos integrarla a la dirección de las cooperativas» (en Nahoum, 2008, p. 203). Como se desprende de este testimonio, la cooperativa no asume su responsabilidad por la participación de las nuevas generaciones y de los no titulares, que pueden ser las parejas de estos.

La organización cooperativa supone la representación del titular en los órganos de decisión, gestión y dirección, por tanto, no siempre se ha promovido la participación de los demás integrantes, ha sido muy reiterado el enfrentamiento de los adolescentes y jóvenes, organizados o no, con los adultos de las cooperativas por el uso de los espacios comunes. Esto tiene consecuencias muy importantes que serán analizadas más adelante, en la transmisión de la experiencia a las nuevas generaciones.

Otro elemento que se percibe en las cooperativas es que el problema de participación están en los *nuevos*, los que ingresaron pagando la parte social, los que no se formaron con la obra. Esto desconoce, en la explicación, formas predominantes de participación en la sociedades y determinantes históricas y coyunturales, siendo la participación un problema que transversaliza a todas las organizaciones populares. Por un lado, el problema de la participación transversaliza a todas las organizaciones populares, las formas representativas de participación son las predominantes y no las protagónicas. Por otro lado, hay un fuerte abandono de la formación en autogestión, que es uno de los principios cooperativos que fomenta la permanencia de la vida cooperativa.

En una de las cooperativas, un socio distinguía entre *los que sudaron* y los que compraron sudor, advirtiendo acerca de lo formativo y el esfuerzo que demandó la obra, pero distinguiendo que acceder a una cooperativa pagando el valor de la parte social para el ingreso supone un poder adquisitivo quizás mayor que el de los cooperativistas originales, pero ese ingreso no compensa la mayor valoración hacia quienes la construyeron. Esta afirmación no es generalizable. En 2016 FUCVAM logró que el MVOT otorgara préstamos para cooperativas de usuarios para el acceso de nuevos socios en cupos libres, lo que podría permitir el acceso de familias que no cuentan con el ahorro necesario para ingresar.

Porque pasamos los que construyeron, pasamos los que somos... ¿Cómo se va a sentir el que entra si cuando compró la casa, se metió pa' dentro? Ya terminó lo del cooperativismo... Antes nos juntábamos, en los cumpleaños de la cooperativa, y eso se fue dejando... (cooperativistas de Montevideo)

En muchas cooperativas existe un fuerte desencanto con la participación de sus socios, lo que oficia como una promesa incumplida: el cooperativismo supone la participación plena de sus socios en la organización y en la vida comunitaria, y la no existencia de dicha participación surge como una falla, algo de esa promesa original que no se cumple.

Este análisis que hacen los cooperativistas no incorpora el contexto actual, las nuevas subjetividades, las formas de comunicación predominantes, mediadas por la tecnología y la crisis de participación de todo el movimiento popular, por lo que la responsabilidad por no participar se les atribuye a los cooperativistas, casi exclusivamente.

No se ha visualizado en las cooperativas, el valor de los aprendizajes de la convivencia y la autogestión, la satisfacción de nuevas necesidades comunes, como sí se hace de la experiencia de construir colectivamente. Un cooperativista expresaba la necesidad de dicho proceso, al distinguir entre una actitud corporativa y otra cooperativa:

El tema pasa por un punto también: no podemos pedir lo que somos cada uno de nosotros, que todos nos hagamos cooperativistas. Hay una parte que es la corporativa, que no es lo mismo, que es parecido, pero no es igual. Entonces ese es el problema que hay, en poder explicarle a cada uno de nuestros compañeros e irlos convenciendo. Es un trabajo arduo y lleva mucho tiempo. Pasa en mi cooperativa y en todas las cooperativas que estamos acá presentes; creo que no estoy hablando de algo que escape a la realidad de ninguna de las poblaciones que tenemos. Es una preocupación en general. Pero evidentemente la cabeza no la lavás con un cepillito de dientes ni se la lavás a todos; tenés que ir haciendo ese trabajo y es incansable, es insufrible y hay que aguantarlo. Lo que hay que tratar es de ir cambiando las cosas; los cambios requieren paciencia, nada más (cooperativistas de Montevideo).

En otros casos las formas punitivas, sancionatorias son las que se toman como única herramienta para resolver dichos problemas:

Y hay gente que no iba: a las reuniones, asambleas...Entonces empezaron las multas, el pastelito que vos no vendiste lo tenés que pagar igual, la cuota social no la pagaste: la tenés que pagar, va multa sobre eso también... Y te pasan dos, tres, seis meses y mirá: «solucioname esto...». Y hubo gente que también se expulsó, otra también que se fue... (cooperativista del interior)

Luego de recrear y analizar cómo viven los cooperativistas: las formas, los alcances y los resultados de la organización retomamos, para realizar una síntesis, la categorización formulada en el capítulo Habitar la ciudad,

integrando aportes de Heras Monner Sans (2011) y Michi, Di Matteo y Vila (2012), que tienen capacidad analítica de las cooperativas de vivienda.

La matriz propuesta excede la organización, pero identifica situaciones con efectos formativos en las que se produce el aprendizaje de lo colectivo: 1) las formas y dispositivos de toma de decisiones, 2) los espacios cotidianos donde se construyen sentidos, 3) las significaciones imaginarias, 4) las tensiones y los conflictos mediante los que se explicitan las diferentes concepciones, 5) las actividades específicas convocadas con el objetivo de formación, 6) las actividades compartidas con otras organizaciones, en las que el intercambio y la explicitación de otros objetivos, características y alcances de las acciones permiten construir discursos y posiciones sobre la experiencia y 7) la convivencia, como relaciones de vecindad que construyen lo relacional en el compartir el espacio físico y vital y que incluye todas las esferas de la socialización.

La primera situación refiere a formas y dispositivos para tomar decisiones, en la que no solo identificamos los modos y la estructura de la organización, sino cómo lo relacional opera en estos; cómo se tramitan los acuerdos, las diferencias y las formas que adopta la participación de los cooperativistas.

Existe una organización que se sostiene en el tiempo, que es vehículo para resolver los problemas colectivos que surgen. Los cooperativistas la identifican como canal para la resolución, de la que se sienten parte.

El aprendizaje sobre el funcionamiento colectivo surge con claridad de los testimonios, y la autogestión aparece como un desafío logrado, lo que refuerza la idea de *hacer juntos*. Con relación a esto último, para Monner Sans (2011), son los espacios cotidianos y las relaciones que se establecen en la organización el contexto en el que se construyen sentidos, aprendizajes de la práctica colectiva y autogestionaria y los valores y orientaciones que los sustentan.

Las posibilidades de construcción colectiva están vinculadas a las formas de organización y, a las experiencias de participación, ligadas a la resolución de necesidades, muchas de ellas materiales, pero también políticas y simbólicas.

De las entrevistas realizadas surge que se dieron aprendizajes sobre lo colectivo y que se construyeron capacidades en torno a la organización, la autogestión y la administración.

El salto cualitativo de los cooperativistas está en la autogestión en la obra; allí la organización se tensa, pero la cooperación se experimenta al extremo.

Estas formas de organización, no predominantes, de protagonismos de los trabajadores y trabajadoras, fortalece el autogobierno que sostienen una vez habitando. Entendemos que estas formas organizativas son espacios de producción de cultura «son las únicas susceptibles de fundar una nueva cultura política», como afirma De Sousa Santos (2001, p. 181).

El tercer proceso, recuperando a Castoriadis (1993), refiere a las significaciones imaginarias sociales que se experimentan en la autogestión que cursan proyectos de autonomía y prefiguran otras relaciones. En ello identificamos claramente que el aprendizaje en hacer juntos, el impulso de la obra y la oclusión de otras formas de participación posibilitaron en la dictadura el desarrollo de otras formas de satisfacer las necesidades colectivas, como los almacenes comunitarios, las policlínicas y la infraestructura deportiva y cultural. Muchas de estas se sostienen, pero no se logran recrear otras. Esto se explica en parte por los cambios de época, pero sobre todo, por la pérdida de la capacidad instituyente, de imaginar otros horizontes de la propiedad colectiva y la autogestión.

El cuarto proceso señalado por la autora son las tensiones, como momentos de conflicto, la resolución de las diferencias a la interna del colectivo y con las organizaciones e instituciones externas.

Los conflictos y las diferencias que surgen en la organización, y que ya fueron planteadas, se depositan en los nuevos, en los que ingresaron pagando la parte social, o en las nuevas generaciones. Ello configura dinámicas grupales que son un obstáculo para analizar la situación con profundidad y encontrar alternativas de nuevos caminos colectivos.

Otros conflictos, como las renunciaciones de socios y la adecuación o la reparación de bienes comunes, son resueltos por los canales ya establecidos, no surgiendo en los testimonios que dichas situaciones aparezcan como problemas para las cooperativas. No obstante, el aprendizaje predominante en los relatos sobre lo actual o sobre la intencionalidad educativa colocada en el tratamiento de las diferencias se da mediante la aplicación de la sanción: la multa, el pago, la suspensión. Es una acción y formación normativista, que incorpora la cooperación como obligación y no como derecho, deseo y necesidad.

La apuesta a los reglamentos y a las decisiones punitivas clausuran el sentido de la cooperación, aunque las normas para el funcionamiento colectivo son un componente de esta, pero cuando son los únicos mecanismos funcionan como cercamiento, como clausura de la cooperación.

El quinto proceso está vinculado con los espacios de formación, que serán analizados más adelante, pero son espacios en los que lo organizativo y la autogestión forman parte de sus contenidos.

Otro espacio-momento identificado por Michi, Di Matteo y Vila (2012) son las actividades compartidas con otras organizaciones, en las que el intercambio y la explicitación a otros de los objetivos, las características y los alcances de las acciones permiten construir discursos y posiciones frente a la experiencia y los hechos de la coyuntura.

Estas actividades son muy valoradas por los cooperativistas participantes, ya que suponen confrontar lo conocido, intercambiar e identificar el saber propio de la experiencia.

Porque las reuniones, las idas a Montevideo, las reuniones de la mesa departamental, que yo al ser delegada tenía que ir a los dos lugares... Daba muchísimo, pero con muchísimo gusto, porque no hay sistema mejor que el de la cooperativa de vivienda, ni qué hablar, pero en todos los sentidos, es lo que saca adelante cualquier cosa, los valores del cooperativismo... (cooperativista del interior)

El último de los procesos formativos para el análisis refiere a la convivencia, a las relaciones de vecindad, que construyen lo vincular entre los cooperativistas y con el espacio físico, con el mantenimiento y el desarrollo del hábitat donde transcurre lo cotidiano y se resuelven necesidades, y define lugares, fronteras, usos y formas de vinculación con el adentro y el afuera. Ello supone aprendizajes, que muchas veces son invisibilizados. El reconocimiento entre los socios, la confianza mutua y en el colectivo es visualizada por la seguridad a la interna de la cooperativa y la tranquilidad de circular, en relación con las propiedades y la seguridad personal. También se visualiza mediante la solidaridad entre los cooperativistas ante situaciones de desgracia o quebrantos de salud.

En los testimonios de los cooperativistas no se perciben, por parte la vecindad construida, las relaciones de reciprocidad y cooperación, que en parte son las aludidas en el párrafo anterior, pero en otras se recuperan el orgullo, el reconocimiento y la tranquilidad de permanecer en la cooperativa y, el cuidado y el mantenimiento de los bienes de uso privado y común.

En el próximo punto nos detendremos a analizar la vida comunitaria y cómo estas estrategias se tejen entre los pasajes de las viviendas y en la vida del salón comunal.

La vida comunitaria y el desarrollo de los barrios

Deme esa mano, señora
Esa mano, vecino,
No vaya a olvidar
Que levantar nuestras casas
Es el principio y no el final

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

En la línea que veníamos analizando, la vida comunitaria de las cooperativas es muy rica y variada, con diferentes matices en la valoración de los cooperativistas sobre la experiencia.

El fragmento del *Himno de las Cooperativas* que antecede el presente subcapítulo recoge la idea de que la convivencia supone un nuevo comienzo para el grupo, que claramente se agrupa para llegar a las viviendas, pero que

ello configura el comienzo de la etapa más larga de la vida de las cooperativas: el cohabitar, la convivencia.

Para las primeras cooperativas, cuya implantación en el territorio implicó poblar zonas suburbanas poco habitadas, el desarrollo de servicios complementarios a la vivienda fue clave y constituyó el proyecto urbano y arquitectónico de la cooperativa.

... cuando nosotros llegamos a esta zona aquí no había agua, no había luz, no había saneamiento. Prácticamente no tenía transporte. Hubo que pelear por todo ello, beneficiando al barrio circundante (Henderson Cardozo de Covisunca, Zona 1, en Chaves, 1990, p. 69).

Esto fue dando una fisonomía con servicios a las cooperativas de barrio, reconocido por su entorno como *las viviendas*, pero posibilitando, por la numerosidad, la llegada del saneamiento, el transporte colectivo y comercios, además de los servicios incorporados por el propio conjunto habitacional como almacenes de consumo, bibliotecas, policlínicas y salones comunales.

Varias de las mesas intercooperativas y una de las zonas donaron locales escolares y terrenos a la ANEP para construir centros educativos, como forma de favorecer la apertura de escuelas y jardines de infantes en los nuevos barrios. Dichos locales fueron construidos por ayuda mutua y financiados con el préstamo, como parte del proyecto urbano.

Las cooperativas han construido barrios «completos», con sus espacios verdes, de recreación, de socialización, como sus salones comunales, escuelas, bibliotecas, guarderías, con espacios para la práctica de deportes, etc. Pero han hecho más, han provisto o extendido servicios de infraestructura que antes no existían (especialmente el saneamiento) incorporando a la ciudad nuevas zonas con servicios, lo que no solo las ha beneficiado a ellas mismas, sino también al barrio circundante y a la comunidad toda (José Tognola, exdirigente de FUCVAM, en Nahoum, 2008, p. 102).

Por eso varios autores sostienen que las cooperativas han desarrollado ciudad (Carballal y Chávez, 1997; Nahoum, 2008).

...ahora esta zona está superpoblada, ¡es impresionante! Ahora ya no necesito ir más al centro... La otra vez no sé qué era lo que necesitaba, ¡una mercería! Y di vueltas por el centro y nada, y ahora acá tenemos dos o tres mercerías, tres o cuatro carnicerías, dos o tres farmacias, tenemos sanatorio... Tenemos todo y cerca. Y ahí los espacios recreativos que tenemos ahí también... (cooperativista del interior)

Los barrios cooperativos han sido contruidos por el nucleamiento de varias cooperativas, como las mesas, las zonas o los fraccionamientos que FUCVAM ha realizado con la cartera de tierras 26 de Octubre, Lena-Duarte, Pablo Estramín, Mario Benedetti y Elena Quinteros. Pero también por la instalación de varias cooperativas en una misma zona, como pasa en Punta Gorda o en Parque Rivera en Montevideo, también, en Paysandú o recientemente en Mercedes y Young.

Esta construcción de barrios cooperativos con gran identidad, organización comunitaria y servicios complementarios tiene una fuerte dinámica hacia adentro con poco diálogo con el entorno, aunque los servicios son utilizados por los «otros vecinos», como es analizado por José Tognola, un ex-dirigente de FUCVAM:

Las cooperativas de vivienda por ayuda mutua viven, desde su constitución hasta que terminan de construir sus viviendas, hacia adentro. Todas las peripecias que se sufren en el proceso de desarrollo de la cooperativa (la obtención del terreno, la discusión del proyecto, la incertidumbre en cuanto a la concesión del préstamo, las dificultades de la etapa de obra, etc.), llevan naturalmente a que la cooperativa no tenga en todo ese lapso una relación fuerte con el medio. Ese proceso, demasiado largo, va formando en el grupo una especie de identidad interior, muy cerrada, que luego cuesta mucho romper para abrirse al barrio, a la gente (Tognola en Nahoum, 2008, p. 100).

Esto quizás es más percibido por los *de afuera* (vecinos circundantes) que por los *de adentro* (cooperativistas), lo cual se ha agravado en los últimos años, como se sostenía antes, por la colocación de rejas perimetrales para atenuar los problemas de seguridad.

Las cooperativas, en lo ya recogido, configuran una particular experiencia urbana, que genera una temporalidad distinta a la del barrio circundante, debido a la experiencia comunitaria, con ritmos singulares, relatos propios de las acciones, los *antes* y los *ahora*, como sostiene Segura (2015).

También se definen las ideas de límite (afuera/adentro) y de distancias en relación con el entorno, que se configura con lo externo.

...mira que conozco todo, en la obra, y después hace cuarenta años que estamos acá, beneficios al barrio, según ellos dicen que somos un gueto, yo capaz que sí, que uno no se da cuenta, pero yo no quiero que me critiquen a la cooperativa, pero es que es claro, somos gente trabajadora. [...] tiene la biblioteca, que tiene claro, hay una especie de mesa que es solo para cooperativistas, los libros, pero después tienen un taller, vienen los gurises a leer, está preciosa, porque además están las bibliotecólogas y hay maestras jubiladas, hay algunas que no están jubiladas, pero igual colaboran, eso es

importante porque ya tienen la policlínica y odontología, las dos policlínicas, la médica y la odontológica, el gimnasio con un profesor que viene por FUCVAM y otro por la cooperativa (cooperativista de Montevideo).

En la relación con el entorno, los salones comunales, así como los conjuntos cooperativos que integran locales comerciales y servicios favorecen la integración o la circulación de los vecinos en la cooperativa.

Con los salones comunales, en cambio, se han generado experiencias contradictorias: existen casos en que se limita el ingreso, transformando el salón comunal en algo privado del grupo, y otros en que el salón comunal de la cooperativa es el centro del barrio o incluso, en el interior del país, de la ciudad. Un ejemplo notorio de esto último es el de Covinuvi de Durazno, no hay actividad departamental que no se desarrolle en este salón comunal, siendo un punto de referencia de escuelas, liceos, comisiones de fomento y aún de la propia Intendencia Municipal (José Tognola, exdirigente de FUCVAM, en Nahoum, 2008, p. 104).

Los salones comunales han sido espacios muy valiosos en la relación de las cooperativas con el entorno y con otros actores externos. En primer lugar, porque implican la posibilidad de contar con un espacio en el barrio para las fiestas, para las actividades de los centros educativos, para festivales y eventos de los clubes deportivos y otras organizaciones. Con muchas de dichas actividades las cooperativas obtienen ingresos por el alquiler y los invierten en el salón o en los gastos comunes.

Acá funcionó durante muchos años un consultorio de medicina familiar en el salón comunal y el saloncito chico estaba exclusivo para eso. Era un compañero que vivía acá, un médico que después pasó al local de la policlínica Argentina y eso fue una experiencia de apertura. Y había una comisión que algunas de las personas de la cooperativa la integraban, de promotores de salud, que siempre en torno al médico había una comisión integrada por vecinos que les llamaban promotores de salud. Oficiaban en el trabajo de prevenir enfermedades, que es el objetivo número uno de la atención primaria de salud (cooperativistas de Montevideo).

Dicho uso se redimensiona cuando los salones comunales se convierten en gimnasios, lo que, dadas sus dimensiones, en las cooperativas grandes o en los barrios intercooperativos ha sido una posibilidad concretada.

Los que hemos vivido lo vivimos en función de la cooperativa hasta insensiblemente, es una actitud, una forma de vida. Además, acá en Durazno ser de Covinuvi creo que significa algo. Yo me siento muy contento de haber

sido partícipe de la experiencia. Teníamos, por ejemplo, un grupo de teatro que se sostuvo por mucho tiempo, también actividades que nos unían más con el resto. Por ejemplo, por mucho tiempo el gimnasio de Covinuvi era el único gimnasio cerrado que había en la ciudad y entonces se administraba para que fuese prestado a actividades abiertas a toda la ciudad, encuentros de coros, campeonatos, no sé, un sinnúmero de eventos y todo se realizaba acá (cooperativista del interior).⁸⁸

Los salones comunales jugaron un papel cardinal en el final de la dictadura por ser espacios de resistencia y de desarrollo de actividades culturales que sostuvieron latente la lucha por la democracia. En dichos salones el canto popular, el teatro independiente y las murgas fueron expresiones del campo popular que alimentaron la lucha por la restauración democrática. Esto, sumado a las actividades deportivas, recreativas y sociales que se desarrollaban en las décadas del setenta y del ochenta operan como un obstáculo nostálgico para recrear otros usos y experiencias comunitarias.

Los sábados era agarrar el mate y el termo y arrancar para el gimnasio a jugar al voleibol, pero había que anotarse para que te tocara un partido, allá estabas tres horas tomando mate esperando. Se reunía toda la gente, jugaban varones mujeres todos y yo que sé..., pero hasta la una de la mañana. El día que instalaron la Red Televisión Color que se pasó a ver televisión en la casa que antes no se veía porque era todo muy difuso (cooperativista del interior).

Se atesoran los recuerdos como parte del patrimonio, en algunos como memoria viva que se articula con la experiencia para desarrollar y mantener los espacios comunitarios, en otros, como añoranza.

Y los recuerdos nuestros, lo mejor que teníamos era eso: la vaquillona que se comía a fin de año, que se dejó de hacer... Eran dos días de fiesta, porque el día anterior teníamos los preparativos, con el hombre especialista que

88 «Es importante destacar que estas infraestructuras se construyen con el préstamo que amortizan luego en 25 años y con el aporte de la ayuda mutua y ahorros del grupo. [...] Cuando contamos con el ahorro final los cooperativistas, todos, optamos entre el gimnasio o la piscina. Hicimos una reunión, con todas las familias presentes, y todos hicimos propuestas, votando una lista de prioridades para la construcción de servicios comunales. La mayoría de los socios votó por el gimnasio, el salón comunal y la biblioteca. Pero nosotros no hemos dado la obra por terminada. Pensamos que la cooperativa es un organismo vivo, y tenemos una serie de proyectos en mente. [...] Desde la propia intendencia a la liga de fútbol y la liga de bosquete siempre recurren a nosotros. La selección de Durazno practica en nuestro gimnasio... Somos un polo de referencia de la sociedad de Durazno» (en Chaves, 1990, pp. 56-57).

cortaba la carne, todo... Llenábamos todo de mesas acá, traíamos música...
(cooperativista del interior)

En la reglamentación del mvot para cooperativas de 1994, que fue hasta 2008, no se incluía el salón comunal en la financiación, lo que operó en contra de la vida comunitaria, que no tenía espacios de reunión, organización, recreación y festejo. «Perdimos diez años del salón comunal ahí, que los chiquilines... Pasaron de ser niños a ser hombres... Se perdió eso, ahora que son hombres, no usan... Están contra la cooperativa» (cooperativistas de Montevideo).

Las cooperativas más chicas también construyen espacios y servicios comunitarios, de acuerdo a su escala, muchas veces poniendo en juego los conocimientos de sus integrantes.

En muchas cooperativas se mantiene viva la necesidad de organizarse en torno a nuevas necesidades de la zona. Tebelpa fue una cooperativa que luchó y logró trasladar los hornos de una fábrica de cemento que contaminaba la zona de Mesa 1, una fábrica de baterías de automóviles que generaba niveles iniciales de contaminación con plomo y la usina municipal de disposición final de residuos de Montevideo.

Las cooperativas actuales no pueden tomar parte del préstamo para la construcción de servicios como locales comerciales u otros no residenciales, más allá del salón comunal que se puede incluir en el presupuesto, aunque no tiene un financiamiento específico.

En las cooperativas grandes de más de treinta años tienen fuerte desarrollo los grupos de adultos mayores (asociaciones de jubilados, clubes de abuelos y coros de tercera edad), con actividades de índole deportiva, gremial, recreativa, y social, que congregan gran participación.

Un capítulo especial en el desarrollo comunitario de las cooperativas fue el convenio con la ACJ, ejecutado desde 1977 hasta 1982, que respondió a la necesidad de FUCVAM de atender a las primeras cooperativas habitadas.

Cuando corría el año 77 los milicos querían que sacáramos permiso hasta para festejar un cumpleaños. En este marco queríamos dar a los jóvenes la posibilidad de funcionar como grupo. Para eso FUCVAM realizó el convenio con la ACJ, y así fue que los gurises se fueron de campamentos y participaron en competencias intercooperativas (cooperativistas de Covine 1 en Chaves, 1990, p. 49).

Este convenio, además de aportar en el apoyo a la gestión de las cooperativas, sedimentó espacios culturales y recreativos en las cooperativas, que trascendieron al propio convenio, como expresiones del canto popular,

murgas,⁸⁹ artesanos, animadores en recreación y grupos de teatro, entre otros. Ello dio impulso a una experiencia que se había gestado con las obras y la autogestión, pero que necesitaba fortalecer el entramado cooperativo en contextos dictatoriales, y así lo hizo en las cooperativas donde se desarrolló, que luego impactó en FUCVAM con la creación de las comisiones de Deporte y de Salud, y con los Encuentros de Jóvenes Cooperativistas, etcétera.

Esta iniciativa, que tuvo intencionalidades educativas, no se retoma en los relatos como experiencias a visitar o recrear. Más allá de que dichos procesos de organizaciones en torno a la cultura o el deporte se fueron reduciendo o extinguiendo, en todas las cooperativas hoy surge una confianza en el sostén del grupo, en su vecindad. Hay mucho reconocimiento personal de los cooperativistas entre sí, existe preocupación e interés por las situaciones de los vecinos, hay una solidaridad, al menos expresada en atender los problemas de los otros cooperativistas, a la vez que, un constante reclamo por la escasa participación y compromiso con la gestión colectiva. No obstante, como señalábamos, todas las cooperativas mantienen en funcionamiento los órganos de las cooperativas; independientemente de su antigüedad se mantienen con casi la totalidad de los miembros y usan los canales organizativos para resolver los problemas, hay un hacerse cargo de las cosas, individual y colectivamente.

Es decir, que no hay ninguna familia cooperativista que por una situación de necesidad justificada esté obligada a dejar la vivienda. Eso es una cosa muy importante. Yo mañana puedo tener una desgracia y yo sé que voy a estar amparado (cooperativista de Montevideo).

En estos contextos, con los problemas de seguridad tan presentes en la opinión pública, las cooperativas aparecen como espacios de protección, cuidado comunitario y solidaridad.

Uno primeramente se siente protegido porque no somos solo vecinos, sino amistades, muchas veces nos cuidamos las casas entre nosotros, no es como en un barrio que de repente el que vive acá ni lo saluda y lo mismo en apartamentos que no se conoce nadie. Acá viene a ser como pueblo chico. Yo de acá me voy con las patas para adelante porque también mi mujer mejor que acá no puede estar cuidada, porque acá somos 25 y golpeás la puerta a cualquier vecino o lo llamás por teléfono (cooperativista de Montevideo).

Muchas veces las cooperativas se ubican en contextos con problemas de seguridad, lo que refuerza el valor de la cooperativa: «yo acá

89 Entre ellas, la murga de niños El Firulete de Mesa 3, que luego se transformó en Contrafarsa.

adentro sinceramente no tengo miedo, yo cruzo y ya está» (cooperativista de Montevideo).

Se tiene la percepción de que en las cooperativas se mantienen ciertas formas de cuidado y respeto por las posesiones individuales, lo que se ha perdido en los centros urbanos: «Ahora que me había ido 15 días pa' fuera, dejé todo, la motosierra todo afuera me iba acordando en el viaje... Estaba todo ahí, la casa 15 días sola...» (cooperativista del interior).

Y la idea de protección trasciende la seguridad; respecto a evitar robos o ataques los cooperativistas se sienten protegidos ya que la cooperativa actúa como red, como sostén, por el reconocimiento y la confianza que se tienen los integrantes.

Tenés otras satisfacciones que no son que todos nos cuidamos y todo lo demás, sino que tenés otras satisfacciones que no tienen un valor económico, pero si tienen un valor espiritual, un valor moral, que te ayuda a vivir dando para poder recibir. Ese es el concepto de solidaridad y el cuidado, el vínculo afectivo. Podés tener más afinidad con un vecino que con otro, pero hay entre todos un cariño, un afecto y si vos necesitás algo podés contar con el otro. Yo no me iría nunca de la cooperativa (cooperativista de Montevideo).

La solidaridad se verifica en situaciones de emergencia, tanto individuales como colectivas; el despliegue de acciones de apoyo y cooperación es favorecida por los órganos colectivos de decisión, la proximidad y la identidad grupal.

Estábamos en esa época los textiles en huelga, desde hacía unos meses, y llegó un momento en que la gente no sabía por qué no rendíamos en la obra. Se armó una discusión muy seria en el lugar de trabajo, hasta que uno dijo: «pasa que hay hambre». Y se formó entonces una olla sindical en el lugar de ocupación y una olla sindical en la cooperativa. Y así un mes de trabajo valió por tres. A raíz de ello surgió una olla cooperativa en la que las familias, cuando pasamos a convivir, cocinábamos con un orden reglamentado por las mujeres y los responsables de la cocina. Esta se mantuvo durante mucho tiempo, con menús variados y balanceados decididos por la propia gente de la cooperativa (Armando Guerra, pionero y exdirigente de FUCVAM, en Chaves, 1990, p. 31).

La alimentación fue uno de los aspectos atendidos por las cooperativas en distintos momentos, tanto con grupos de consumo (que compraban a

mayoristas y dividían entre los socios) como con almacenes comunitarios⁹⁰ y con ollas populares o canastas, en momentos de crisis.

La experiencia de 2002 fue muy linda porque cuando la crisis, se hicieron ollas en el salón. Acá hubo casi diez desempleados que perdieron el trabajo o no cobraban. Hubo ollas populares en el salón y se trabajó mucho en el tema, y se trabajaban las canastas que se les daban a los compañeros (cooperativista de Montevideo).

Estas experiencias se hicieron presentes en las primeras épocas de las cooperativas y en momentos de crisis, en los que se verifica la forma latente de la red cooperativa y la potencia del número.

Porque vos como que estás más protegido en cierta forma... No sé, precisás al vecino de al lado, que te conoce; porque más allá que tengas bueno, mal trato, o regular, que te salude de lejos o sea a los besos, vos sabés que podés contar con él (cooperativista de Montevideo).

La certeza de contar con el otro es de las fortalezas más importantes y más buscadas por las personas que refuerza la idea comunitaria.

La cooperativa, como se ha recogido, funciona como red de sostén, y, como todas las redes, es invisible o se hace visible en los momentos en los que debe colaborar.

Yo te pongo un ejemplo: mi esposo no está, pero cuando estaba en la cama mi esposo muy mal, no para morir, pero estaba muy mal en la cama, y se me rompió el baño, los caños de golpe... Entonces que hacía, yo lo tenía en el living por el aire y todo, entonces yo utilicé 17 días el salón... Seguro, lo traje con todo, y nos quedamos 17 días acá (cooperativista del interior).

Muchas de las dificultades que enfrentan los cooperativistas se logran resolver por los carriles organizativos y solidarios; de otra manera se necesitaría la mediación estatal u otras redes no siempre presentes. Esa solidaridad suele extenderse a otros espacios de la zona, donde la cooperativa cuenta con canales organizativos y un capital social comunitario para atender determinadas problemáticas.

El paso de los años en las cooperativas fortalece otros entrecruzamientos familiares, afectivos y de amistad. «Cómo me voy a ir si la hija de ella está casada con mi hijo y viven acá, se conocieron acá» (cooperativistas de

90 En Tebelpa, una cooperativa del norte de Montevideo, aún funciona un almacén comunitario que se formó con la inauguración de la cooperativa en una de la construcción que ya poseía el terreno, y es gestionado y atendido por socios en forma voluntaria.

Montevideo). Estas situaciones refuerzan la pertenencia y el afincamiento en el lugar y con el grupo, lo que configura vínculos comunitarios.

Uno genera un vínculo afectivo para la vida y la vida de tu prole, digamos, con los momentos lindos y los momentos no tan lindos y eso también implica a la cooperativa, uno se siente muy a gusto, muy acompañado y sobre todo se siente bien de integrar una comunidad como es esta (cooperativista de Montevideo).

Este proceso se pudo observar más en el interior que en Montevideo, en las cooperativas chicas más que en las grandes y, en las de más años más que en las recientes. Esto se puede explicar por varias razones: el interior del país aún conserva muchas más reservas comunitarias, en términos de solidaridad, reconocimiento de los demás y espacios de compartir. Por otro lado, las cooperativas chicas generan más vínculos cara a cara, se encuentran las mismas personas en más oportunidades y, por último, como se ha sostenido, las más viejas han construido narrativas colectivas que envuelven la mística del esfuerzo colectivo, la lucha y la autoría. Las más recientes están mediadas por los vínculos líquidos actuales, el imaginario individualista y la inmediatez, como características de estos tiempos.

La contigüidad y el reconocimiento también generan y fortalecen agrupamientos a la interna de la cooperativa, en la que el *nosotros* de las afinidades o vínculos estrechos no coincide con el *nosotros, los de la cooperativa*, que podríamos llamar el *nosotros de la organización*. En estos casos, la diferencia, en algunos casos, se convierte en enfrentamiento y distancia, y la proximidad, en beneficio, persistiendo el reclamo de un *nosotros*.

La dificultad está dada por la expectativa, que hoy analizábamos, de la promesa de la cooperativa como comunidad, como comunidad, con una idealización de la participación de la totalidad de la masa social, sin conflictos, y, por otro lado, por el peso de la diferencia en las relaciones predominantes, como *diferencias desigualadas*, en términos de Ana María Fernández (2009), que operan como jerarquizaciones y estigmatizaciones de las distancias sociales o diferencias. Esto sucede en contextos más amplios, y la sociedad muestra fuertes dificultades para tolerar e integrar al diferente; las cooperativas tienen esa contracara de solidaridad, pero de impaciencia con la diferencia.

Lo mismo se verifica, como se analiza en otras partes de este trabajo, con los nuevos, sobre todo, al depositar en otros, *los de afuera, los nuevos, los jóvenes, los técnicos que no nos formaron*, lo que no pueden resolver los colectivos, aspecto que será retomado en las conclusiones finales.

Cuatro de las 12 cooperativas entrevistadas en la investigación realizan jornadas de trabajo para el mantenimiento general y la limpieza de espacios verdes, que implican cuatro horas mensuales por familia.

En los conjuntos habitacionales de las cooperativas de vivienda es destacable el mantenimiento de los bienes y espacios comunes (caminerías, espacios verdes, fachadas y techos, jardines, plazas y salones), lo que se financia con ayuda mutua o con los gastos comunes.

La convivencia es regulada por reglamentaciones específicas que las cooperativas aprueban como ejercicio del autogobierno, lo cual se distancia de las regulaciones estatales para el resto de la ciudad, aunque muchas veces las reglamentaciones de las cooperativas son más severas, por el conocimiento y la proximidad entre los vecinos. También, porque gran parte del mantenimiento y funcionamiento general se financia con los gastos comunes que se pagan, además de la cuota de amortización del préstamo, y son complementados por fondos sociales de socorro y apoyo mutuo.

La convivencia es la etapa más larga de las cooperativas y quizás la más difícil en lo que hace a su mantenimiento como un conjunto orgánico. De lo que hemos recogido surge que las cooperativas mantienen sus vínculos comunitarios, su organización y autogestión. No obstante, esto no es suficiente para el despliegue potencial de un conjunto habitacional, y tampoco, en relación con las expectativas de sus integrantes.

Un cooperativista lo denomina como la «batalla de las cortinas»:

Después de la obra empieza la convivencia, y en la convivencia empieza la batalla de las cortinas. Ponés cortinas de diferentes colores y te cerrás al entorno y chau. Hay gente que hace eso, vos lo ves, lo saludás, «buen día, buenas tardes» y nada más. No lográs que participen, lo lográs porque tenés multa, si no no sale ni a trabajar y algunos la pagan y no salen (cooperativista de Montevideo).

La cortina es lo que permite mantener la privacidad del hogar, separa lo público, a la vista de todos, de lo privado, lo propio. En esta relación con lo público, o mejor, con lo común y lo propio, las cooperativas tienen una tensión a resolver, que se pone en juego en la vida cotidiana del colectivo, en el que lo común está vivo, no es ajeno para los cooperativistas, pero es sostenido por parte de los grupos, sin resolver la promesa incumplida. Como sostiene un cooperativista del interior: «Lo más difícil de esto es lo que estamos logrando, el mantenerse en un sistema cooperativo».

Mantenerse, sostener y reafirmar en el cotidiano es lo que los nuclea y les permite hacer juntos, es una forma de representar los aprendizajes de la experiencia.

Los aprendizajes y la significación de la experiencia

Quiero ser honesto y decir que es muy difícil
mantener un espíritu cooperativista en un mundo
que no lo es y hay que aceptar que eso pasa

Cooperativista de Montevideo

Elegimos empezar este eje con el testimonio anterior porque gran parte de lo recogido en las entrevistas es el inconformismo con la experiencia, a la vez que se reconoce su vigencia, integrada por el orgullo de lo vivido y el convencimiento de que les ha aportado individual y colectivamente. En esta línea, a la ayuda mutua se le da un significado insustituible, como experiencia formadora en la cooperativa como constructora de pertenencias. En este sentido, los conocimientos también se materializan, por ejemplo, en la construcción de las viviendas y en las formas de organización y de gestión de los bienes comunes.

La experiencia se significa como resultado, es decir, el conjunto cooperativo y las viviendas como producto del trabajo colectivo y como proceso, valorando el camino y el trayecto.

Por un lado, se identifican aprendizajes en relación con el proyecto, con el grupo y el cooperativismo, es decir, la ayuda mutua permite globalizar la experiencia, que constituye una práctica intensa de apropiación de nuevos sentimientos, conocimiento y sentidos.

El conocimiento de las viviendas desde su inicio, la posibilidad de construir en forma colectiva un relato sobre el proceso, sobre el cambio, de un *campo pelado* al conjunto habitacional, ir proyectando el espacio físico donde se desarrollará el hogar y el conjunto habitacional son elementos de orgullo, de saber, pero también de emoción, que potencian dicho saber y lo convierten en una unidad indisoluble, un pliegue con potencia de desplegar, sobre todo, colectiva.

Por otro lado, se reiteran los aprendizajes de la obra, el aprender otros oficios o tareas, o desarrollar los saberes para el provecho del grupo.

La obra aparece ofreciendo situaciones educativas, aunque, según lo que surge de las entrevistas no hubo intencionalidad pedagógica.

Yo en la respuesta capaz que voy a ser un poco individualista, a mí esta cooperativa me ha dado muchísimo a nivel personal. Yo me recibí, me vine acá pisando la crisis, la movida estaba muy tranquila y la cooperativa fue la oportunidad de trabajar; recién recibido de electricista y con poca experiencia me tuve que topar con un complejo que me abrió y me sigue abriendo un montón de puertas hasta hoy; eso por el lado personal. Después como socio, o sea que en mi proyecto de vida me topé con un laburo importante, casa, entonces estos años hasta el 2004 que se terminó la obra fueron excelentes. Y ahora no solo lo hago por decir «bueno me

dio tanto que lo hago», sino que me involucré con los compañeros. Hemos generado una linda amistad y un grupo de trabajo que venir a las reuniones es prácticamente venir a divertirnos y me genera mucha satisfacción. Sinceramente la cooperativa ha sido una marca muy, pero muy fuerte en mi vida (cooperativista del interior).

En el testimonio se visualiza el aprendizaje individual, vinculado al propio oficio de la construcción, pero también se recoge la carga afectiva y la fuerte socialización que se da en dichos procesos.

La ayuda mutua se potencia al asociarse con la autogestión, como analizábamos, la autoría y el protagonismo de los cooperativistas se construye en torno a prácticas autónomas y colectivas, fundamentalmente un saber hacer con otros, con logros visibles y reconocidos por cada uno y por la sociedad.

La calidad de las viviendas y de los conjuntos habitacionales es reconocida por el resto de la sociedad, lo que retroalimenta la valoración del proceso de los propios cooperativistas. Esta es una de las claves que dan identidad y potencian la experiencia del cooperativismo de vivienda por ayuda mutua.

Y... No sabíamos nada de construcción, entonces nos decidimos a estudiar. Y para estudiar, ¿qué hicimos? Armamos esa comisión que fue a las cooperativas viejas, a ver cómo era que ellos habían construido. Que nos enseñaran y con los planes del ccu. «Vamos a estudiar cómo se organizaban ellos y vamos a agarrar lo mejor ¡y hacerlo nosotros! No creernos que somos los inventores del cooperativismo» ¡Tomamos toda la organización de ellos! «Acá hay que hacer las horas —decían los viejos— porque vienen los vivos que no laburan». «Tienen razón» —decíamos nosotros—. «¡No hay que contratar mucho! —decían los viejos— Hay que contratar lo justo y ¡todos tienen que laburar! Mujeres, hombres, todos; miren que las mujeres pueden hacerlo». Y tomamos la forma organizativa de los viejos. Viejos que no eran viejos; que eran viejas cooperativas, pero en las que todos tenían una tarea y todos participaban (cooperativista de Montevideo).

Es un aprendizaje que es legado, cada experiencia sedimenta un trayecto colectivo y permite la transmisión y la cooperación más allá de cada grupo.

Ese valor por los aprendizajes, y el esfuerzo construyen cierta ruptura, más allá de los efectos formadores que tienen en la relación con los socios nuevos. «Los que vinieron llegaron poniendo guita y ahí ya se cortó porque no tenés ese sentido de pertenencia» (cooperativista de Montevideo).

La separación entre quienes pertenecen a una y a otra etapa está marcada por el esfuerzo de la ayuda mutua y lo que construyó cada uno, además de las viviendas.

Los pioneros tenemos la fuerza que nos dio la ayuda mutua en ese contacto diario entre nosotros y nuestras familias, y la formación recibida, que nos permitió concebir la vivienda no como una meta, sino como un eslabón (Nicolás Donya, cooperativista de Mesa 1 en Nahoum, 2008, p. 200).

Se visualiza que la experiencia trasciende la vivienda, y en este caso se recoge el valor de la formación y la posibilidad de la transmisión.

Las cooperativas de las décadas de los ochenta y noventa, esperaron el préstamo durante mucho tiempo, eso hace una historia con menos hitos y fragmentada en su relato.

Se inició con 14, después se llegó a 26 y después empezó la rotación. Y de las 92 que pasaron, 26 familias fueron las que llegaron a concretar su sueño, el resto, pasó, probó, no le gustó o dejó por la espera que había, se cansó. Ibas a esto, no entrás, ibas a esto otro y no entrabas, entonces te lleva a dejar de lado y decir «no, no quiero esto». Y de las 26 que comenzaron el proyecto terminaron 23, tres se fueron a mitad de obra y esos cupos los tomaron nuevos compañeros que sí estuvieron hasta el resto de la mitad de obra que quedaba (cooperativista de Montevideo).

Las modificaciones en el padrón, como es relatado, hacen que cada socio que se va se lleve parte de la historia, al menos de su proceso, a no ser que medie una fuerte transmisión y construcción colectiva del relato, lo que no es evidenciado en las entrevistas a las cooperativas de las últimas décadas.

En los últimos años, a partir de 2008, momento en que se agilizaron los préstamos y el tiempo de conformación del grupo, y la solidificación del proyecto cooperativo se redujo, en las cooperativas la construcción de significados sobre la experiencia pasa casi exclusivamente por los logros de lo construido en las viviendas o por el relato de las dificultades.

Las cooperativas que tuvieron problemas de desvíos de fondos importantes o conflictos en la etapa de obra, generados por sus integrantes, sufrieron fracturas que matizaron la experiencia de lo colectivo y obturan las construcciones místicas en torno al esfuerzo compartido, que es patrimonio de otras cooperativas, sobre todo de las de más de tres décadas.

Como ya fue señalado, la mística, construida en torno a anécdotas, empeños personales, experiencias, relatos y símbolos construye la pertenencia comunitaria y funciona como reserva para sobreponerse a las dificultades y sostener la organización.

Otras expresiones en la producción cultural favorecieron la apropiación y la transmisión de la experiencia; es el caso del teatro, las murgas o la expresión plástica.

La cooperativa tiene un grupo estable de teatro. Esta actividad ha sido muy útil para la integración de Covinuvi a la comunidad de Durazno y, para la difusión de la experiencia cooperativa inclusive [sic] fuera del departamento [...] empezamos por teatralizar la propia realidad de la cooperativa. Por ejemplo, se representaban obras parodiando el tipo de intervención de todos los personajes de la cooperativa. En otras obras también tomábamos como tema el trabajo de construcción: la cañada, por ejemplo, dio lugar a muchas representaciones. Fue bueno porque sirvió para que la cooperativa analizara su práctica cotidiana en base a la representación teatral, dándonos pie para corregir nuestros errores (en Chaves, 1990, p. 55).

En el relato surge claramente la intencionalidad educativa de la acción teatral, al buscar *analizar su práctica cotidiana* y mostrar la experiencia hacia adentro y hacia afuera de la cooperativa.

En las entrevistas y documentos analizados las actividades culturales surgen como esfuerzos de integración grupal y fomento cooperativo en las cuales la intencionalidad educativa se infiere en términos de construir colectivos y promover el cooperativismo y la vecindad. La coexistencia en un lugar, la proximidad, el hecho de contar con infraestructura para el encuentro, la recreación y la cultura, y la identidad colectiva son posibilitadores de dichas expresiones. Fueron potencia importante para ello, en otros momentos, la canalización de la resistencia a la dictadura a través de las expresiones artísticas y el encuentro y los programas deportivos y culturales que implementaron varias cooperativas, entre ellos el convenio con la ACJ que promovió centralmente FUCVAM en las cooperativas en la década del setenta.

El denominador común de los testimonios de las distintas generaciones es el orgullo que sienten los cooperativistas por el proceso, pero también por la vivienda que construyeron, sus comodidades y terminaciones, es decir, la calidad constructiva toda.

Entonces era la posibilidad de tener una vivienda rápida, nuestras viviendas son todas de ladrillos a la vista, es todo doble paredes, es todo puertas y marcos todos de cedro, pisos de parquet en el living comedor y los dormitorios, está la cocina con cerámica en los pisos baño arriba y un baño que quedó previsto para hacerse debajo de la escalera en la planta baja. En fin, muchas cosas que no lo hubiéramos podido hacer solos. Por el sistema de trabajo nuestro y cómo nos movemos a nivel de los empleos, que siempre hubieron problemas porque un mes te entraba determinada suma por jornal, te entraba determinado monto (cooperativista de Montevideo).

En las reflexiones sobre la experiencia y las condiciones que la posibilitaron lo grupal, el espacio colectivo de resonancia y de confrontación aparece en términos de incorporar sentidos e ideas que surgían del debate o

de la reflexión de algunos, en las etapas de organización o reunión. «Y no era de formarnos juntos, no sabíamos. Ta, y después surgió vivir en grupos que por suerte después vas ganando otras cosas, empezamos a vivir en grupo, a decidir en grupo» (cooperativista del interior). Para muchos es una ruptura con formas de socialización en círculos restringidos como el familiar o el laboral, puesto que no siempre remiten a una grupalidad. Más aún cuando la experiencia, muchas veces presionada por la coyuntura, se empieza a nombrar, comienza a haber interrogantes sobre su entidad, sus alcances y sus proyectos, se produce en cierta medida el ejercicio de la elucidación que nos sugiere Castoriadis (1993).

Pero fue toda una época muy fermental de discusiones ideológicas profundas sobre qué es ser cooperativista, qué es ser autogestionario, qué es vivir en una cooperativa de ayuda mutua. Todo lo que eso implicaba —los reglamentos— y cómo nosotros recorrimos todas las cooperativas, en vez de inventar cosas, agarramos lo mejor de cada una. Y no despreciar lo que hicieron los viejos cooperativistas, porque los viejos no eran giles. Tenían mucha plata, es verdad —si comparamos con lo que nos daban a nosotros—, pero ellos construyeron unas casas que son buenísimas y eso nos llevó a decirnos «vamos a armar buenas casas». Porque la gente quiere buenas casas; no se trata de armar un ranchito a lo jipi, ¡no! Los trabajadores precisan casas buenas (cooperativista de Montevideo).

Esa elucidación, como se sostiene en el testimonio, para transformar precisa construir otros imaginarios, en este caso, que primero partan de la posibilidad del cambio, de la posibilidad de lo colectivo y luego, de proyectar lo inédito, lo necesario en posible; la experiencia es plataforma para imaginarios que instituyan nuevas realidades.

Dicha plataforma es sustentable porque la experiencia se reedita cotidianamente al vivir en el logro, en el proyecto cumplido. Por eso la posibilidad es constatada. «Yo entré en la cooperativa porque tenía un fin que era mi casa, entonces todo lo otro lo fui aprendiendo: el trabajo en grupo, compartir, hay cosas que no se pueden, el fin común» (cooperativista del interior).

La autogestión rompe con las relaciones de subordinación de las personas y los colectivos con los organismos del Estado, con autoridades gubernamentales y con la capacidad de expresar y defender los proyectos y los derechos. Esto es visualizado con claridad en las entrevistas, como una capacidad que se fue integrando progresivamente.

Bueno hoy por hoy, por ejemplo, el aprendizaje de obra, que si contratamos a alguien lo estudiamos de otra manera, observamos otras cosas, buscamos otras opciones, en definitiva tenemos otra postura... Al hacer un trámite en el ministerio, con el tema de los subsidios, con todo... Antes capaz que

viste: «porque el ministerio, la ANV...» era todo un cuco... Hoy ya vas con otra postura, y sí, estamos mejor parados... Todo lo malo que pasó, y todo lo bueno, aportan al día a día de hoy para mejor... Desde mi punto de vista es así; desde manejar un taladro en la obra hasta hacer una carta para un trámite... ¡Todo! Todo fue en beneficio, para mí personalmente, todo fue en beneficio... (cooperativista del interior)

Se rescata, también en lo colectivo, el saber organizarse y participar, como un aprendizaje que se incorpora para lo cotidiano, es decir, para resolver los asuntos de las cooperativas, pero también para otros espacios de participación. Aunque sobre todo los hombres traen esto de otras experiencias sociales, políticas o sindicales, las mujeres reconocen el proceso de formación en la experiencia y el mayor protagonismo que lograron a partir de su integración en la cooperativa. El incorporar el protagonismo en la resolución de los problemas, la capacidad de oratoria, de representar, de delegar, de comunicar resoluciones, de luchar y negociar son aprendizajes generados en la propia práctica cooperativa y que muchas veces la trasciende. La experiencia trasciende también cuando es reconocida por otros, el saber se objetiva en la demanda de otros y en el reconocimiento del valor de la experiencia.

—Y... el impacto social de la cooperativa en el pueblo, porque a partir de nosotros ya se inauguró hace un mes otra cooperativa más y hay tres más que están en proceso.

—Y yo trabajo en la intendencia y afuera los compañeros te reconocen que estamos trabajando tipo cooperativa y de lo que aprendí acá volcarlo allí. Y bueno, la cooperativa es todo (cooperativistas del interior).

La convivencia recrea la memoria de los aprendizajes y la mística construida en la obra, pero pierde en intensidad y en vigor colectivo y tiende a un repliegue, en muchos casos, pero que requiere su despliegue en otras necesidades como el mantenimiento, la organización u otros proyectos; es reinventarse como cooperativa, ya no para satisfacer el acceso a la vivienda, sino para permanecer y mejorar el hábitat.

Esa permanencia está muy determinada por las etapas anteriores.

El sistema, como te decía, está bien hecho; el tema es la gente que después se te mete pa'dentro... Y la gente vieja te queda como castigada; entonces si vos decís: «Porque antes tal cosa...», y los otros nuevos se sienten medios ahí; pero también se ha dado el lugar para dar con la gente nueva... (cooperativista de Montevideo)

Esta visión de los nuevos como oportunidad, no siempre es visualizada, sino que, como se sostenía, se deposita mucho en los nuevos, lo perdido de comunitario, de colectivo.

Yo creo que se va modificando porque era lo que te decía, nosotros al principio hacíamos una cantidad de trabajos, tareas y cosas de modo de ir ensamblando al grupo. A medida que fueron pasando los años y fue cambiando la gente, a pesar de que vos des una charla de cooperativismo y convivencia esto no se aprende en una charla (cooperativista del interior).

Vuelve la idea de que la experiencia como fuente de aprendizaje no es transferible, hay un problema en la transmisión de la memoria, pero como lo plantean los cooperativistas la recreación de lo colectivo parece irresoluble.

El saber se atribuye a la experiencia, *incluso no saben* se dice sobre los que no pasaron por la experiencia de la construcción. De otros testimonios surge que se recupera la formación como una necesidad, pero no encontramos prácticas en este sentido en los cooperativistas entrevistados que ya habitan sus viviendas. Se destaca el papel de la formación en la posibilidad de trascendencia de la experiencia, más allá de vivienda, y, su potencialidad.

Las fallas de la experiencia y los significados atribuidos a estas varían en la etapa de la convivencia, pero no se atribuyen al sistema, sino a la promesa incumplida del colectivo, como mencionábamos. En varias entrevistas se señala que el cooperativismo asegura la comunidad y es esfuerzo compartido, y la falla está en los otros, «en los hombres imperfectos».

Y te diría que la mayoría, o sea todos, tuvimos que aprender a vivir como cooperativistas. No sé si todos lo han logrado porque hay gente que le cuesta todavía. Pero el sistema ha ido y la cooperativa se ha mantenido (cooperativista del interior).

Esa promesa incumplida opaca lo construido, lo que tienen de comunitario, lo que los diferencia de otros espacios barriales no cooperativos; opera como desilusión, el sentimiento de incompletitud o imperfección de la experiencia obtura la visualización de lo construido.

La conciencia de ser inacabados, como sostiene Freire (1970), es lo que genera en los seres humanos la actitud de querer conocer y buscar, no paralizarse.

Este relato desilusionado no es construido por todos; hay grupos que rescatan la convivencia, los logros colectivos, la seguridad y la apropiación.

Este tipo de vida hoy en día me parece que no lo cambiaría [...]. Esta libertad que tenemos acá no solamente de decirnos las cosas, libertad de movimiento. Tengo a mi familia y no cambio por nada la vida que están

llevando mis hijos acá, son las diez de la noche y los gurises andan jugando en la cooperativa y sabés que si no están en la casa de uno están en la casa de otro. Y más cuando escuchás que acá en el centro, vos escuchás que los gurises no los podés sacar a la vereda. Más que nada por mi familia y por mí que aprendí un montón de cosas y seguiré aprendiendo (cooperativista del interior).

La solidaridad en las relaciones entre cooperativistas se verifica, al menos, en las situaciones extremas, y se remite a ellas como parte de los sentidos de la experiencia: «Ahora, lo que tiene de bueno, es que, por ejemplo, a un vecino le ha pasado de que se le incendió el fondo, y bueno ahí respondió toda la cooperativa, solidariamente... Ahí se demostró lo que tiene la cooperativa» (cooperativista de Montevideo).

En otros, al menos en los fundadores o socios de más años, la mística envuelve la experiencia en términos de diferencia, con la sociabilidad de otros barrios. Para muchos de los cooperativistas entrevistados la experiencia del cooperativismo inscribe una forma de ser para los demás, pero como referíamos antes, una forma de *ser el mundo* para ellos. La experiencia crea y recrea la matriz de aprendizaje, opera posibilitando o limitando nuevos aprendizajes.

La obra como posibilidad colectiva, el fruto del hacer juntos, de organizarse cooperativamente prefigura la potencia, en el sentido de Tapia (2008) de factualización de alternativas, y en ello memoria, experiencia y utopía generan prácticas inéditas, aprendizajes, marcas ciegas, como huellas no perceptibles, que se hacen visibles cuando se combinan en torno a necesidades y formas de satisfacción. «Uno entra a la cooperativa por necesidad de vivienda, pero después se da cuenta de todo lo que significa vivir en comunidad» (Nilo Mármol y Roque Real, de Covifoeb Salto, en Chaves, 1990, p. 63).

En muchos de los relatos recogidos en las entrevistas, como en el testimonio anterior, los entrevistados se refieren a la convivencia colectiva como *comunidad*.

Para la mayor parte de los entrevistados la experiencia cooperativa trasciende el logro de la vivienda, para ser una «forma de vida», «una vida que vale la pena», «una comunidad», «aprender a hacer con otros», un «eslabón» para otras conquistas.

Esta experiencia va más allá. Porque esto es una forma de vida, de vivir en comunidad, como lo hacemos acá. Compartiendo lo que tenemos y lo que nos falta. Acá estamos aprendiendo a sacarnos los egoísmos. Aprendiendo a discutir. Aprendiendo de los compañeros y ellos aprendiendo de uno (cooperativistas de Covicevi en Chaves, 1990, p. 123).

En el espacio físico y relacional donde se desarrolla gran parte de la vida de los cooperativistas se arraigan los vínculos, la vida cotidiana, para abonar una experiencia que forma y transforma. «Es una experiencia que nos tiene contentos, hemos vivido una vida que ha valido la pena» (cooperativista del interior).

Tomando la conceptualización de comunidad analizada antes, las cooperativas cumplen con las características que promueven la generación del sentido de pertenencia, como ya fue analizado. La interrelación entre los cooperativistas está fortalecida por el encuentro cotidiano de la convivencia y una cultura común, en los términos de identidad, prácticas organizativas y de relación, que fueron descriptas. Pero, como sostiene Bauman (2003), la búsqueda de comunidad está dada por la necesidad de seguridad —lo que aparece como la significación más importante que se recoge en las entrevistas—, por la permanencia en la vivienda y también porque ofrece un entorno seguro y protegido en el que se puede contar con el otro. Esto último no es menor, pero supone una distancia entre las concepciones de formas de vida que aparecen en algunos relatos y una vivienda o conjunto habitacional seguro, en los términos antes definidos (estable y asequible y protegido frente a acciones delictivas). La distancia supone, sobre todo, una pérdida de sentidos que podríamos llamar trascendentes, en los cuales se despolitiza, en cierta manera, la gestión que las cooperativas hacen de lo común. Nuevamente, no es poco, sino que es mucho en términos de ciudad, pero le resta potencialidad a un conjunto autogestionario y autoconstruido en forma colectiva.

En síntesis, los aprendizajes que se observan son saber ser, saber tener y saber hacer. El primero refiere al ser cooperativista, ser con otros, parte de un colectivo, una identidad relacional distinta, intersubjetiva, lo que Bernard Charlot (2007) define como *distanciamiento-regulación*.

El saber tener lo referimos a la apropiación del proceso y del producto de la experiencia cooperativa, y está implicado, continuando con Charlot, cuando en un mismo movimiento hay un saber-objeto y, un sujeto consciente de haberse apropiado de tal saber, al que llama «objetivación-denominación» (2007, p. 112).

Y por último, lo que Charlot llama «imbricación del yo en la situación» (2007, p. 113), que es el proceso en el que aprender es dominio de una actividad que es capaz de llevar adelante, lo que denominábamos *saber hacer*, y que incluye el saber sobre la obra, ya aludido, pero también en la autogestión y la organización.

Para los cooperativistas el posicionamiento protagónico frente al saber apropiado implica un incremento del yo, que en este caso es en plural.

La relación con otros saberes: los técnicos asesores

Y yo pienso que fue bueno.
Al tener los técnicos, teníamos una guía...
Porque yo puedo hacer una cosa u otra,
pero si vos no tenés quién te guíe también...
Tenés idea, pero necesitás tener alguien ahí,
que te indique el camino... Es necesario.
Nosotros arrancamos de abajo

Cooperativista del interior

Los IAT son organizaciones sin fines de lucro⁹¹ que nuclean equipos técnicos multidisciplinarios que asesoran a las cooperativas sobre el proceso de conformación, obtención del préstamo y gestión de la obra. Son corresponsables del proyecto cooperativo y cobran un porcentaje fijo del préstamo, establecido por ley, que es del 7 % más IVA, y, hasta un 2 % por servicios optativos. Sus conformaciones son distintas y el alcance de su trabajo también. En un extremo existen institutos con mayor involucramiento, y en el otro, otros con intereses exclusivamente económicos.

No hay que dudar del papel que los IAT han cumplido durante los cincuenta años de existencia del cooperativismo, y el CCU tuvo protagonismo en impulsar las primeras experiencias, el capítulo de cooperativas en la ley y el desarrollo de la formación, hasta en la propia FUCVAM.

Tuvimos reuniones con el Centro Cooperativista del Uruguay y nos fuimos encaminando a lo que era una cooperativa de ayuda mutua, aprendiendo como se podía. Porque sabíamos, desde la empresa nuestra que era una textil, sabíamos de todo eso, pero de construcción nada, y de cómo íbamos a hacer, como lo íbamos a encarar. Nos fueron guiando (cooperativista de Montevideo).

La autogestión de un grupo de trabajadores que no proviene del campo de la construcción ni del autogobierno es posibilitada por el asesoramiento técnico que brinda el IAT, además de los apoyos propios de las federaciones y los organismos públicos. Como sostiene un cooperativista:

Es bueno y está bueno tener un grupo o instituto asesor, obviamente porque nosotros arrancamos... Porque, como te digo, te dan un millón y medio de dólares y no sabés para dónde arrancar... El tener un grupo ahí que te apoye y eso... (cooperativista del interior)

91 La Ley n.º 13728 define que los servicios profesionales son al costo, por eso tienen estatuto de cooperativas de servicios profesionales, centros de promoción, asociación civil o sociedades de hecho. También definen su financiación, la que fue regulada por el Decreto 327/94 y su modificación 73/07.

En el presente testimonio se expresa la necesidad del saber técnico para posibilitar la autogestión. Es a la hora de tomar decisiones económicas y de obra cuando surgen la mayor cantidad de relatos de los cooperativistas acerca del lugar de los técnicos en las experiencias. En la relación con ellos se recogen aprendizajes, pero no en todas las entrevistas son recuperados como tan importantes, apareciendo la propia experiencia como la mayor fuente de aprendizaje.

Las instancias de diálogo entre los técnicos del IAT y las cooperativas son recuperadas como espacios importantes por parte de los aprendizajes, en las dos direcciones, que permiten conocer las necesidades de los grupos, sus proyectos, sus formas de hacer, y, poner a disposición de la cooperativa los conocimientos profesionales.

Fue bastante importante desde el punto de vista económico, por ejemplo, con [el contador] Sterens desde el punto de vista económico. Pero esta cooperativa nunca tuvo problemas económicos, se fueron llevando las cosas de tal manera que había muchos, había unos cuantos bancarios que en un principio hacían que las cuentas se llevaran bastante bien, se llevaban entre varios, no era uno que lo llevara. Estaba el tesorero, pero siempre estaban dos por lo menos que estaban palanqueando la cosa. Lo mismo, ya te digo, en cooperativismo [la asistente social] Darizcurren dio unas charlas bastante importantes que eso después fue retomado durante años, casi prácticamente que te digo hasta ahora a cada miembro que va a ingresar a la cooperativa ahora se le dan charlas de cooperativismo. Se sigue haciendo (cooperativista del interior).

Dos momentos que se distinguen claramente en el diálogo de los técnicos con las cooperativas, y así es señalado en varios testimonios, es la discusión del proyecto arquitectónico y, por otro lado, los espacios de formación cooperativa propuestos por el IAT.

El proyecto arquitectónico es la anticipación de la construcción, por tanto, un espacio de diálogo de saberes e intereses muy rico:

... no fue que ellos plantearon y vinieron acá y dijeron «bueno, este es el proyecto de las viviendas y listo». El proyecto de las viviendas fue discutido que se agarraban la cabeza. Un día venía el arquitecto, venía y presentaba «y no, esto no, no nos convence, tiene que ser así». Vaya para atrás todo y vuelva a discutirse. Es decir, eran muy receptivos todos, en todo aspecto todos lo que asesoraban (cooperativista del interior).

En las cooperativas en las que el proyecto fue participativo, que el diseño del conjunto y de las viviendas partió del intercambio de los arquitectos con los cooperativistas, con sus necesidades y deseos, la apropiación es

observable y se convierte en un primer momento de comprensión y asunción de la autogestión.

Y también tiene sus ventajas porque conocés el inicio de la cooperativa donde está, cómo es el diseño, y conocés de punta a punta todos los apartamentos, conocés cómo está la instalación eléctrica, cómo viene y cómo va. Participás de los proyectos, qué color de cerámicas querés, el color de pintura, cómo va a ser la estructura, si va a ser de ladrillos, de ticholos, de bloques, si va a ser de planchada entonces (cooperativista de Montevideo).

Esto no supone que ese intercambio asegure el diálogo de saberes y que el proyecto refleje lo construido colectivamente.

En las cooperativas, el trabajo de los técnicos, sobre todo del área construcción, está desafiado por la necesidad de desaprender formas instituidas del relacionamiento profesional-cliente del ejercicio liberal; como sujeto político la cooperativa discute las soluciones, incluso desoyendo muchas veces el asesoramiento técnico, lo que genera dificultades para sostener la relación cooperativa-IAT en un marco de confianza y cooperación.

La experiencia de una vivienda la tienen todos los cooperativistas, el proyecto es una oportunidad para ampliar ese horizonte de expectativas y proponer eficiencias funcionales, constructivas y urbanas, sin dejar de tomar como punto de partida las necesidades y deseos de los cooperativistas.

Es muy reiterado que cuando se suman los otros cooperativistas, sobre todo las mujeres no titulares, el proyecto sufre cambios, incluso en el proceso de obra.

Yo me acuerdo que una vez vinimos a una asamblea y justo vinimos los dos con mi señora, con los niños, y se iba a poner la primera mesada de cocina. Y mi señora entró a la casa y me dijo: «se ve que nos ignoraron a las mujeres porque esto está mal». Porque se había previsto el fogón contra la pared y quedaba la cocina contra la puerta. Y esto pasó porque los hombres no dejaron opinar, nunca ponés la cocina al lado de la puerta porque no podés poner una olla, nada. Y se tanteó en esa asamblea y la cambiaron de lugar (cooperativista de Montevideo).

La relación de los técnicos con los cooperativistas es similar a la parental, es decir, la cooperativa en los primeros momentos tiene una menor autonomía relativa en relación con las indicaciones y el asesoramiento de los técnicos; para el grupo cooperativo esa experiencia es la primera, y la voz calificada y legitimada de los profesionales funciona como verdad. El proceso del aprendizaje y la autogestión lleva a los cooperativistas a distanciarse del IAT, a confrontar los aportes de sus técnicos, de los que dudan y que progresivamente, en muchos grupos, tienden a prescindir.

La relación entre el saber experto, legitimado y el saber experimentado, popular, siempre implica tensión. En muchos casos esta relación comienza a agotarse en las etapas finales de la obra, en las que hay definiciones importantes que matizan las etapas posteriores. Una de ellas es que el proyecto cooperativo, tal como lo define la reglamentación vigente, tiene una dimensión jurídica, socioeconómica y urbana,⁹² pero dicha multidimensionalidad e integralidad es opacada por el protagonismo del proyecto urbano o arquitectónico.

En las entrevistas realizadas la visión sobre el aporte desde el área social del IAT es heterogénea. Por un lado, se entiende como importante, que contribuyó al proceso del grupo; por otro, se entiende que su aporte fue escaso, lo se visibiliza en la convivencia: «Y en cuanto a lo social sí, me parece que fue bien importante porque unió al grupo, seguimos trabajando como grupo bien asesorados en ese momento» (cooperativista del interior).

Hoy no lo tenés, seguís con aguas divididas por un lado y llegás a la conclusión de que faltó eso. Pero igual no hay un problema general con el grupo que te agarres a trompadas no, no. Más allá de no saludarte o no participar en algunos espacios o eventos en el que vos estés. Ese tipo de chiquiteces o «ya tengo la llave, me meto en mi casa y el resto que hagan su vida», existe algo así, pero yo creo que si se hubiese trabajado desde el punto de partida cero hoy capaz hubiese más vínculo entre todos (cooperativista de Montevideo).

El otro componente en el que entendemos el asesoramiento pone en juego el diálogo de saberes es la formación que el IAT brinda a las cooperativas. Consideramos formación, como ya fue mencionado, no solo los talleres y las actividades con dicho fin, sino también lo que se produce en lo relacional, en compartir los conocimientos, señalamientos, devoluciones y observaciones sobre las formas de hacer de los cooperativistas, todos con intencionalidad educativa. No obstante, al consultarles sobre la formación, muchos cooperativistas solo remiten a las formas tradicionales de su ejercicio.

Hay un debe en eso porque yo me acuerdo que cuando nosotros recién nos casamos entramos en una cooperativa en esa época; era INVE y vos no podías entrar si no tenías un asistente social, siempre en todas las asambleas había un asistente social en las cuales ella daba clases de cooperativismo (cooperativista de Montevideo).

92 El artículo 9 del Reglamento de préstamos y subsidios del MVOTMA, de 2008, modificó el 9 de noviembre de 2015, establece «El proyecto cooperativo se define como una propuesta integral autogestionaria sustentable en las dimensiones jurídicas, socioeconómicas y urbanas, dentro del marco legal y las reglamentaciones vigentes, para el sistema cooperativo en todos sus regímenes (usuarios y propietarios)».

No, no, no... Acá no tuvimos nunca. Han andado asistentes sociales y eso, pero de ahí a hacer cursos... No, la verdad que no (cooperativista del interior).

Esto también revela el trabajo que realizó el IAT en términos de formación, haciendo evidentes las otras maneras o situaciones educativas. En este aspecto encontramos una gran heterogeneidad, al menos en la visión de los cooperativistas, en relación con la existencia o no de la formación, y en relación con sus formas, alcances y resultados.

En los últimos dos años la formación pasó a ser un elemento exigible por parte de la ANV en el estudio del proyecto cooperativo, como se señaló en el capítulo anterior. Sus impactos se conocerán más adelante.

La formación, en sus múltiples formas, como se ha sostenido, es una forma de poner a disposición los conocimientos de los técnicos —y también los del grupo cooperativo— para emprender una empresa que es colectiva y autogestionaria. Como se señalaba con Rebellato (2001), esto implica que los técnicos desaprendan formas de relacionamiento con el saber de su disciplina, con las demás disciplinas y con los saberes de los sujetos, para que dicha acción de poner a disposición los conocimientos sea efectiva, dialógica y contribuya a la autogestión y la comprensión del proceso de la cooperativa.

En los testimonios recogidos se hace evidente la visión individual o disciplinaria del aporte de los técnicos por parte de las cooperativas, no se visualiza al equipo como tal ni al ejercicio del asesoramiento en forma interdisciplinaria.

Los profesionales del IAT reconocidos por sus aportes y el intercambio, tanto para valorarlos como para criticarlos, son los/as arquitectos/as y los/las trabajadores/as sociales, no visualizando a los profesionales del área jurídica y contable, seguramente porque en estas áreas el asesoramiento de los profesionales es distante, pero no así el de los que trabajan en el acompañamiento a la cooperativa.

Este componente vivencial del asesoramiento, de embarrarse —como se dice muchas veces— supone un acto con efectos más allá del propio contenido que se transmite, quizás por ello se recoge solo reconocimiento hacia los profesionales que concurren a las reuniones y a la obra de la cooperativa.

Es importante detenerse en este aspecto relacional para observar los otros efectos de la formación que exceden o complementan los contenidos transmitidos: la horizontalidad de la relación, el reconocimiento de los cooperativistas como sujetos y del colectivo como tal, la posibilidad de decodificar o no, el lenguaje técnico, las posturas físicas, las comunicaciones, la política y el compromiso. Estos son todos elementos insoslayables del efecto de comunicar y formar, y, por tanto, permean el diálogo entre saberes y personas.

Es en la capacidad de instituir prácticas cooperativas, con autonomía relativa de las dominantes (Williams, 1994), que los institutos, como los

denominó el legislador, tienen la potencia de la transformación, no solo de la vivienda.

No se recogió en las entrevistas una visión del trabajo interdisciplinario de los institutos, por el contrario, los testimonios se refieren a aportes o ausencias de algunas de las disciplinas en particular.

En la investigación documental y bibliográfica (González, 2013 y Nahoum, 2008) se pudo constatar el papel que tuvieron los institutos, que dieron forma a las primeras experiencias como el ccu, y luego, a partir de la ley, al CEDAS o a Itacovi, entre otros, en el interior del país. Además del desarrollo profesional de sus integrantes, tenían un componente político que animaba el ejercicio profesional, como se evidencia en los testimonios y las temáticas abordadas. Lo mismo sucedió con otros IAT, que podríamos llamar de segunda generación, durante la restauración democrática: Covima, Hacerdesur, Invipo y Caessu, vinculados a militancias sociales, profesionales y políticas (González, 2013).

La proliferación de IAT⁹³ como de cooperativas, por las facilidades en el acceso a los préstamos, constituye una potencia, por la suma de nuevos actores, pero queda investigar las posibilidades de constituir nuevas prácticas en términos transformadores, más allá de construir las viviendas, que para quienes carecen de esta es su centralidad.

Las luchas, la organización y sus efectos

Somos los testigos del amanecer.
Cuando todos seamos cooperativa,
créanos por siempre,
vamos a querer

Daniel RADÍO, *Despedida* de murga La Justa, 1984⁹⁴

La organización en la federación y los momentos de lucha son recuperados como espacios de crecimiento personal y colectivo, de aprendizajes y significación de las experiencias, por parte de los cooperativistas.

Si bien las cooperativas enuncian cierta politización de las relaciones y formas de acceso a la vivienda, es en las etapas de lucha y organización en las que se representa dicho proceso y se asume con mayor claridad la

93 De los 67 IAT registrados, habilitados y en funcionamiento, 39 fueron creados en la última década y 25 de ellos en el último lustro (https://www.gub.uy/ministerio-vivienda-ordenamiento-territorial/sites/ministerio-vivienda-ordenamiento-territorial/files/2021-03/LISTADO%20ACTUALIZADO%20IAT%C2%B4S%202021_0.ods).

94 La Justa fue una murga que surgió en el Complejo Intercooperativo Mesa 1 en 1983 y fue expresión de la resistencia a la dictadura. Participó en el concurso de carnaval de Montevideo desde 1984 hasta 1988.

significación de la cooperación, la autogestión, la ayuda mutua y la propiedad colectiva. Para ello recuperamos el análisis a partir de las etapas definidas antes y en las que se identifican algunos hitos de la lucha de FUCVAM que vigorizaron el movimiento. Ellos son: la fundación de FUCVAM en 1970, la lucha contra el decreto-ley de pasaje de las cooperativas de usuarios al régimen de propiedad horizontal en 1983-1984, las huelgas de pago, entre 1983 y 2012, la ocupación de tierras en Montevideo en 1989 y la reestructura de las deudas de las cooperativas ante el BHU y la ANV entre 2008 y 2012.

Las primeras experiencias y la fundación de FUCVAM (1966-1973)

FUCVAM surge como una necesidad de coordinación y facilitación del desarrollo de las primeras experiencias más que como herramienta gremial y de lucha. En este sentido existe un cierto mito acerca de su fundación, construido sobre la idea de que la vertiente gremial que formó la mayor parte de las primeras cooperativas dio impulso a la asociación de las cooperativas, como fuera señalado en el capítulo anterior.⁹⁵

A fines de la década del sesenta y principios de los setenta, los militantes sindicales que formaban las cooperativas no eran de la primera línea; la lucha se centraba en el frente sindical y estudiantil, y, en el político con la fundación del Frente Amplio, con la guerrilla urbana y el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Es indiscutible que FUCVAM se nutrió de ese clima de época, de la efervescencia de la lucha popular y del esfuerzo de unificación que estaba realizando la izquierda social en la CNT y la política en el Frente Amplio.⁹⁶ Pero como sostiene un exdirigente de FUCVAM «eran sindicalistas de segunda línea los que formaban las cooperativas». Incluso en

95 Gustavo González advierte sobre el carácter que tomó la fundación de FUCVAM «No aparecen en las actas de la época ninguna caracterización de la etapa desde el punto de vista político, lo que de alguna manera llama la atención, debido a los turbulentos momentos vividos en el país. Esto reafirma la idea de que objetivamente nuestros pioneros estaban fuertemente consustanciados con lo inmediato que era de alguna forma, nacer y crecer como movimiento. El propio comunicado emitido a partir de la fundación es sumamente corporativo, habla del nuevo agrupamiento, del problema de los desalojos en el país, y realiza una defensa de la Dinavi, independientemente de fricciones que existían con esta dirección, el trato de los cooperativistas hacia los directores era de acuerdo» (González, 2013, p. 60).

96 «Muchos fueron los factores que llevaron a que surgiera y se consolidara el movimiento cooperativo de vivienda uruguayo, pese a haber nacido al amparo de una ley dictada bajo un gobierno de probada raíz conservadora y opositora a todo lo que fuera desarrollo del movimiento popular. En primer lugar, fue de fundamental importancia el haber comenzado las tres experiencias piloto a las que hacíamos referencia, porque a partir de ellas ya no eran palabras, sino hechos lo que se podía mostrar. Otro elemento que a nuestro juicio colaboró fue la histórica tradición unitaria del movimiento obrero uruguayo, fuertemente influenciado en la década del sesenta por la consolidación de una central única de trabajadores, que llevó a ver a los cooperativistas la necesidad de tener una central

esos momentos, si bien había una puja interna fuerte en la CNT, la mayor parte de los sindicatos estaban hegemonizados por el Partido Comunista, con las diferencias con las cooperativas que explicitamos en el capítulo anterior, que llevaron a los que sí optaron por formar cooperativas a crear la Mesa Sindical Cooperativa a fines de la década del sesenta, que luego disuelven para sumarse a FUCVAM (Chaves, 1990).

La Ley n.º 13.728, aprobada por un gobierno que impuso el autoritarismo que luego devino en la dictadura militar, generaba sospechas desde ciertos sectores, pero el entusiasmo de las familias, que organizadas podían acceder a sus viviendas, y la multiplicación de las cooperativas generó la necesidad de nuclearse en una organización de segundo grado, la FUCVAM.

Un dirigente entrevistado que sostiene que fueron socialistas, cristianos e integrantes de partidos tradicionales, quienes conformaron FUCVAM; identifica la influencia de los anarquistas de la Comunidad del Sur, por la idea de federación, y por el hecho de que su órgano máximo fuera una asamblea. De hecho, la Comunidad del Sur, perseguida por la dictadura, dona su terreno ubicado donde ahora está la Covine 8 (dirigente de FUCVAM).

Los primeros dirigentes de FUCVAM eran mayoritariamente de partidos tradicionales,⁹⁷ hasta la década del ochenta, cuando ingresan militantes de izquierda. Esto se explica por esa raíz original y por la adhesión de amplios sectores al cooperativismo y sus postulados contrahegemónicos, pero también por la persecución y proscripción de otros militantes por parte de la dictadura militar a partir de 1973. Por ello los aprendizajes que surgen de la FUCVAM y de las cooperativas en este período están dados por la conformación incipiente del movimiento cooperativo. Son los logros de las construcciones y el acceso a los préstamos los sentidos construidos colectivamente sobre las experiencias. Fue un aprendizaje entre pares, a partir de las propias obras o logros. Así nos lo relató un exdirigente de FUCVAM de la primera época, a partir de la experiencia de su cooperativa: «tratamos de llevar esta experiencia al interior del país» (exdirigente de FUCVAM).

En los relatos de la época surge la relación de lo sindical con las cooperativas, como un trasiego de saberes de una experiencia a otra, que reafirma el hacer juntos:

Me enteré de que algunos compañeros de trabajo de La Aurora (textil) estaban formando una cooperativa, Covimt 3, por Islas Canarias hacia el fondo. Y me gustó el asunto. Pensé, hay que trabajar en gran forma, pero se puede, yo creo que se puede, sí, se va a poder. Me entusiasmé y me

única de cooperativas de vivienda, que se constituye con el nacimiento de la federación» (González, 2001, p. 155).

97 Partido Nacional y Partido Colorado.

largué a invitar gente. A pesar del rechazo del sindicato⁹⁸ vi de aprovechar los conocimientos que poseía a través de eso, y fui a las puertas de muchas fábricas textiles a hablar con los obreros. Venían delegados y obreros que no tenían tareas sindicales y yo les explicaba (Germinal Azaretto, exdirigente FUCVAM y fundador de la cooperativa Tebelpa, en Alzugarat, Scorzo y Martínez, 2000, p. 56).

Pero las cooperativas también fueron fuente de lo colectivo para potenciar en lo gremial, como se desprende del siguiente testimonio de un dirigente metalúrgico a fines de la década del sesenta:

La idea era cambiar el sindicato, porque era amarillo. Entré a la fábrica en el año 69. Para entrarle más a la gente, es decir, para vincularse más con los compañeros de trabajo, armamos la cooperativa de vivienda, esto porque me encontré con Pessina que ya era GAU también. El Flaco me explica cómo hacer para armarla y allí nos conectamos con el ccu. Eran los primeros tiempos del cooperativismo. Con el *Flaco* Pessina nos conocíamos de muy jovencitos, además también luego en la Facultad de Arquitectura. La idea prendió, se entusiasmaron muchos compañeros y comenzamos los primeros pasos. El nombre se me ocurrió a mí, recuerdo que fue MACOVI [Metalúrgicos y Afines Cooperativa de Vivienda]. Así formamos la Unión de Obreros de ATMA (UOA). La cooperativa, en realidad, fue la que nos sirvió como elemento aglutinador (Daniel Ponce en González, 2013, pp. 62-63).

La dictadura y la resistencia de FUCVAM (1973-1985)

Esa modalidad de organización de FUCVAM tiene continuidad en la dictadura, durante la década del setenta, con la particularidad de que las primeras cooperativas habitadas colocaron otras demandas a la federación, y, otras posibilidades, construyendo un discurso y prácticas en torno al desarrollo social de los barrios y conjuntos cooperativos.

Por otro lado, comienza un proceso de aprendizajes sobre la gestión, que potencia las experiencias autogestionarias de las cooperativas; se crea la central de suministros —lo cual implicó que las cooperativas en obra compraran los materiales colectivamente— y, la planta de prefabricado, que fue la experiencia de producción más importante, a partir de la maquinaria, moldes y el *know how* producido por las tres primeras mesas. Esto generó aprendizajes y transmisión de la experiencia a nuevos grupos y a otras obras, pero sobre todo, la significación de que lo construido valía más allá del uso en cada obra

98 Este rechazo es un ejemplo de lo mencionado anteriormente del no apoyo de los gremios hegemonizados por el Partido Comunista en la primera época, como el caso del Congreso Obrero Textil (cot) que es señalado en la entrevista al dirigente de FUCVAM.

cooperativa porque trascendía la motivación para lo que fue desarrollado. Pero lo que potenció este período fueron las formas de resistencia y de burla hacia el régimen de control y persecución construido por la dictadura, que proscribió sindicatos, movimientos sociales y partidos, pero que no pudo con las cooperativas porque su organización no era solo un derecho, sino una exigencia.

Fueron muchas las prácticas de resistencia, a pesar de los controles (había que solicitar permiso para las asambleas con el orden del día, enviar previamente el padrón social, entre otros): desde reunirse en la obra en unidades no visibles, para evitar el control, hasta «crear» cumpleaños o cuidar a los compañeros, no comprometiéndolos en las decisiones, como surge del siguiente testimonio

—Porque, por ejemplo, había gente que podía tener problemas porque todavía estábamos en dictadura. Se hizo entonces la votación para eliminar el problema de que alguien tuviera problemas en el trabajo porque había decidido afiliarse a FUCVAM.

—Sí, pasabas a categoría C.⁹⁹

—En la asamblea entonces se votó y se puso: tal, tal, tal votan por la afiliación, tal, tal, tal votan por la no afiliación (cooperativistas de Montevideo). Surgieron así los famosos *consejos directivos ampliados*, donde el Consejo Directivo citaba a un grupo de compañeros y hacía una reunión. Era una asamblea, que no estaba permitida. Y por otro lado se crearon los *cumpleaños fantasma*. Era muy común en las cooperativas festejar el cumpleaños de Fulanito o de Menganito, a los efectos de sortear la valla de la solicitud de autorización policial para las reuniones deliberativas de la cooperativa (Vicente Addiego y Julio Briano, exdirigentes de FUCVAM, en Chaves, 1990, p. 77).

También las cooperativas fueron escenario y motor de muchas acciones de lucha contra la dictadura: salían ómnibus para los actos, se difundían las marchas y movilizaciones, se exigía la amnistía de los presos políticos y se prestaba el salón comunal para distintos actos en los que se alentaba la resistencia.

En una recuperación de la memoria colectiva de Covine I relatan como se vivían en la cooperativa hechos significativos de los años finales de la dictadura:

99 En la dictadura se categorizaba a los ciudadanos de acuerdo a la sospecha de tener actividades o vínculos reñidos con el gobierno dictatorial, que van de la A a la C. La categoría C estaba conformada por los que tenían o habían tenido vínculos con organizaciones sindicales, estudiantiles, o políticas de izquierda. Se les prohibía la participación en cargos de la cooperativa y eran monitoreados por los servicios militares de inteligencia.

Se hablaba de amnistía. La cooperativa estaba expectante y atenta. Se comienzan a pintar los carteles, a cocinar las tortas, se junta un pantalón, camisa y buzo para un hombre flaco. En cualquier momento los milicos van a soltar al búfalo. El 15 de agosto fue el día, en el salón comunal, febril actividad de los jóvenes; todos nos volvimos temprano del trabajo, en el salón comunal se escuchó cantar *Los dos gallos*. Marzo del 85. Se dio la amnistía recortada y un nuevo festejo, una nueva alegría, y un nuevo reencuentro con Héctor, que se lo habían llevado hacía tantos años (en Chaves, 1990, pp. 50-51).

Pero fue en la etapa final de la dictadura cuando FUCVAM emerge como actor social y político, catalizando el descontento popular y nucleando a otros en torno a la vida de las cooperativas y sus luchas.

Cada acto de inauguración, asamblea, festejo de aniversario, festival de canto popular o muestra de teatro era un acto político.

La Cooperativa de Viviendas Cerro Norte-Vanguardia (Covicenova) surgió de una ocupación de viviendas que el Estado estaba construyendo en la dictadura; a pesar de resistir el desalojo fueron expulsados y formaron la cooperativa. Finalizaron la obra e inauguraron las viviendas a principios de 1984, aún en dictadura, y ese acto fue un acto de fiesta y de lucha:

Y el día de la inauguración fue la gran fiesta. En los días previos visitamos a todas las cooperativas hermanas, pidiéndoles que cada una trajera un bizcochuelo, que tuviera la forma y el color de un ladrillo. En cada ladrillo figuraría el nombre de la cooperativa que lo trajo, para hacer una casa gigante con todos los bizcochuelos. Yo me acuerdo que el día de la fiesta estuve como cinco horas repartiendo pedazos de ladrillo de bizcochuelo. Llovía torrencialmente, pero la gente estaba feliz (Zulma Cardozo en Chaves, 1990, p. 38).

Esto tuvo mucha significación para la socialización política de los integrantes de esta cooperativa, en contextos de participación restringida. Los dos hitos más importantes fueron la huelga de pagos que se inició en 1983 y la lucha contra el decreto-ley de pasaje a propiedad horizontal de las cooperativas de usuarios.

La huelga de pagos fue una decisión audaz, inédita, de desobediencia civil, que implicó la discusión en cada asamblea de las cooperativas y en la Asamblea Nacional de FUCVAM, ámbito en el que se resolvió la medida. Era en contra de un aumento desmedido de las cuotas de amortización del préstamo impuesto por la dictadura, en forma ilegal, ya que no seguía el criterio que establece la Ley n.º 13728 sobre el incremento de la Unidad Reajutable.¹⁰⁰

100 La Unidad Reajutable, como se planteaba en el capítulo Habitar la ciudad, aumenta con el Índice Medio de Salarios, con la crisis de 1982, que se conoció como *la crisis de la*

La fortaleza de tener un único crédito por ser usuarios y la crisis económica que dificultaba pagar el aumento de la cuota impuesto por la dictadura llevaron a que la mayoría de las cooperativas asumieran la lucha como respuesta a dicha medida arbitraria.

La huelga de pago luego se volvió a tomar como medida de presión para préstamos y personerías, y luego, para la reestructura y adecuación de las deudas de amortización de los préstamos hipotecarios.

El elemento más importante que, como se señaló, explicitó y politizó la propiedad colectiva fue la lucha contra el decreto-ley de propiedad horizontal, mediante la cual los cooperativistas levantaron la bandera: «elegimos ser usuarios». Como se señaló en el capítulo anterior, la lucha fue muy rica y aglutinadora, las modalidades de lucha fueron variadas, pero implicaron grandes movilizaciones que ya mencionamos como la recolección de firmas hasta acciones en la propia organización, como el envío de cartas a legisladores o la presencia en actos masivos.

En ese contexto de lucha y de explicitación de la propiedad colectiva, la experiencia modifica, en términos de Thompson (1981), la visión sobre esta, puesto que, tal como recogimos antes, la definición de ser usuarios no fue reflexiva y asumida a cabalidad por los grupos, sino que se incorporó como parte de la propuesta cooperativa.¹⁰¹

El retorno a la democracia. La lucha continúa (1985-2004)

La restauración democrática no supuso una modificación del tratamiento del gobierno hacia las cooperativas de vivienda. Si bien la represión finalizó y se restablecieron las garantías civiles y políticas, el decreto-ley de propiedad horizontal no se derogó hasta que la scj lo declaró inconstitucional en 1986. En el primer período democrático los préstamos fueron escasos y no se otorgaron nuevas personerías jurídicas.

La Ley n.º 15853 que derogó el decreto-ley impone a las cooperativas la ratificación, por voto secreto, de su voluntad de ser usuarios, por lo que haber mantenido vivo el debate y la lucha por la propiedad colectiva tuvo sus logros: «... hubo una sola cooperativa que se dio vuelta: [...] allá en Punta Gorda... Que esa cooperativa hace rato que ya se volvió de usuarios... Sí, volvió a la federación cuando el convenio¹⁰²...» (exdirigente de FUCVAM).

tablita, se pierden muchas fuentes laborales y los salarios se deprimen, no aumentando la ur en la medida del aumento impuesto por los militares.

101 Se le preguntó a una cooperativista de la primera época: «—¿Y todo el grupo aceptó ser usuarios desde el principio o había gente con dudas? —Sí, sí, porque teníamos necesidad de techo».

102 Refiere al convenio de reestructuración de las deudas con el MVOTMA y la ANV que se concretó entre 2008 y 2012.

El trabajo interno en las cooperativas para desandar formas instituidas de generación de miedo y control por parte de la dictadura fue otro espacio para explicitar la autogestión y la autonomía, como relata este cooperativista:

Cuando asumo el primer consejo directivo, al año íbamos a hacer un llamado a asamblea y alguien me dijo «bueno, hay que pedir autorización a la seccional», porque hasta que no terminó la dictadura, hasta marzo del 85, las directivas, las asambleas había que pedir autorización a la seccional de policía. Entonces hay una etapa que no hay que perderla de vista y es que esta cooperativa nació en democracia, vivió toda la dictadura y empezó a vivir acá la parte más fuerte en la dictadura. Porque claro, la población uruguaya era clasificada en categoría A, B y C y si habías hecho una huelga allá por el 60 terminabas con la categoría C y no tenías el Certificado de Fe democrática, no podías acceder a un montón de trabajos ni como empleado público. Si eras docente, te terminaban. Eso me llamó la atención, porque yo dije, «pero ¿cómo para hacer una asamblea vamos a tener que pedir permiso? Si esto es una cooperativa, tiene personería jurídica». Lo que pasa que había quedado la inercia, todo eso cayó en el primer gobierno democrático del año 85, siguió la inercia. Después, enseguida todo el mundo entendió que era un disparate y no se hizo nunca más, por supuesto (cooperativista de Montevideo).

Como se señalaba, la vuelta a la democracia no garantizó el desarrollo del sistema cooperativo, sino que lo trabó con nuevas exigencias, por lo que se recurrió nuevamente a la huelga de pagos.

Hubo dos huelgas... Una huelga de pago fue en el 84, pero esa se levantó... Con la democracia se levantó. Después se retoma, por la ley de propiedad horizontal... Cuando se deroga la ley, Kneit dice: «Bueno, ahora tienen que pagar», y no, porque no hay personería, se continúa, y ahí es cuando él manda todo a juicio... Se inician los juicios, y bueno, después se termina levantando allá por octubre, poco antes de que nosotros nos fuéramos... Pero bueno, en el año 88 empezaron a salir los préstamos, porque ahí una de las cosas que se acordaron fue que esas 22 cooperativas que estaban en lista iban a tener el préstamo; ese era uno de los puntos acordados... Las personerías, de todas formas, no hicieron nada... Recién con Lacalle las primeras personerías se otorgan en el gobierno de Lacalle. Pero se destrancó el tema de los préstamos, que ahí construyeron 28 que, bueno no existían obras... Fijate que no teníamos una obra desde el año... Y la Zona 3 terminó en el 83 y debe haber sido lo último; después desde el 83 hasta el 89 no debe haber habido ninguna obra... (exdirigente de FUCVAM)

Destrabados los préstamos de las cooperativas que esperaban hacía años, las personerías jurídicas y el acceso a tierras seguían siendo los cuellos de botella para el desarrollo del movimiento.

Para exigir una cartera de tierras FUCVAM decide ocupar tierras del gobierno departamental sin uso. Las ocupaciones también fueron otra vía para explicitar la cuestión de la tierra, la especulación inmobiliaria y la exclusión de las mayorías nacionales a la interna y hacia afuera del movimiento. Estos hechos sostuvieron una politización de la militancia, sobre todo en las cooperativas en formación y en trámite del préstamo, pero que fue generando una brecha con el resto de los cooperativistas, que mantenían la organización, para resolver los problemas de los conjuntos habitacionales. «En nuestras cooperativas hay gente de todos los partidos políticos, pero con un grado de politización muy alto por la dinámica de participación que se da en los barrios cooperativos» (Fernando Nopitsch, expresidente de FUCVAM, en Chaves, 1990, p. 94).

Esta politización es la que no se ha sostenido en las últimas décadas, solo se ha presentado en las cooperativas que luchan por el acceso a tierras o préstamos.

Durante la crisis del 2002 fue importante el rol que jugó FUCVAM en sostener la lucha por las cooperativas y en funcionar como red de sostén para los cooperativistas, dada la crisis económica. Ejemplo de ello, como se sostenía antes, fue el Plan Social Alimentario y las movilizaciones y acciones realizadas para resistir los recortes de los préstamos que hizo el gobierno para reducir el gasto del Estado.

Recogemos el testimonio de integrantes de una cooperativa del interior, sin experiencia de lucha, que sostuvieron la defensa del préstamo y su obra:

—En el año 2002, en julio, tuvimos tres partidas retrasadas de que tuvimos que mandar al seguro a todos los oficiales, justo había una inauguración en el cuartel en Paso del Rey y en ese momento lo habrían y...

—Vinieron las autoridades, Batlle,¹⁰³ el ministro de vivienda, todos. Y ahí sí hicimos una revolución bastante importante que fue muy marcada en ese momento. Sí, se cortó la ruta.

—Se hizo piquete, se logró que el ministro viniera a hablar con nosotros, pero siempre... o sea, se nos unió mucha gente, esa situación marcó mucho a Covisayí dentro de Sarandí. Vos veías que la gente se te unía en defensa de... Por lo general vos decías «estos que están haciendo lío», pero por lo general vos veías que la gente se arrimaba para sumar. Y dentro de todo fue

¹⁰³ Jorge Batlle, del Partido Colorado, fue presidente del Uruguay entre 2000 y 2005, protagonizando una de las peores crisis económica y social de los últimos cincuenta años.

productivo porque al mes pudimos retomar toda la obra (cooperativista del interior).

La lucha marca, como dice el testimonio, construye argumentos, y la experiencia se expresa en palabras, ideas, demandas, nombres e identidades. Construye sujetos políticos, subjetiviza en plural.

Los gobiernos progresistas, nuevo escenario (2005-2016)

Esta etapa está marcada por la llegada del Frente Amplio al gobierno nacional, lo que generó muchas expectativas para las cooperativas, pero supuso un período de acomodación de los dirigentes y de FUCVAM, que oscilaron entre una estrategia de comunicación directa con el MVOTMA, negociación y confrontación (Menéndez, 2014).

Quizás es la etapa de mayor distancia entre FUCVAM y las cooperativas habitadas en relación con la comunicación y el sentido de pertenencia respecto a los temas centrales que trataba.

Los logros en torno a la mejora de los tiempos de concesión de los préstamos y la transparencia en su estudio y aprobación hicieron que FUCVAM perdiera fuerza como un actor determinante en la lucha para lograr el acceso a aquellos.

Sí se destaca en este período una de las conquistas importantes de la federación, que son los acuerdos con la ANV y el MVOTMA para la reestructura de las deudas, la cancelación de las deudas de algunas cooperativas o la readecuación de otras, y, la obtención de quitas y subsidios a la cuota a quienes no pudieron pagar:

... eso le dio una fuerza a la FUCVAM en los últimos tiempos, importante... Porque la gente quería salirse de eso, empezar a regularizar, y bueno, se llegó a un acuerdo que... Las que tuvieron más problemas en aceptarlo fueron las que se habían gastado la plata o porque alguien se la afanó o porque no pusieron, o alguno que se la había gastado reparando techos... (exdirigente de FUCVAM)

Lo anterior permitió el acceso a los títulos de muchas cooperativas, y, la cancelación de las deudas o, al menos, el destierro de la incertidumbre del valor de la cuota de quienes no amortizaron el préstamo en forma paralela,¹⁰⁴

104 La huelga de pago, que pasó por diferentes momentos, implicó el pago de un porcentaje de la cuota al organismo público financiador (MVOTMA, BHU o ANV) y la mayor parte de las cooperativas depositaba en una cuenta propia el resto de la cuota. Las que sostuvieron esta práctica quedaron con mucho dinero a favor, las que no lo hicieron, y por tanto no pudieron volcar dicho pago al momento de la reestructura de la deuda (quitas, eliminación de moras y multas y uniformización al 2% del interés), tuvieron que refinanciar el saldo.

y, la tranquilidad del subsidio a la permanencia de quienes no podían afrontar el pago de la cuota. Este fue un momento de acumulación político-gremial de FUCVAM, de reafluencia de cooperativas habitadas, pero, sobre todo, del cierre de un ciclo de huelgas de pagos que se había desdibujado por su prolongación en el tiempo.

FUCVAM como espacio de formación

En el capítulo anterior se señaló la trayectoria de la formación de FUCVAM, que se complementa con la dada por la propia experiencia.

Para los cooperativistas entrevistados, las propuestas de formación, en sentido restringido (charlas, cursos, talleres) de FUCVAM fueron importantes, sobre todo en las etapas previas al préstamo y para la gestión de las obras.

En ese momento iban a FUCVAM a participar en talleres que se hacen sobre algo específico, por ejemplo, de asesoramiento técnico, la parte que asesora cómo hacer la gestión plantea la problemática que habían tenido otras cooperativas para que vos no cometáis el error, van varias cooperativas, cada una da su punto de vista y ahí vos vas tomando lo que realmente es productivo para tu cooperativa. También se ha hecho curso de fiscales, curso de tesorero, de secretario (cooperativista de Montevideo).

La formación política que promovió FUCVAM en distintos períodos llegó a los cooperativistas que tenían un perfil más militante o que estaban en etapas de lucha por el acceso al préstamo o a tierras.

De lo recogido surge que hubo una adecuación más importante de los dispositivos de educación cuando se vinculó el CFC a los aportes de la educación popular, abonando el proceso educativo la propia acción y organización de las cooperativas.

No se recoge claramente la generación o participación en instancias de formación de las cooperativas habitadas una vez inauguran sus casas. En la trayectoria de formación reseñada y analizada en el capítulo anterior, se recoge que en un principio esta estuvo centrada en las cooperativas habitadas y en un segundo momento fue dirigida a las cooperativas en trámite o en obra.

Una vez comenzaron a otorgarse los préstamos, en la década del noventa y fundamentalmente en los últimos 15 años, la formación se volcó a atender las necesidades de la autogestión y la ayuda mutua. Las cooperativas habitadas no tuvieron la misma dedicación y preocupación.

Otro elemento que se logra visualizar en la trayectoria de formación de FUCVAM es que gran parte de esa formación fue impartida por militantes cooperativistas, formados y acompañados por técnicos, pero con protagonismo de los primeros. Ello no asegura que dichos militantes hayan tenido la capacidad pedagógica de transmitir ni de atender las necesidades de las cooperativas,

como primó en un primer momento, cuando la formación cooperativa se vinculó con la propuesta de la educación popular.

Con la federación sí, la verdad. Lo que pasa es que las personas que venían al taller lo hacían tan monótono que para la gente era una tortura. Eran veteranos, militantes... Te lo hacen con voluntad, pero ellos no entienden que vienen a hablarle a un grupo que es muy particular. Otra cosa que tiene esta cooperativa (que no sé si ahora serán todas iguales) es que es un rejunte. No como otras que, por lo general, se conocían del barrio y terminaban haciendo una cooperativa. Tenían otro razonamiento. Sobre todo, las que venían de sindicatos (cooperativista de Montevideo).

El testimonio evidencia una preeminencia presente en la formación de FUCVAM que desarrolla una modalidad formativa expositiva, escolar, que llegó a los técnicos, con la asunción del protagonismo por parte de los cooperativistas, fundamentalmente a partir de la Enforma, de FUCVAM, como fue señalado en el capítulo anterior. Pero lo que se rescata en su efecto formativo es la posibilidad de los cooperativistas de encontrarse con otros, el ejercicio de representar a la cooperativa en la tarea de transmisión tanto por la incorporación de discurso y habilidades de comunicación como por la potencialidad de la de autopromoción política.

El encuentro con otros, la elaboración de argumentos, el conocimiento de otras experiencias y la organización de un discurso sobre la propia experiencia son todas incorporaciones que se generan al participar de las instancias deliberativas y organizativas de la federación, que no tienen intencionalidad educativa, pero que son claramente formativas.

La cooperativa, su reproducción y las nuevas generaciones

Viva el cooperativismo,
Donde nuestros hijos
Se van a criar

Rubén OLIVERA, *Himno de las cooperativas*

Las cooperativas se conciben para los cooperativistas como proyectos de largo plazo, no se plantean como solución temporal o transitoria. Esta diferencia seguramente comporta distinto a sus integrantes en relación con otras inscripciones sociales. Por tanto, la concepción temporal incluye los diferentes ciclos de vida y generaciones. Por un lado, se visualiza a los hijos como los destinatarios de la vivienda: muchos y muchas cooperativistas, en la inauguración o en sus discursos, manifiestan que el esfuerzo que realizaron en construir es para sus hijos, como legado. Por otro lado, hay una vivencia

que va siendo experiencia de las diferentes generaciones sobre la vida en las cooperativas. En este sentido se cargan muchas expectativas respecto a lo que la convivencia comunitaria genera, de por sí, la conciencia cooperativa. Aparece la idea de espejo de los adultos, del conocimiento sobre los resultados del trabajo colectivo.

Y los niños, esa hermosa semilla que va germinando, crecerán viendo algo distinto, creado por la unión de voluntades de un grupo grande de trabajadores que demuestran a muchos y a sí mismos que todo es posible cuando se quiere algo y se aúnan esfuerzos, sobre todo cuando ese esfuerzo es orientado y dirigido por los propios hombres y mujeres que lo efectúan. Y crecerán mirándose en ese espejo y educándose en la escuela que sus propios padres levantarán. Adquirirán entonces conciencia —como la estamos adquiriendo nosotros hoy— de la capacidad de realización de los trabajadores, y quizás esa enseñanza los lleva a actuar solidariamente en todos los aspectos de la vida en sociedad y así, probablemente, logren hacer realidad el sueño de un mundo mejor...¹⁰⁵

Existió una fuerte apuesta, sobre todo en las primeras cooperativas, al valor de la vida comunitaria como incorporación del cooperativismo y sin duda se logró en el campo de la socialización. Quizás las nuevas generaciones que se involucraron en la vida comunitaria construyeron una subjetividad cooperativa; queda la pregunta por los aprendizajes, por los sentidos y orientaciones atribuidos a dicha experiencia.

Aplicando lo básico de una comunidad, el saber convivir y coexistir con los semejantes, el apoyar y sentirse apoyado por los demás, el sentirse responsable de que cada actuación personal está siendo regulada y respaldada por quienes lo rodean, lo vienen logrando. Los conceptos de comunidad son difíciles de volcarlos a niños que recién comienzan a dar los primeros pasos en una sociedad, pero la practicidad de los hechos y la participación en actividades colectivas les hará ver con claridad [su] [...] significado...¹⁰⁶

Si esta socialización es natural y, por tanto, subjetiva la proximidad, las formas de hacer con otros, de cooperar con otros, ¿no se naturalizan también estas relaciones y formas de vida?

105 Discurso de un dirigente de las cinco cooperativas que integran el Complejo Intercooperativo Mesa 1, en 1972, con motivo del inicio de la obra de 420 viviendas, dos locales para escuela y jardín de infantes, un salón comunal, 18 locales comerciales, oficina de las cooperativas y espacios de circulación, recreación y esparcimiento. Boletín del 11.º aniversario de Covimt 5, setiembre de 1981.

106 *Covinoticias*, año 6, n.º 65, marzo de 1982, Covinuvi. Durazno.

En este caso, si no se explicita la experiencia se explicitan los sentidos; es difícil el aprendizaje sin la incorporación por socialización, por imitación. Esto hace que se cuestione si existió transmisión, no visible en los relatos.

Un elemento que no contribuye, y que fue analizado en los puntos anteriores, es que la participación, al menos la formal, es de los titulares, la fuerte experiencia de la obra, con integraciones parciales es de los adultos, lo que configura restricciones a las actividades centrales de la experiencia colectiva.

En las cooperativas, mayoritariamente así se recoge de los testimonios, existe una fuerte experiencia endogrupal, los pares son los hijos de los pares de sus padres.

Por eso, yo rescato todo ese sistema de vida que tiene la cooperativa... Yo lo aplicaría a todo el sistema de vida: que junta la gente puede hacer cosas, y el cooperativismo es lo ideal. Por suerte mis hijos se criaron bien sanos gracias a la cooperativa, puedo decir... (cooperativista del interior)

Esa experiencia endogrupal y la coexistencia en un mismo espacio físico, próximo, cotidiano, multiplica las experiencias.

Y hubo un tiempo que son casi todos los hijos de todos nosotros que acá se formó un grupo de jóvenes que hicieron carnaval y llegaron a salir primeros en el carnaval de las promesas como parodistas y se llamaban Los Cooper. Y después todos ellos siguieron el tema de murga (cooperativista de Montevideo).

La cooperativa es un escenario de mucha interacción, que en muchos casos se retroalimenta con la concurrencia de los niños, niñas y adolescentes a los centros educativos de la zona, y, que favorece sentidos de pertenencia. «Ojalá tuvieran más los adultos ese sentimiento de pertenencia que tienen los gurises» (cooperativista de Montevideo).

La transmisión fue importante en los momentos de explicitación de las acciones, de las luchas, de las formas de hacer distinto.

Un rico ejemplo es de una de las cooperativas entrevistadas, donde se generan prácticas que buscan promover distancias frente a la cultura dominante:

Y otra cosa que hacemos todos los años desde hace nueve años es «la noche de las luces malas». Nosotros el día de Halloween cuando estábamos en comisión y éramos cinco mujeres dijimos, «nosotros no queríamos que los chiquilines tuvieran noche de Halloween, pero bueno para quitarles eso hay que ofrecer otra cosa». Y decidimos hacer la noche de las luces malas. Entonces contratamos cuentacuentos, otras veces varios contaron cuentos acá, compañeros de acá. Mi suegra que tiene 98 años también contó una vez. Se crea el viejo de la bolsa que repartía bolsas de papel y en cuatro o

cinco casas se hacen cositas caseras, buñuelos, tortas fritas, empanaditas y los niños van a donde está la vela prendida con la bolsa a buscar. Y después se hace un fuego muy grande acá y alrededor se cuentan cuentos o se toca la guitarra y es una instancia linda (cooperativista de Montevideo).

También se recogen las formas de organizarse y resolver los problemas colectivamente.

—En nuestra cooperativa nos pidieron asamblea...

—¿Los niños?

—Sí, porque tenían que resolver sus problemas y por eso pedían asamblea. Y ellos tuvieron su tiempo de discusiones, se pelearon, después salieron, lloraron, se pidieron perdón... (risas)

Pero ellos pidieron el espacio...

—¿Qué problemas tenían que resolver?

—Primero tenían que resolver que había un niño que se portaba muy mal, rompía juegos, les pegaba a otros, por culpa de él rezongaban a la hermana; era todo un problema bárbaro. Después estaba el tiempo de juego en la cancha; marcaron relevados, armaron una especie de reglamento. Todo eso lo cranearon entre los más grandecitos —de 7 y 8— y después agarraron a los demás.

—Eso lo vieron de los grandes...

—Seguro. Sentaditos... en su orden... es como que ya vienen con eso adentro (cooperativistas de Montevideo).

Aparece en los niños y niñas una fuerte pertenencia a las cooperativas, lo que comienza a tener componentes de conflictividad con prácticas generacionales de los jóvenes, que no siempre tienen cabida y generan conflictos con los adultos.

En este sentido es importante transcribir lo aportado en una de las entrevistas a una cooperativa de Montevideo por varios de los cooperativistas presentes:

—Incluso han pedido, en la asamblea, para que abran los salones para que los chiquilines...

—Sí, pero no hay quien esté con ellos, no es darles...

—Vos les abrí la puerta, pero después no hay nadie que supervise... Rompen todo.

—Hemos hecho pruebas: el saloncito aquel, le armamos un ping-pong, y habían cosas de reconocimiento... Rompen todo.

—Pero no los más chicos, ¿eh? Estamos hablando de 15, 16 años...

—Pero, ¿cuál es el tema? Que se hicieron unas asambleas, que hay que darles el salón, no sé qué, que tengan un espacio... ¡Escuchame! Cancha de fútbol, tienen todo ahí. Entonces vos en verano te preparás para armar unos mates y ¡bum, bam! Y eso te trae problemas.

—La droga (cooperativistas de Montevideo).

Los conflictos de la convivencia generacional presentes en diversos lugares de la ciudad, entendemos que en las cooperativas tienen una *caja de resonancia* mayor, por un lado, por el conocimiento de todas las familias y, por otro, por ser una unidad habitacional, es decir, en el barrio tradicional, de manzanas, el conocimiento de los hechos pasa por la cuadra o por la cercanía física. En las cooperativas los espacios comunes son parte del hábitat colectivo. No obstante, muchos jóvenes forman una nueva cooperativa o se integran a la propia de sus padres o a otras cooperativas; es muy difícil de cuantificar, pero es significativa la cantidad de jóvenes cooperativistas que renuevan su expectativa de resolver el acceso a la vivienda mediante el sistema cooperativo. Podríamos explicar esto como una adhesión por conocimiento y satisfacción con el sistema cooperativo, pero también por ser la alternativa conocida o más accesible. No puede negarse que algo de la transmisión y de la experiencia juegan en la decisión de seguir siendo cooperativista.

Sosteniendo, como lo hicimos, que los sujetos en la experiencia lo que constituyen es una forma de producción cultural, la cultura tiene como característica inherente su capacidad para ser reproducida; como sostiene Williams, la cultura «es realmente un modo de reproducción» (1994, p. 175). Por eso las nuevas generaciones cultivan el cooperativismo en lo cotidiano, y este constituye un terreno de disputa de valores y concepciones que se juega en las expresiones y representaciones de la experiencia.



Foto: Alejandro Muniz, COVIVEMA V, 2021

Reflexiones finales

En la parte final buscamos apuntalar y afinar la interpretación de los procesos analizados y hacer un aporte para pensar los tres campos aludidos a lo largo de todo el trabajo: la construcción de lo común en la ciudad, los aprendizajes en los procesos colectivos y, finalmente, pero central, la experiencia cooperativa. Estos tienen una hilación directa en la perspectiva teórica que compuso metodológicamente el documento, y con los resultados de la investigación desarrollada. A partir de estos pretendemos pensar sus aportes en forma más amplia.

El libro ha fundamentado y desarrollado un modo de producción de conocimiento que ubica la experiencia de los sujetos en las cooperativas como central en el proceso de hacer inteligibles los aprendizajes y las formas de cimentar lo colectivo.

La sociología de las emergencias, a la que nos invita De Sousa Santos (2003) y que buscamos orientara nuestra investigación, buscó dar visibilidad a los procesos que germinan al calor de la resolución colectiva de las necesidades, desafiando la existencia pasiva y resignada del sistema actual, desigual y alienante.

Se cierra con las conclusiones, que procuran sintetizar los resultados en torno a la tesis central que orientó la investigación y su desarrollo, y, con un último punto en el que se colocan algunos desafíos que entendemos enfrenta el cooperativismo de vivienda en términos de sostener prácticas transformadoras y lograr que sus participantes se continúen nutriendo de aprendizajes.

La ciudad y la construcción de lo común

La ciudad ha experimentado cambios como producto de las nuevas formas del capitalismo. La ciudad industrial dio paso a la ciudad de los flujos, integrando las ciudades como nodos de la producción mundial y de los movimientos del capital. Esto impacta en las formas de sociabilidad y cohabitación de la ciudad, primando las relaciones mercantiles frente al uso, tanto de los espacios públicos como de los privados, por parte de los habitantes.

La ciudad distancia los procesos de construir de los de habitar como parte del mismo proceso de complejización de la sociedad, que separa productores de consumidores, creando mediaciones bajo la lógica mercantil, que impone a la necesidad y al deseo las limitaciones o posibilidades económicas de consumo y satisfacción, profundizando la desigualdad sistémica del capitalismo, o mejor expresado, constituyendo el escenario primordial de la desigualdad social.

Construir de acuerdo a los deseos y a las necesidades de los pobladores es una de las limitantes, pero lo entendemos no solo como edificar, sino como toda acción de quienes habitan, que obran, adecuan y crean su hábitat material y simbólicamente.

Vivir es habitar el espacio y su tiempo, como traíamos con Lefebvre (1978), habitar es apropiación, distinto a propiedad, que implica relaciones jurídicas y económicas con los bienes y con las demás personas, que tienen mayores restricciones en la sociedad actual.

Desde esta perspectiva, la apropiación del hábitat y del espacio, como reducción de los límites que el urbanismo capitalista impone a las mayorías, se constituye en proceso y horizonte de transformación social, por constituir una actividad humana, y, en el rescate del valor de uso frente al de cambio. En este sentido, las cooperativas suponen relaciones de apropiación del hábitat que mitigan los constreñimientos que la sociedad capitalista impone, al conjugar la construcción y el habitar, dada su propiedad colectiva, evitar la especulación sobre las viviendas y adecuar su diseño y uso, dentro de los límites del crédito público, a las aspiraciones de sus habitantes. Ello fue recogido en las entrevistas, en las que el proceso de autoconstrucción colectiva, ejercitando la solidaridad, traen la imagen de sacrificio, pero de logro y orgullo. Señalamos los puntos que se destacan en este sentido:

El autogobierno que se desarrolla en los conjuntos habitacionales muestra la sustentabilidad de la acción protagonizada por los habitantes en la utilización y el mantenimiento de los bienes de uso exclusivo y común. A su vez, constituyen formas de apropiación del espacio y de hacer territorio.¹⁰⁷

Las cooperativas develan la potencialidad de una re-existencia, como dice Porto-Gonçalves (2009), y resistencia de las formas dominantes de uso del suelo, relación con los bienes y entre los cohabitantes. En este sentido el espacio es externalización del modo de vida, como sostiene Gualteros Trujillo (2009), con sus capacidades y limitaciones.

Los atributos de la experiencia cooperativa evidenciados en el desarrollo del libro, permean muy poco los territorios cercanos, construyendo fronteras materiales (cercas) y simbólicas con el entorno.

La experiencia urbana de las y los cooperativistas es muy rica, pero muy endógena, por constituir un proceso intenso para los participantes, que incluye todas las etapas del acceso al préstamo, a la construcción y a la permanencia en la vivienda. Esta es una de las claves que explican el desarrollo hacia adentro.

107 «Los habitantes habitan un territorio determinado y con ello lo conforman. Habitando existen: es su manera de estar en el mundo. Los seres humanos existen como habitantes y por ello necesitan construir. Construyen edificando y construyen cultivando. Transforman al territorio en un lugar: lo humanizan, lo cargan de significados e historias. Lo hacen suyo y lo construyen. Tal es la condición esencial del ser humano como habitante» (Urruzola, 2005, p. 23).

También en los distintos contextos territoriales se expresan otras experiencias urbanas con distintas formas de relación con las cooperativas. De las entrevistas surge que entre los cooperativistas de Montevideo la relación es más conflictiva o indiferente, en cambio, en el interior es de mayor integración; las cooperativas son referencias, como se recogía en las entrevistas.

Podríamos pensar que en el diálogo y en la interacción de las cooperativas con el entorno está la potencialidad de la transformación de la ciudad con las características que porta la experiencia cooperativa; por ello el territorio se vuelve espacio de disputa de horizontes hegemónicos con prácticas que no se desligan de la resolución de necesidades y sus cotidianidades.

Los bienes comunes urbanos, en términos de Harvey (2013), se potencian en espacios de apropiación activa de la ciudad por sus habitantes.

Otro punto que captamos fue la consolidación de los conocimientos que los y las cooperativistas evidencian en sus prácticas, por ejemplo, en la construcción de las viviendas, en las formas de organización y en las formas y usos de la propiedad.

Los conocimientos también, como prácticas de identidad y de producción cultural, se expresan en las relaciones vecinales, símbolos e historias que revierten el anonimato y el repliegue individualizado propio de las ciudades contemporáneas. Entendemos en este sentido que la identidad, como configuración narrativa del colectivo, es un elemento diferenciador de otros agrupamientos habitacionales, lo que favorece los procesos colectivos en torno al acceso al hábitat y la permanencia en este. Un aspecto de esto es la constatación de la calidad del mantenimiento de las viviendas y los bienes comunes que las cooperativas llevan a cabo. Ello evidencia el peso de la pertenencia como identidad, y, de la organización que sustentan.

Se recogió la recuperación, en términos positivos, que hacen los cooperativistas de las relaciones de reciprocidad y solidaridad entre los cohabitantes, el ser próximo/prójimo frente a una adversidad individual o colectiva. Tales prácticas portan latente lo común, conforman entramados comunitarios (Linsalata, 2019) que se tornan visibles tanto en acontecimientos en los que se requiere del esfuerzo o apoyo del grupo como en las prácticas que permiten la reproducción de la vida y que no están mediadas por relaciones mercantiles.

También se recogió la sensación de seguridad de los cooperativistas en su entorno y, la fuerte identificación con la comunidad de algunos de ellos. Para los cooperativistas la idea de comunidad aparece con una connotación positiva, y, por el contrario, cuando se cuestiona la experiencia cooperativa por poco comunitaria se hace referencia a los conflictos y a la escasa participación. La comunidad aparece como una organización suprahumana, ilusoria, en la que no se expresan los conflictos o las diferencias. Ello es recurrente en el análisis de la ciudad desde clásicos como Tönnies (1947) o Simmel (2002) hasta en discursos contemporáneos, y está muy presente en la crítica a la

ciudad actual, y también, en los cooperativistas; en los cohabitantes opera, como señalamos, como promesa incumplida, falla o nostalgia.

Sí identificamos relaciones comunitarias en las cooperativas, relaciones de reciprocidad y reconocimiento, en las que lo comunitario surge como cualidad de los vínculos; se dan relaciones de cooperación y solidaridad y no como conformación cerrada, pero también el vínculo comunitario en las cooperativas imprime cambios en el tratamiento de lo común; lo que en la ciudad se expresa como lo de nadie, en las cooperativas surge como lo de todos, evidenciando relaciones distintas en la propiedad comunal, que deberíamos explorar como otra posibilidad distinta de lo público y lo privado.

Las transformaciones en las ciudades, que fueron señaladas, y que operan también en el campo de lo cultural, tienen en las cooperativas una experiencia en la que la apropiación de los habitantes no es con la forma de la propiedad privada, dominante en el resto de la sociedad, y por lo tanto las cooperativas portan la posibilidad de disputar dichas formas hegemónicas en términos jurídicos, políticos e ideológicos. Esta disputa no es explícita, es producida durante el crecimiento de los grupos cooperativos con base en la propiedad colectiva, sin renunciar al acceso y a la permanencia en la vivienda, pero sin que el movimiento cooperativo la aborde suficientemente en esferas públicas ni denuncie el problema de la tierra urbana como uno de los principales límites de la sustentabilidad de las ciudades, como sí lo hizo en la primera mitad de los noventa. FUCVAM lo integra en sus discursos y afirmaciones políticas, buscando el crecimiento y la multiplicación del modelo,¹⁰⁸ sin permear en otras esferas de la sociedad, con otros sentidos de la propiedad colectiva y de la autogestión, más que con la exitosa experiencia de sus programas habitacionales.

Reconociendo la existencia de dicha disputa, entendemos que una ciudad democrática, integrada y sustentable en términos sociales, ambientales y urbanos requiere pensarse en plural, como en las cooperativas, pero, además, que sus habitantes, apropiados de sus espacios, se apropien de su trazado en términos urbanos, políticos, sociales, culturales y éticos.

Los aprendizajes en procesos colectivos: formar/conformar/transformar

Los procesos colectivos que involucran el protagonismo de los sujetos configuran y reconfiguran matrices de aprendizaje, que pueden posibilitar nuevas disposiciones sobre la acción colectiva y lo común.

¹⁰⁸ Como le llaman en FUCVAM a la forma particular que ha adoptado en Uruguay el sistema cooperativo de viviendas por ayuda mutua de usuarios.

Los sujetos, señalamos antes, constituyen su matriz de aprendizaje en la relación con los otros y con el mundo, en la internalización de objetos y conceptos, pero también de relaciones, de aprendizajes y formas de aprender.

La matriz de aprendizaje se constituye en la trayectoria vincular de los sujetos, de su familia, de sus pares, de los espacios donde transitan, que no siempre son colectivos, y por tanto, lo político queda invisibilizado y se expresa en formas culturales o ideológicas de las formas dominantes de la sociedad.

Entendemos que la praxis social tiene porte pedagógico, distinguiendo acciones con intencionalidad educativa de otras que, sin proponérselo, tienen capacidad de provocar aprendizajes y por tanto de generar nuevas experiencias o incidir en la transformación de la cosmovisión que portan los sujetos.

Podemos distinguir una visión restringida de formación vinculada a las instancias convocadas especialmente con objetivos de capacitación o formación, y, una concepción amplia de formación que implica la propia organización, las instancias de reunión, movilización y muy diversas formas de construcción de sentidos, tanto en lo cotidiano como en la lucha social.

La categoría de *experiencia* en las cooperativas de vivienda estudiadas ha demostrado ser idónea y con capacidad heurística para identificar los procesos que pueden generar aprendizajes. Entendemos que es válida en todo proceso colectivo en el que los sujetos son protagonistas. Es una categoría rica, que permite hacer inteligibles las apropiaciones subjetivas de procesos sociales y sus condicionamientos históricos, que evidencian en los procesos colectivos una mayor potencialidad en clave de transformación de las formas de ser de los sujetos y sus condiciones de vida.

Los cooperativistas reconocen una mayor inscripción subjetiva en la experiencia en la etapa de resistencia y lucha contra la dictadura, reforzada en los momentos en que se explicitaron sus objetivos colectivos, los principios que las orientan, la participación colectiva en las decisiones y la asunción de tareas organizativas, tanto en los momentos de lucha como en los de la autogestión. Entendemos que los momentos de lucha, confrontación o resistencia los consolidaron como sujetos colectivos en la experiencia de colocar en la esfera pública sus demandas, sus problemas. En esos momentos no dejaron de lado sus necesidades cotidianas, pero las tramaron en las múltiples determinaciones que las generaron, e identificaron oponentes, alternativas y posibles soluciones.

Destacamos la etapa de la dictadura cívico-militar como ese momento de expresión superior de la lucha del movimiento cooperativo, que se alimentó mediante la identificación de un enemigo común del campo popular, una forma autoritaria de poder a la que combatir, pero también porque ese enemigo atacó a las cooperativas en sus posibilidades de crecimiento cualitativo, con el intento de derogar la propiedad colectiva, y cuantitativo, con la supresión de personerías jurídicas y préstamos. Ello fortaleció al movimiento cooperativo, a su unidad, y fue catalizador del descontento popular y de las

fuerzas militantes que estaban obturadas por la proscripción de los sindicatos, movimientos sociales y partidos políticos.

Fueron momentos que hicieron evidente el enraizamiento, como sostiene Simona Weil (en Caldart, 2011), de los problemas en el vínculo de determinación con su contexto político, económico e ideológico-cultural, y por otro lado se enraiza como proceso histórico, en la conformación de un sujeto colectivo con capacidad de producir cambios en su curso.

Esos momentos fueron los de mayor producción cultural, en términos de construcción de una identidad como movimiento, que generaron discurso propio y recrearon las formas instituidas del cooperativismo en clave política. Ello exigió cierta desestructuración de formas alienadas de concebir las relaciones sociales, sobre todo de las formas manipuladoras, autoritarias y efectivistas del poder, en las que predomina un poder *sobre*, como medio de dominación, en lugar del poder *para*, como medio de transformación.¹⁰⁹ Dichos procesos, no exentos de contradicciones, son atravesados por ambivalencias que exponen la tensión que se produce en las disputas hegemónicas, pero pueden construir nuevas relaciones con el saber, en las cuales la experiencia revela nuevas pertenencias con el mundo y con los otros, reduciendo las heteronomías de la sociedad instituida al instituir territorios de autonomía.

Estas maneras de instaurar relaciones del presente con el futuro configuran espacios de producción cultural a partir de la proyección de las experiencias en praxis política, en formas organizativas populares, en nuevas relaciones sociales y formas novedosas de desplegar sus señas de identidad.

Las cooperativas con las formas de propiedad colectiva, con el sostenimiento de ser usuarios y con la autogestión que implica el protagonismo de los sujetos, pueden ser identificadas como prácticas que aumentan la autonomía —que siempre es relativa, como sugiere Williams (1980)— de formas culturales dominantes. Por eso recuperamos la idea de Aulinger del aprendizaje como trasgresión del orden dado, disrupción del pensamiento heredado, de significar distinto al mismo tiempo que precisa reconocer lo ya instituido (en Monner Sans, 2011).

Las prácticas colectivas, cotidianas, organizativas y de gestión de lo común son factualizaciones de alternativas, en términos de Tapia (2008), o formas prefigurativas (Ouvina, 2012) en las que los sujetos experimentan nuevas prácticas con contenido político-pedagógico, prácticas en las que no siempre se advierte lo que está naciendo.

Los sentidos incorporados por la experiencia se hacen carne en los cooperativistas y sedimentan otras miradas sobre su propio saber, socavando la

109 Son útiles y amplios en este sentido los aportes de José Luis Rebellato (1999) sobre pedagogía del poder, como componente de prácticas de educación popular de elucidar los usos, las formas y los alcances de quienes son dirigentes o representantes en organizaciones populares, para transformar prácticas autoritarias y concentradoras del poder.

subordinación frente al saber legitimado de los técnicos asesores y autoridades institucionales, y, frente a las formas dominantes de diferenciar a los que saben de los que ignoran.

La experiencia marca, construye huellas, permite suspender lo cotidiano para hilar las necesidades con la memoria y las alternativas de resolución con lo *inédito viable* que refiere Freire (1970).

La categoría de *experiencia* que tomamos de Thompson (1981) es complementaria con lo que Williams, en *Marxismo y literatura* (1980), aporta con la idea de *estructuras del sentir*, a partir de la cual permite visualizar la materialidad de la experiencia como vivencia y saber en los sujetos, para resolver una falsa dicotomía entre *lo pensado* y *lo sentido*, reconociendo que conocemos a través de la emoción y sentimos a través del conocimiento.

La vivencia presente con lo atesorado afirma el aprendizaje y es cargada de buenas o malas valoraciones de acuerdo al agrado o no de la experiencia y a la relación con los otros sujetos de la experiencia. En los procesos colectivos los componentes emotivos del saber no se disocian, por el contrario, se conjugan, y, al objetivarlo, lo fortalecen y animan.

En los tiempos actuales, en los que la interrelación cobra un valor mayor que en épocas anteriores a la globalización capitalista, el reconocimiento de una identidad común es tan central como su constitución; por ello en la construcción de lo colectivo juegan tanto lo externo como lo interno, los sentidos y los conocimientos, lo dicho y lo acontecido.

En lo que refiere a otros procesos de formación, analizados en la revisión bibliográfica, el movimiento cooperativo de vivienda no buscó, como sí lo hizo el MST, formar a sus propios técnicos, ni conformar sus propias escuelas o centros de educación formal.

En Uruguay, por una fuerte presencia del Estado y legitimidad de la mayor parte de las instituciones, existe una fuerte diferenciación entre la educación formal y la formación política del movimiento, entre la formación técnica y la formación política, como esferas independientes.

Si bien a lo largo de su historia FUCVAM ha modificado sus objetivos y modalidades de formación, integrando cursos de gestión y de herramientas para el funcionamiento de las cooperativas con otros de carácter más político, de formación de cuadros, hemos observado que la situación y las necesidades concretas de las cooperativas han generado la priorización de los cursos vinculados a la gestión cooperativa por sobre los de carácter político. Esto no ha inhibido que ambos se transversalizaran, que la gestión, que implica autogestión y protagonismo se haya politizado y, que la formación política se haya desarraigado de la experiencia de construir y habitar.

Otra tensión que se ha dado tiene que ver con el carácter formativo de la lucha en relación con las otras instancias formativas, que ha enfrentado a dirigentes y técnicos. Este enfrentamiento se ha superado al separar los ámbitos y segregar los actores. Es decir, la trayectoria de educación cooperativa que

integró FUCVAM, que se analiza, muestra que las diferencias entre la formación aportada por los técnicos, que siempre fueron cooperativistas, y la de los cooperativistas militantes, se ha resuelto con la sustitución o el relego de los primeros en diferentes momentos de dicha trayectoria. Este sería un elemento interesante a profundizar en nuevas investigaciones.

Los testimonios recogidos en la bibliografía, en los documentos institucionales y en las entrevistas no nos permiten agrupar las experiencias como claras regularidades. Sí distinguimos una valoración más positiva de la experiencia y una mayor apropiación de los conocimientos en las cooperativas de más años, en las cuales los aprendizajes se sostienen en el tiempo y se extienden a otros campos como los servicios, la organización o la autogestión de otras necesidades.

En las cooperativas más nuevas existe una restricción de la experiencia a la gestión del conjunto habitacional, seguramente por una identidad más débil, como se recogió, y con una menor narrativa común. Entendemos que esto se debe, sobre todo, a los cambios en el contexto histórico de su surgimiento y desarrollo y, a las relaciones que se han podido establecer entre el origen y la experiencia, lo que será analizado con mayor profundidad en el próximo punto.

La experiencia cooperativa y los aprendizajes

La experiencia cooperativa ha sido una solución de alta calidad habitacional para más de treinta y ocho mil familias uruguayas, que han construido aprendizajes y sentidos comunitarios que potencian dicha experiencia. Aproximadamente otras catorce mil están en obra o gestionando el préstamo (ANV, 2019).

La calidad de las construcciones perdura gracias al mantenimiento y al cuidado de los bienes comunes que se registra en los conjuntos cooperativos. Esto lo diferencia de otros programas públicos de vivienda, dado que en las cooperativas la estructura organizativa y la pertenencia, aspectos que surgen de los testimonios, favorece la apropiación y el uso y mantenimiento de lo común. Para eso la identidad colectiva, construida en la ayuda mutua, y la autogestión operan como elementos favorecedores. Como sostienen Rebellato y Giménez:

El sentimiento de pertenencia contiene el germen del compromiso con el todo en el cual uno se siente incluido. Saber que se es parte de algo es también en potencia, saber que ese algo se construye también con mi aporte. Por tanto, se desprende una actitud de compromiso y responsabilidad por los efectos de mi acción, es decir, por las consecuencias de mi singular modalidad de incluirme-influir en ese todo (1997, p. 128).

Si bien todos los entrevistados reconocen que primero fue la necesidad de vivienda, reconocen también que el hacer juntos fue un descubrimiento del proceso que potenció el saber hacer juntos.

La fortaleza de dichos aprendizajes se explica porque la vivienda es un satisfactor vital para la reproducción de las familias que no se agota en el consumo inmediato y que sustenta gran parte de las acciones cotidianas, acompañando los ciclos de vida. Si bien la vivienda contiene muchos sentidos, observamos que, en las cooperativas cuyos integrantes entrevistamos, aparece como un satisfactor sinérgico, en términos de Max-Neeff (1998), ya que la experiencia ha construido identidad, participación y otras necesidades resueltas.

Tanto la historia como los símbolos de identidad operan fortaleciendo los lazos, construyendo, en las cooperativas de más años, una mística que envuelve una identidad colectiva, que actúa como reserva comunitaria. Son muy importantes los acontecimientos vinculados a la obra, en los cuales surge gran parte de la significación de la experiencia comunitaria, tanto sea para valorarla en términos positivos, como para identificar los problemas. Estos operan como fortalezas a la interna de las cooperativas, pero a su vez, como ya se dijo, construyen fronteras con el entorno barrial, siendo pocas las experiencias que trascienden su organización a otros espacios que no sean los propios de las cooperativas. Sí trascienden en términos de saber ser y hacer cooperativa, para multiplicar la experiencia en otros grupos o difundir las experiencias, pero no para intervenir en otros espacios de la ciudad, ni siquiera en los próximos a los conjuntos cooperativos.

La autogestión, la propiedad colectiva y la organización quedan subsumidas, en la mayor parte de los relatos, en la identidad de ser cooperativas de ayuda mutua, lo que engloba el resto de las características de la experiencia.

El orgullo por la autoría de la construcción y la valoración del proceso operan como elementos centrales de la pertenencia, pero también como diferenciadores hacia los socios que ingresaron posteriormente, a quienes se les atribuyen los problemas de participación en la cooperativa. Es reiterada la referencia a los *nuevos* como los que no participan y no recrean el *espíritu cooperativo* al no asumir la tarea de la transmisión de los que permanecen. Similar atribución se registra hacia los otros vecinos, *los de afuera*.

Este mecanismo de explicar los problemas de las cooperativas atribuyendo a algunos de sus integrantes la responsabilidad de las dificultades de la participación y del sostenimiento de la vida comunitaria prescinde del contexto histórico y de las formas de participación predominantes en la sociedad.

Referíamos que en los testimonios recogíamos una vivencia ambigua en relación con los sentidos de pertenencia y de sentimiento comunitario a la vez que cierto desencanto como una falla del grupo en su despliegue cooperativo, no sobre el sistema, sino con una de sus promesas: la comunidad integrada y participativa. Esta idea de comunidad como relación social a recuperar

está presente en muchos relatos sobre la ciudad, y las cooperativas tienen en ella una promesa. Opera además cierta nostalgia, que también prescinde de los contextos, y que se espera del grupo cooperativo, colocándose los que la reclaman afuera de él, una participación mayor e involucramiento en las cuestiones comunes.

Las cooperativas de mayor antigüedad construyeron una narrativa valorando su origen y la obra. En esta narrativa las diversas formas de resistencia a la dictadura militar posibilitaron una épica que refuerza esta idea melancólica del pasado mejor.

Como se ha dicho, los momentos de lucha y la presencia pública del movimiento cooperativo han permitido construir hitos o acontecimientos que formaron una identidad colectiva que fortalece a sus miembros como sujetos, constituyendo saltos cualitativos en los procesos individuales y colectivos de los participantes. Dichos momentos también han operado resignificando características de la experiencia como la propiedad colectiva, la autogestión o la organización y desplegando su carácter político y estratégico en términos de hegemonía cultural.

Entendemos que la distancia entre las posibilidades del pasado del movimiento cooperativo y las restricciones del presente no permiten una proyección que recree dichas posibilidades.

Parte de la responsabilidad de la realidad de las cooperativas se atribuye a la formación aportada por los técnicos de los IAT o a su ausencia, y, a la generada por FUCVAM. Los cooperativistas entrevistados también entienden que la clave del despliegue de la experiencia cooperativa está en la formación. Resulta contradictorio que en el presente no se releven prácticas educativas en las cooperativas ni que se identifique su praxis organizativa o social con intencionalidad pedagógica.

En las entrevistas, la experiencia de la solidaridad se reconoce como presente o latente, y se experimenta un sentimiento de seguridad y de protección en la cooperativa.

Los cooperativistas reconocen y sostienen la organización y el conocimiento de los canales para vehicular nuevas necesidades o problemas que les surgen. Mantienen las comisiones en funcionamiento¹¹⁰ y siguen convocando a asambleas para tratar los temas comunes; estas son expresiones de un autogobierno en el territorio que sostiene la calidad de vida de los cooperativistas. Ello permite resolver gran parte de las nuevas necesidades colectivas, y, fundamentalmente, mantener y mejorar los bienes comunes, para lo cual en algunas cooperativas los cooperativistas cumplen horas de trabajo voluntarias en forma periódica. Asimismo, la propiedad colectiva permite el control sobre los socios que renuncian y los que ingresan a la cooperativa, así como sobre

110 No conocimos en profundidad la intensidad y la frecuencia del funcionamiento de las comisiones y si lo recogido es generalizable al movimiento cooperativo.

su comportamiento y uso de los bienes de uso exclusivo o privado, y sobre el uso de los bienes comunes. También evita la especulación sobre el valor de la vivienda, con lo cual las cooperativas entrevistadas resistieron la tentación que ofrecía el mercado para sobrevalorar la vivienda más allá de la parte social de cada cooperativista, constituyendo una batalla colectiva contra la lógica mercantil predominante. Este hecho, no menor, configura experiencias que integran formas novedosas de propiedad y de organización en el territorio y es uno de los nudos de la hegemonía capitalista; para los cooperativistas lo propio es común y no es ajeno. Esto no implica que no estén atravesados por procesos contradictorios de la cultura hegemónica; utilizando la idea de Williams (1994), podemos sostener que son culturas subordinadas en tanto son parte de la clase trabajadora, pero no de subordinación. Dicha porción de insubordinación, de editar lo viable, permitió constituir y construir la experiencia cooperativa, la imaginación de los primeros técnicos del ccu, de los cooperativistas que abrazaron la idea sin tener referencias históricas previas. Las formas de lucha y de organización para sostenerla y defenderla integra en sus experiencias la posibilidad de recrearla en los tiempos actuales.

En síntesis, la experiencia cooperativa, en sus distintas manifestaciones, es la que genera importantes aprendizajes y, la reconfiguración de las matrices de aprendizaje de sus participantes.

Conclusiones

El libro recorrió nociones y categorías con desiguales niveles de abstracción, con el propósito de ir organizando y problematizando la lectura del objeto; una de ellas fue la valoración de la experiencia como forma de saber y como circunstancia y práctica que viven los sujetos, que en condiciones determinadas conforma su subjetividad. Para ello fue necesario contextualizar e historizar los procesos analizados. Recuperar las experiencias de los cooperativistas, sus saberes, permitió develar algunos aprendizajes que toman forma sintética de conclusiones en este trabajo.

Una primera conclusión refiere al campo teórico-metodológico y se vincula con la capacidad heurística de la categoría *experiencia* de Thompson (1981) que, fundada en el materialismo cultural de base gramsciana, permite develar lo producido en los sujetos en la relación entre los contextos estructurales en los que están inmersos y los procesos de producción de subjetividad. Esto contribuye a romper dicotomías planteadas entre la estructura y la cultura, lo objetivo y lo subjetivo, o entre lo macro y lo micro.

Una segunda conclusión es que las cooperativas de vivienda constituyen una solución de alta calidad habitacional que comprende a más de 50 000 familias, en distintas etapas en Uruguay, y que esta solución tiene componentes comunitarios relevantes. Estos componentes refieren a sentidos de

pertenencia y a sentimientos de seguridad, tanto habitacional como frente a la inseguridad pública, tan presente en los discursos sobre lo urbano en la actualidad. En este sentido surgen relatos sobre la solidaridad entre los socios y para con otros, sobre todo frente a eventualidades como enfermedades, incendios o pérdida de puestos de trabajo.

Se evidencia como aprendizaje una práctica comunitaria que surge del hacer juntos, del reconocimiento de los vecinos y de la historia común. Esto es más notable en las cooperativas más antiguas, que han construido una mística sobre la experiencia que envuelve diferentes hechos y logros en un relato colectivo y una fuerte identidad, en contextos históricos particulares. El aprendizaje también está potenciado por la centralidad que ocupa la vivienda en la vida de las personas y, por lo que se construye cotidianamente como convivencia y reconocimiento.

Un aspecto que se destaca es la constatación del buen mantenimiento de las viviendas y los bienes comunes en las cooperativas, producto del sentimiento de pertenencia, los aprendizajes y la identificación con lo común, y de contar con canales accesibles, confiables y democráticos en la organización para la resolución de los problemas y retos comunes.

Otra conclusión relacionada con la anterior es que los mayores aprendizajes se produjeron cuando la experiencia se tensionó con situaciones extremas vinculadas a la obra, al esfuerzo mancomunado; aquí la ayuda mutua es la expresión de lo colectivo y el esfuerzo familiar en el marco de la organización. Los mayores aprendizajes se originan durante la etapa de la obra, a partir de la noción de experiencia; se hacen cooperativistas en el ejercicio de la cooperación.

La experiencia, muy rica y a su vez muy endógena, insta un proceso intenso para los involucrados, lo que explica en parte el desarrollo hacia adentro que se observa en las cooperativas y que se materializa en cercos simbólicos y físicos que las separan del entorno.

Otro ejemplo de las experiencias extremas que referíamos es el de la lucha del movimiento cooperativo contra la dictadura cívico-militar, por un lado, porque fue una resistencia al autoritarismo, al control represivo y a la destrucción del sistema cooperativo, pero por otro, porque la movilización, la explicitación de la propiedad colectiva y el valor del cooperativismo colocó a los sujetos como protagonistas de la experiencia y promovió la reflexión sobre ella.

En el proceso de lucha, en el que se construyen argumentos, se identifican las trabas de la coyuntura y, las condicionantes estructurales; en este proceso la experiencia incorpora nuevos valores, conocimientos y visiones sobre el mundo. Esos momentos fueron los de mayor producción cultural, en los que se forjó un discurso propio y se recrearon los sentidos instituidos del cooperativismo en clave política. Fue cuando se conjugaron con mayor expresión una valorización de la historia común, como memoria, y una proyección

al futuro, como utopía. Compartimos con Zemelman y León (1997) que, en esta relación de experiencia, memoria y utopía como visión del futuro, está la constitución de la subjetividad.

También se identificaron aprendizajes en otros momentos en los que la lucha y la expresión colectiva de la acción tomaron escena pública.

Una cuarta conclusión es que las dificultades observadas en las cooperativas, en la convivencia y en el despliegue del sistema, son visualizadas por los cooperativistas como una falla en el desarrollo, como una promesa incumplida. Esto explica cierto desencanto presente en las entrevistas, de las que surge la relevancia de la formación que tuvieron en materia de construcción y autogestión, negando a los nuevos socios ese aprendizaje y responsabilizándolos de *la falla*, lo que se transforma en un imposible, porque dicha experiencia no se puede reeditar. En esta negación y responsabilización no se contextualizan las formas de participación predominantes ni se consideran las condicionantes actuales, que no favorecen la experiencia en términos colectivos.

Otra conclusión es que la fortaleza de los aprendizajes está en las propias características del sistema cooperativo analizado: la ayuda mutua, la propiedad colectiva y la autogestión. Los cooperativistas recuperan los saberes generados en la experiencia de la autoconstrucción colectiva, en la autogestión y en su condición de usuarios, que matiza y jerarquiza sus saberes en relación con los de los técnicos asesores y las autoridades institucionales.

Una última conclusión es la relativa al valor atribuido a la formación, tanto en las prácticas realizadas por los IAT o por FUCVAM, con intencionalidad educativa, como los otros espacios y momentos de formación que surgen de la experiencia, en los que las cooperativas, en su organización y práctica cotidiana, develan su capacidad pedagógica en sí mismas.

En FUCVAM la formación es entendida por sus actores como un componente político de su propia organización, y si bien en su trayectoria tuvo diferentes espacios e intenciones, surgen tensiones entre el valor formativo de la lucha y las instancias formativas en sí, en el lugar que los técnicos cooperativistas y los cooperativistas militantes tienen como agentes de formación y en la formación técnica o de gestión y la formación política. Estas tensiones fueron configurando campos problemáticos en la organización que no favorecieron el fortalecimiento de un espacio educativo sólido y efectivo en FUCVAM.

Por último, queremos abrir la reflexión para plantear nuevas líneas de indagación que surgen del análisis final de lo producido.

Se señaló el carácter educativo de toda política social habitacional; sería muy interesante profundizar la investigación sobre los efectos de las políticas habitacionales en la construcción de subjetividad, el diferencial de la ayuda mutua y sus usos.

Por otro lado, dada la reducida escala de Uruguay, sería relevante analizar la experiencia de las cooperativas de vivienda en Uruguay en relación con

otras experiencias de uso y producción social del hábitat con protagonismo de los sujetos en la construcción y apropiación de las viviendas en América Latina. La investigación se nutriría de nuevos matices y profundidades con perspectivas etnográficas que, en el marco de equipos de investigación interdisciplinarios, develen los cambios en la subjetividad de los cooperativistas en el proceso de conformar, construir y habitar sus viviendas. En este sentido es importante el análisis del valor humano, económico, colectivo y cultural de la ayuda mutua y la autogestión, para pensar sus efectos y potencialidades en el sistema cooperativo.

Desafíos de la experiencia cooperativa y sus aprendizajes

La historia del cooperativismo de vivienda en Uruguay que se analizó a lo largo del libro muestra una rica tradición de construcción colectiva, lucha e imaginación política. No obstante, entendemos que esa imaginación y la capacidad de aprovechar las oportunidades actuales no logran animar al movimiento cooperativo a proyectar su desarrollo en un contexto histórico, sociopolítico y cultural diferente.

El movimiento cooperativo parece haber perdido fuerza creadora en un claro proceso de institucionalización, disminuyendo su capacidad instituyente.

En más de cincuenta años de existencia del sistema cooperativo de vivienda, la sociedad ha cursado procesos de transformación muy veloces, como fue señalado, en la producción, la tecnología, las ciudades, las relaciones sociales, las familias, la vecindad, el trabajo y la subjetividad. Las formas que ideó el legislador, en 1968, y las prácticas de los cooperativistas que constituyeron el sistema: la ayuda mutua, el ahorro previo y las formas de organización de las cooperativas se mantienen sin cambios en la actualidad.

Los distintos actores (FUCVAM, IAT, decisores y técnicos institucionales) atribuyen el problema actual del sistema al perfil de los cooperativistas, (sobre todo el de los nuevos), a los valores ajustados del préstamo para construir o al trabajo que despliegan los IAT, según quien haga el análisis. No hay duda de que esos son motivos que inciden en los procesos y sus efectos, pero hay otros componentes que tensan las experiencias cooperativas y que no se identifican, como los cambios en la relación del Estado con la sociedad civil, en la configuración dinámica de las ciudades, como se analizó, en las transformaciones en el mundo del trabajo, en la sociabilidad y en los arreglos y funciones que adquieren las familias en la actualidad.

Primero, la relación entre Estado y la sociedad civil siempre está en tensión. La izquierda gobierna en Uruguay en los últimos 15 años y ha aumentado la inversión en políticas sociales y económicas, y entre ellas, en las habitacionales, reconfigurando el lugar de las organizaciones y los

movimientos sociales en la disputa de la dirección política y cultural —en términos gramscianos— y los bienes públicos.

La sociedad civil no está robustecida por las organizaciones ni por los movimientos sociales, y la mayor parte de las ONG está ligada al Estado en la cogestión de políticas sociales. El movimiento cooperativo ha conseguido sostener muchas de sus reivindicaciones y permear la estructura estatal para consolidar la política y el financiamiento de los créditos públicos. Pero no representa el hábitat popular en toda su extensión, y además, incorpora intereses de otros sectores que están en relación conflictiva con el acceso a la vivienda y la permanencia en esta.

Otro aspecto que tensa las experiencias cooperativas son los cambios en las ciudades, ya analizados. En nuestro país el proceso de urbanización alcanza al 94,65% de la población (INE, 2011), lo que agrava el desarrollo urbano capitalista que apila la población en las ciudades inscribiendo la estratificación social en el territorio y generando desigualdades inéditas. Montevideo y las capitales departamentales más importantes expresan las manifestaciones urbanas de la cuestión social, y esta es una de las causas principales de los límites que encuentran las políticas públicas para reducir y erradicar la pobreza.

Las cooperativas, ubicadas en todo el territorio nacional, pueden contribuir a replicar su sociabilidad comunitaria en entornos urbanos más amplios, y no ser un agente más de la fragmentación. Es acertado rescatar las ideas de la propuesta de reforma urbana levantada por FUCVAM en la década del noventa, para comprender los procesos de la ciudad y denunciar sus desigualdades.

También desplegar el uso, gestión y acceso a los servicios que han construido en las cooperativas grandes o barrios intercooperativos, como bibliotecas, centros culturales, gimnasios, policlínicas, salones comunales, entre otros, para potenciarlos en entornos barriales amplios.

Los barrios cooperativos que se han constituido en las últimas décadas o las zonas donde se han asentado muchas cooperativas, algunas identificadas como *el barrio de las cooperativas*, no han optado por la creación de servicios complementarios en sus salones comunales, o por edificar juntos algunos bienes comunes o infraestructura. Si bien la forma de adjudicación del préstamo público constituye una limitante, no han surgido iniciativas en ese sentido desde las cooperativas o desde su representación político-gremial.

Los cambios en el mundo del trabajo son las principales causas de las mudanzas en la ciudad y en la sociabilidad. La sociedad salarial (Castel, 2004), que basó la integración y el sistema de protección social en el trabajo, se quebró con la segmentación mundial de la producción, la desindustrialización, las discontinuidades de las trayectorias laborales y la heterogeneización de las modalidades de trabajo. Esto impone dificultades en las formas de organizar la ayuda mutua, por horarios y descansos semanales rotativos y variados, ingreso masivo de la mujer al mercado de trabajo y formas de subempleo o multiempleo, problemas que muchas veces se exponen como

falta de voluntad o desinterés del cooperativista, no contextualizando las dificultades existentes en relaciones sociales más amplias. Por eso la ayuda mutua se vive como esfuerzo, desgaste y sobreexplotación de las energías, tal como fue señalado por los cooperativistas que construyeron en la última década. Entendemos que esto limita la visualización de algunas de sus virtudes por parte de los cooperativistas que han realizado la experiencia de obra en tiempos recientes. Ya hemos señalado que no es visualizado así por las generaciones de cooperativistas anteriores, que la idealizan.

Otro de los cambios observables se produjo en la sociabilidad, como fuera analizado. Se fragilizaron los lazos entre las personas, distintas generaciones y agrupamientos, mercantilizando las relaciones, en las que prima el consumo. Casi tres décadas de neoliberalismo generaron no solo transformaciones productivas y económicas, sino que impactaron fuertemente en el ámbito cultural y ético, profundizando el individualismo y debilitando las opciones colectivas.

Las cooperativas, no exentas de dichas dificultades en sus conformaciones colectivas, sostienen una experiencia mediada por la autogestión y la propiedad colectiva, lo que favorece una construcción cotidiana de lo común como necesidad de la organización y forma de convivencia.

Reconocer, hacia adentro y afuera, es decir, hacer visibles la organización, los servicios sostenidos por los conjuntos y grandes cooperativas y la solidaridad y reciprocidad de los que cohabitan son formas de resistir la hegemonía individual y favorecer diálogos en territorios fragmentados y de alteridades heterogéneas.

Un impacto de los cambios en la sociabilidad se verifica en la modificación en los arreglos y funciones familiares. En parte se han democratizado, aún insuficientemente, las relaciones entre géneros y generaciones, aunque perviven formas violentas de relacionamiento. Se ha extendido una diversidad de estructuras familiares que tensionan las formas tradicionales de habitar y que muchas veces impacta en las cooperativas en sus diferentes etapas. No obstante, encontramos que se piensa muy poco tanto en la convivencia como en los procesos de las obras, en los ciclos de vida, en los cambios en la composición familiar y en el lugar que ocupan los jóvenes y las mujeres en los espacios de las cooperativas y en las posiciones dirigentes.

Las mujeres se han ganado cierto lugar en las cooperativas; se valora su aporte en las obras, pero en la mayor parte de las cooperativas relevadas y conocidas ocupan lugares subordinados y tradicionales, realizando tareas de secretaría, en la Comisión de Educación, Fomento e Integración Cooperativa o en otras acciones de socialización y cuidado comunitario (guardería de obra, comisiones de policlínica o en organizaciones de eventos).

Los distintos momentos reseñados nos permiten inferir que la experiencia se potencia a partir de los momentos de lucha, durante los que se explicita el carácter político de la gestión cooperativa hacia adentro y hacia afuera del movimiento.

Significar los problemas y las demandas en la esfera pública los coloca en el campo de lo político, pero conectados con las necesidades y las formas que se expresan en las cooperativas, eso sí, ubicando las determinaciones, las causas y sus alternativas de solución en escenarios de confrontación, lucha y disputa ideológicas.

Existen, como en todo proceso colectivo, espacios que son de socialización política, es decir, espacios en los que se incorporan prácticas, discursos y proyectos direccionados por problemas comunes que tienen su resolución en esferas más amplias. Cuando estos espacios se tornaron explícitamente contrahegemónicos, con potencia transformadora, fue cuando el movimiento cooperativo de vivienda dio un salto cualitativo de la experiencia cooperativa de la necesidad a la experiencia cooperativa política.

La experiencia de constituirse en sujetos colectivos imprime mayores aprendizajes, favorecidos por los debates sobre la propiedad colectiva no en términos heterónomos, como aparece en su origen, sino significando políticamente la autonomía de elegir ser usuarios. Lo mismo sucede con la autogestión y la ayuda mutua: pasar del orgullo de lo construido con el propio esfuerzo a la defensa de la autonomía y de la autoridad sobre sus actos implica una producción simbólica mayor. Esto sucedió especialmente en la dictadura y en los primeros años de la restauración democrática, porque la resistencia reivindicaba una re-existencia —en términos de Porto-Gonçalves (2009)— como definición de la forma colectiva de ser y permanecer.

La dialéctica de la experiencia y la formación, desde la perspectiva que contribuye Thompson (1981), en las acciones colectivas, muchas veces se convierte en experiencias educativas, permea la subjetividad, donde la socialización de la política es formación, a partir del repertorio de demandas de la organización, de explicitar sus principios y finalidades, de conocer y ejercer cargos o tareas, de representar a sus compañeros y de construir un discurso colectivo hacia afuera, como fue visualizado en las entrevistas y testimonios recogidos en las publicaciones.

La experiencia transforma a los cooperativistas de hacedores de sus viviendas a hacedores de procesos colectivos que tienen a la vivienda como punto de partida, pero que está animado a ir a más cuando el horizonte de un proyecto social más amplio es asumido y defendido. Por eso los momentos de lucha contra la dictadura, de lucha por los préstamos, por poder construir, por pagar una cuota justa son momentos de crecimiento, no solo para el movimiento, sino para los participantes.

Pertenecer a un colectivo mayor supone romper y a la vez partir, del primer nivel de participación que es la cooperativa, y por ello es tan valorado por los cooperativistas, que encuentran en otras situaciones parecidas por lo cual su experiencia se convierte en saber útil para otros.

Retomando con Zemelman (2007) la tríada constitutiva de la subjetividad: memoria, experiencia y utopía observamos claramente que la memoria

es un recurso central en el dimensionamiento de las experiencias, en las posibilidades de ampliar los círculos de satisfacción y de resguardo, a veces nostálgicos, de la pertenencia a un colectivo.

Tanto las cooperativas como FUCVAM, entendemos aún en forma escasa, han escrito, registrado algunos relatos de los orígenes de las cooperativas, de los procesos de construcción de las viviendas y de los grupos, lo cual constituye una práctica rica que potencia con seguridad la subjetividad colectiva.

La experiencia, en los diferentes momentos reseñados, enriquece el presente de los participantes, con la incorporación de nuevas formas de vivir el cooperativismo, organizándose, cooperando con otros, construyendo, autogestionando, luchando, resistiendo.

Pero fue en los momentos en los que la utopía jugó, a veces con claridad, otras como presentimiento de ese *nuevo amanecer*, cuando los cooperativistas incorporaron una visión de futuro, de proyecto, que no se acabó en las viviendas, ni siquiera en su mantenimiento, sino que se proyectó desplegar la autogestión y la propiedad colectiva a horizontes sociales más amplios, lo cual es expresado fundamentalmente en su expresión política: FUCVAM, pero también en expresiones artístico-culturales o en los momentos de auge de la lucha.

Recrear nuevos horizontes parece el desafío del movimiento cooperativo para contribuir al surgimiento de lo nuevo.

Las cooperativas, que se enorgullecen del reconocimiento en el ámbito nacional e internacional, tienen la potencialidad de transformar el reconocimiento en autoconocimiento, en debate abierto y fraterno, como tributo a los cooperativistas y técnicos que, en diferentes momentos de estos primeros cincuenta años, pusieron ideas, rostros, nombres y trabajo a la utopía y la llamaron cooperativa.

El desafío es defender y mantener los principios cooperativos, tensándolos en el diálogo con el momento actual, y saber que en la reinvención del sistema cooperativo está la posibilidad de seguir construyendo la historia.

Referencias bibliográficas

- ABBADIE, L., ÁLVAREZ, H., BOZZO, L., CALONE, M., NAHOUM, B., RODRÍGUEZ, L., SERÉ, T., SORIA, C., y TORÁN, S. (2014). Veinte años de cooperativas de ayuda mutua. La importancia de los colectivos. *Revista Vivienda Popular*, (27). Recuperado de https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20500.12008/27841/1/05_Abbadie_36-45.pdf.
- ACOSTA, Y., CASAS, A., FALERO, A., y ROSSI, V. (Coords.) (2014). *Sujetos colectivos, Estado y capitalismo en Uruguay y América Latina: perspectivas críticas*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- AGAMBEN, G. (2007). *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*, 2.^a ed. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- AGENCIA NACIONAL DE VIVIENDA (ANV) (2019). *Memorias institucionales*. Recuperado de www.anv.gub.uy/memoria-institucional/memorias-2010-2019
- ALDEROQUI, S. (2009). Pasajes a la ciudad: el derecho a la herencia. En G. DIKER y G. FRIGERIO (Comps.), *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos: un concepto de la educación en acción*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- ALONSO, N., SARACHU, G., y VALLÉS, R. (coord.). (2016). *Participar o no participar, esa es la cuestión: dos modelos de producción habitacional y sus resultados*. Montevideo: CSIC, Universidad de la República.
- ÁLVAREZ, M., MACHADO, G., ROCCO, B., y RODRÍGUEZ, A. (2014). Los límites de la política y la política de los límites en la urbanización capitalista. En: A. RODRÍGUEZ, A. CASAS, Y. ACOSTA y V. ROSSI, *Sujetos colectivos, Estado y capitalismo en Uruguay y América Latina: perspectivas críticas*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- ALZUGARAT, A., SCORZO, S., y MARTÍNEZ, C. (2000). *Germinal Azaretto. Un vecino solidario*. Montevideo: IM-Ediciones de la Banda Oriental.
- AUGÉ, M. (1996). *Los «no lugares». Espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BARAIBAR, X. (2013). *Territorio y políticas*. Documentos, (5). Montevideo: Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra. Recuperado de <http://institutojuanpablotertra.org.uy/documentos/Documentos-5-Territorio-y-politicas-sociales-Ximena-Baraibar.pdf>.
- BAUMAN, Z. (2002). *En busca de la política*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- (2003). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- BENJAMIN, W. (1991). El narrador. En *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.
- CALDART, R. S. (2011). El MST y la formación de los sin tierra: el movimiento social como principio educativo. En: V. REZENDE y R. CALDART, *Textos complementarios de lectura: educación popular y movimiento social*. Buenos Aires: Centro Nueva Tierra. Recuperado de http://www.nuevatierra.org.ar/materialesmapas/tmp/13/EC-ff_DOCUMENTO12.pdf.

- CARBALLAL, S., y CHÁVEZ, D. (1997). *La ciudad solidaria: el cooperativismo de vivienda por ayuda mutua*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- CASAS, A. (1999). *Sociedad civil, movimientos sociales y redes de ONG: estudios del Uruguay contemporáneo* (Tesis de Maestría). Montevideo: Universidad de la República-UERJ.
- CASTEL, R. (2004). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTORIADIS, C. (1993). *El mundo fragmentado*. Montevideo: Editorial Altamira-Nordan Comunidad.
- CECILIO, M., COURIEL, J., SPALLANZANI, M., BOMBACI, M. y MEDINA, M. (1999). *La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo: áreas ocupadas por los sectores de población de bajos y medios ingresos*. Montevideo: FARQ, Universidad de la República.
- CERLETTI, A. (2008). *Repetición, novedad y sujeto en la educación: un enfoque filosófico y político*. Buenos Aires: Del Estante Editorial.
- CHARLOT, B. (2007). *La relación con el saber: elementos para una teoría*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- CHAVEZ, D. (comp.) (1990). *FUCVAM: la historia viva, testimonios de organización y lucha: el cooperativismo por ayuda mutua en Uruguay*. Montevideo: FUCVAM-Nordan Comunidad.
- CICCOLELLA, P., y MIGNAQUI, I. (2009). Capitalismo global y transformaciones metropolitanas: enfoques e instrumentos para repensar el desarrollo urbano. En: H. Poggiesse y T. Cohen Egler (comps.), *Otro desarrollo urbano: ciudad incluyente, justicia social y gestión democrática*. Buenos Aires: Clacso.
- CORNU, L. (2002). Responsabilidad, experiencia y confianza. En G. Frigerio (comp.), *Educación: rasgos filosóficos para una identidad*. Buenos Aires: Santillana.
- CURES, O., DA CUNHA, N. y PORRINI, R. (1998). *Desde abajo: sectores populares en los años treinta*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2001). *Crítica a la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia*. Vol. I. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: Clacso Libros. Instituto de investigaciones Gino Germani.
- DIKER, G. (2012). ¿Cómo se establece qué es lo común? En G. FRIGERIO y G. DIKER (Comps.), *Educación: posiciones acerca de lo común*. Paraná: Fundación La Hendija.
- DI MATTEO, A., MICHÍ, N., y VILA, D. (2012). Recuperar y recrear. Una mirada sobre algunos debates en la Educación Popular. *Revista Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 2 (3), 83-96.
- DONZELOT, J. (1999). El nuevo problema urbano. *Revista Esprit*, (258). Traducción de Marcelo Urretz Zavala.
- ENGELS, F. (1946). *La cuestión de la vivienda*. Buenos Aires: Lautaro.
- ESPÓSITO, R. (2007). *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FALERO, A. (2008). *Las batallas por la subjetividad: luchas sociales y construcción de derechos en Uruguay*. Montevideo: CSIC/Fanelcor.

- FERNÁNDEZ, A. M. (2009). Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplina. *Nómaditas*, (30), 22-33. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105112060003.pdf>.
- FILGUEIRA, F., y ERRANDONEA, F. (2014). *Sociedad urbana*. Colección Nuestro tiempo, 23. Montevideo: IMPO. Recuperado de <http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/bitstream/123456789/1083/1/nuestro-tiempo-23.pdf>.
- FOUCAULT, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- (1992). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FRIGERIO, G. (2003). Identidad es el otro nombre de la alteridad. La habilitación de la oportunidad. En G. FRIGERIO y G. DIKER (Comps.), *Educación y alteridad: las figuras del extranjero. Textos multidisciplinares*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- (2012). Obstinaciones duraderas. En G. Frigerio y G. Diker (Comps.), *Educación: posiciones acerca de lo común*. Paraná: Fundación La Hendija.
- y DIKER, G. (2010). *Educación: saberes alterados*. Buenos Aires: Clacso.
- FUCVAM (2000). *Declaración de principios*. Documento interno. Montevideo: inédito.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1986). *Las culturas populares en el capitalismo*. Ciudad de México: Nueva imagen.
- GARCÍA LINERA, Á. (COORD.) (2014). *Karl Marx: escritos sobre la comunidad ancestral*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia-Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- GEERTZ, C. (1994). *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- (1996). *Los usos de la diversidad*. Barcelona: Paidós.
- GIORGI, V., RODRÍGUEZ, A., y RUDOLF, S. (1995). Vivienda y hábitat popular. *Revista Aportes*, 2(2), 5-9.
- GONZÁLEZ, G. (2001). Breve historia del cooperativismo de vivienda por ayuda mutua en el Uruguay. Ponencia presentada en *Primeras Jornadas Vivienda Cooperativa en Iberoamérica*, organizadas por CYTED-AECI, celebradas en mayo en Cartagena de Indias.
- (2013). *Una historia de FUCVAM*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- GRAMSCI, A. (1975). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Ciudad de México: Juan Pablos.
- (1984). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1997). *Gramsci y la filosofía de la praxis*. Selección de textos de los profesores Gerardo Ramos y Jorge Luis Acanda. La Habana: Editorial de las Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro.
- GRASSI, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal: la otra década infame*. Libro 2. Buenos Aires: Espacio.

- GUALTEROS TRUJILLO, J. (2009). Vida cotidiana y mundo urbano: pautas para nuevas relaciones. En H. POGGIESSE y T. COHEN EGLER (Comps.), *Otro desarrollo urbano: ciudad incluyente, justicia social y gestión democrática*. Buenos Aires: Clacso.
- GUBER, R. (2013). *La articulación etnográfica: descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- GUERRA RODRÍGUEZ, C. (1997). Hacia una sociología del sujeto: democracia y sociedad civil. En E. LEÓN y H. ZEMELMAN (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Antrophos-Editorial Rubí.
- GUERRINI, A. (1989). Nuevos movimientos sociales en la transición: el papel de FUCVAM en relación al sistema político y a los sindicatos. En *Ensayos sobre el Uruguay de los 80: actores, situaciones e intereses* (pp. 87-104). Montevideo: CIESU-Ediciones de la Banda Oriental.
- HARVEY, D. (1992). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- (2008). Utopías dialécticas. En Asociación Internacional de Ciudades Educadoras (AICE), *Educación y vida urbana: 20 años de ciudades educadoras*. Madrid: Santillana. Recuperado de https://issuu.com/educatingcities/docs/libro_20_ciudades_educadoras.
- (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- HEIDEGGER, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. Recuperado de <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf>.
- HERAS MONNER SANS, A. I. (2011). En busca de la autonomía. Un análisis sociolingüístico de experiencias asamblearias. *Post Convencionales*, (3), 103-130. Recuperado de <https://www.aacademica.org/ana.ines.heras/106>.
- HIRSHMAN, A. (1977). *Salida, voz y lealtad: respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- IBARRA, S. (2009). *Desarrollo de las políticas habitacionales en Uruguay: estudio de tendencias históricas* (tesis de grado). Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE) (2009). *Censo Nacional de Cooperativas y Sociedades de Fomento Rural*. Montevideo: INE.
- (2011). *Resultados del censo de población 2011: población, crecimiento y estructura por sexo y edad*. Montevideo: INE.
- IMEN, P. (2012). *Una pedagogía para la solidaridad: aportes del cooperativismo de crédito*. Buenos Aires: Espacio Editorial-Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini-Idelcoop.
- KAZTMAN, R. (2001). Seducidos y abandonados. El aislamiento social de los pobres urbanos. *Revista de la CEPAL* (75). Recuperado de <http://hdl.handle.net/11362/10782>.
- FILGUEIRA, F., y ERRANDONEA, F. (2005). La ciudad fragmentada. Respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo. En A. PORTES, B. ROBERTS y A. GRIMSON, *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo libros.

- KRAUSE, M. (2001). Hacia una redefinición del concepto de comunidad: cuatro ejes para un análisis crítico y una propuesta. *Revista de Psicología*, x (2), 49-60.
- LARROSA, J. (2003). *La experiencia y sus lenguajes* (conferencia) en *La formación docente entre el siglo XIX y el siglo XXI*. Recuperado de <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/ELO01417.pdf>.
- LECHNER, N. (2002). *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- LEFEBVRE, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- (1983). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- LEÓN, E. (1997). El magma constitutivo de la historicidad. En E. LEÓN y H. ZEMELMAN (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Antrophos-Editorial Rubí.
- LINSALATA, L. (2019). Repensar la transformación social desde las escalas espacio-temporales de la producción de lo común. *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida, El Apantle. Revista de Estudios Comunitarios*. 111-120.
- LOJKINE, J. (1986). *El marxismo, el estado y la cuestión urbana* (3.^a ed.). Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- MACHADO, G. (2003). *Del dicho al hecho: el largo trecho en el acceso a la vivienda en el Uruguay actual. Pobreza urbana, políticas habitacionales y participación social* (Tesis de la Maestría en Servicio Social). Montevideo, Universidad de la República-UERJ.
- (2016). La experiencia de las cooperativas de vivienda en Uruguay. Necesidades, organización e imaginación. *Revista Vivienda Popular* (28), 32-39.
- (2017). *Habitar las experiencias: aprendizajes y sociabilidad comunitaria en las cooperativas de vivienda en Uruguay* (Tesis de Doctorado en Educación). Paraná. Universidad Nacional de Entre Ríos [inédito].
- MACHADO, G., y RODRÍGUEZ, A. (2015). *Informe final de investigación Transformaciones territoriales e integración barrial: las posibilidades de construir un «nosotros»*. Montevideo: CSIC, Universidad de la República (mimeo).
- MAGRI, A. J. (2015). *De José Batlle y Ordoñez a José Mujica: ideas, debates y políticas de vivienda en Uruguay entre 1900 y 2012*. Montevideo: CSIC, Universidad de la República. Recuperado de https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/9012/1/magri_de_jos%c3%a9_batlle_a_jos%c3%a9_mujica.pdf.
- MANÇANO, B. (2005). Movimentos socio-territoriais y movimientos socio-espaciais: contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais. *OSAL. Revista Nera*, VI (16), 273-283.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2002). Desencuentros de la socialidad y reencantamientos de la identidad. *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, (29), 45-62. Recuperado de <https://raco.cat/index.php/Analisi/article/view/15118>.
- MARX, K. (1962). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. La Habana: Biblioteca del Pueblo.
- (s. d). *Tesis de Feuerbach* (folleto).
- y ENGELS, F. (1985). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos.

- MAX-NEEF, M. (1998). *Desarrollo a escala humana: conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Montevideo-Barcelona: Nordan-Icaria Editorial.
- MENÉNDEZ, M. (2014). *Educación en movimiento: la experiencia de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua* (tesis de Maestría en Psicología Social). Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República.
- MICHI, N. (2010). *Movimientos campesinos y educación: el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra y el Movimiento Campesino de Santiago del Estero-vc*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.
- (2013). Producción de cultura y procesos educativos: una aproximación a la experiencia del Movimiento Campesino de Santiago del Estero en la Vía Campesina, Argentina. *Revista de Educação. Educere et Educare*, 8 (15), 17-30.
- MICHI, N., DI MATTEO, A., y VILA, D. (2009). Aportes del materialismo cultural al estudio de los procesos pedagógicos de los movimientos sociales. Ponencia en *IV Jornadas de investigación en educación: Investigación, conocimiento y protagonismo de los actores en el campo educativo*. Luján (mimeo).
- (2012). Movimientos populares y procesos formativos. *Polifonías Revista de Educación*, 1(1), 22-41. Recuperado de <http://www.polifoniasrevista.unlu.edu.ar/sites/www.polifoniasrevista.unlu.edu.ar/files/site/3%20-%20Michi.pdf>.
- MIDAGLIA, C. (1992). *Las formas de acción colectiva en Uruguay*. Montevideo: CIESU-Ediciones Trilce.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL (MTSS) (2015). *Serie informes departamentales: principales indicadores del mercado laboral*. Montevideo: MTSS.
- MINISTERIO DE VIVIENDA Y ORDENAMIENTO TERRITORIAL (MVOT)-AGENCIA NACIONAL DE VIVIENDA (ANV) (2020). *Cuaderno n.º 1. Aportes al desarrollo del sistema cooperativo de vivienda: orientaciones para el desempeño profesional del trabajo social en las cooperativas de vivienda*. Montevideo: MVOT-ANV.
- MONTERO, M. (2004). Comunidad y sentido de comunidad. En *Introducción a la Psicología Comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos* (pp. 197-224). Buenos Aires: Paidós.
- NAHOUM, B. (comp.) (2008). *Una historia con quince mil protagonistas. Las cooperativas de vivienda por ayuda mutua uruguayas*. Montevideo: IM-Junta de Andalucía.
- (2013). *Algunas claves: reflexiones sobre aspectos esenciales de las cooperativas de vivienda por ayuda mutua*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- NAHOUM, B., y GONZÁLEZ, G. (2012). *El camino posible: producción social del hábitat en América Latina*. Montevideo: Centro Cooperativo Sueco-Trilce.
- NÚÑEZ, V. (2007). *Pedagogía Social: un lugar para la educación frente a la asignación social de los destinos*. Universidad de Barcelona. Recuperado de https://g5sem3.files.wordpress.com/2015/07/violeta_n_pedagogia_social.pdf.
- PASTORINI, A. (2000). ¿Quién mueve los hilos de las políticas sociales? Avances y límites en la categoría «concesión-conquista». En E. BORGIANNI y C. MONTAÑO (Org.), *La política social hoy* (pp. 207-232). San Pablo: Cortez Editora.
- OUVIÑA, H. (2012). Educación popular y disputa hegemónica. Los aportes de Antonio Gramsci para el análisis de los proyectos pedagógico-políticos de los movimientos sociales. *Osera* (6).

- PEIRCE, Ch. S. (1970). *Deducción, inducción e hipótesis*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- PEIXOTO DE ALBUQUERQUE, P. (2008). Autogestión: por una pedagogía política de la precariedad. *Revista Estudios Cooperativos*, 13 (1), 15-25.
- PORTILLO, Á. (1991). *Ciudad y conflicto: un análisis de la urbanización capitalista* (3.^a ed.) Montevideo: Ediciones compañeros.
- (2015). *Vivienda y sociedad: la situación actual de la vivienda en Uruguay*. Montevideo: FADU, Universidad de la República [mimeo]. Recuperado de <http://www.fadu.edu.uy/investigacion/files/2015/07/INVESTIGACION-DE-VIVIENDA-VERSION-ULTIMA-portillo-1.pdf>.
- PORTO-GONÇALVES, C. W. (2006). A reinvenção dos territórios: a experiencia latino-americana e caribenha. En M. E. CECEÑA (Comp.), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: Clacso.
- (2009). De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis. Revista Latinoamericana*, 8 (22), 121-136. Recuperado de <https://journals.openedition.org/polis/2636>.
- QUIROGA, A. P. de (1992). *Matrices de aprendizaje: constitución del sujeto en el proceso de conocimiento*. Buenos Aires: Cinco.
- RANCIÈRE, J. (2007). *En los bordes de lo político*. Buenos Aires: La Cebra.
- (2010). *La noche de los proletarios: archivos del sueño obrero*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- REBELLATO, J. L. (1989). *Ética y práctica social*. Montevideo: EPPAL.
- (1995). *La encrucijada de la ética: neoliberalismo, conflicto Norte-Sur, liberación*. Montevideo: Nordan-MFAL.
- (2000). Globalización neoliberal, ética de la liberación y construcción de la esperanza. En Y. ACOSTA y Á. RICO, *Filosofía latinoamericana, globalización y democracia*. Montevideo: Nordan.
- (2000). *Ética de la liberación*. Montevideo: Nordan.
- (2001). *Jürgen Habermas: el aprendizaje como proceso de construcción dialógica. Papeles de Trabajo*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- y GIMÉNEZ, L. (1997). *Ética de la autonomía: desde la práctica de la psicología con las comunidades*. Montevideo: Editorial Roca Viva.
- RICOEUR, P. (2008). *Hermenéutica y acción: de la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- RODRÍGUEZ, A. y MACHADO, G. (2012). *Transformaciones territoriales e integración barrial: las posibilidades de construir un «nosotros»*. Proyecto de Investigación y Desarrollo. Montevideo: CSIC, Universidad de la República (mimeo).
- RODRÍGUEZ, E. (1985). La juventud como movimiento social: elementos para el estudio del caso uruguayo. En C. FILGUEIRA (Comp.), *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Clacso-CIESU-Ediciones de la Banda Oriental.
- RODRÍGUEZ, L. (2012). Educación y construcción de lo común. Reflexiones desde la historia de la educación latinoamericana. En G. FRIGERIO y G. DIKER (comps.), *Educación: posiciones acerca de lo común*. Paraná: Fundación La Hendija.

- ROGOFF, B. (1993). *Aprendices del pensamiento: el desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- SAMAJA, J. (1995). *Epistemología y metodología: elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: Hucitec.
- SANTOS, M. (1996). *A natureza do espaço social*. Montevideo: Nordan Comunidad-CIMAS.
- SAWAIA, B. (2000). A emoção como locus de produção do conhecimento. Uma reflexão inspirada em Vygotsky e no seu diálogo com Espinosa. *III Conferência de Pesquisa Sociocultural* (pp. 16-20), julio, Campinas. Recuperado de <https://www.fe.unicamp.br/eventos/br2000/trabs/1060.doc>.
- SEGURA, R. (2015). *Vivir afuera: antropología de la experiencia urbana*. San Martín: UNSAM Edita.
- SIMMEL, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- SKLIAR, C. (2012). Entre lo común y lo especial, la (pretenciosa) pretensión de la diversidad. En G. FRIGERIO y G. DIKER (Comps.), *Educación: posiciones acerca de lo común*. Paraná: Fundación La Hendija.
- TANI, R., CARRANCIO, B., PÉREZ, E. y NÚÑEZ, M. G. (2004). *Teoría, práctica y praxis en la obra de José Luis Rebellato*. Montevideo: Ediciones Ideas-Multiversidad Franciscana de América Latina.
- TAPIA, L. (2008). *Política salvaje*. La Paz: Clacso-Muela del Diablo Editores y Comuna.
- TAPIA URIBE, M. (1997). El espacio íntimo en la construcción intersubjetiva. En E. LEÓN y H. ZEMELMAN (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos.
- TERRA, J. P. (1969). La vivienda. *Nuestra Tierra*, 38. Recuperado de <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/9984>.
- (1986). *Proceso y significado del cooperativismo uruguayo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Arca.
- THOMPSON, E. P. (1981). *A miséria da teoria: ou um planetaria de erros*. San Pablo: Zahar.
- (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Crítica.
- TÔNNIÉS, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.
- TORRES CARRILLO, A. (2013). *El retorno a la comunidad: problemas, debates y desafíos de vivir juntos*. Bogotá: CINDE-El Búho.
- TORRES RIBEIRO, A. C. (2009). Presentificação, impulsos globais e espaço urbano. O novo economicismo. En: H. POGGIESSE y T. COHEN EGLER (Comps.), *Otro desarrollo urbano: ciudad incluyente, justicia social y gestión democrática*. Buenos Aires: Clacso.
- URUGUAY (1967). Constitución de la República. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/constitucion/1967-1967>.
- (1968). Ley n.º 13.728: Plan Nacional de Viviendas. Recuperado de <https://www.impo.com.uy/bases/leyes/13728-1968>.

- URUGUAY (1983). Decreto-ley n.º 15.501: Fijación de Disposiciones Relativas a Unidades Cooperativas de Vivienda. Recuperado de <https://www.impocom.uy/bases/decretos-ley/15501-1983/1>.
- (2008). Ley n.º 18.307: Ley de Cooperativas. Regulación, Constitución, Organización y Funcionamiento. Recuperado de <https://www.impocom.uy/bases/leyes/18407-2008>.
- (2011). Ley n.º 18.795: Declaración de Interés Nacional. Mejoras de las Condiciones de Acceso a la Vivienda de Interés Social. Recuperado de <https://www.impocom.uy/bases/leyes/18795-2011/18>.
- (2014). Ley n.º 19.181. Recuperado de <https://www.impocom.uy/bases/leyes-originales/19181-2013>.
- URRUZOLA, J. P. (2005). *Contribución a la crítica del territorio como materia ordenable* (Tesis de Maestría en Ordenamiento Territorial). FADU, Universidad de la República. Recuperado de: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/8073/1/URR131.pdf>.
- VYGOTSKY, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.
- WILLIAMS, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- (1994). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.
- ZEMELMAN, H. (1997). Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica. En E. LEÓN y H. ZEMELMAN (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Antrophos-Rubí.
- (2001). *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. (3.^a ed.) Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.

Apéndice metodológico

En coherencia con las definiciones epistemológicas y teóricas explicitadas, la estrategia metodológica procuró recuperar la experiencia de los cooperativistas, contextualizándola e historizándola en la totalidad social.

Se tomó como unidad de análisis a las cooperativas de viviendas en régimen de usuarios y a las del sistema de ayuda mutua ya habitadas, es decir, que hubieran finalizado el proceso de construcción. La información producida se obtuvo fundamentalmente a partir de su desarrollo arquitectónico, urbanístico y social, mediante la observación y las entrevistas a cooperativistas, de modo que sus relatos fueron materiales centrales en relación con sus experiencias y aprendizajes. En dichas experiencias participaron los cooperativistas, los técnicos asesores, los responsables estatales y otros cooperativistas con responsabilidades político-gremiales en FUCVAM.

Por lo antedicho, y a los efectos de la investigación, la acción de los cooperativistas está directamente vinculada con sus posibilidades históricas, por tanto, los diferentes momentos coyunturales del país son importantes para conocer los procesos de aprendizaje y de construcción de lo colectivo.

Se establecieron cuatro períodos históricos, y se agrupó a las cooperativas por la fecha de inicio de la construcción de las viviendas, para marcar un período común y menos fluctuante que los de constitución como cooperativa y trámites del préstamo estatal. Dichos períodos constituyeron uno de los criterios para la definición de una muestra no probabilística de cooperativas que buscó configurar una muestra significativa a partir de los siguientes criterios:

- Contexto histórico, momento de lucha y posibilidades del desarrollo cooperativo.
- Origen de la cooperativa (sindical o territorial).
- Tamaño de la cooperativa (de menos de 40 familias se consideran pequeñas y por encima de esa cifra, grandes).
- Región de desarrollo (Montevideo o interior), para lo cual se consideró el censo de 2009 según el cual el 63% de las cooperativas habitadas eran de Montevideo y el resto, del interior. Se seleccionaron cooperativas de ciudades del interior de distinta magnitud urbana.

El primer período refiere a la etapa inicial, que se extiende desde el surgimiento de las primeras experiencias cooperativas, en 1966, hasta el inicio de la dictadura militar, el 27 de junio de 1973, caracterizado sintéticamente por obturar las instituciones democráticas, perseguir la acción colectiva y generar el miedo en la sociedad como otro mecanismo de control.

El segundo momento es el período de la dictadura militar, de junio de 1973 a febrero de 1985, durante el cual se persiguió al movimiento cooperativo, aunque paradójicamente se le permitió fortificarse como movimiento social por razones que se exponen más adelante.

El tercer período corresponde a la restauración democrática, en 1985, hasta la asunción, por primera vez, del presidente Tabaré Vázquez, el 1 de marzo de 2005. Hasta ese momento había predominado un modelo estatal neoliberal, moderado por la concepción institucional uruguaya y acciones colectivas de resistencia.

El último período corresponde a los tres gobiernos frenteamplistas, en los cuales la política habitacional tuvo un lugar protagónico para las cooperativas.

De dicha periodización surgió el presente cuadro, en el que se seleccionaron unidades cooperativas que cumplieran con los criterios de heterogeneidad y significación mencionados. No se menciona la identidad de las cooperativas cuyos cooperativistas prestaron sus conocimientos, voces y experiencias, de modo de preservar su confidencialidad.

Cuadro de la muestra

Períodos/ tamaño*	Montevideo + 40 coop.	Montevideo - 40 coop.	Interior + 40 coop.	Interior - 40 coop.
1966-1973	A	B	-	C
1974-1985	D	E	F	-
1986-2004	G	H	-	I
2005-2014	J	K	L	-

* Se nombran las cooperativas con letras para mantener el anonimato de las cooperativas entrevistadas, pero en las entrevistas se identifica el período histórico, el tamaño y la ubicación en Montevideo o el interior.

Fuente: elaboración propia

La cooperativa A, de origen sindical, forma parte de una Mesa Intercooperativa de la zona norte de Montevideo que cuenta con una biblioteca, cocheras, una cancha abierta polifuncional, un centro de educación inicial, un gimnasio (originalmente salón comunal), un local donde funcionan dos organizaciones de adultos mayores, una policlínica, un salón de usos múltiples y varios espacios verdes. Se fundó en 1970 y comienza su obra en 1971.

La cooperativa B es una de las primeras cooperativas de carácter gremial en Montevideo, también ubicada al norte de la ciudad. Nace en 1968, en una fábrica donde trabajaban 25 de los 30 cooperativistas que la conformaron. La etapa de obra se extiende de 1971 a 1973. Además del salón comunal tiene otro salón donde funcionó un almacén comunitario, y, cocheras.

La cooperativa C es de origen gremial, de la ciudad de Paysandú. Se funda en 1970 e inicia la obra dos años después. Forma parte de una zona con muchas cooperativas que se conoce como *el barrio de las cooperativas*.

La cooperativa D, de la zona este de Montevideo, es de origen territorial¹¹¹ e inició su obra en 1981. Tiene un salón comunal y cuatro locales comerciales.

La Cooperativa E forma parte de un barrio conformado por varias cooperativas, al noroeste de Montevideo; es de origen territorial. Se funda en 1971 y la obra comienza en 1981.

La cooperativa F surge en la ciudad de Durazno en 1971 y la obra se realiza a mitad de la década del setenta, en plena dictadura militar. Cuenta con un gimnasio en el local destinado a salón comunal, además de biblioteca, ambos abiertos a la ciudad.

La cooperativa G está ubicada en el noreste de Montevideo; se forma en 1985 con vecinos de la zona a partir de la parroquia del barrio y cuenta con 50 socios. Esta cooperativa tiene una larga historia de ocupaciones de terrenos, esperan el préstamo durante 17 años y comienzan la etapa de obra en 1998.

La cooperativa H se funda a la salida de la dictadura, en 1985, con sindicalistas del área de la salud privada. Se conforma con cincuenta socios, de los cuales, a fines de 1988, solo quedan siete. Ocupan tierras en 1989 como parte de una estrategia de lucha de FUCVAM para obtener una cartera de tierras departamental, de la que obtiene un terreno en el este del país, e iniciaron la obra para 23 familias recién en 1999.

La Cooperativa I se forma con familias de una ciudad de Durazno (no capital), en 1997. La obra se inicia en 2001, con 27 familias, y es la primera cooperativa de la ciudad, a partir de la cual después surgen tres más.

La Cooperativa J, de origen territorial, forma parte de un complejo intercooperativo en el este de Montevideo. Los cooperativistas esperan el préstamo durante 10 años y comienzan la obra en el 2008. Cuentan con un salón comunal y una oficina.

La Cooperativa K, de origen territorial, comienza en 1994 en una zona de las áreas centrales de Montevideo donde terminan construyendo recién en 2010, dentro de la reglamentación actual.

La Cooperativa L, de Salto se origina con funcionarios públicos del área salud. Comienza en 2005 y la obra se inicia cinco años después dentro de la reglamentación actual. Proyectaron una policlínica en su salón comunal que no pudieron concretar.

Se utilizaron las siguientes técnicas y herramientas de producción de la información: revisión bibliográfica y de investigaciones, análisis documental (periódicos de FUCVAM, de diversos IAT, reglamentos, discursos, artículos de prensa, planes de formación, actas de asamblea e informes sociales de cooperativas y de la ANV), relevamiento y sistematización de fuentes cuantitativas secundarias, observaciones de cooperativas y su entorno barrial (infraestructura, mantenimiento de las viviendas y espacios comunes, actividades, nomenclaturas, comunicación visual y usos de los espacios) y entrevistas abiertas grupales e individuales en profundidad a integrantes de 12 cooperativas, según la muestra explicitada.

Las 12 cooperativas tuvieron disposición para la investigación. Lo que sesgó los resultados es que en la mayoría de las cooperativas se contactó a representantes de las

111 Cooperativa que se origina entre vecinos y vecinas o una organización de base territorial (club deportivo, comisión vecinal, asentamiento o entre amigos y amigas, o personas cercanos).

comisiones directivas y a socios fundadores o con amplia trayectoria. Esto hizo que se conformara una muestra mayoritariamente con cooperativistas con militancia, por lo que en la segunda etapa se resolvió buscar otros testimonios, no todos en forma directa, sino a través de fuentes secundarias (otras investigaciones, publicaciones y entrevistas). Por ello se realizaron, además, cinco entrevistas a informantes calificados (exdirigentes de FUCVAM y exintegrantes del Centro de Formación Cooperativa), y se recuperaron entrevistas de fuentes secundarias y testimonios recogidos en publicaciones de cooperativas, de FUCVAM y el CCU.

Para la recuperación histórica fue fundamental la consulta de un grupo importante de publicaciones del CCU, en formato de revista, con cometidos de información, formación y difusión de experiencias: *Cuadernos Cooperativos Uruguayos* (décadas del sesenta y del setenta), *Vivienda* (década del ochenta) y *Dinámica Cooperativa* (desde la década del ochenta hasta la actualidad). En este mismo sentido encontramos publicaciones de una ONG, el Foro Juvenil (década del ochenta), además de revistas sociales de FUCVAM (1980, 1990 y 1995) y *El Solidario*, su publicación regular oficial.¹¹²

112 El acceso a la mayor parte de dichos materiales fue posible gracias al archivo y la generosidad de Guillermo Font, militante social y cooperativo, que durante 25 años publicó el informativo digital Vecinet (<http://www.chasque.net/vecinet/>).

Lista de siglas y acrónimos

ACJ	Asociación Cristiana de Jóvenes
Alcecoop	Asociación Latinoamericana de Centros de Educación Cooperativa
ANEP	Administración Nacional de Educación Pública
ANV	Agencia Nacional de Vivienda
ASCEEP-FEUU	Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública-Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay
BHU	Banco Hipotecario el Uruguay
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BPC	Base de contribuciones y prestaciones (referencia estatal para cobros e impuestos)
CCU	Centro Cooperativista Uruguayo (IAT)
CEAAL	Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe
CEDAS	Centro de Asistencia Técnica y Social (IAT)
CFC	Centro de Formación Cooperativa de FUCVAM
CIDE	Comisión de Inversión y Desarrollo Económico (<i>ad hoc</i> del gobierno, entre 1962 y 1966)
CIVIS	Cartera de Inmuebles para Viviendas de Interés Social
Conapro	Concertación Nacional Programática. Espacio político y social de acuerdo previo a la restauración democrática en 1984
Covip	Coordinadora de Vivienda Popular (1984-1987)
Covipro	Coordinadora de Cooperativas de Viviendas de Propietarios
CNT	Convención Nacional de Trabajadores
Cudecoop	Confederación Uruguaya de Cooperativas
Dinavi	Dirección Nacional de Vivienda (actualmente integra el mvot)
FADU	Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Fecovi	Federación de Cooperativas de Viviendas de Ahorro Previo
Fecovisi	Federación de Cooperativas de Viviendas Sindicales
FUCVAM	Federación Uruguaya de Cooperativas de Viviendas por Ayuda Mutua
IAT	Instituto de Asistencia Técnica (opera en cooperativas)
IM	Intendencia de Montevideo
Inacoop	Instituto Nacional del Cooperativismo (estatal)

Inefop	Instituto Nacional de Formación Profesional (organismo tripartido Estado, trabajadores y empresarios)
INVE	Instituto Nacional de Vivienda Económica
Mevir	Comisión Honoraria pro erradicación de la Vivienda Insalubre Rural (mvot)
Mides	Ministerio de Desarrollo Social
Movide	Movimiento pro-Vida Decorosa, red de asentamientos apoyado por ONG, que se desarrolló en la década del ochenta y principios de los noventa
MTOP	Ministerio de Transporte y Obras Públicas
MST	Movimiento de los Trabajadores Rurales <i>Sin Tierra</i>
MVOTMA	Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente
MVOT	Ministerio de Vivienda y Ordenamiento Territorial
NBE/NBEM	Núcleo Básico Evolutivo/Núcleo Básico Evolutivo Mejorado
Onajpu	Organización Nacional de Jubilados y Pensionistas del Uruguay
OPP	Oficina de Planeamiento y Presupuesto (con rango ministerial)
OSE	Obras Sanitarias del Estado
PIT-CNT	Plenario Intersectorial de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores
PMB-PIAI	Programa Mejoramiento de Barrios-Programa de Integración de Asentamientos Irregulares del MVOTMA y la IM
PEA	Población Económicamente Activa
PVS	Plan de Vivienda Sindical del PIT-CNT
SCC	Centro Cooperativista Sueco
SCJ	Suprema Corte de Justicia
SUNCA	Sindicato Único Nacional de la Construcción y Afines
UR	Unidad Reajutable (moneda ficta para créditos inmobiliarios)
UTE	Usinas Termoelectricas del Estado
Udelar	Universidad de la República

La experiencia cooperativa ha sido solo una solución de alta calidad habitacional para decenas de miles de familias uruguayas y ha construido procesos y sentidos comunitarios que potencian dicha experiencia.

La pertenencia favorece la apropiación, el uso y el mantenimiento de lo común, al construir, en la ayuda mutua, propiedad colectiva. Y la autogestión, una identidad y fortaleza organizativa no exenta de tensiones y contradicciones.

Este libro recupera la experiencia y la voz de los y las cooperativistas en la producción de conocimientos y en la marcas o sentidos que nos permitan recrear ciudades más democráticas, igualitarias y sustentables.

El desafío del cooperativismo de vivienda es defender y mantener sus principios, tensándolos en el diálogo con el momento actual, y saber que en la reinención del sistema cooperativo está la posibilidad de seguir construyendo la historia.

ISBN: 978-9974-0-1897-6

